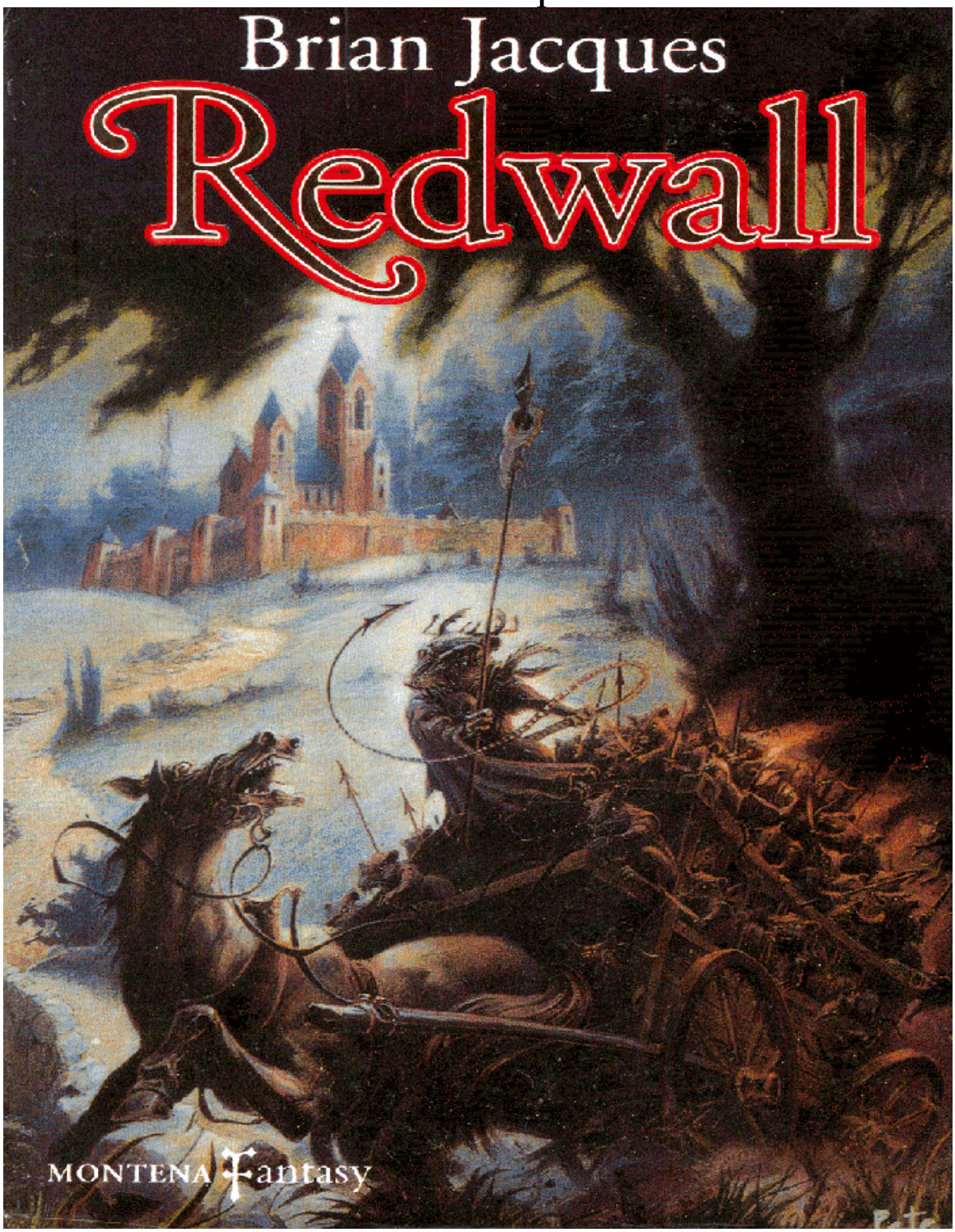
REDWALL
UNA HISTORIA DE REDWALL
Brian Jacques



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

REDWALL
UNA HISTORIA DE REDWALL
Brian Jacques



Libro Primero
La muralla

Libro Segundo
La búsqueda

Libro Tercero
El guerrero


ABADÍA DE REDWALL
Y
TERRITORIOS
CIRCUNDANTES
PRADO
N
CANTERA
RÍO
GRANJA
BOSQUE
DE
MOSSFLOWER
PRADO
IGLESIA
DE SAN
NINIÁN

Quien dice que estoy muerto
no sabe nada de nada.
Yo - más a ti,
dos ratones dentro de Redwall.
El guerrero duerme
entre el Salón y la Caverna.
Yo - más a ti,
acepta mi poderosa misión.
Busca la espada
a la luz de la luna,
De noche, en la primera hora del día, se refleja desde el norte.
Por encima del umbral
busca y verás: Yo - más a ti,
mi espada empuñarás por mí.

(Inscripción en verso bajo
el tapiz del Gran Salón)

Librodot

Al iniciarse el Verano del Rosal Tardío, la campiña de Mossflower despedía un trémulo brillo, envuelta en una pacífica calima, se bañaba delicadamente en la hierba cargada de rocío, florecía en los mediodías soleados, y languidecía con cada crepúsculo teñido de púrpura que anunciaba la suave oscuridad de las noches de junio.

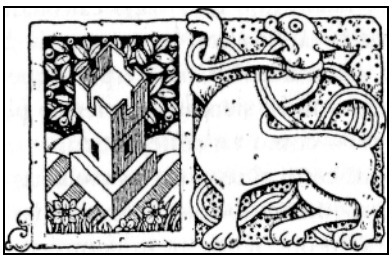
Redwall se alzaba con su planta cuadrada a lo largo de la marca de la antigua frontera sur, flanqueada a ambos lados por las profundidades umbrías del bosque de Mossflower. La otra mitad de la abadía tenía ante sí los prados ondulantes, y su viejo portón se abría al camino largo y polvoriento junto al perímetro del oeste.

Desde lo alto parecía una joya fabulosa, caída entre un verde manto de seda clara y terciopelo oscuro. Los primeros ratones habían construido la abadía de roja arenisca extraída de una cantera que se hallaba a muchas leguas de distancia, hacia el noroeste. La fachada sur del edificio estaba cubierta por ese tipo de hiedra conocido como parra virgen. Con la llegada del otoño las hojas se convertirían en una capa de una encendida tonalidad rojiza, a mayor gloria del nombre y la leyenda de la abadía de Redwall.

Libro Primero

La muralla

1



La menuda figura de Matías ofrecía un cómico aspecto al caminar por los claustros bamboleándose, con unas grandes sandalias que golpeteaban el suelo y el rabo asomando bajo los holgados pliegues de un hábito de novicio que no era de su talla. Se detuvo para contemplar el cielo azul y despejado, y dio un traspiés con aquellas enormes sandalias. Las avellanas cayeron del cesto de mimbre que llevaba y se desparramaron por la hierba. Incapaz de detenerse, cayó rodando.

¡Patapán!

El joven ratón, consternado, soltó un chillido. Se frotó con cuidado el hocico húmedo y respingón mientras se percataba lentamente de dónde había aterrizado: ¡a los pies del abad Mortimer!

Matías se apresuró a buscar las avellanas a cuatro patas, intentando volver a meterlas en el cesto al tiempo que mascullaba una torpe disculpa, evitando la mirada severa de su superior.

-Perdón, padre abad. He tropezado. Me he pisado el abad, padre hábito. Oh, cielos, quiero decir que...

El padre abad parpadeó solemnemente, mirándolo por encima de los anteojos. Matías otra vez. Qué torpón. El día anterior había chamuscado los bigotes al viejo hermano Matusalén al encender las velas.

La expresión seria del abad se suavizó. Observó al joven novicio gatear por la hierba, esforzándose por llenarse los brazos de suaves avellanas que se le escapaban de nuevo una y otra vez. El abad meneó la cabeza, pero procurando disimular una sonrisa, se agachó y ayudó al novicio a recoger las avellanas caídas.

-Ay, Matías, Matías, hijo mío -dijo cansinamente-. ¿Cuándo aprenderás a tomarte la vida con un poco más de calma, a caminar con dignidad y humildad? ¿Cómo esperas que te acepten como ratón de Redwall, si andas siempre corriendo por ahí, sonriendo de los bigotes al rabo como un conejo loco?

Matías arrojó al cesto el resto de las avellanas y se quedó quieto, arrastrando torpemente los pies sobre la hierba, sin poder expresar con palabras lo que sentía en su corazón.

El abad rodeó los hombros del joven ratón con una pata, intuyendo sus anhelos secretos, pues eran muchos los años que le habían visto dirigir Redwall con sabiduría, y mucha era su experiencia sobre la vida ratonil. Sonrió a su joven discípulo y le habló con amabilidad:

-Ven conmigo, Matías. Es hora de que charlemos tú y yo.

Un tordo curioso posado en la rama retorcida de un peral contempló a las dos figuras encaminándose tranquilamente hacia el Gran Salón, embutida una de ellas en el hábito de oscuro color pardo, y la otra con el hábito de novicio de un tono verde claro. Conversaban con seriedad en voz baja. Pensando en lo inteligente que era, el pájaro descendió hacia el cesto que había quedado olvidado. ¡Tramposos! El cesto sólo contenía unos frutos secos encerrados en sus duras cáscaras. Fingiendo falta de interés, por si acaso algún otro pájaro había sido testigo de su tonto error, empezó a trinar despreocupadamente unos cuantos compases de su melodioso cantar estival, acercándose con aire indiferente al pie de los muros del claustro en

busca de caracoles.

Hacía frío en el Gran Salón. La luz del sol entraba por las altas y estrechas ventanas de vidrios de colores, teñidos sus rayos oblicuos por los matices del arco iris. Un millón de motas de polvo coloreadas danzaban y revoloteaban en el aire cuando los dos ratones pisaron las viejas piedras del suelo. El abad se detuvo frente a la pared de la que colgaba un gran tapiz, que era el orgullo y el gozo de Redwall. La parte más antigua la habían tejido los fundadores de la abadía, pero cada generación sucesiva había contribuido a agrandarlo. Así pues, el tapiz no era tan sólo un valiosísimo tesoro. sino la magnífica crónica de la historia primitiva de Redwall.

El abad observó la expresión maravillada de Matías, y le hizo una pregunta cuya respuesta conocía ya el sabio ratón.

-¿Qué estás mirando, hijo mío?

Matías señaló una figura del tapiz. Era un ratón de aspecto heroico, con una sonrisa intrépida en su hermosa faz. Llevaba armadura y se apoyaba sin ceremonia en una impresionante espada, mientras a sus espaldas. Zorros, gatos monteses y otras alimañas huían presas del terror. El joven ratón lo contemplaba admirado.

-Oh, padre abad -dijo, con un suspiro-. Ojalá fuera como Martín el Guerrero. ¡Fue el ratón más valiente y audaz de cuantos han existido!

El abad se sentó lentamente en el frío suelo de piedra y apoyó la espalda en la pared.

-Escucha lo que voy a decirte, Matías. Has sido como un hijo para mí desde que llegaste a nuestras puertas como un pobre ratón huérfano de los bosques. rogando que te admitiéramos. Ven, siéntate a mi lado e intentaré explicarte cuál es el significado de nuestra orden.

>Somos ratones de paz. Sí, ya sé que Martín fue un ratón guerrero, pero aquéllos eran tiempos turbulentos en los que era necesario emplear la fuerza. La fuerza de un campeón como Martín. El llegó aquí en mitad del invierno, cuando los Fundadores estaban siendo atacados por numerosos zorros, alimañas y un enorme gato montés. Tan feroz era Martín luchando que se enfrentó a los enemigos en solitario, y los expulsó sin contemplaciones, lejos de Mossflower. Durante la huida en desbandada, Martín luchó heroicamente pese a tenerlo todo en su contra. Salió victorioso tras matar al gato montés con su antigua espada, que adquirió fama en todo el país. Pero en el último y encarnizado combate. Martín cayó gravemente herido. Estuvo tendido en la nieve hasta que los ratones lo encontraron, lo llevaron a la abadía, le curaron las heridas y lo cuidaron.

»Cuando recobró las fuerzas, algo extraño pareció apoderarse de él: se transformó gracias a lo que solamente puede considerar se como un milagro ratonil. Martín abandonó la vida guerrera y colgó su espada.

»Fue entonces cuando nuestra orden halló su auténtica vocación. Todos los ratones hicieron el juramento solemne de no dañar jamás a ninguna otra criatura viviente, a menos que fuera un enemigo que quisiera dañar a nuestra Orden por medios violentos. juraron sanar a los enfermos, cuidar a los heridos y asistir a los más pobres y desventurados. Así se escribió y así ha sido generación tras generación.

»Ahora somos una comunidad honrada y respetada. Allá donde vamos, aunque sea lejos de Mossflower, todas las criaturas nos tratan con cortesía. Ni siquiera los depredadores harían daño a un ratón que lleve el hábito de nuestra orden. Saben que él o ella curará y ayudará a quien lo necesite. Es una ley no escrita que los ratones de Redwall pueden ir a cualquier parte y atravesar cualquier territorio sin sufrir daño alguno. Debemos vivir de acuerdo con estos principios en todo momento. Es nuestra vida.

La voz del abad fue aumentando en volumen e intensidad a medida que hablaba. Matías lo escuchaba con gran humildad, sentado bajo su mirada severa. El abad Mortimer se levantó y puso su vieja pata arrugada sobre la cabeza menuda de Matías, justo en medio de las aterciopeladas orejas, que estaban caídas por la vergüenza.

Una vez más el pequeño ratón ablandó el corazón del abad.

-Pobre Matías, ¡ay de tus ambiciones! Los tiempos de los guerreros han pasado, hijo mío. Vivimos en una época de paz, gracias al cielo, y lo único en lo que has de pensar es en obedecerme a mí, que soy tu abad, y en hacer lo que se te dice. En el futuro, cuando haga tiempo que descanse yo en mi lugar de reposo eterno, recordarás este día y bendecirás mi memoria, pues entonces serás un auténtico miembro de Redwall. Vamos, mi joven amigo, anímate. Estamos en el Verano del Rosal Tardío. Tenemos muchos días de sol y calor por delante. Vuelve a buscar tu cesto de avellanas. Esta noche daremos un gran festín para celebrar mi quincuagésimo aniversario como abad. Cuando hayas dejado las avellanas en la cocina, tengo una tarea muy especial que encomendarte. Sí, por cierto, necesitamos un buen pescado para la comida. Coge tu caña de pescar. Dile al hermano Alf que ha de llevarte a pescar en el bote pequeño. Eso es lo que les gusta hacer a los ratones jóvenes, ¿no? ¡Quién sabe, puede que pesques una buena trucha o unos cuantos espinosos! Ahora ve, corre, joven amigo.

Matías temblaba de felicidad del rabo a los bigotes cuando inclinó brevemente la cabeza ante su superior, y luego se fue arrastrando las sandalias. El abad lo contempló sonriendo con benevolencia. Granujilla, pensó, tendría que hablar con el limosnero para ver si encontraba unas sandalias que le fueran bien a Matías. ¡No era de extrañar que el pobre ratón anduviera tropezando todo el día!

2



El cálido sol caía sobre Cluny el Flagelo.

¡Cluny estaba cerca!

Era enorme y despiadada; era una malvada rata con el pelaje hirsuto y los dientes curvos y desiguales. Llevaba un parche negro en el ojo que le había vaciado una pica en medio de una batalla.

Cluny había perdido un ojo.

¡El portador de la pica había perdido la vida!

Algunos decían que Cluny era una rata portuguesa. Otros afirmaban que procedía de las selvas lejanas de más allá de los anchos océanos. Nadie lo sabía con seguridad.

Cluny era una rata de sentina: el roedor más grande y salvaje que haya saltado de un barco a la orilla. Era negra, pero tenía cicatrices grises y rosáceas por todo el cuerpo enorme y delgado, desde la punta del hocico, pasando por sus ojos verdes y amarillos, semejantes a rendijas, entres las dos orejas mezquinas y destrozadas, recorriendo el dorso lleno de parásitos, hasta llegar a la enorme cola parecida a un látigo por la que se le daba su sobrenombre: ¡Cluny el Flagelo!

Cluny viajaba en la parte de atrás de un carro de heno con sus quinientos partidarios, un poderoso ejército de ratas: de alcantarilla, de taberna, de agua, portuarias. El ejército de Cluny le tenía pavor, pero lo seguía. Diente Rojo, su segundo en el mando, llevaba una larga pértiga. Era el estandarte personal de Cluny, con la calavera de un hurón en la punta. Al hurón lo

había matado Cluny, que no temía a ningún ser vivo.

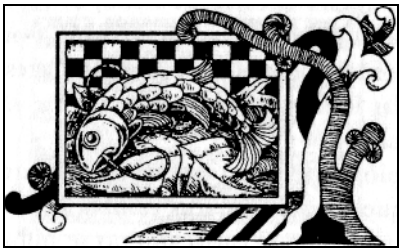
Con los ojos desorbitados y el terror que le producía el olor a rata, el caballo galopaba sin conductor. A Cluny le importaba poco a dónde le llevara el carro de heno. El caballo aterrorizado siguió avanzando a toda velocidad, pasando por delante de un mojón plantado en la tierra de la cuneta, sin prestar la más mínima atención a las letras grabadas en la piedra: «Abadía de Redwall, cuatro leguas».

Cluny escupió por encima del borde del carro sobre dos conejos jóvenes que jugaban en un campo. Criaturas suculentas, pensó. Era una pena que 'el carro aún no se hubiera detenido. El cálido sol caía sobre Cluny el Flagelo.

¡Cluny era un dios de la guerra!

¡Cluny se acercaba!

3



Bajo el Gran Salón de Redwall, las velas ardían en sus apliques. Era la Caverna de los Ratones.

¡Menuda noche se avecinaba!

Entre los dos, Matías y el hermano Alf habían pescado un tímalo adulto. Habían estado peleándose con él durante casi dos horas, hasta que al final lo habían arrastrado hasta aguas poco profundas y de ahí a la orilla. Pesaba cerca de dos libras; era un tributo a la destreza del hermano Alf con la caña de pescar, combinada con los jóvenes músculos de Matías, y su común entusiasmo.

Tuvieron que llamar a Constanza, el tejón hembra, que sujetó el pescado entre sus fuertes mandíbulas y siguió a los dos ratones a la cocina de la abadía, donde entregó la pieza y se despidió. Volverían a verla por la noche, en el festín del jubileo, junto con muchos otros residentes de Mossflower a los que habían invitado.

El hermano Alf y Matías se colocaron orgullosamente junto al pescado en medio del ajetreo de la cocina, hasta que se fijó en ellos fray Hugo. Pese a lo atareado que estaba, el obeso Hugo (que no aceptaba más titulo que el de fray) dejó lo que estaba haciendo, se enjugó el sudor de la frente con un diente de león que sujetaba con el rabo, y se acercó a inspeccionar el pescado.

-Mmm, escamas bonitas y lustrosas, ojos brillantes, absolutamente fresco. -Fray Hugo sonrió tan jovialmente que su rostro desapareció entre dos profundos hoyuelos. Sacudió la pata de Alf y palmeó vigorosamente a Matías en la espalda, al tiempo que decía, entre risas-: ¡Traed el vino de grosella blanca! Traedme romero, tomillo, hayucos y miel, deprisa. Y ahora, amigos, ahora -añadió con voz chillona, agitando frenéticamente el diente de león con el rabo-. Yo, Hugo, voy a crear un Tímalo á la Redwall que se derretirá en la boca de los ratones. ¡Nata! ¡Necesito muela nata! Traed también unas hojas de menta.

Dejaron a fray Hugo delirando de alegría para ir a bañarse y arreglarse; se peinaron los bigotes, se enroscaron los rabos, se lustraron los hocicos, y cumplieron con las ciento una

formas de acicalamiento que realizaban siempre los ratones de Redwall para un banquete épico.

Las vigas de la Caverna vibraban con las risas y los murmullos excitados de todas las criaturas allí reunidas: erizos, topos, ardillas, animales del bosque y ratones de todo tipo (campestres, espinosos, lirones, e incluso una familia de pobres ratoncitos de iglesia. Unos amables ayudantes andaban de un lado a otro procurando que todos se sintieran como en su casa.

- ¡Hola, señora Ratón de Iglesia! ¡Acomode a los niños! Les traeré un refresco de frambuesa.

-¡Señor Ratón Rojo! ¡Qué alegría volver a verle! ¿Cómo tiene la espalda? ¿Va mejor? Bien. Tenga. Pruebe un traguito de este brandy de melocotón y bayas de saúco.

Al joven Matías le daba vueltas la cabeza. No recordaba haber sido tan feliz en toda su vida. Winifred la nutria le dio un codazo.

- Oye, Matías. ¿Dónde está ese tímalo gigante que habéis pescado el viejo Alf y tú, por mis bigotes? Ojalá pudiera poner mis patas sobre una belleza como ésa. Casi dos libras pesaba, ¿no?

Matías se sintió henchido de orgullo. ¡Semejante alabanza del campeón de la pesca en persona, una nutria!

Tomás y Teresa, los gemelos de los Ratón de Iglesia palparon los fuertes músculos de los brazos de Matías y soltaron unas risitas de admiración. Matías les sirvió dos porciones de manzana y. helado de menta. Eran unos gemelos encantadores. Apenas hacía tres meses que había ayudado a la hermana Estefanía a levantarlos sobre sus débiles patitas. ¡Cómo habían crecido!

El abad Mortimer estaba sentado en su silla de madera de sauce tallada, sonriendo para dar las gracias a todos los recién llegados que, uno por uno, dejaban unos sencillos regalos caseros a sus pies: una copa de bellota de una ardilla; peines de espina de pez de las nutrias, sandalias de corteza musgosa de los topos, y muchos otros hermosos regalos demasiado numerosos para mencionarse aquí. El abad meneó la cabeza con asombro. ¡Aún faltaban más invitados por llegar!

Hizo una seña a fray Hugo para que se acercara y habló con él entre susurros. Matías captó algún retazo de la conversación.

-No se preocupe, padre abad, habrá bastante para todos. -¿Cómo anda la bodega, Hugo?

- Tenemos bebida suficiente para inundar el estanque de la abadía, padre.

-¿Y los frutos secos? No debemos quedarnos sin frutos secos.

-Tenemos de todo. Incluso castañas confitadas y bellotas crujientes. Podríamos alimentar a toda la comarca durante un año.

- ¿Productos lácteos?

- Bueno, tengo un queso Cheddar que no podrían hacer rodar ni entre cuatro tejones, además de otras diez variedades.

- Bien, bien, gracias, Hugo. Oh, debemos dar las gracias a Alf y al joven Matías por ese espléndido pescado. ¡Qué buenos pescadores son! ¡Con ese pescado habrá bastante para toda la abadía durante una semana! Excelentes ratones, buen trabajo.

Matías enrojeció hasta la punta del rabo.

- ¡Las nutrias! ¡Las nutrias!

Un grito jubiloso recorrió la estancia cuando las tres nutrias vestidas de payasos entraron dando brincos. ¡Qué grandes acróbatas! Dieron volteretas, hicieron equilibrios, giraron y retozaron cómicamente sobre las mesas llenas sin tocar ni una pasa de Esmirna. Terminaron colgadas de las vigas por una liana de hiedra, en medio de estruendosos aplausos.

Ambrosio Púas, el erizo, hizo su número, asombrando a todos con sus dotes de prestidigitador. Sacó huevos de la oreja de una ardilla; hizo que el rabo de un joven ratón se

levantara y bailara como una serpiente. El truco de la castaña que desaparecía lo hizo delante de un grupito de ratones de las cosechas que no dejaban de chillar: «¡La tiene escondida entre las púas!».

¿Era cierto? Ambrosio hizo unos cuantos pases misterios y sacó la castaña de la boca de un bebé ratón anonadado. ¿Era magia? Por supuesto que sí.

Todo el bullicio cesó cuando la gran Campana de José dio las ocho desde el campanario de la abadía. En silencio, todas las criaturas desfilaron hacia los lugares asignados y permanecieron de pie frente a las sillas con las cabezas bajas. El abad Mortimer se levantó y extendió las patas solemnemente, abarcando a todos los presentes, para bendecir la mesa.

Pelaje y bigotes, dientes y garras, cuantos entran por nuestra puerta. Hierbas y frutos secos, hojas y frutas, bayas, tubérculos, raíces y plantas, pez plateado cuya vida quitamos sólo para hacer una buena comida.

Los demás respondieron con un sonoro y agradecido: «Amén».

Se produjo entonces el estrépito generalizado de sillas que se movían y arrastraban para que todos pudieran sentarse. Matías tenía a Tomás y a Teresa a un lado, y a Azulina Ratón de Campo al otro. Azulina era una joven ratoncita muy tranquila, pero indudablemente hermosa. Tenía las pestañas más largas que había visto Matías en su vida, los ojos más luminosos, el pelaje más suave, los dientes más blancos...

Matías manoseó torpemente un trozo de apio, volviéndose para comprobar que los gemelos comían adecuadamente. Nunca se sabía con aquellos ratoncitos de iglesia.

El hermano Alf comentó que fray Hugo se había superado a sí mismo, a medida que fueron llegando platos a la mesa: tiernas gambas de agua dulce adornadas con nata y pétalos de rosa; perlas de cebada picantes con puré de bellotas; delicias de manzanas y de zanahorias; troncos de col adobados y macerados en crema de nabos con nuez moscada.

Un coro de oooooohs y aaaaahs saludó la entrada de seis ratones que empujaban un gran carrito. Era el tímalo, cuyos vapores aromáticos inundaron la Caverna; el pescado se había asado a la perfección. Detrás entró fray Hugo con un leve contoneo que se sumaba a su torpe andar. Se quitó el gorro de chef con el rabo y anunció, con un chillido algo pomposo:

–Milord abad, honrados invitados de la comarca de Mossflower y miembros de la abadía. Ejem, deseo presentarles mi piéce de résistance...

–¡Oh, acaba ya, Hugo!

Después de que fray Hugo recorriera la sala con una mirada glacial para detectar al culpable, y de que se oyeran algunas risitas ahogadas, el pequeño y obeso fraile adoptó de nuevo una digna pose, y anunció con firmeza:

–Tímalo á la Redwall.

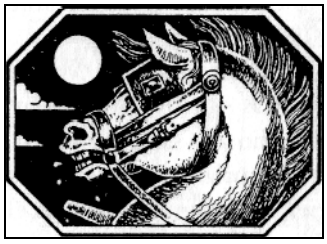
Unos aplausos corteses, pero ávidos, recorrieron la sala, mientras Hugo troceaba el pescado y colocaba la primera porción humeante en un plato, que ofreció al abad con la dignidad apropiada, y éste le dio las gracias gentilmente.

Todos los ojos estaban puestos en el padre abad, que cogió un primoroso cuchillo y lo llenó de pescado en precario equilibrio. Con cuidado, lo trasladó del plato a la boca. Masticando con delicadeza, volvió los ojos hacia el techo, luego los cerró; los bigotes se movían, las mandíbulas masticaban con regularidad, el rabo enroscado sostenía una servilleta, con la que pulcramente se limpió la boca. Volvió a abrir los ojos, sonriendo como el sol en una mañana de verano.

–¡Absolutamente maravilloso, exquisito! Fray Hugo, en verdad eres el campeón de los chefs. Por favor, sirve a nuestros invitados tu obra maestra.

Todo discurso adicional quedó sofocado por unos sonoros vítores.

4



Cluny estaba furibundo. Gruñó con ferocidad.

El caballo se había detenido de puro agotamiento; no era lo que quería Cluny: un demonio interior le convenció de que aún no había llegado a su destino. Entornó su único ojo con expresión malévola.

Desde el interior del carro de heno, los roedores del ejército del señor de la guerra observaban a su amo. Lo conocían muy bien y sabían que debían mantenerse alejados de él cuando estaba enfadado, pues era violento e impredecible.

–Cara de Calavera –llamó de pronto.

La paja crujió y una espantosa cabeza asomó al exterior.

–Sí, jefe, ¿qué mandas?

La poderosa cola de Cluny salió disparada y arrastró al infortunado hacia él. Cara de Calavera se encogió cuando unas afiladas y sucias garras se hundieron en su pelaje. Cluny señaló el caballo con un movimiento de cabeza.

–Salta sobre el lomo de esta cosa y dale un buen mordisco. Así este bruto perezoso volverá a caminar.

Cara de Calavera tragó saliva con nerviosismo y se humedeció los labios secos.

–Pero, jefe, podría devolverme el mordisco.

¡Fiuuuuu! Cluny hizo estallar su poderosa cola como si fuera un látigo. Su víctima chilló de dolor cuando golpeó su espalda huesuda.

¡Motín, insubordinación! –bramó Cluny–. Por todos los dientes del infierno, voy a despellejarte y a convertirte en trapos raídos.

Cara de Calavera corrió hacia el pescante del carro, aullando aún de dolor.

- ¡No más, no me azotes más, jefe! Mira, voy a hacerlo.

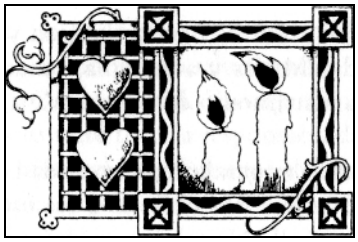
- Sujetaos fuerte atrás -gritó Cluny a su horda de roedores.

Cara de Calavera dio un salto frenético y aterrizó sobre el lomo del caballo. El aterrorizado animal no esperó a que la rata le mordiera, sino que, en cuanto notó que caía el horrible peso sobre sus ancas, soltó un agudo relincho de pánico y corcoveó. Espoleado por la energía del terror, salió al galope como un gigante fugitivo.

Cara de Calavera tuvo el tiempo justo para soltar un chillido agónico antes de caer. Las ruedas de hierro del carro le pasaron por encima. Quedó tirado en medio de un charco de roja muerte, con el cuerpo destrozado, del que se escapaba la vida. Lo último que vio antes de que la oscuridad eterna lo reclamara fue el rostro burlón de Cluny el Flagelo bramando desde la parte posterior del carro:

-¡Dile al diablo que te ha enviado Cluny, Cara de Calavera! Volvía a estar en marcha. Cluny se acercaba cada vez más.

5



En la Caverna, el gran festín había disminuido su ritmo.

¡También se habían aflojado muchos cinturones!

Ahítos, los ratones de Redwall y sus invitados se recostaban en los asientos. Aún quedaban montones de viandas por comer. El abad Mortimer susurró al oído de fray Hugo:

-Fray Hugo, quiero que llenes un gran saco con comida, avellanas, queso, pan, pasteles y todo lo que te parezca bien. Dáselo a la señora Ratón de Iglesia con la máxima discreción posible para no atraer la atención. La pobreza es un feo espectro cuando una mujer de su casa tiene tantas bocas que alimentar como ella. Oh, y asegúrate de que su marido no sospecha nada. Juan Ratón de Iglesia es pobre, pero también orgulloso. Temo que no querría aceptar nuestros caritativos regalos.

Hugo asintió y se alejó caminando pesadamente para cumplir el encargo de su abad.

Azulina y Matías habían trabado amistad. Eran los dos de la misma edad. Aunque de temperamentos muy distintos, encontraron algo en común: su interés por Tomás y Teresa, los gemelos de los Ratón de Iglesia. Habían pasado una velada muy agradable, bromeando y jugando con las criaturitas. Teresa había trepado hasta el regazo de Matías y se había quedado dormida, y Tomás hizo lo mismo entre el pelaje aterciopelado de Azulina. La ratoncita sonrió a Matías mientras acariciaba la cabeza menuda de Tomás.

- ¡Ah, benditas sean sus patitas! ¿Verdad que tienen una carita angelical?

Matías asintió.

Colin Campañol soltó una risita ahogada y dijo tontamente:

- Oooh, mirad a Matías y a Azulina, cuidando a esos bebés como si fueran un matrimonio de viejos. ¡Vaya, que se hunda mi talud!

El hermano Alf lo reprendió con severidad.

-¡Será mejor que le eches el freno a esa estúpida lengua que tienes, Colin Campañol! ¿No sabes que algún día Matías será un ratón de Redwall? Y no quiero oír que calumnias a la joven Azulina. Es una ratoncita decente de una buena familia. Mucho ojo, joven Campañol, porque podría decirles cuatro cosas de ti a tus padres. Anoche mismo te vi jugando al «escondite» con esa ratoncita de las cosechas... ¿cómo se llama?

Colin Campañol enrojeció hasta la punta del hocico. Salió, indignado, agitando el rabo y farfullando que iba fuera a tomar el aire.

Matías captó una señal y una mirada del abad. Se despidió de Azulina, excusándose, depositó a la dormida Teresa suavemente sobre su silla y se acercó al abad.

-Ah, Matías, hijo mío, aquí estás. ¿Has disfrutado con mi banquete de aniversario?

-Sí, gracias, padre -contestó Matías.

-Bien, bien -dijo el abad, riendo entre dientes-. Bueno, iba a encomendar un encargo especial al hermano Alf o al hermano Edmundo, pero ya no son jóvenes y los dos parecen cansados a estas horas de la noche. Así que he pensado pedirle a mi jefe de pescadores de tímalos que realice esa tarea especial para mí.

Matías se irguió un poco instintivamente.

- Hable y soy su ratón, señor.

El abad se inclinó hacia él para hablarle confidencialmente.

- ¿Ves a la familia Ratón de Iglesia? Bueno, el camino de regreso a casa es muy largo para ir a pie. ¡Cielo santo, y son tantos! He pensado que sería una espléndida idea que los llevaras a casa en el carro de la abadía, junto con todos los que lleven el mismo camino. Constanza, el tejón hembra, tiraría del carro, por supuesto, y tú puedes actuar como guía y guardaespaldas. Llévate un buen bastón, Matías.

El joven ratón no necesitó que se lo repitieran. Se irguió en toda su estatura e hizo un pulcro saludo militar.

-Déjemelo a mí, padre abad. La vieja Constanza es un poco lenta de ideas. Yo asumiré toda la responsabilidad.

Una risa silenciosa sacudió el cuerpo del abad al contemplar a Matías que se alejaba marchando como un soldado. Matías tropezó y cayó sobre el rabo.

-¡Vaya por Dios! Tengo que conseguirle a ese joven ratón unas sandalias que no le queden tan grandes -se dijo el abad por segunda vez aquel día.

Bueno, menudo golpe de suerte. ¡Con lo cerca que vivía la familia de la hermosa Azulina de los Ratón de Iglesia! Matías estaba más que contento de llevarlos a su casa.

¿Le apetecía a la señorita Azulina sentarse a su lado? ¡Por supuesto que sí!

Los padres de Azulina se sentaron en el interior del carro. La madre ayudó a la señora Ratón de Iglesia con los más pequeños, mientras el padre charlaba con Juan Ratón de Iglesia mientras compartían una pipa de viejos helechos retorcidos.

Fray Hugo dejó caer un abultado saco junto a la señora Ratón de Iglesia.

-El abad me ha pedido que le dé las gracias por prestarle cuencos y manteles, señora -dijo el fraile con un gran guiño.

-¿Están todos cómodos ahí atrás? -preguntó Matías-. Bien, allá vamos, Constanza.

El gran tejón hembra hizo avanzar el carro lentamente, mientras sus ocupantes se despedían dando las buenas noches. Saludó a Matusalén, el anciano portero, con una inclinación de cabeza. Cuando el carro salió a la carretera una media luna dorada los iluminó desde el firmamento estrellado en la noche estival. Matías alzó la vista hacia arriba, sintiéndose como si diera vueltas despacio junto con la silenciosa tierra. Reinaba la paz; los bebés ratones gimoteaban de vez en cuando en el interior del carro, sumidos en sus pequeños sueños secretos; Constanza avanzaba lentamente, como si hubiera salido a dar un paseo nocturno y no arrastrara peso alguno; el grueso bastón de madera de fresno yacía olvidado en la parte de atrás del carro.

Azulina dormitaba sobre el hombro de Matías. Oía el suave murmullo de las voces de su padre y de Juan Ratón de Iglesia. mezclándose con el zumbido de los insectos nocturnos de setos y prados en aquella apacible noche.

El Verano del Rosal Tardío... Azulina repitió las palabras mentalmente, pensando en el viejo rosal trepador que florecía en los jardines de la abadía. Normalmente solía estar lleno de flores en aquella época, pero aquel año, por alguna razón desconocida, había preferido florecer más tarde. Estaba cubierto de capullos dormidos, pese a que estaban ya a mediados de junio. Esto ocurría de muy tarde en tarde, y solía anunciar un verano más largo de lo habitual y muy caluroso. El anciano Matusalén sólo recordaba otros tres veranos como aquél en su dilatada vida. Así pues, había aconsejado que en el calendario y en las crónicas de la abadía, se señalara aquél como «El Verano del Rosal Tardío». Azulina hundió más la cabeza, completamente dormida.

El viejo carro rodaba suavemente por el largo camino polvoriento. Se encontraban a medio camino de la iglesia en ruinas de San Ninián donde vivía Juan Ratón de Iglesia, como su padre, su abuelo y su bisabuelo antes que él. Matías había caído en un profundo sueño. Ni siquiera Constanza podía impedir que se le cerraran los ojos; cada vez caminaba con mayor lentitud. Era como si el pequeño carro y sus ocupantes hubieran caído en el mágico embrujo

de una noche encantada.

De repente, sin previo aviso, les despertó el retumbar de cascos.

Nadie supo determinar de dónde procedía el ruido. Parecía llenar hasta el aire que los rodeaba a medida que crecía en intensidad; el suelo empezó a temblar.

Un sexto sentido advirtió a Constanza que debía apartarse del camino para esconderse. El fuerte tejón hembra dio un tremendo tirón. Sus garras, que no eran afiladas, levantaron el polvo de la cuneta cuando hizo atravesar el carro por una brecha en el seto de espino y descendió por el terraplén donde clavó las patas para detenerse, y luego sujetó el carro, mientras Juan Ratón de Iglesia y el padre de Azulina bajaban de un salto y calzaban las ruedas con piedras.

Matías ahogó un grito de asombro cuando un caballo gigantesco pasó galopando con las crines ondeando y los ojos desorbitados por el pánico. Tiraba de un carro de heno que daba violentas sacudidas. Matías vio ratas entre el heno, pero no eran ratas vulgares, sino enormes ratas andrajosas, las más grandes que había visto en su vida. Sus gruesos brazos tatuados empuñaban armas diversas: picas, cuchillos, lanzas y largos alfanjes oxidados. ¡De pie, en audaz equilibrio sobre la parte posterior del carro de heno, se erguía la rata más grande, salvaje y malvada que podía surgir de una pesadilla! En una pata llevaba una larga pértiga con la cabeza de un hurón clavada en la punta, mientras que con la otra blandía su gruesa y enorme cola que hacía restallar como un látigo. Riendo como un loco y lanzando extrañas maldiciones, se balanceaba hábilmente para no caerse. Carro y caballo se perdieron en la noche, siguiendo con estrépito por la carretera. ¡Habían desaparecido con la misma rapidez con que se habían presentado!

Matías salió al camino con el bastón en la mano. Tras él unas briznas de heno descendían hasta el suelo. Le temblaban las piernas. Constanza guió el carro del abad de vuelta a la carretera. Azulina ayudaba a su madre y a la señora Ratón de Iglesia a tranquilizar a los pequeños, que lloraban de miedo. Azulina y Matías contemplaron los surcos que había dejado el carro de heno en medio del polvo que poco a poco se iba aposentando.

-¿Has visto eso?

-¡Lo he visto, pero no me lo creo!

-¿Qué era eso, por todos los santos?

-Más bien por todos los demonios.

-¡Todas esas ratas! ¡Y tan enormes!

-¡Sí, y la de atrás! Parecía el Diablo en persona.

Al ver a Matías atónito aún por lo sucedido, Constanza asumió la responsabilidad e hizo dar media vuelta al carro.

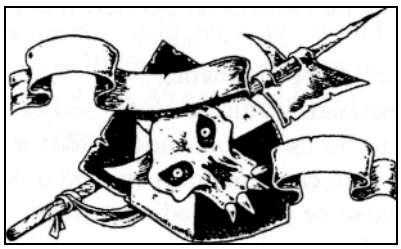
-Creo que será mejor que volvamos a la abadía -dijo con firmeza-. Debemos informar al padre abad de lo que hemos visto inmediatamente.

Sabiendo que el tejón hembra tenía mucha más experiencia que él, Matías asumió su posición de segundo en el mando.

-De acuerdo, Azulina, sube al carro y cuida de la madre y los bebés -dijo-. Señor Ratón de Campo, señor Ratón de Iglesia, pónganse delante con Constanza, por favor.

Los ratones obedecieron en silencio. El carro avanzó con Matías situado en la retaguardia. El joven ratón aferraba el bastón con fuerza, dando la espalda a los que protegía, de cara al camino, en la dirección que había tomado el carro de heno.

6



El caballo salió indemne.

Fue el carro de heno el que sufrió más daños. Galopando desbocado de lado a lado del camino, el caballo con anteojeras no vio los dos pilares de la verja a su derecha; deslizándose peligrosamente, el carro se estrelló contra los montantes. Las maderas se partieron con estrépito y el caballo siguió galopando, llevando tras de sí riendas, varas y maderas rotas.

Haciendo uso de sus rápidos reflejos, Cluny saltó limpiamente. Aterrizó a cuatro patas, como los gatos, cuando el carro de heno acabó volcado en la cuneta con las ruedas torcidas girando en el vacío.

Animado por la loca carrera y el peligro que había corrido al final, Cluny caminó majestuosamente hacia la cuneta. Los gritos angustiados de los que se habían quedado atrapados bajo el carro llegaron a sus oídos. Escupió con desprecio, entrecerrando el ojo bueno.

Vamos, salid de ahí, cobardes, comida de gatos -gritó-. ¡Diente Rojo! ¡Garranegra! Presentaos inmediatamente o usaré vuestras cabezas para jugar a los bolos.

Los dos esbirros de Cluny salieron arrastrándose de la cuneta, medio mareados y sacudiendo la cabeza.

¡Fiuuuu! La cola de látigo los llevó rápidamente junto a Cluny.

-Trespatas y Zarpas están muertos, jefe.

-Muertos, jefe. El carro los ha aplastado.

-Entendido, jefe.

-¡Orejacortada! ¡Sarnoso! Coged veinte ratas y buscad provisiones. El resto que se meta en la iglesia. Diente Rojo, Garranegra, a ver si encontráis cualquier cosa por ahí que nos sirva de arma, como las verjas de hierro puntiagudas. Suele haberlas en los cementerios de las iglesias. Vamos, rápido.

¡Cluny había llegado!

-Estúpidos -dijo Cluny con un gruñido-. ¡Les está bien empleado! ¿Y el resto?

-El viejo Cola de Gusano ha perdido una pata. Otros están malheridos.

Cluny los miró despectivamente.

-Aah, lo superarán, y sufrirán cosas peores cuando yo haya acabado con ellos. Se están volviendo gordos y vagos, ¡por mis tripas! No durarían ni cinco minutos en medio de una galerna en el mar. ¡Vamos, sacos de pulgas medio muertos! Subid aquí.

Las aterrorizadas ratas hicieron esfuerzos frenéticos por salir de debajo del carro y trepar por la cuneta, ansiosos por obedecer la severa Orden con la mayor rapidez posible. Se apiñaron en torno al pilar que seguía en pie, y que su jefe había elegido para encaramarse. Nadie se atrevió a gemir ni a quejarse de sus heridas. ;Quién podía predecir el humor del señor de la guerra?

-Bien, aguzad las orejas y escuchadme -gruñó Cluny-. En primer lugar, tenemos que descubrir dónde hemos atracado. Vamos a orientarnos.

Diente Rojo alzó la pata.

- La iglesia de San Ninián, jefe. Eso dice en esa tabla de ahí.

- Bueno, no importa -replicó Cluny-. Nos servirá como amarradero hasta que encontremos algo mejor. ¡Marca de Colmillo! ¡Ladrón de Queso!

- ¿Jefe?

- Explorad la zona. A ver si podéis encontrar un alojamiento mejor que este montón de ruinas. Volved hacia el oeste. Creo que pasamos por delante de un gran edificio.

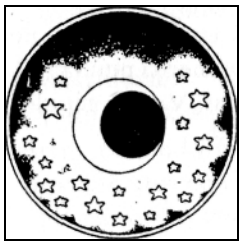
- Sí, sí, jefe.

- ¡Sapo Inmundo! ¡Apestoso!

-Jefe?

-Coged cincuenta soldados y a ver si podéis reclutar a cualquier rata que conozca el terreno. Que sean ratas grandes y fuertes, pero traed también comadrejas, armiños y hurones. Nos servirán en caso de apuro. Ojo, nada de discusiones. Destrozad sus madrigueras para que no tengan casas por las que preocuparse. Si alguno se niega a venir, matadlo en el sitio. ¿Entendido?

7



Matías no había estado nunca despierto toda una noche. Estaba un poco cansado, pero lo mantenía en pie una extraña excitación. La noticia que había llevado a la abadía parecía haber puesto en marcha grandes acontecimientos.

Inmediatamente, tras ser informado sobre el incidente del carro de heno, el abad había insistido en convocar una reunión especial de la asamblea de todas las criaturas de Redwall. Una vez más, la Caverna se llenó hasta los topes, pero esta vez con un propósito muy diferente al del festín de aniversario. Constanza y Matías estaban de pie ante el Consejo de Ancianos. A su alrededor se oía el suave murmullo de los cuchicheos.

El abad Mortimer llamó al orden tocando una campanilla.

-Presten atención todos. Constanza y Matías, os lo ruego, explicad al Consejo lo que habéis visto esta noche en el camino de San Ninián.

El tejón hembra y el joven ratón relataron el incidente con el carro de heno lleno de ratas, con la mayor claridad posible. El Consejo les interrogó después.

-Ratas dices, Matías. ¿Qué tipo de ratas? -preguntó la hermana Clementina.

-Muy grandes -contestó Matías-, aunque me temo que no podría decir de qué tipo eran ni de dónde procedían.

-¿Y tú, Constanza?

-Bueno, recuerdo que mi anciano abuelo conoció una vez a una rata de barco -respondió el tejón hembra-. Por su descripción, eso me han parecido a mí las de esta noche.

-¿Y cuántas ratas dirías que había? -preguntó el abad.

-No lo sé con seguridad, padre abad. Debían de ser cientos.

-¿Matías?

- Oh, sí, padre. Estoy de acuerdo con Constanza. Al menos cuatrocientas.

-¿Te has fijado en algo más, Constanza?

- Sí, padre. Mis sentidos de tejón me dijeron inmediatamente que eran ratas malvadas.

La afirmación del tejón hembra provocó gritos y protestas: «Tonterías. Mera

especulación», o «¡Siempre igual! ¡Es la fama de las ratas!».

Matías acalló todas las voces, alzando una pata.

- Constanza tiene razón -gritó-. Yo mismo lo noté. Había una enorme rata con una cabeza de hurón en una pértiga. La he mirado bien, era un monstruo horrible.

En el silencio que siguió, el abad se levantó para encararse con Matías. Se inclinó ligeramente para mirar al joven ratón a los ojos.

- Piénsalo bien, hijo mío. ¿Has notado algo especial en esa rata?

Matías reflexionó unos instantes.

-Era mucho más grande que las demás, padre.

-¿Qué más? Piensa. Matías.

-¡Ya recuerdo! Sólo tenía un ojo.

- ¿El derecho o el izquierdo?

- El izquierdo, creo. Sí, era el izquierdo, padre.

-Bien, ¿recuerdas algo sobre su cola?

-Sí, desde luego -respondió Matías con voz chillona-. Debe de ser la cola más larga de todas las ratas vivientes. La sujetaba con la pata como si fuera un látigo.

El abad se paseó de un lado a otro antes de darse la vuelta hacia los reunidos.

- Dos veces en mi vida he oído hablar a viajeros sobre esa rata. Su nombre temen susurrarlo hasta los zorros en medio de la noche. ¡Cluny el Flagelo!

Un silencio mortal se adueñó de todas las criaturas en la Caverna.

¡Cluny el Flagelo!

No podía ser. Sólo era una leyenda, una advertencia que usaban las madres cuando los más pequeños eran díscolos o desobedientes.

«¡Duérmete, o Cluny vendrá a por ti!»

«¡Cómete la cena o Cluny va a venir!»

«¡Ven ahora mismo, o se lo diré a Cluny!»

La mayoría de criaturas no sabían siquiera qué era Cluny. No era más que una especie de monstruo que poblaba las pesadillas y los oscuros recovecos de la imaginación.

El silencio lo rompieron bufidos despectivos y risas burlonas. Se dieron codazos unos a otros. Los ratones sonreían de alivio. ¡Así que Cluny el Flagelo!

Sintiéndose avergonzados, Matías y Constanza lanzaron una mirada suplicante al abad, pidiendo su apoyo. El viejo rostro del abad Mortimer tenía una expresión severa cuando sacudió la campanilla vigorosamente.

-Ratones de Redwall, veo que entre vosotros hay quienes dudan de la palabra de vuestro abad.

Las palabras, tranquilas pero autoritarias, hicieron que un azorado Consejo de Ancianos se removiera en los asientos. El hermano José se levantó y se aclaró la garganta.

-Ejem, buen padre abad, todos respetamos su palabra. Usted es nuestro guía, pero la verdad es que... en fin, quiero decir que...

La hermana Clementina se levantó también y extendió las patas. -Tal vez Cluny venga a por todos nosotros por habernos quedado despiertos hasta tan tarde.

Sus irónicas palabras fueron recibidas con un estallido de risas.

A Constanza se le erizó el pelaje del lomo. Emitió un furioso gruñido, seguido de un aullido feroz. Los ratones se apretujaron llenos de miedo. Nadie había visto antes a un tejón furioso, gruñendo en una reunión del Consejo.

Antes de que pudieran recobrarse, Constanza se había levantado sobre las patas traseras para hablar.

-No había visto jamás un hatajo de bobos cabezas huecas como éste. Deberíais avergonzaros, todos vosotros, de esas risitas tontas de cachorros de nutria que han cazado un escarabajo. Jamás pensé que viviría para ver a los Ancianos de Redwall actuando de esta manera. -Constanza encorvó sus grandes hombros y lanzó una feroz mirada en derredor, que

los hizo temblar a todos-. Ahora, escuchadme bien. Prestad atención a lo que os tiene que decir el padre abad. La próxima criatura que suelte un solo chillido se las verá conmigo. ¿Entendido?

El tejón hembra hizo una profunda reverencia con gran dignidad, haciendo un gesto con su gran pata.

- Tiene usted la palabra, padre abad.

- Gracias, Constanza, mi buena y leal amiga -musitó el abad, y paseó la mirada por la sala, meneando la cabeza con gravedad.

Es poco lo que puedo decir sobre el asunto, pero como veo que aún no estáis convencidos, aquí está mi propuesta. Enviaremos a dos ratones a relevar al portero. Veamos, sí... hermanos Rufo y Jorge, ¿seríais tan amables de relevar al hermano Matusalén? Decidle que venga, por favor, y también que traiga los archivos de los viajeros. Pero no los actuales, sino los volúmenes viejos que se usaron en tiempos pretéritos.

Rufo y Jorge, ambos ratones sensatos y corpulentos, salieron tras inclinarse formalmente ante el abad.

A través del alto ventanuco, Matías vio los dedos rosa y oro de la aurora descendiendo hacia la Caverna. Los cabos de las velas empezaban a apagarse. En el transcurso de una noche, los acontecimientos habían convertido una fiesta en una crisis y él, Matías, había desempeñado un papel importante en ambos. Primero pescando el gran tímalo, e informando luego sobre el carro de heno, sucesos de no poca importancia en la vida de un pequeño ratón como él.

El anciano hermano Matusalén era el guardián de los archivos de la abadía desde tiempos inmemoriales. Era el trabajo de toda una vida y una pasión absorbente. Además de la crónica oficial de Redwall, redactaba también un volumen personal lleno de información valiosa. Criaturas viajeras: aves migratorias, zorros errantes, ardillas excursionistas y liebres locuaces; todas se detenían a charlar con el viejo ratón, aceptando su hospitalidad sin soñar siquiera con hacerle daño en modo alguno. Matusalén tenía el don de las lenguas. Podía entender a cualquier criatura, incluso a los pájaros. Era un anciano ratón extraordinario, que vivía en compañía de sus volúmenes en la soledad de la casa que había junto al portón de entrada a la abadía.

Sentado en la silla del padre abad, Matusalén sacó sus anteojos de un estuche de corteza musgosa y se los colocó cuidadosamente sobre el hueso de la nariz. Todos los demás se agruparon a su alrededor mientras él abría uno de los libros y hablaba con una vocecita aguda que apenas era algo más que un susurro.

-Mmm, mmm, milord abad Cedric. Sois Cedric, ¿verdad? ¡Cáspita, no! Debéis de ser Mortimer, el nuevo abad, el que sucedió a Cedric. Dios mío, he visto a tantos llegar y marcharse. Mmm, mmm, milord abad Mortimer y miembros de Redwall. Voy a leeros el registro de un invierno de hace seis años. -Aquí el anciano ratón tardó un rato en pasar las páginas-. Mmm, ah, sí, aquí está. «A finales de noviembre, Año del Pequeño Castaño Dulce, de un gavilán helado que llegaba del lejano norte...» Un tipo peculiar, hablaba con un extraño acento. Le arreglé una pluma del ala derecha. «... noticias del desastre de una mina, ocasionado por una enorme y salvaje rata de barco llamada Cluny Al parecer esa rata quería acantonar a su ejército en la mina. Los tejones y otras criaturas que eran dueños de la mina consiguieron rechazarlos. Cluny regresó por la noche, y con su banda de ratas socavó a mordiscos gran parte de los puntales de madera, lo que hizo que la mina se derrumbara al día siguiente, matando a sus dueños».

El hermano Matusalén cerró el libro y miró a los reunidos por encima de sus anteojos.

-No es necesario que lea más. Puedo recitar otras muchas fechorías de memoria. En los últimos seis años, a medida que las

hordas de Cluny el Flagelo han avanzado hacia el sur, he recogido informaciones de otros incidentes: una granja a la que prendió fuego ese mismo año... una camada entera de

cochinillos a los que se comieron vivos las ratas... enfermedades propagadas entre el ganado por el ejército de Cluny. Hace dos años, un perro de ciudad me trajo una noticia: un ejército de ratas causó una estampida de vacas, que arrollaron una aldea causando el caos y la destrucción.

Matusalén interrumpió su perorata y parpadeó.

-¿Y vosotros os atrevéis a dudar de la palabra de nuestro abad y decís que Cluny no existe? Pues sois unos perfectos idiotas.

Las palabras de Matusalén causaron la consternación general. Muchos ratones alterados se mordisquearon las patas. Nadie podía dudar que había dicho la verdad; era ya viejo y sabio cuando la mayoría de los más viejos eran aún crías ciegas y sin pelo que gimoteaban pidiendo comida a su madre.

Por mis bigotes, qué desastre.

- ¿No sería mejor que cogiéramos nuestras cosas y nos fuéramos?

- Tal vez Cluny no nos haga nada.

- Dios mío, Dios mío, ¿qué vamos a hacer?

Matías saltó al centro de la asamblea blandiendo su bastón. -¿Hacer? -exclamó-. Os diré lo que vamos a hacer. Vamos a prepararnos.

El abad no pudo por menos que menear la cabeza con admiración. Al parecer el joven Matías tenía un lado insospechado.

- Vaya, gracias, Matías -dijo-. No lo habría dicho mejor ni yo mismo. ¡Vamos a prepararnos!

8



Cluny el Flagelo tenía pesadillas.

Se había tumbado en la cama de los Ratón de Iglesia para un merecido descanso, mientras su ejército se afanaba en cumplir las tareas encomendadas. No debería haberse acostado con el estómago vacío, pero el cansancio había podido más que el hambre.

En el sueño de Cluny todo estaba velado por una neblina roja. Los gritos de sus víctimas resonaban en el aire entre las llamas de graneros ardiendo, y unos barcos se iban a pique en medio de la galerna, en un mar rojo. Reses de ganado mugían de dolor mientras combatía con la pica que le había vaciado el ojo. El señor de la guerra arrollaba a su paso, matando, venciendo y reduciéndolo todo a cenizas en su sueño.

Entonces apareció una figura fantasmal.

Al principio parecía una cosa pequeña, un ratón de hecho, vestido con una larga túnica y capucha. A Cluny no le hacía ninguna gracia encontrarse con él -no habría sabido decir por qué-, pero el ratón se acercaba más y más. Por primera vez en su vida. ¡Cluny dio media vuelta y huyó!

Cluny salió disparado como un murciélago del infierno. Al volverse para mirar, vio las

masacres, muertes y desgracias que había causado durante toda su vida. La gran rata soltó una carcajada de demente v corrió aún más rápido; las escenas de desolación y destrucción se sucedían, sembradas todas por Cluny el Flagelo. Flotando a través de la roja neblina veía aún al extraño ratón que lo seguía de cerca. Cluny sintió crecer el odio hacia su perseguidor, que parecía haberse hecho más grande y tenía los ojos fríos y lúgubres. En lo más profundo de sus entrañas, Cluny comprendió que ni siquiera él podía asustar a aquel ratón del extraño atuendo, que ahora empuñaba una brillante espada, una antigua arma de terrible belleza. La hoja de la espada, mellada por mil batallas, tenía una palabra grabada que no pudo distinguir.

Las patas de Cluny chorreaban un sudor ácido. Trastabilló. La extraña figura se acercó más. ¡Había adquirido una estatura gigantesca!

Cluny tenía la sensación de que le iban a estallar los pulmones. Se dio cuenta de que él iba más despacio y de que el ratón se acercaba. Intentó coger de nuevo velocidad, pero las piernas no le obedecían. Cada vez corría más despacio y le costaba más. Cluny maldijo sus miembros de plomo a voz en cuello. Se vio atrapado en un barro profundo y helado. Por primera vez conoció el significado del miedo y el pánico.

Se dio la vuelta lentamente. Demasiado tarde; el enemigo se abalanzaba sobre él, y él estaba inmóvil, indefenso. El ratón vengador blandió la espada por encima de la cabeza; un millón de luces se reflejaron en su hoja mortífera cuando descendió sobre Cluny.

¡Bong!

El tañido lejano de la Campana de José arrancó a Cluny del reino de las pesadillas y lo devolvió a la fría realidad. Sintiendo escalofríos, se enjugó el sudor con una pata temblorosa. Salvado por la campana.

Estaba perplejo. ¿Qué significaba aquel espantoso sueño? Cluny no había sido nunca dado a creer en presagios, pero aquel sueño... había sido tan real, tan vívido, que se estremeció.

Una tímida pata llamó a la puerta, despertando a Cluny de sus reflexiones con un sobresalto. Eran Orejacortada y Sarnoso, sus carroñeros. Entraron en la habitación a hurtadillas, intentando ocultarse el uno detrás del otro, conscientes de que los pobres resultados de su exploración incurrirían sin duda en la ira del jefe. Su suposición era correcta.

El ojo siniestro de Cluny los contemplaba mientras su larga cola flexible revisaba las míseras ofrendas que habían dejado caer: unos cuantos escarabajos muertos, dos grandes lombrices de tierra, unas hierbas indeterminadas, y los lamentables restos de un gorrión que había muerto hacía ya tiempo.

Cluny sonrió a Orejacortada y a Sarnoso.

Ellos le devolvieron la sonrisa con un suspiro de alivio. El jefe estaba de buen humor.

Las enormes patas de Cluny salieron disparadas a una velocidad vertiginosa para agarrar a ambas ratas cruelmente por las orejas. Aquellos estúpidos esbirros chillaron lastimosamente al verse alzados del suelo y sacudidos de un lado a otro. Cluny los arrojó contra la puerta, dejándolos semiinconscientes; en sus oídos resonaron las furiosas palabras del jefe:

-¡Escarabajos, lombrices y gorriones podridos! Traedme comida. ¡Carne tierna y roja! La próxima vez que me traigáis una basura como ésta, os clavaré en un pincho y os asaré en vuestro propio jugo. ¿Queda claro?

Sarnoso señaló a su compañero con una pata acusadora.

-Por favor, jefe, ha sido culpa de Orejacortada. Si hubiéramos atravesado los campos en lugar de ir por el camino...

-No hagas caso de este mentiroso gordo y feo, jefe. Ha sido él el que ha sugerido seguir por el camino, no yo...

-¡Fuera!

Los carroñeros salieron disparados, chocando torpemente entre sí al intentar cruzar el umbral de la puerta al mismo tiempo. Cluny se dejó caer de nuevo sobre la cama y resopló con impaciencia.

Sapo Inmundo y Apestoso fueron los siguientes en presentarse.

Llegaron con noticias que animaron un tanto a Cluny. Habían conseguido más de un centenar de nuevos reclutas, ratas en su mayor parte, pero también una buena remesa de hurones y comadrejas, y algún que otro armiño. A algunos habían tenido que convencerlos. Una buena paliza de Sapo Inmundo y la amenaza de una muerte horrible los habían persuadido de que lo más sensato era alistarse en el ejército de Cluny. Otros eran nómadas hambrientos, más que dispuestos a unirse al señor de la guerra de infausto nombre. Estos estaban ávidos de saqueos y botines, y les complacía pertenecer al bando del seguro vencedor. Alineados en el cementerio de la iglesia, los reclutas habían recibido sus armas de manos de Diente Rojo y Garranegra, y aguardaban impasibles en formación a que les pasara revista el jefe.

Cluny asintió. Viles ratas, hurones hambrientos, astutas comadrejas, malvados armiños: justo lo que necesitaba.

-Léeles las condiciones, Diente Rojo -ordenó.

Diente Rojo se paseó de un lado a otro del cementerio mientras recitaba la fórmula de memoria.

-Bien, vista al frente. ¡Ahora estáis al servicio de Cluny el Flagelo, muchachos. Desertar es morir. Retroceder es una sentencia de muerte. Desobedecer es vuestra perdición. Yo soy Diente Rojo, el segundo en el mando de Cluny. Obedeceréis las órdenes de vuestros capitanes. Ellos obedecen mis órdenes. Yo recibo las órdenes de Cluny, no lo olvidéis. Bien, si alguno de vosotros, o un par, o un grupo, o incluso todos juntos queréis intentar batir a Cluny para liderar su horda, ahora es el momento.

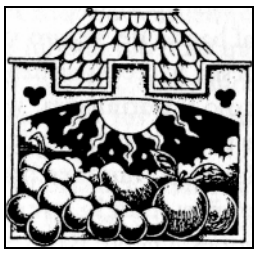
De repente, Cluny cargó de cabeza contra los nuevos reclutas, agitando salvajemente su cola flageladora, lanzándolos a derecha e izquierda con su impresionante fuerza. Mostrando los dientes y entrecerrando el ojo, siguió agitando ferozmente la cola hasta que todos salieron en desbandada para ocultarse tras las lápidas. Cluny echó la cabeza hacía atrás y estalló en carcajadas.

-No hay agallas, ¿eh? ja, mejor! No os quiero muertos entre mis patas antes de encontraros una buena batalla en la que luchar. Y, no os equivoquéis, porque cuando llegue el momento, os veré combatir, ya lo creo, y morir también. Bien, ahora coger las armas y veamos si sabéis quién es vuestro amo y señor.

Un abigarrado tropel de sujetos de mala catadura se alzó a contraluz bajo el cielo sin nubes, y aquellos nuevos reclutas lanzaron feroces vítores.

¡Cluny, Cluny, Cluny el Flagelo!»

9



El abad Mortimer y Constanza, el tejón hembra, paseaban por los jardines de la abadía. Ambas criaturas estaban sumidas en hondas meditaciones. Habían conversado y expresado sus opiniones sobre un mismo asunto: la seguridad de Redwall.

Durante generaciones, la antigua y hermosa abadía había representado la felicidad, la paz y el refugio para todos. Laboriosos ratones cuidaban los pulcros huertos que cada temporada daban alimentos en abundancia: coles de todo tipo, calabacines, nabos, guisantes, zanahorias, tomates, lechugas y cebollas, cada cosa en su momento. Los macizos de flores fragantes, con incontables variedades, desde la rosa a la humilde margarita, los plantaban los ratones y los atendían las trabajadoras abejas, que recompensaban a Redwall con un copioso suministro de miel y de cera.

Los dos amigos siguieron caminando más allá del estanque. El sol de la mañana se reflejaba en el agua, rizada en torno a los peces atrapados en la red, que todas las noches tendía el hermano Alf. Ante ellos se extendían los arbustos de frambuesas, moras, arándanos, y el fresa] donde todos los meses de agosto había crías durmiendo con la tripa llena después de comerse las mejores fresas. Poco a poco rodearon los altos y viejos castaños para adentrarse en el huerto de árboles frutales. Aquél era el lugar favorito del abad. Más de una agradable siesta había dormido allí en las tardes estivales, con el aroma de las frutas maduras sobre sus bigotes: manzanas, peras, membrillos, ciruelas, ciruelas damascenas, incluso una parra silvestre en la cálida piedra roja de un muro quedaba al sur. La vieja Madre Naturaleza bendecía aquel remanso de paz y amistad.

La amenaza de Cluny sobre Redwall hacía que los dos viejos amigos apreciaran aún más la hermosa prodigalidad de la que había sido desde siempre su morada. Los dulces trinos que llenaban el aire sereno tiñeron el corazón de Constanza de melancolía y aflicción, porque aquella existencia pacífica pronto llegaría a su fin. Con brusquedad, ahogó el sollozo que pugnaba por salir de su garganta y pestañeó para contener las lágrimas. El abad percibió la angustia de su acompañante y palmeó el áspero pelaje del tejón hembra con su amable pata.

-Vamos, vamos, vieja amiga. No temas. No han sido pocas las veces en nuestra historia que hemos evitado la tragedia gracias a sucesos milagrosos.

Constanza gruñó a modo de asentimiento, pues no deseaba desilusionar a su confiado y viejo amigo. En su interior sabía que una negra sombra se cernía sobre la abadía. Además, era una amenaza del presente, no de los tiempos legendarios de fabulosas hazañas.

Matías se sentó para tomar su temprano desayuno en la Caverna: pan de frutos secos, manzanas y un cuenco de leche fresca de cabra. Azulina, junto con otras criaturas de los bosques a las que se había acogido en la abadía, dormía en unos alojamientos improvisados por los buenos ratones de Redwall. Matías tenía la sensación de haberse hecho adulto de la noche a la mañana. El deber era un manto que él se había colocado de buen grado sobre los hombros. Si existía una amenaza exterior sobre Redwall, había que enfrentarse con ella. Los ratones de Redwall eran criaturas pacíficas, pero eso no debía tomarse como signo de debilidad. Matías siguió masticando, imperturbable, mientras sopesaba el problema.

-Come con garlas, Matías. No sirve de nada afrontar los problemas con el estómago vacío. Da de comer al cuerpo y alimenta el espíritu.

El joven ratón se sorprendió al ver que el viejo hermano Matusalén lo había estado observando con ojos que parpadeaban sin cesar tras sus curiosos anteojos. El anciano ratón se sentó a la mesa con un pequeño gruñido.

-No te sorprendas tanto, jovencito. Tu rostro es un libro abierto para alguien de mis años.

Matías apuró la leche del cuenco y se limpió los bigotes con el dorso de la pata.

-Aconséjeme, hermano Matusalén -dijo-. ¿Qué haría? El viejo ratón frunció el hocico.

-Exactamente lo mismo que tú, es decir, si fuera más joven y no estuviera tan tieso como un palo.

-¿Quiere decir que lucharía?

-Por supuesto -contestó Matusalén, golpeando la mesa con su pata huesuda-. Es el único camino sensato. -Hizo una pausa y miró a Matías de un modo extraño-. Mmm, ¿sabes?, hay algo en ti, joven amigo. ¿Has oído hablar de cómo llegó Martín el Guerrero a Redwall?

-¡Martín! -exclamó Matías, inclinándose hacia el anciano con vehemencia-. Háble me, hermano. Me encanta oír historias del monje guerrero.

La voz de Matusalén se convirtió en un susurro apenas audible.

-Está escrito en la gran crónica de Redwall que Martín era demasiado joven para ser un guerrero. Puede que tuviera la misma edad que tú, Matías. Y como tú, era impulsivo y tenía la gran virtud de una juvenil inocencia cuando llegó por primera vez a nuestra abadía. Pero también está escrito que, llegado el momento del infortunio, Martín tenía el don natural del mando sobre todos los demás, muy superior a lo que cabía esperar por su edad y su experiencia. La crónica dice que todos buscaban en él la fortaleza de un padre.

Matías escuchaba maravillado, y no poco perplejo.

-¿Por qué me cuenta todo esto, hermano Matusalén?

El anciano ratón se levantó, miró a Matías fijamente durante unos instantes y luego dio media vuelta y se fue, arrastrando los pies lentamente.

-Porque. Matías -dijo por encima del hombro-, ¡se parecía mucho a ti!

Antes de que el joven ratón pudiera hacer más preguntas al anciano, la Campana de José tocó en señal de aviso. Matías salió corriendo al jardín con sus grandes sandalias, y estuvo a punto de chocar con el abad y con Constanza, que, como todos los demás, se dirigían al portón de entrada.

Los hermanos Rufo y Jorge tenían que informar de un incidente. Una gran rata de aspecto malévolo, con tatuajes y un alfanje oxidado, se había presentado en el portón. Había intentado entrar con la excusa de que estaba herida. Cojeando, la rata había explicado que el carro de heno en el que viajaba había volcado en la cuneta. ¿Querrían acompañarla para asistir a sus amigos, muchos de los cuales estaban atrapados debajo del carro y gritaban pidiendo ayuda?

El hermano Rufo no era ningún tonto.

-¿Cuántas ratas viajaban en el carro en total? -quiso saber. -Oh, un par de centenares - fue la fácil respuesta.

Entonces, arguyó el hermano Rufo, ¿por qué las ratas no ayudaban a sus propios compañeros? Era imposible que las doscientas ratas hubieran quedado atrapadas bajo el carro. La rata eludió responder a la pregunta, haciendo grandes aspavientos y frotándose la pierna herida. ¿No podían dejarle entrar, vendarle la herida y darle un bocado al menos?

El hermano Jorge accedió, a condición de que la rata entregara primero su arma.

La rata fingió hacerlo, pero de pronto se abalanzó sobre el hermano Jorge, y cayó de bruces cuando el hermano Rufo le dio un golpe con su bastón. Al darse cuenta de que tendría que habérselas con dos ratones fuertes y competentes que no iban a aceptar más tonterías, la rata empezó a insultarles.

-ja! Esperad y veréis, ratones -dijo, colérico-. Somos todo un ejército acampado más allá, en la iglesia. Cuando le cuente a Cluny cómo me habéis tratado, jo, jo, ya veréis. Volveremos. Por el gran colmillo que volveremos. -Tras estas palabras se escabulló rápidamente, maldiciendo a todos los ratones.

La sombría noticia fue digerida en silencio por las criaturas. La señora Ratón de Iglesia rompió a llorar.

- Oh, Dios mío. ¿Has oído eso, querido? Deben de estar viviendo en nuestra casa de la iglesia de San Ninián. Oh, ¿qué vamos a hacer? Nuestra querida casita llena de horribles ratas.

El señor Juan Ratón de Iglesia intentó consolar a su esposa lo mejor que pudo.

-Vamos, vamos, calla, mujer. Mejor perder la casa que la vida. Por suerte nos han acogido aquí, en Redwall.

- Pero ¿y las demás criaturas de la zona? -preguntó Matías.

-Sabio ratón -dijo Constanza-. ¿Está por aquí Ambrosio Púas? Será mejor que vaya él a decirles que se refugien en la abadía lo antes posible. A Ambrosio no le pasará nada. Cuando se enrosca, no hay nadie que pueda tocarlo.

La idea fue recibida con entusiasmo. El hermano Alf fue en busca del erizo.

El abad sugirió que entraran todos en la abadía y aguardaran allí el desarrollo de los acontecimientos.

-Creo que sería mejor que se montara guardia en los muros -apuntó Matías de nuevo.

Uno de los ancianos ratones, la hermana Clementina, reprendió a Matías con voz seria y condescendiente.

-Novicio Matías, guardarás silencio y obedecerás a tu abad. Con gran sorpresa para todos, el abad acudió en defensa de Matías.

-Un momento, Clementina. Matías ha hablado con sensatez. Oigamos lo que tiene que decir. Ninguno de nosotros es demasiado viejo para aprender.

Todas las miradas se volvieron hacia el joven ratón, que audazmente explicó su estrategia defensiva para Redwall.

Eran las once de la mañana de una espléndida mañana de junio. En el bosque de Mossflower y en los prados resonó la voz broncínea de la gran Campana de José. Juan Ratón de Iglesia tiraba de la cuerda de la campana como le habían indicado Constanza y Matías.

-¡Ding Dong! ¡Ding Dong! Incluso las pequeñas criaturas del bosque y la campiña que no entendían más lenguaje que el suyo, sabían lo que aquello quería decir: «Peligro. Refugio en Redwall».

Acarreando los enseres imprescindibles, los habitantes del bosque y sus familias se apresuraron a acogerse a la seguridad de la abadía antes de que la tormenta de Cluny cayera sobre ellos: ardillas, ratones, ratones de campo, topos, nutrias, todos acudieron menos los pájaros, que de todas maneras estaban a salvo en el aire. Llegaron por el largo camino polvoriento, las madres protegiendo a los más pequeños, y los padres en retaguardia.

El hermano Matusalén aguardaba en el portón con el abad, para traducir su mensaje a cada grupo de criaturas, y explicarle luego la respuesta. Todos daban las gracias al padre abad y prometían ayuda y fidelidad a la abadía de Redwall. Pues, ¿qué criatura no había recibido la ayuda de los sabios y bondadosos ratones, sin que se les pidiera nada a cambio? Todos sabían que debían la existencia al abad y a su comunidad. A todos habían dado cuidados, ayuda, alimento, abrigo y buenos consejos. Había llegado la hora de unirse y recompensarlos con toda la ayuda que fuera posible. Redwall no tardaría mucho en necesitar de las habilidades y conocimientos de todos sus aliados del bosque. ¡Y ellos se los proporcionarían con gusto y agradecimiento!

Matías y Constanza estaban en lo alto de los muros, vigilando el camino. Era el mediodía y el sol caía a plomo sobre sus cabezas. A pesar del calor, Matías había ordenado a todos los ratones que se pusieran la capucha, y esto con un doble propósito, el de protegerse los ojos del sol, y el de camuflarse. Todos estaban allí de pie, en silencio, armados con gruesos bastones. Los muros de piedra arenisca roja eran demasiado altos para que los escalara cualquier criatura normal. Instintivamente, Matías sabía que constituían una buena defensa con un gran poder disuasorio.

Constanza notó que se le erizaban los pelos de lomo. Husmeó el aire y se estremeció, a pesar de la calima que cubría los prados. El gran tejón hembra dio un codazo a Matías.

-Escucha eso.

Matías aguzó los oídos y la miró con expresión inquisitiva,

- Hasta los pájaros han dejado de cantar -dijo Constanza en voz baja.

El joven ratón aferró su bastón con fuerza.

- Sí, es el silencio lo que oímos. También los saltamontes han callado.

Constanza observó la carretera allá donde se perdía en la distancia.

- Extraño para un día de verano, amigo mío.

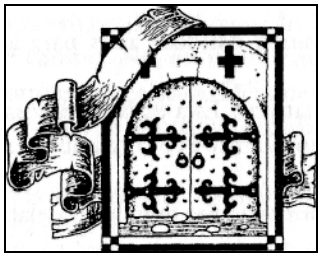
¡Dong!

Todas las criaturas que ocupaban lo alto de la muralla dieron un respingo al oír la sonora voz de la Campana de José. Desde su posición en el campanario, Juan Ratón de Iglesia

gritó:

-¡Llegan por el camino! Los veo. ¡Los veo!

10



El ejército de Cluny se detuvo al oír la Campana de José. Cuando se disipó la nube de polvo, Marca de Colmillo miró al jefe, buscando su aprobación.

-Están tocando esa campana grande otra vez, jefe. ¡Ja, ja! A lo mejor creen que con eso nos van a asustar.

El ojo del señor de la guerra miró torvamente a su explorador.

-Cierra la boca, estúpido. ¡Si hubieras hecho lo que se te ordenó y hubieras vuelto inmediatamente para informar, igual que Ladrón de Queso, ahora podríamos estar dentro de la abadía!

Marca de Colmillo se rezagó, escondiéndose entre las filas. Esperaba que Cluny hubiera olvidado su error, pero Cluny raras veces olvidaba algo en medio de una campaña. Se había perdido el elemento sorpresa; tendrían que intentar otro ardid: una demostración de fuerza. La mera visión de una horda bien armada había sido efectiva antes y a Cluny no le cabía duda de que volvería a serlo ahora. Las criaturas pacíficas corrientes solían ser presas del pánico al ver a Cluny el Flagelo al frente de su ejército. La rata era un general astuto, salvo en los momentos en que la cólera le hacía perder la cabeza, pero ¿qué necesidad había de tales excesos, tratándose de un puñado de ratones estúpidos?

Cluny conocía el valor del miedo como arma.

Y Cluny era una figura aterradora. Llevaba un manto negro hecho de alas de murciélago, atado al cuello con una calavera de topo. Su inmenso yelmo ostentaba las plumas de un mirlo negro y los cuernos de un ciervo volador. A través de la estrecha visera, su único ojo lanzaba miradas malévolas a la abadía que se alzaba ante él.

¡Alto! ¿Quién va? gritó Matías desde el alto parapeto, con voz firme y clara.

Diente Rojo avanzó dándose aires para aceptar el desafío en nombre del jefe.

Fijaos bien, criaturas. Ésta es la poderosa horda de Cluny el Flagelo. Yo me llamo Diente Rojo, y hablo en nombre de Cluny, nuestro jefe.

La réplica de Constanza fue dura y no delataba el menor miedo.

Entonces, di lo que tengas que decir y marchaos, ratas.

El silencio quedó suspendido en el aire mientras Diente Rojo y Cluny conferenciaban en susurros. Diente Rojo volvió a acercarse a los muros de la abadía.

Cluny el Flagelo dice que no piensa tratar con tejones; sólo hablará con los líderes de los ratones. Dejadnos entrar para que mi jefe pueda sentarse a hablar con vuestro jefe.

Diente Rojo retrocedió cuando su petición fue recibida con abucheos y algunos trozos sueltos de mampostería de los muros. Aquellos ratoncitos regordetes no eran tan pacíficos como aparentaban.

Las ratas miraron a Cluny, pero éste observaba al abad, que se había reunido con Constanza y con Matías y parecía hablar con ellos en voz baja. Cluny los contempló

detenidamente; parecían existir discrepancias entre el viejo ratón y sus dos consejeros. Después de un rato, Matías volvió a asomarse por el parapeto y señaló a Cluny y a Diente Rojo con el bastón que llevaba.

Tú, y tú también. Mi abad hablará con vosotros dos. Los demás tendrán que quedarse fuera.

Cluny acalló las protestas de su horda haciendo restallar la cola, y luego levantó la visera del yelmo.

De acuerdo, ratón, déjanos entrar.

¿No pedimos rehenes como salvoconducto? siseó Diente Rojo.

No digas estupideces dijo Cluny con desprecio, lanzando un escupitajo al suelo. ¿Crees acaso que un puñado de ratones con trajes raros podrían hacerme prisionero?

Diente Rojo se mordisqueaba nerviosamente la pata.

Tal vez no, jefe, pero ¿le has echado el ojo a ese tejón?

No te preocupes masculló Cluny, lo he observado bien. Es un torpe bicho de campo. No, éstos son ratones de honor. Preferirían morir que romper su palabra. Déjame esto a mí.

Cuando Cluny y Diente Rojo se dirigían hacia el portón, Constanza les gritó:

Deponed vuestras armas, ratas. Quitaos la armadura para demostrar que venís en son de paz.

Diente Rojo escupió furiosamente.

¡Por todos los dientes del infierno! ¿Quién se ha creído que es ésa para dar órdenes?

Silencio dijo Cluny, lanzándole una mirada de advertencia. Haz lo que dice.

Ambas ratas se quitaron la armadura y la dejaron formando un montón en la carretera.

Si realmente eres Cluny el Flagelo gritó entonces Matías, sabemos que tu cola es un arma. De modo que te la atarás fuertemente alrededor de la cintura para que no puedas usarla.

Cluny soltó una desagradable carcajada. Miró a Matías entornando el ojo e hizo chasquear la cola con gran efectismo.

-Joven ratón –gritó-. Haces bien en pedirme eso, pues en verdad estás contemplando a Cluny el Flagelo.

Tras decir estas palabras, cogió la cola con las patas, le quitó la pica emponzoñada que tenía en la punta y la arrojó a la pila de la armadura. Luego se hizo un nudo con la cola en torno a la cintura.

¿Ahora nos dejaréis entrar, ratones? Como veis, estamos desarmados.

El pesado portón se abrió pesadamente. Las dos ratas pasaron a través de un bosque erizado de estacas, v la puerta se volvió a cerrar con un fuerte golpe.

Cluny calculó mentalmente el impresionante grosor de los muros cuando, agachando la cabeza, Diente Rojo y él emergieron de la arcada en forma de túnel a los jardines de la abadía, donde Constanza y Matías esperaban bajo el sol. Los defensores seguían a las dos ratas de cerca, amenazándolas con sus estacas.

Matías dio una orden cortante:

-Dejadnos, ratones. Volved a vuestros puestos en el muro. Los ratones, a los que no hacía gracia dejar al abad desprotegido, vacilaron en obedecer. Cluny se dirigió a Matías con tono burlón.

- Mira, ratón, fíjate cómo hago que se muevan.

De repente, giró en redondo hacia las recelosas criaturas. Su único ojo empezó a dar vueltas y Cluny enseñó los dientes y las garras, gruñendo.

- ¡Arrrrrrrg! ¡Tengo un hambre horrorosa de ratones! Será mejor que os subáis al muro. ¡Arrrrrrg?

Cluny dio un salto en el aire y los ratones salieron huyendo despavoridos.

Constanza cortó por lo sano con un gruñido furioso:

Basta, rata. Estás aquí para hablar con el abad. Ve y acaba pronto.

Matías se alegró de caminar detrás de las ratas; estaba rojo de vergüenza. Cluny había

ahuyentado a los defensores de la abadía como mariposas en un remolino de viento. Matías estaba furioso; ahora el enemigo sabía que se las había con soldados sin entrenamiento ni experiencia.

Mientras el grupo se dirigía hacia la Caverna, Cluny percibió la hostilidad que emanaba del joven ratón que caminaba tras él con unas sandalias demasiado grandes y ruidosas. Qué extraño que se aceptara como capitán a alguien tan joven, pensó. Además, el ratoncillo no parecía tenerle miedo. Ah, basta de tonterías. Cluny se ocuparía de él. Mientras tanto, la gran rata contempló el entorno con secreta admiración. ¡Qué lugar tan asombroso!

Se permitió soñar con el futuro. Un día, todo aquello sería conocido como el Castillo de Cluny. Le gustó cómo sonaba. Se imaginó allí, a salvo de cualquier ataque, viviendo de los frutos de la tierra, y con aquellos ratones y demás criaturas del bosque sirviéndole como esclavos. Sus dominios se extenderían hasta donde alcanzaba la vista; dejaría de vagar por el mundo; su sueño se convertiría en realidad: ¡sería el rey Cluny!

Al entrar en la abadía, el grupo se detuvo para dejar pasar a una preciosa ratoncita de campo que llevaba una bandeja.

-Oh, Matías -dijo-, he traído algo de beber para ti y para...

-Gracias, Azulina. Déjalo sobre la mesa -dijo Matías con brusquedad.

-Azulina, ¿eh? -dijo Diente Rojo, dando un codazo a Cluny-. ¡Por el hocico de Satán que no está nada mal para ti!

Cluny guardó silencio, contemplando a Azulina con insolencia, mientras ella dejaba las bebidas sobre la mesa de la Caverna. ¡Preciosa de veras!

El abad señaló unas sillas. Todos se sentaron menos Cluny, que se apoyó en la mesa y usó la silla como escabel. Luego contempló a Diente Rojo con aire siniestro hasta que finalmente se levantó y aguardó junto a su jefe. Cluny cogió un cuenco de leche con miel y la probó.

¡Puaggg! La escupió al suelo.

El abad cruzó los brazos para meter las patas en las mangas del hábito y contempló al señor de la guerra con expresión imperturbable.

-¿Qué vienes buscando a Redwall, hijo mío?

Cluny derribó la silla de un puntapié y se echó a reír como un poseso. Los ecos de sus carcajadas se extinguían cuando su rostro se volvió sombrío.

- Tu hijo, ja. ¡Ésta sí que es buena! Te diré lo que quiero, ratón. Lo quiero todo. Todo. ¿Me oyes?

La silla de Matías cayó de lado cuando él saltó hacia adelante, desasiéndose de las patas del abad, que intentaba detenerlo.

- ¡Escucha, rata, no me das miedo! Te daré una respuesta. ¡No tendrás nada! ¿Lo has entendido tú?

Temblando de furia, Matías dejó que el abad lo llevara de vuelta a su silla.

-Tendrás que perdonar a Matías -dijo el abad a Cluny-. Es joven y obstinado. Bien, en cuanto a tu propuesta, me temo que es del todo imposible. Si tú o tu ejército precisarais de atención médica, de ropas, comida o cualquier otra clase de ayuda en vuestro viaje, estaríamos encantados de ofrecérosla...

Cluny lo interrumpió rudamente golpeando la mesa hasta que el abad calló.

-Léeles las condiciones -ordenó a Diente Rojo, señalándole con la pata.

Diente Rojo alzó un viejo pergamino y carraspeó.

Estas son las condiciones de rendición que han de obedecer todas las criaturas que caen bajo las patas de Cluny el Flagelo, o de cualquiera de sus comandantes. Primera: la rendición será total e incondicional. Segunda: Cluny ejecutará a los jefes de cuantos osen oponerse a él. Tercera: todas las propiedades conquistadas pasarán a manos de Cluny el Flagelo exclusivamente. Esto incluye casas, comida, cosechas, tierras y, además, todas las criaturas que habiten en esas propiedades y que pasarán a pertenecer a Cluny...

¡Pam!

Diente Rojo no pudo seguir leyendo. Incapaz de contenerse, Matías partió en dos el pergamino con un golpe de bastón. Mientras el documento roto caía lentamente al suelo, Diente Rojo se abalanzó sobre Matías con un gruñido.

La rata estaba literalmente en el aire cuando una enorme pata lo derribó. Quedó tirado en el suelo junto a Constanza.

-¿Por qué eliges a un pequeño ratón? Sin duda una rata grande y fuerte como tú podrá enfrentarse con un viejo tejón hembra, ¿no? Vamos, prueba con uno de mi tamaño.

Sólo la oportuna intervención del abad Mortimer salvó la vida a Diente Rojo.

-Constanza, ¿podrías por favor dejar que la rata se levante? Aunque me encantaría que recibiera su merecido, recuerda que no podemos quebrantar la ley de la hospitalidad en nuestra abadía.

Diente Rojo se puso en pie tambaleándose y temblando, y se alejó cautelosamente del tejón hembra. Cluny habló entonces como si no hubiera ocurrido nada.

-Tú, ratón abad, tienes hasta mañana por la noche para darme una respuesta.

El abad, que no era dado a los excesos, contempló a Cluny fijamente, convertido su rostro en una máscara de ira.

-No necesito esperar a mañana, rata. Puedes oír mi respuesta ahora. ¿Cómo te atreves a venir aquí con tu pandilla de bandidos a leerme unas condiciones de muerte y esclavitud? Yo te digo que ni tú ni tu ejército pondréis las patas en Redwall, mientras yo o cualquiera de mis criaturas tenga aliento suficiente para luchar contra ti. Te doy mi solemne palabra.

Cluny lo miró con desdén y dio media vuelta. Seguido de Diente Rojo, salió a grandes zancadas. En las escaleras que llevaban de la Caverna al Gran Salón, se detuvo y se dio la vuelta. Su voz resonó entre ambas estancias.

-Entonces moriréis todos: machos, hembras y cachorros. Habéis rechazado mis condiciones y sufriréis el castigo de Cluny. ¡Suplicaréis de rodillas que os mate rápidamente, pero yo haré que sufráis un largo tormento antes de morir!

Fue entonces cuando Constanza hizo algo de lo que se hablaría durante muchos años.

Haciendo acopio de todas sus fuerzas, levantó la pesada mesa de la Caverna, que era de roble macizo y ni una docena de ratones juntos podían moverla. Todo lo que había sobre la mesa cayó al suelo cuando Constanza la levantó por encima de su cabeza y habló con un bramido:

-¡Fuera de aquí, ratas! ¡Abandonad esta abadía! Estoy harta de oír vuestras voces. Daos prisa antes de que rompa las leyes de la hospitalidad y le pida perdón al abad cuando ya sea tarde. Marchaos ahora que aún tenéis la cabeza en su sitio.

Cluny subió el resto de las escaleras apresuradamente, con toda la dignidad de que fue capaz, seguido de Diente Rojo, que se reía con nerviosismo.

-¿Así que un torpe bicho de campo, eh, jefe? Si llegas a decir una palabra más ahí abajo, nos habría aplastado con esa mesa.

Al recordar a quién estaba hablando con tanta insolencia, Diente Rojo dio un respingo, esperando que Cluny lo golpeara por su atrevimiento, pero no ocurrió nada.

Cluny se había quedado totalmente paralizado y contemplaba el tapiz, olvidando dónde estaba y con quién.

- ¿Quién es ese ratón? -preguntó, ahogando un gemido de sorpresa.

Matías siguió la dirección de su mirada, y caminó hacia el tapiz con la pata extendida.

-¿Te refieres a este ratón?

Cluny asintió, incapaz de hablar.

Con la pata aún extendida, Matías declaró orgullosamente:

- Este es Martín el Guerrero, el fundador de nuestra orden. Y te voy a decir algo más, rata. Martín fue el ratón más valiente que ha existido. Si estuviera hoy aquí, cogería su espada y os mandaría a ti y a tus matones al infierno. A los que no cortara en trocitos para comida de cuervos, claro.

Sorprendentemente, Cluny se dejó conducir fuera. Recorrió el camino de vuelta al portón como si estuviera entre las nubes.

El silencio cayó sobre los ratones que montaban guardia cuando Cluny y Diente Rojo salieron a la carretera. Rápidamente, la horda se apiñó en torno al jefe y a su lugarteniente, esperando recibir las órdenes. En nombre de Cluny, Diente Rojo gritó:

-A formar. Volvemos a la iglesia.

Cluny marcho con su ejército automáticamente, sacudiendo la cabeza con incredulidad.

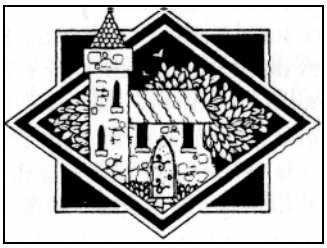
Martín el Guerrero. El ratón que le perseguía en sus pesadillas. ¿Qué significaba aquello?

Cuando Diente Rojo emprendía la marcha, una voz lo llamó desde lo alto del muro. Se dio la vuelta y miró hacia arriba. El pergamino roto, atado en torno a un puñado de verduras podridas, le dio en pleno rostro. Lívido de rabia, se arrancó aquella porquería de los ojos y vio a Constanza inclinada sobre el parapeto con una maliciosa sonrisa de deleite en el hocico rayado.

-No te olvides de volver a visitarnos, rata -gritó el tejón hembra con tono de mofa-. Estaré encantada de recibirte. Estoy impaciente por ajustar cuentas contigo. ¡Solos tú y yo, Diente Rojo! Adiós, por ahora.

Antes que la rata pudiera replicar, Constanza desapareció.

11



Por la tarde, el hermano Alf patrullaba por su trecho de muralla, cuando percibió un movimiento entre los helechos, en la linde del bosque de Mossflower. Llamó a Constanza y a Matías al instante. Se asomaron todos por el parapeto y el hermano Alf señaló el punto en el que había visto los helechos moviéndose.

- Allí, a la derecha de ese álamo temblón. Fijaos, ahora se mueven otra vez.

Matías veía mejor de noche que sus amigos, así que fue el primero en reconocer la figura perdida que rodaba por la hierba.

- Es Ambrosio Púas. Está herido. Rápido. Bajemos.

- Alto ahí -le advirtió Constanza-. Podría ser una trampa.

Matías era reacio a esperar mientras una criatura estaba herida en el suelo delante de él, pero tuvo que hacer caso de los consejos de su amiga. Tal vez algunas de las ratas de Cluny se hubieran emboscado para atacar a cualquier criatura que se acercara a las sombreadas lindes de Mossflower. Sin embargo, Matías empezó a impacientarse.

No podemos dejar al pobre Ambrosio ahí tirado, Constanza. Morirá. Tenemos que hacer algo.

El tejón hembra se sentó con el hocico entre las patas.

- Sí, tenemos que pensar. ¿Alguna idea?

Los dos ratones se sentaron junto a ella, pero Matías volvió a levantarse de un brinco.

-Lo tengo. Quedaos aquí. ¡Vuelvo enseguida!

El hermano Alf contempló la pequeña figura que se alejaba con el golpeteo incesante de las sandalias. Dejó escapar un suspiro y meneó la cabeza.

-¿Qué crees que estará tramando?

El tejón hembra sonrió afectuosamente. Empezaba a confiar en las dotes naturales de Matías como líder y estratega.

-No tengas miedo, hermano Alf. Sea lo que sea, puedes apostar el hábito a que será un acierto más. Ese joven ratón tiene muchas más cosas en la cabeza que una pila de bellotas.

-Puede que sea demasiado tarde -replicó el hermano Alf, contemplando la forma inerte en la hierba-. Ambrosio no se mueve siquiera. Mira, ya no está enroscado.

La aparición de Matías puso fin a todas las especulaciones. Con él llegaron media docena de topos.

El jefe de los topos miró en dirección al erizo. Hizo unos cálculos apresurados, rascando el muro con la pata y se volvió hacia Matías.

-Creo que llegar podemos hasta erizo y volver. Vosotros nos lleváis fuera y vigilando quedáis.

Dirigiéndose entonces a su equipo, el Topo Mayor (pues ése era su título oficial) empezó a hablar de la amplitud del túnel, así como de resistencia al avance, tracción delantera y todos los detalles específicos que son rutinarios para un topo cualificado en la excavación de túneles.

-El Topo Mayor y su equipo son los mejores en las tareas de rescate -susurró Matías a Constanza y a Alf-. Han rescatado de derrumbamientos a muchas criaturas de las que habitan en madrigueras. Todo lo que tenemos que hacer es montar guardia en el portillo del lado sureste hasta que vuelvan sanos y salvos.

-De acuerdo. ¿A qué estamos esperando? En marcha -dijo Constanza.

El grupo salió sigilosamente por el pequeño portillo de hierro pintado de verde. Matías miraba hacia el erizo, forzando la vista con impaciencia por ver algún signo de vida. El erizo yacía a unos ciento cincuenta pasos de ratón de donde se hallaban.

Los topos desenrollaron una larga cuerda. El Topo Mayor supervisaba a dos de sus topos, que empezaron a excavar.

Matías los contempló con asombro. En un minuto se encontraban bajo tierra, instantes después surgía una auténtica lluvia de barro y tierra y ellos desaparecían de la vista: eran los técnicos de la Naturaleza.

En un santiamén estaban de vuelta y sus húmedos hocicos asomaban por el agujero. Presentaron su informe al Topo Mayor.

-Señor, liso y suave es el camino. Ni rocas ni raíces nos detienen, directos llegamos sin pensar.

Satisfecho, el Topo Mayor se acercó al túnel de prueba con el resto del equipo.

-Yo cavando sigo. Vosotros ensanchando vais. Gaffer y Marge, apuntalando detrás. -Frunció el hocico respetuosamente ante Matías y Constanza.

-Gentiles bestias, aguardad aquí hasta vuelta nuestra.

Otra rápida ducha de tierra blanda y oscura y los topos desaparecieron bajo la superficie.

Constanza husmeó el aire; Matías aguzó los oídos a los sonidos nocturnos del bosque. Contemplaron el abultamiento del terreno, formando un montículo rectilíneo que avanzaba a medida que los topos excavaban el túnel hacia Ambrosio Púas. La noche seguía en calma, pero Matías y Constanza estaban alerta, conscientes del peligro que corrían si no observaban aquella ley básica de la Naturaleza.

-¡Mira! -exclamó Matías, el más excitado de los dos-. ¡Ya están debajo del pobre Ambrosio! A fe mía que son unos topos extraordinarios. ¡Cielo santo, ha desaparecido por completo! Deben de haberlo metido en el túnel. Los topos regresaron en un tiempo sorprendentemente corto. Emergieron del agujero y cargaron con el erizo en la eslinga que

llegaban sobre el lomo, rechazando la ayuda que les ofrecían el ratón y el tejón hembra. El Topo Mayor se limitó a fruncir el hocico.

-No, por favor, manchar las patas podrían.

Ambrosio fue trasladado a la enfermería de la abadía con la mayor celeridad posible. Le atendió el abad en persona. Un rápido examen reveló que el erizo tenía una larga herida irregular que iba desde detrás de una oreja hasta la punta de la pata. El hermano Alf asintió compasivamente.

-Seguramente el viejo Ambrosio se ha desmayado por el dolor y la pérdida de sangre. Debe de haber recorrido una buena distancia en este estado. ¿Cree que vivirá, padre abad?

El abad sonrió. Limpió la amplia y fea herida y le aplicó un emplasto de hierbas.

- No hay motivo de alarma, hermano Alf Ambrosio Púas está hecho de cuero y agujas. Es duro como una piedra este viejo rufián, vaya que sí. Mira, ya empieza a volver en sí.

En efecto, tras unos peculiares gruñidos y mucho enroscarse y desenroscarse, el erizo abrió los ojos y miró en derredor.

- Oh, cómo me duele la oreja. Padre abad, no dejará que un pobre hijo de los Púas sufra de esta manera sin darle una gota de la cerveza rubia del pasado octubre para mojar su seco gaznate -dijo con tono suplicante.

Todos estallaron en carcajadas de alivio y deleite al ver que su viejo amigo vivía y volvía a ser el mismo.

Matías se quedó atónito al ver la cantidad de cerveza rubia que engullía Ambrosio antes de encontrarse en condiciones de presentar un informe. El erizo se relamió los labios ruidosamente.

-Aaaaah, esto está mejor. Bien, veamos. Hice lo que me pedisteis y avisé a tantas criaturas como me fue posible. La Campana de José me fue de gran ayuda. Bueno, para abreviar, debía de ser cerca del mediodía cuando llegué a Talud Campañol. Les di la mala noticia a los Campañol, y que me aspen si ese tontaina de Colin Campañol. no se puso a chillar y a correr de un lado a otro diciendo que los asesinarían a todos mientras dormían. Creedme, no había manera de hacer callar a ese bobo. El caso es que el ruido ha debido de alertar a un grupo de ratas que estaban buscando comida. Se nos han echado encima antes de que pudiéramos decir esta boca es mía. Eran tantas que no he podido hacer nada más que enroscarme. Se han llevado al joven Colin y a sus padres, pero por más que lo han intentado, no han podido poner sus garras sobre Ambrosio Púas, no señor. Entonces una de ellas me ha atacado con un barrote en punta de la verja de un cementerio. Ese demonio me la ha clavado, sí señor. Me han dado por muerto. Decían que era demasiado espinoso para comerme, así que se han ido, llevándose a la familia Campañol, y yo me he quedado allí tirado hasta que he tenido el camino despejado. He conseguido llegar hasta Mossflower, y eso es todo lo que recuerdo. ¿Queda algo de cerveza en esa jarra? La herida me está molestando. Necesito la cerveza con fines medicinales, padre abad.

Matías gruñó y agachó la cabeza en un gesto de desesperación. La familia Campañol había sido hecha cautiva: a las desdichadas criaturas les aguardaba la muerte o la esclavitud. Envalentonado por el rescate del erizo, Matías estaba a punto de sugerir que Constanza y él, además de algún otro ratón escogido, podían aventurarse a emprender una misión de rescate en la iglesia de San Ninián. Fue como si el abad y Constanza le leyeran el pensamiento a la vez. El abad Mortimer suspiró y meneó la cabeza. El tejón hembra fue más explícito.

-Olvídalo, Matías. Abandona toda esperanza de rescatar a la familia Campañol de las garras de Cluny. Imagínatelo, unos cuantos de nosotros contra varios centenares de ratas armadas y en su propio campamento. Ridículo. Si que serviríamos de mucho como defensores de Redwall, con la cabeza clavada al estandarte de Cluny. Matías, eres un ratón muy valiente, así que, por favor, intenta dar ejemplo a los demás y no acabar siendo un ratón estúpido o muerto.

Tras reflexionar, Matías comprendió que el tejón hembra había hablado con sabiduría. Estuvo pensando mucho después de que todos se hubieran retirado a dormir. Mil ideas temerarias le cruzaron por la cabeza, cada una más absurda que la anterior. Sin tiéndose perdido, entró en el Gran Salón y se colocó frente al tapiz. Sin darse cuenta, empezó a hablar con Martín el Guerrero.

-¡Oh, Martín! ¿Qué habrías hecho tú en mi lugar? Ya sé que sólo soy un joven ratón, un novicio. Ni siquiera soy miembro de Redwall todavía, pero también tú fuiste joven. Yo sé lo que habrías hecho. Te habrías puesto tu armadura, habría cogido tu poderosa espada, habrías ido a esa iglesia y habrías combatido contra las ratas hasta que soltaran a los Campañol o perecieran bajo tu espada. Pero, ay, eso fue en tiempos pasados. Yo no tengo ninguna espada mágica que me ayuda, sólo el consejo de mis mayores, al que debo atender.

Matías se sentó en el frío suelo de piedra y miró a Martín el Guerrero, tan orgulloso, tan valiente, sintiendo nostalgia. Qué figura tan deslumbrante. Mirándose a sí mismo, con su túnica verde y sus sandalias demasiado grandes, Matías notó que afluían lágrimas de vergüenza y frustración a sus ojos y le caían sobre sus jóvenes bigotes. Incapaz de contenerse, se echó a llorar. El suave contacto de una gentil pata en su espalda le hizo darse la vuelta. Era Azulina.

¡Matías hubiera querido morirse allí mismo!

Rápidamente volvió el rostro para que ella no viera sus lágrimas.

- Azulina, vete, por favor -dijo, entre sollozos-. No quiero que me veas así.

La ratoncita de campo, sin embargo, no quería marcharse. Se sentó en el suelo junto a Matías y le secó dulcemente las lágrimas con la punta de su delantal. Tenía muchas cosas que decir al pequeño y tímido ratón.

- Matías, no te avergüences, sé por qué lloras y te lamentas. Es porque eres bueno y amable, y no una rata malvada y cruel como Cluny. Por favor, escúchame. Incluso los más fuertes y los más valientes tienen que llorar algunas veces. Eso demuestra que tienen un gran corazón, que sienten compasión por los demás. Tú eres valiente, Matías. Ya has hecho cosas grandes, para alguien tan joven. Yo sólo soy una simple ratona de campo, pero sé reconocer el coraje y la capacidad de mando que hay en ti. En tu interior arde una llama que te guía y que cada día es más brillante. No hay nadie como tú, Matías. Tienes la marca de la grandeza. Un día, Redwall y toda esta tierra estarán en deuda contigo. Matías, eres un auténtico guerrero.

Con los ojos secos y la cabeza erguida, Matías se puso en pie, sintiéndose más alto que nunca. Ayudó a Azulina a levantarse y se inclinó ante ella.

-Azulina, ¿cómo podré agradecerte lo que me has dicho? Tú también eres una ratona muy especial. Es tarde ya. Ve a descansar. Creo que yo me quedaré aquí un poco más.

La ratona de campo se quitó la cinta que llevaba en la cabeza. Era su favorita, de pálido color amarillo con una cenefa de flores azules, por las que le habían puesto el nombre. La ató al brazo de Matías, el derecho, justo por encima del codo: los colores de una doncella para su campeón.

Azulina se alejó en silencio. Matías notaba que el corazón le latía con fuerza en el pecho. Habló a la imagen de Martín.

-Gracias, guerrero. Me has hablado a través de Azulina. Me has enviado la señal que te pedía.

Librodot

12



En la iglesia de San Ninián, Cluny estaba sentado sobre los restos de lo que antes fuera un púlpito. Diente Rojo, Garranegra, Ladrón de Queso y Marca de Colmillo estaban tumbados a sus pies sobre viejos cojines rotos de iglesia. Cluny volvía a estar de mal humor. Mostró escaso interés por la familia cautiva de los Campañol. Se limitó a ordenar que los mantuvieran bajo custodia hasta que tuviera tiempo para ocuparse de ellos. La mayor parte de su ejército dormía en la galería del coro o en la capilla de la Virgen. El resto montaba guardia en el exterior.

Los capitanes observaron a su jefe con cautela. La larga cola de Cluny se agitaba, su único ojo contemplaba fijamente un águila tallada que sostenía el atril medio podrido bajo las alas extendidas. ;Qué pensamientos ocupaban la mente oscura y perversa de Cluny el Flagelo? Finalmente alzó la vista para hablar.

-Id a buscar a la Sombra. Traédmelo.

Garranegra y Marca de Colmillo salieron corriendo para obedecer la orden. Los demás aguardaron en silencio, centelleándoles los ojos de malévola expectación.

El jefe tenía un plan, que sería astutamente sencillo y malvadamente brillante. No había mejor general que Cluny en lo tocante a la estrategia.

La Sombra llevaba muchos años con Cluny. Nadie estaba seguro de si era una rata o una comadreja, o incluso un poco de ambas cosas. Era muy ágil, enjuto y nervudo, y su cuerpo estaba cubierto de un pelaje negro, lacio y lustroso, más negro que una noche sin luna. Sus ojos eran extrañamente rasgados, negros, sin brillo. Los ojos de la Sombra eran como los de una criatura muerta.

Se presentó ante Cluny, que tuvo que forzar su único ojo para ver a la Sombra en la oscuridad de la iglesia.

-Sombra, ¿eres tú?

La respuesta sonó corno el susurro de seda mojada deslizándose sobre una pizarra lisa.

-Cluny, aquí estoy. ¿Para qué quieres a la Sombra?

Los capitanes se estremecieron al oír su voz. Cluny inclinó el cuerpo.

- ¿Has visto los muros de esa abadía hoy?

-Estaba allí. La sombra lo ve todo.

- Dime la verdad. ¿Podrías trepar por ellos?
- Ninguna bestia que yo conozca puede trepar por ellos.
- ¿Excepto tú?

Excepto yo.

Cluny hizo un gesto con la cola.

-Acércate, pues. Te diré lo que debes hacer.

La Sombra se sentó en el peldaño más alto del púlpito para recibir las órdenes de Cluny.

-Treparás por los muros. Hay muchos centinelas en lo alto, ten mucho cuidado. Si te capturan, no me serás útil. No serviría de nada que una sola criatura intentara atacar el portón y abrirlo: está demasiado bien vigilado. Así que, olvídate del portón.

La Sombra no dejó traslucir que Cluny le había leído el pensamiento. Permaneció inmóvil mientras Cluny proseguía.

Una vez hayas escalado el muro, dirígete a la puerta principal de la abadía. Si está cerrada, haz uso de tus habilidades para abrirla sin hacer el menor ruido. Es vital que consigas entrar. La primera habitación en la que te encontrarás es la principal. Los ratones la llaman Gran Salón. Entra, date la vuelta, y en la pared de la izquierda, delante de ti, verás un gran tapiz lleno de imágenes y dibujos. Ahora. escúchame con atención. En la esquina inferior derecha del tapiz hay una imagen de un ratón con armadura, apoyado en una gran espada. ¡La quiero! Córtala o arráncala, pero quiero que me la traigas. ¡Ha de ser mía! No vuelvas sin ella, Sombra.

El asombro estaba escrito en los rostros de los cuatro capitanes que estaban escuchando las órdenes.

¿El retrato de un ratón?

A Cluny no se le conocía la afición de coleccionar retratos.

- ¿Para qué le servirá el retrato de un ratón al jefe? -susurró Marca de Colmillo a Ladrón de Queso.

Cluny lo oyó. Se acercó al borde del púlpito y, aferrándose a los lados del atril, paseó la mirada por su pequeña congregación como una especie de sacerdote satánico.

- Ah, hermano Marca de Colmillo, déjame que te lo explique. Te diré por qué tú y los de tu ralea seréis siempre criados, mientras que yo seré el amo. ¿No habéis visto los rostros de esos ratones? La mera mención de ese Martín el Guerrero los deja extasiados. ¿No lo entendéis? Es su símbolo. Su nombre representa lo mismo para esos ratones que el mío para la horda; de un modo diferente, quizá. Martín es una especie de ángel; yo soy lo contrario. Pensad por un momento. Si algo me ocurriera a mí, todos vosotros no seríais más que una chusma sin caudillo, una turba sin cabeza. De igual forma, si los ratones perdieran su mejor augurio, el retrato de Martín, ¿cómo quedarían ellos?

Diente Rojo se palmeó las ancas, y se meció hacia delante y hacia atrás, riendo con increíble regocijo.

-¡Brillante, jefe, diabólico! No serán más que un puñado de ratoncitos aterrorizados sin su maravilloso Martín.

La cola de Cluny golpeó el atril medio podrido, reduciéndolo a varios fragmentos.

-¡Y será entonces cuando nosotros atacaremos!

La poderosa cola saltó hacia atrás, enrollándose en torno al cuerpo de la Sombra, que se vio arrastrado hacia delante, cara a cara con su amo. El aliento rancio de Cluny le golpeó en la cara, al escupir éste las palabras sílaba a sílaba.

-Tráeme ese retrato. Hazlo, y tu recompensa será grande cuando me siente en la silla del abad en Redwall. ¡Pero, si me fallas, tus gritos se oirán más allá del bosque y los prados! Cluny el Flagelo había hablado.

Librodot

13



Los primeros rayos del sol abrieron las puertas del amanecer de par en par. Los habitantes de Redwall estaban ya en pie. Después del desayuno, el abad dio las órdenes del día. Todos aquellos que no estuvieran ocupados en la defensa de la abadía, administrarían recolección y cosechas, y llenarían las alacenas de provisiones en previsión de un asedio prolongado. Jóvenes nutrias recogieron berros y pescaron; Azulina encabezó un grupo de ratones que debía recoger las primeras cosechas de cereales; los más jóvenes se ocuparían de los huertos. El aire matinal de aquel resplandeciente día de verano se llenó con el bullicio de las industriosas criaturas del bosque.

Ambrosio Púas, bastante recuperado ya, estaba sentado en la despensa, haciendo inventario: montones de frutos secos y compotas de fresas, frambuesas, moras y demás, del otoño anterior; manzanas y peras en abundancia. Por desgracia, el erizo no pudo ocuparse también de las bodegas; pues el hermano Edmundo y fray Hugo tenían las dos únicas llaves. Ambrosio se relamió al pensar en los barriles de cerveza rubia, sidra, cremosa cerveza negra, y los barriletes -¡ah, los queridos barriletes!- llenos de vino de bayas de saúco, brandy de moras, oporto de grosellas negras y jerez de uvas silvestres.

-Erizo. ¿Dónde nosotros ponemos estas raíces y dienteleones? Apresúrate, pesados son.

Ambrosio suspiró melancólicamente y atendió a los dos topos que se tambaleaban bajo el peso de un montón de tubérculos y dientes de león.

-Firme sujeta las patatas, Guillermo. Dales la vuelta, erizo, vamos.

Más topos mocosos, pensó Ambrosio, tocándose el vendaje de la herida. El trabajo de un erizo no se acababa nunca.

Matías y Constanza estaban en el claustro. Se habían hecho cargo del adiestramiento de las criaturas del bosque en el manejo de las armas. Cada uno mostró sus habilidades que, en épocas pacíficas, se usaban tan sólo en las ferias y competiciones deportivas. Ahora que la necesidad les obligaba, las aprovecharían con efectos más mortíferos.

Las nutrias acarreaban bolsas de guijarros que lanzaban con hondas, demostrando gran fuerza y precisión. Grupos de ratones campestres arqueros ajustaban flechas de vilanos de cardos a las cuerdas de sus arcos. A más de un pájaro merodeador habían ahuyentado aquellos pequeños arqueros. Grupos de ratones de Redwall practicaban la lucha con bastón.

Al pie de los muros de la abadía, el Topo Mayor dirigía a su equipo, que cavaba una trinchera. Un solitario castor la rodeaba de estacas puntiagudas. Un sistema de cuerdas y poleas servía para subir los cestos de piedras y tierra de la trinchera hasta lo alto de los muros. Los defensores lo apilaban todo al borde del parapeto.

Matías escogió a un grupo de ratones de Redwall para adiestrarles en el uso del bastón, pues había descubierto que tenía un talento natural para manejar su largo bastón de madera de fresno. Ninguno de los ratones había participado nunca en ningún tipo de deporte violento; se mostraban torpes y tímidos, pero, teniendo en cuenta que habían tenido que elegir entre aprender a usar el garrote y luchar cuerpo a cuerpo con Constanza, o a usar el bastón con Matías, todos habían optado por lo último.

Matías comprendió que habría de ser severo. En consecuencia, tuvo que dar unos cuantos golpes fuertes y hacer caer a más de uno para enfurecer a los más tímidos y obligarles a contraatacar.

-¡Protégete la cabeza, hermano Antonio!

¡Pum!

-¡Te he avisado, hermano! Cuidado, voy a por ti otra vez.¡Pam!

-¡No, no! ¡No te quedes como un pasmarote, hermano! ¡Defiéndete! Golpéame.

¡Pum, crac!

Esta vez, Matías cayó derribado, y se frotó la cabeza dolorida, sintiéndose aturdido. Constanza se echó a reír.

-Bueno, Matías, la culpa es tuya. Le has pedido al hermano Antonio que te golpeara y a fe mía que te ha hecho caso. ¡Tengo que reclutarlo para mi clase de lucha con garrote! Promete mucho.

Matías se levantó, atribulado, pero con una sonrisa. Se apoyó en su bastón.

- Sí, es muy fuerte, pero ojalá tuviéramos auténticas armas para guerrear; espadas, dagas y cosas parecidas. No mataremos a muchas ratas con estos palos de madera.

-Puede que no -replicó el tejón hembra-. Pero recuerda que estamos aquí para defendernos, no para atacar.

Matías arrojó al suelo su bastón. Bebió agua de un cubo de roble y luego se echó el resto sobre la dolorida cabeza.

-Sabía observación, Constanza, pero eso díselo a Cluny y a su horda. Verás adónde te lleva.

Aquel día la comida se sirvió en el huerto. Matías se puso a la fila con las demás criaturas del bosque para recoger su comida: un cuenco de leche fresca, un pedazo de pan de trigo y queso de cabra. Azulina se encargaba de servir. A Matías le dio el trozo de queso más grande de todos, y él se arremangó para dejarle ver la punta de su cinta.

Mira, Azulina, una amiga muy querida me regaló esto anoche. -Ve -dijo ella, entre risas-, y come, ratón guerrero, o te haré una demostración de mi mortífera puntería con este queso.

Paseando por entre las sombras moteadas del huerto, Matías buscaba al viejo Matusalén. Se sentó bajo un ciruelo damasceno para comer. Matusalén estaba sentado con la espalda apoyada en el árbol y los ojos cerrados, indicando aparentemente que dormitaba. Se dirigió a Matías sin abrirlos.

-¿Qué tal va el adiestramiento para la guerra, joven maestro del bastón?

Matías contempló a unas hormigas que se llevaban las migas de pan caídas.

- Lo mejor posible, dentro de lo cabe, hermano Matusalén. ¿Y qué tal van tus estudios?

Matusalén lo miró por encima de los anteojos con los ojos entornados.

- El conocimiento de lo que uno no puede hartarse jamás. Es el fruto de la sabiduría, debe comerse con cuidado y digerirse bien, al contrario de lo que estás haciendo tú, pequeño amigo.

Dime -dijo Matías, dejando la comida a un lado-, ¿qué conocimientos has digerido últimamente, anciano?

Matusalén tomó un sorbo del cuenco de leche de Matías antes de responder.

-Algunas veces creo que tienes una cabeza muy vieja para ser un ratón tan joven. ¿Qué más deseas saber sobre Martín el Guerrero.

-¿Cómo sabías que iba a preguntarte por Martín? -dijo Matías, sorprendido.

-¿Cómo saben las abejas que hay polen en una flor? -contestó Matusalén, arrugando el hocico-. Pregunta, joven, antes de que vuelva a quedarme traspuesto.

Matías vaciló un momento antes de preguntar:

- Hermano Matusalén, dime dónde está enterrado Martín. El viejo ratón sonrió sarcásticamente.

- Luego me preguntarás dónde puedes encontrar la gran espada del ratón guerrero.

-Pero ¿cómo lo sabes? -balbució Matías.

El anciano portero se encogió de hombros.

-La espada tiene que estar enterrada con Martín. Los huesos de un héroe del pasado no te servirían de mucho. Ha sido una deducción sencilla, incluso para un viejo como yo.

-Entonces, ¿sabes dónde está enterrado el guerrero?

-Eso no lo sabe ninguna criatura viviente -replicó Matusalén, meneando la cabeza. Largos años he pasado cavilando y estudiando manuscritos antiguos, traduciendo, siguiendo pistas ocultas, siempre con el mismo resultado: nada. Incluso he aprovechado mi don de lenguas para hablar con abejas y otras criaturas que pueden meterse en lugares demasiado pequeños para nosotros, pero siempre es lo mismo: rumores, leyendas y viejos cuentos de ratones.

Matías desmenuzó el pan para las hormigas.

- Entonces, ¿la espada del guerrero es tan sólo una fábula? -¿Quién ha dicho eso? -exclamó Matusalén, incorporándose, indignado-. ¿He dicho yo tal cosa?

No, pero...

- ¡Bah! Nada de eso, jovencito. Escúchame atentamente. Tengo la rara sensación de que tú puedes ser el ratón para el que he estado guardando esta información de importancia trascendental.

Matías olvidó por completo la comida y escuchó con la mayor atención.

- Hace unos cuatro veranos, curé a un gavilán hembra que se había roto el tendón de una pata y no podía usar el talón correctamente. Mmm, ahora recuerdo que le hice prometer que no volvería a cazar ratones. Era un ave feroz y terrorífica. ¿Has estado alguna vez cerca de un gavilán? No, claro que no. Bueno, déjame que te cuente algo, son capaces de hipnotizar a pequeñas criaturas con esos ojos dorados y fieros que tienen. Son depredadores. Pero aquel gavilán hembra dijo una cosa que me hizo pensar. Habló de los gorriones, los llamó ratones con alas, y dijo que hace muchos años robaron algo de nuestra abadía: un tesoro que pertenecía a los ratones. No quiso decirme qué era. Se fue volando sin más. ¿Quién espera gratitud de un gavilán, de todas formas?

Matías le interrumpió.

- ¿Has hablado alguna vez con los gorriones de ese «algo»?

-Soy demasiado viejo -contestó Matusalén, meneando la cabeza-. No puedo trepar al tejado donde anidan. Además, los gorriones son pájaros extraños, siempre peleándose y parloteando con sus peculiares voces. Son criaturas belicosas, muy olvidadizas y completamente salvajes. Te derribarían del tejado y te matarían antes de que tuvieras oportunidad de acercarte a sus nidos tribales. Sí, soy demasiado viejo para tales cosas, Matías. De cualquier manera, no estoy seguro de que la historia del gavilán fuera cierta. Algunos pájaros son unos terribles mentirosos cuando se empeñan en ello.

Matías quiso seguir interrogando al hermano Matusalén, pero el cálido sol había obrado su magia sobre el anciano portero, mientras estaba sentado en el huerto, saboreando la paz y la tranquilidad de la tarde de junio. Esta vez no había engaño. Se había quedado profundamente dormido.

14



Unas nubes cruzaron el cielo, tapando la delgada media luna. La Campana de José lanzó su tañido de medianoche a la campiña dormida. Una suave y cálida llovizna caía sobre los prados agrietados y el bosque seco, procurando alivio tras un día caluroso, humedeciendo el polvo de la carretera.

En la cuneta, una rana abrió los ojos. La había despertado un ruido en el seto vivo. Parpadeó. ¿Eran tres figuras las que avanzaban sigilosamente, o dos?

La rana se quedó absolutamente inmóvil. Parecían ser dos figuras y una especie de sombra. La luna asomó tras una nube. Eran dos grandes ratas y... ¡algo negro y sombrío!

Los tres personajes avanzaban a cubierto del seto en dirección a la gran morada de los ratones. Las ratas eran cazadores; por suerte, no se habían fijado en él. La rana siguió quieta y los dejó pasar. Aquello no era asunto suyo.

Cluny, Orejacortada y la Sombra caminaban sin hacer ruido en dirección a Redwall. La misión era tan importante que Cluny había decidido supervisarla personalmente. La Sombra llevaban una bolsa de piel atada alrededor de la cintura. Coi tenía una delgada cuerda, un gancho, un frasco de aceite, una ganzúa y una daga: el equipo habitual de la Sombra en sus robos con escala.

Orejacortada caminaba orgullosamente, emocionado por haber sido elegido para acompañar al jefe en una tarea de tanta importancia. Lejos estaba de adivinar que Cluny sólo se había hecho acompañar por él como garantía. Si se veían en un aprieto, sacrificaría al idiota para asegurarse la huida.

El trío se detuvo bajo los altos muros de la abadía. Cluny conminó a los otros dos a guardar silencio con una brusca sacudida de la cola, y luego desapareció en la oscuridad. A Orejacortada le puso nervioso quedarse a solas con la Sombra. Intentó entablar conversación en susurros.

-Buena lluvia, ¿eh, Sombra? Buena para la hierba. Que me aspen si estos muros no son altos. Me alegro de que seas tú el que tiene que trepar por ellos. Yo nunca lo conseguiría. Estoy demasiado gordo. ¡ja, ja, ja!

Orejacortada paró en seco y empezó a toquetearse los bigotes, derritiéndose bajo la mirada de basilisco de los negros ojos de la Sombra. Guardó silencio, sintiendo escalofríos.

Cluny regresó al cabo de diez minutos y señaló el parapeto con la cabeza.

-He caminado a lo largo de los muros un buen trecho. Los ratones centinelas están todos dormidos, ¡los muy idiotas! Nunca habían tenido que montar guardia. Se les caen los párpados en cuanto cae la noche. Eso es culpa de la vida muelle.

-Tienes razón, jefe -dijo Orejacortada, asintiendo con brío-. Si estuvieran en nuestro ejército y Diente Rojo los pillara dormidos, les...

-Cierra la boca, estúpido -siseó Cluny-. ¿Estás listo, Sombra? No olvides las instrucciones.

La Sombra enseñó sus colmillos amarillentos v empezó a trepar. Lentamente iba subiendo, como un gran reptil negro, buscando huecos ocultos y grietas en la piedra arenisca.

De vez en cuan-do se detenía, extendidas las cuatro patas contra la superficie del muro, para planear su siguiente movimiento, aprovechando hasta la más pequeña juntura del muro. Ningún otro animal del ejército de Cluny habría podido escalar de aquella manera, pero la Sombra era todo un experto. Concentraba todo su ser en la tarea, aferrándose a veces a las piedras con una sola pata. Cluny y Orejacortada forzaban la vista intentando distinguir a la Sombra desde abajo. Apenas vieron un bulto informe, no lejos de lo alto del muro.

La Sombra cambió de posición e hizo palanca con las patas traseras y la cola. Luego clavó las garras en una grieta y se estiró hacia arriba, ascendiendo centímetro a centímetro.

En lo alto del muro, el hermano Edmundo roncaba suavemente. Estaba acurrucado en un montón de escombros, envuelto en una cálida manta y la capucha echada para protegerse de la lluvia. Edmundo era totalmente ajeno a las largas y afiladas garras que se cerraron sobre el borde del parapeto. Instantes después apareció la delgada cabeza negra; dos densos ojos de obsidiana observaron al ratón durmiente. La Sombra había conseguido trepar el muro de la abadía.

Como un sinuoso lagarto negro, la Sombra pasó sigilosamente junto a las criaturas dormidas, esquivando los montones de escombros sin hacer el menor ruido. Fray Hugo murmuró suavemente en sueños, y movió la cabeza de modo que se le bajó la capucha. La fina lluvia cayó sobre el rostro del gordo fraile, amenazando con despertarle. Suave como la brisa nocturna, la Sombra volvió a ponerle la capucha, se detuvo unos instantes, y paseó la mirada por el muro antes de bajar los escalones de piedra que conducían al claustro. Una vez abajo, avanzó furtivamente al abrigo de los arbustos, sin correr en ningún momento riesgos innecesarios ni hacer movimientos bruscos. A veces se detenía y esperaba, dejando que pasaran los minutos mientras planeaba su avance, deslizándose como la sombra de una nube arrojada al suelo por la luna.

La puerta del Gran Salón no estaba cerrada con llave. La Sombra dedujo que seguramente el pestillo era viejo y crujía. Sacó el frasco de aceite y frotó con el líquido el cerrojo y los goznes. Con sumo cuidado, empujó la puerta centímetro a centímetro; sólo se oyó un levísimo crujido. La Sombra se introdujo en el Gran Salón, pero soltó la puerta por error, y una rápida brisa nocturna la cerró con un golpe sordo.

La Sombra soltó un juramento silencioso y se escondió velozmente tras una columna cercana. Permaneció quieto, sin atrever

se a respirar; uno, dos, tres minutos, ¡bien! El ruido no había despertado a nadie. Se aventuró a avanzar por el salón, para mirar el tapiz que colgaba de la pared.

Una polilla no le habría pasado desapercibida en una noche cerrada. No necesitaba lámparas para encontrar lo que buscaba. Así que aquélla era la imagen del ratón guerrero que codiciaba Cluny. Usando sus colmillos afilados como cuchillas, la Sombra empezó a roer el antiguo tapiz, trabajando desde el borde adornado con borlas hacia arriba.

Matías daba más y más vueltas en la cama, exhausto, pero incapaz de dormir. Su cerebro repasaba mil y un problemas y proyectos: la espada, la tumba de Martín, la defensa de la abadía, Azulina... Finalmente, tras mucho agitar de pies y revolver de sábanas, el sueño empezó a apoderarse de él. Estaba en una gran habitación vacía, muy parecida al Gran Salón. Una voz le llamó: «Matías».

-Oh, vete -musitó el joven ratón con tono somnoliento-. Ve a buscar a algún otro. Estoy cansado.

Pero la voz insistió, metiéndosele en la cabeza: «Matías, Matías, te necesito».

Matías atisbó al otro lado del salón en tinieblas.

- ¿Qué quieres? ¿Por qué me necesitas?

Echó a andar hacia la voz. Oyó una risa malévola, seguida de un grito de desesperación.

- Matías, ayúdame, no dejes que se me lleven.

Matías echó a correr. El salón pareció hacerse más grande. -¿Quién eres? ¿Quién eres?

Delante de él, muy lejos, en la tenebrosa oscuridad, Matías distinguió vagamente el perfil de una figura que surgía de la pared. Era un ratón con armadura.

-¡Por favor, Matías, tienes que ayudarme, rápido!

Bump.

Matías aterrizó en el suelo de su dormitorio con las sábanas enredadas en torno al cuerpo. Se sentó lentamente y se frotó los ojos. Qué extraño sueño: el largo salón, la petición de socorro, el ratón con armadura.

Matías notó que se le erizaba el pelo de la nuca.

¡Claro, no podía ser más que eso!

El Gran Salón; Martín el Guerrero; algo terrible ocurría abajo. Tenía que prestar su ayuda urgente.

Matías apartó las sábanas de una patada, se puso en pie y salió corriendo del dormitorio, recorrió el pasillo y bajó la escalera de caracol atropelladamente. Atravesó la Caverna en la oscuridad, dando traspiés y tropezando con los muebles. El corazón le latía con fuerza y las piernas funcionaban como dos bielas gemelas. Matías se tropezó en el último peldaño y cayó de bruces en el Gran Salón. Se quedó tumbado en el suelo, mirando el tapiz, intentando penetrar la oscuridad reinante. Martín seguía allí, pero... se estaba moviendo.

¿Era la brisa? No, imposible. El retrato del ratón guerrero daba sacudidas como si alguien tirara de él. Matías vio una sombra, pero no había objeto alguno que pudiera arrojarla. Se puso en pie de un salto y corrió hacia el retrato de Martín, que acababa de ser arrancado completamente del tapiz.

¡Lo tenía una rata!

A Matías no le cupo la menor duda: era una rata, negra del hocico a la cola, que apenas destacaba en la noche.

La Sombra oyó pasos a su espalda. Con fría y calculada despreocupación, se giró para recibir la carga de su adversario. Estaba convencido de que vencería a una criatura tan pequeña en combate, pero tenía órdenes de conseguir el retrato, no de luchar con ratoncillos. Además, siempre existía el riesgo adicional de que el ratón se aferrara a él, pidiendo auxilio, y no se soltara hasta que llegara la ayuda. La sombra efectuó entonces una inteligente maniobra doble, como un espectro de humo viscoso. Se enroscó y se lanzó contra Matías como si fuera un bolo, rebotó y salió por la puerta, la cerró con un golpetazo y huyó por el claustro.

Matías se levantó a toda prisa, gritando a voz en cuello:

-¡Detened a esa rata! ¡Detened a esa rata!

Inmediatamente los ratones que hacían la guardia se despertaron. Cuando la Sombra corría, vio a Constanza cruzando el jardín como una exhalación para cortarle el camino antes de que llegara a la escalera que llevaba a lo alto de los muros. La Sombra cambió de dirección y se dirigió al siguiente tramo de escaleras, maldiciendo por lo bajo al tejón hembra. Tendría que usar la cuerda para descender con mayor rapidez hasta la carretera.

Matías salió de la abadía. Vio a la Sombra cambiar de dirección. Pensando con rapidez, echó a correr en diagonal y atrapó al ladrón al pie de la segunda escalera. Se lanzó de cabeza a sus pies y lo agarró, haciendo que se golpeara en los peldaños inferiores.

Sin soltar el fragmento de tapiz, la Sombra se debatió como una anguila. Se puso boca arriba y pateó salvajemente la cabeza del joven ratón con la pata que tenía libre. Matías intentó seguir agarrado valientemente, pero su oponente era más corpulento y pesado, y le golpeaba el rostro con gran violencia una y otra vez. La gran pata huesuda con sus afiladas garras pronto consiguió su objetivo. Matías perdió el conocimiento y cayó inerte al suelo.

Constanza había subido por la primera escalera. Al llegar arriba, echó a correr por la muralla, esquivando los montones de escombros. Vio a Matías caer bajo la acometida de las patadas, y corrió aún más deprisa, obstaculizada por los ratones en desbandada que, presas del pánico, creían hallarse en medio de una invasión. El único, además de Constanza, que conservó la serenidad para comprender lo que estaba sucediendo, fue el padre de Azulina.

Librodot

Estaba más cerca de lo alto de la segunda escalera que Constanza, de modo que llegó antes, y fue a dar de morros con el intruso. La Sombra intentaba sacar la cuerda de la bolsa con dificultad.

Ríndete, rata, ya te tengo -gritó el señor Ratón de Campo. sujetando al ladrón. Sin embargo, mientras revolvía en la bolsa en busca de la cuerda, la garra de la Sombra se había cerrado sobre el puño de la daga. La sacó velozmente y se la clavó dos veces al ratón de campo en el cuerpo desprotegido.

Constanza llegó justo a tiempo de ver a la víctima caer herida. La Sombra se volvió hacia ella, blandiendo la daga. Constanza echó la poderosa pata hacia atrás y barrió a la Sombra con un golpe directo a la barbilla. La fuerza del golpe levantó al ladrón del suelo. Antes de que Constanza pudiera agarrarlo, la Sombra perdió el equilibrio y cayó por el parapeto con un horrible chillido. Descendió así, dándose golpes sordos contra la mampostería del muro en su caída. Aterrizó en el camino enfangado con un escalofriante crujido.

Cluny se abalanzó sobre la destrozada Sombra, seguido de

Orejacortada. Pese a sus espantosas heridas, la Sombra consiguió incorporarse sobre una pata.

- Cluny, estoy herido, ayúdame -dijo con voz entrecortada.

El fragmento de tapiz estaba tirado en medio del camino. Cluny lo agarró con vehemencia. A su espalda oyó el ruido de los cerrojos del portón que descorrían unos ratones furiosos entre grandes voces.

- Levántate y huye, o quédate aquí, idiota. Yo no cargo con lisiados, ni con fracasados.

Dejando al herido a merced de los ratones, Cluny huyó a toda velocidad hacia el otro lado del camino. Salvó la anchura de la cuneta con un gran salto y siguió corriendo por los prados. A campo abierto ningún ratón que se atreviera a seguirlo podría darle alcance. Cluny rió a carcajadas, eufórico, agitando el trozo de tapiz y adquiriendo aún más velocidad en la carrera. Orejacortada se había dejado dominar por el pánico. No pudo saltar la zanja de la cuneta, de modo que echó a correr en dirección opuesta a la de Cluny.

Un grupo de ratones encabezados por el hermano Alf intentó vadear la cuneta y trepar hasta el prado. Por desgracia, la lluvia había dejado el terreno impracticable y resbaladizo. Cluny estaba ya lejos, y el trozo de tapiz con él.

Volviendo a Redwall, los perseguidores se encontraron con Matías, que se apoyaba en el brazo de fray Hugo, mareado aún por los golpes. Matías caminó haciendo eses hasta donde yacía la Sombra. Con una mueca de dolor, examinó el camino enlodado

a un lado y a otro, buscando el fragmento de tapiz.

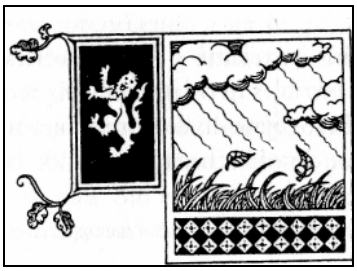
-Tiene que estar aquí, en alguna parte -exclamó, desespera do. Se lanzó sobre la Sombra para registrarle la bolsa atada a la cintura.

La Sombra observó a Matías con sus negros ojos mate, que empezaban a cerrarse. Habló lacónicamente con una voz extrañamente serena.

-Demasiado tarde, ratón. Ahora Martín está con Cluny.

Fueron las últimas palabras de la Sombra en vida. Con un estertor final, murió.

15



El alba llegó como si fuera consciente de los acontecimientos de la víspera. El cielo encapotado, gris y una persistente lluvia se cernían sobre Redwall y la comarca de Mossflower.

El abad Mortimer parecía más viejo y grave que de costumbre cuando se dirigió a la asamblea de la Caverna. La atmósfera era decididamente pesimista.

-¡Dormidos en vuestros puestos de vigilancia, permitiendo entrar al enemigo en nuestra abadía para robar lo que nos es más preciado! ¿Es éste el modo que tenemos de defendernos? -El abad dejó caer los hombros con expresión de cansancio. Reinaba un silencio incómodo. El aire era denso, preñado de ira y de culpa. El viejo y bondadoso ratón meneó la cabeza y alzó una pata en un gesto conciliador-. Perdonadme, amigos míos, os he criticado injustamente. Somos criaturas pacíficas, sin habilidades guerreras. Sin embargo, cuando he visto el rosal tardío esta mañana, no he podido evitar darme cuenta de que sus hojas se han secado y sus diminutos capullos han perecido. Martín el Guerrero ha abandonado nuestra abadía. Se ha ido de Redwall. Estamos solos. Sin él, nos aguardan tiempos duros y llenos de tristeza.

Los ratones y las criaturas del bosque arrastraron los pies con nerviosismo, clavando la vista en tierra. Reconocían la verdad en las palabras del padre abad, pero la esperanza es lo último que se pierde. Una voz se alzó, la de Matías:

-Una buena noticia -dijo-. Vengo de la enfermería. El señor Ratón de Campo está fuera de peligro. Vivirá.

El alivio se hizo patente en toda la Caverna; disminuyó la tensión; incluso el abad olvidó momentáneamente sus tétricos pronósticos.

-Gracias, Matías -exclamó-. Qué noticia tan alentadora. Debo decir que las terribles heridas que había recibido casi me hacían creer lo peor. Pero, fíjate en ti mismo, hijo mío. Deberías descansar. Aún tienes la cara hinchada después de la pelea con la rata negra.

Matías esbozó una sonrisa y se encogió de hombros alegremente.

- No se preocupe por mí, padre abad. Estoy bien.

Los ratones sonrieron orgullosos. Un pequeño y valiente guerrero era Matías, y les levantó los ánimos. Su resolución ganó fuerza cuando él añadió:

- ja, una rata negra! Ni siquiera me ha arañado. Bueno, sólo un poco. Pero ¿dónde está ahora, esa rata taimada? Bajo tierra, si los insectos han hecho su trabajo correctamente. Escuchadme, amigos. Nosotras las criaturas de Redwall somos un grupo duro de pelar. No pudieron acabar con Ambrosio Púas, ¿verdad que no? Pero si esa rata negra armada con una daga no ha podido matar al señor Ratón de Campo. ¿Qué es un rasguño o dos para un ratón como yo?

Los vítores al discurso de Matías se elevaron hasta las vigas del techo. Constanza se colocó junto a él de un salto, y gritó con ganas:

-¡Ese es el espíritu, amigos! Ahora, que todo el mundo vuelva a su puesto. Esta vez estaremos todos bien despiertos, ¡y que el cielo ayude a cualquier sucia rata que marche contra Redwall!

Con fuertes gritos, impropios de pacíficos ratones, los amigos agarraron sus bastones y salieron en tromba, espoleados por un nuevo estímulo. Después de un rato, Constanza

acompañó al abad a ver al señor Ratón de Campo, y Matías se fue con Matusalén al Gran Salón para examinar el tapiz roto.

El joven ratón se plantó frente al tapiz, cruzado de patas y con una expresión indignada en el rostro. El viejo portero le palmeó el hombro.

-Sé cómo te sientes, Matías. Me he dado cuenta de que sólo intentabas poner buena cara delante de los demás. Eso está bien. Demuestra que estás aprendiendo a ser un líder sabio, que esconde sus verdaderos sentimientos y anima a los otros a no perder la esperanza.

Matías se palpó con cautela las hinchazones de la cara.

-Sí, puede que así sea, anciano. Pero tú puedes ver igual que yo que Martín ya no está. Sin él, no creo que podamos ganar.

-Tienes razón, mi joven amigo -dijo Matusalén, asintiendo-. Pero ¿qué podemos hacer?

Matías se tambaleó un poco y tuvo que apoyarse en la pared. Se frotó la frente con una pata.

-No lo sé. De hecho, lo único que sé con seguridad es que el abad estaba en lo cierto. Creo que será mejor que vaya a acostarme un rato.

El joven ratón rechazó la ayuda de Matusalén y lo dejó sólo, contemplando el tapiz roto, para alejarse con paso vacilante en dirección a su dormitorio.

En la escalera de caracol se encontró con Azulina.

-Hola -dijo, con el tono más animado que le fue posible-. ¿Cómo está tu padre?

-Está mejor, gracias, Matías -respondió ella, mirándole con expresión solícita-. Ahora voy a buscar unas hierbas para el abad. ¿No deberías meterte en la cama? Tienes la cara terriblemente hinchada.

Matías hizo una mueca de dolor y se apoyó en la barandilla.

-Sí, la verdad es que iba a mi habitación para descansar. Pero no te preocupes, no tardaré mucho en hacer pagar a esas ratas por las heridas de tu padre.

Matías entró tambaleándose en su dormitorio, pero en el momento en que cerró la puerta, se convirtió en un ratón diferente. Con ojos ávidos y centelleantes, palpó el suelo bajo su cama y sacó la bolsa que pertenecía a la Sombra. Se metió la larga daga en el cinturón, se enrolló la cuerda de escalar en torno a un hombro y se dijo a sí mismo en voz alta:

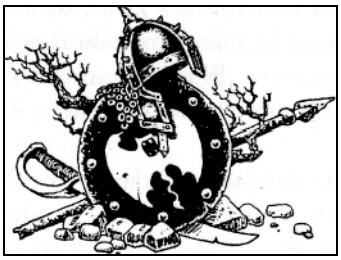
-Bien, Cluny, tú y yo tenemos una cuenta pendiente.

Con un montículo de tierra entre el hermano Rufo y él, Matías ató sigilosamente la cuerda alrededor de un saliente del borde del parapeto. Afortunadamente para él, Rufo miraba en dirección opuesta. Matías empezó a deslizarse por la cuerda en la parte del muro que daba a la comarca de Mossflower, por donde el bosque estaba más cerca de la abadía.

Imaginaba que el descenso iba a ser muy difícil, y se sorprendió de la facilidad con que se desenvolvía. Su confianza creció a medida que se deslizaba rápidamente y sin ruido hasta el suelo cubierto de helechos. Agachado entre los arbustos, repasó mentalmente su plan de acción. Cruzaría el bosque hasta llegar a la iglesia de San Ninián, evitando la carretera, que estaba vigilada. Una vez en la iglesia, descubriría dónde se guardaba el fragmento de tapiz, luego crearía una distracción de uno u otro tipo. Mientras la horda de Cluny estuviera ocupada, él cogería el tapiz y volvería a Redwall a toda prisa.

Matías se sumergió aún más entre los helechos y pronto fue una ondulación silenciosa que se movía por la exuberante vegetación de Mossflower en dirección a la iglesia de San Ninián.

16



En el campamento de Cluny el Flagelo, el ejército de ratas se aprestaba para la guerra.

Las armas se afilaban sobre las lápidas del cementerio. Bajo la crítica mirada de Diente Rojo, una banda de roedores roía una tabla de la desvencijada valla de la entrada techada del camposanto, en la parte posterior de la iglesia. Otros recogían piedras para suministrar munición a las hondas, mientras que otros se enrollaban cuerdas alrededor del cuerpo.

Dentro de la iglesia, Cluny estaba sentado en la galería del coro y era la viva imagen de una bárbara autoridad. Sostenía la cola flageladora con una pata, mientras en la otra llevaba su estandarte con la calavera de un hurón en la punta, además del cuadrado del tapiz que representaba a Martín el Guerrero. Cluny lo contempló orgullosamente mientras su armero lo equipaba para el combate.

A los pies de Cluny estaba la familia Campañol. Estaban atados. Cluny dio un coletazo y dijo con tono de sorna:

-da, miradme, débiles criaturas! ¿Habíais visto a algún otro jefe de animales guerreros como Cluny el Flagelo? Pronto tendré a todas las demás criaturas que se mueven de rodillas ante mí.

El señor Abraham Campañol lanzó una mirada de desafío a su captor.

-Sucia rata de sentina, te voy...

-¡Silencio! -bramó Cluny-. Refrena tu lengua, Campañol, o me ocuparé de ti y de tu familia antes de salir para conquistar vuestra preciosa abadía. ¿Veis mi nuevo estandarte de batalla? Éste es Martín el Guerrero. Sí, el mismo que se supone que debía proteger a ese viejo abad temblón y a su banda de estúpidos ratones. Ahora Martín es mío. Es más apropiado que viaje a la cabeza de unos auténticos guerreros. ¡El nos llevará a la victoria!

Cluny siguió con su perorata delirante, y el brillo de la locura en su ojo.

-La muerte y la desolación serán la recompensa de todos los que osen enfrentarse con Cluny. Sólo se salvarán aquellos a los que elija para servirme.

La señora Campañol intentó ponerse en pie, pero Apestoso y Marca de Colmillo la obligaron a arrodillarse de nuevo.

-Jamás doblegarás Redwall a tus malvados designios -gritó a Cluny, llena de rabia-. ¡El bien prevalecerá! Ya lo verás, Cluny. Estamos atados, pero nuestro espíritu es libre.

¡Crac!

Cluny soltó un latigazo con su larga cola que dejó a la familia Campañol tirada en el suelo. El señor Abraham Campañol intentó proteger a su mujer y a su hijo con el cuerpo de un segundo latigazo de la cola.

-Un discursito muy conmovedor, pero os equivocáis. No quiero capturar el espíritu de Redwall. ¡Quiero matarlo! Llevaos a estas criaturas lloronas fuera de mi vista. Encerradlas ahí fuera, en la choza de atrás. Dejad que imaginen cuál será su destino cuando regrese.

Colin Campañol chilló de terror. Su madre y su padre se debatieron valientemente al ser arrastrados hacia el exterior.

Diente Rojo entró con paso militar y saludó a Cluny.

-La horda está lista para emprender la marcha, jefe.

La rata armero colocó el yelmo firmemente sobre la cabeza de Cluny. Este bajó la visera y apartó de una patada a la rata que le había atado la púa venenosa a la punta de la cola.

Cluny salió majestuosamente de la iglesia al camposanto, y se encaramó al pilar contra el que había chocado el carro de heno. Paseó su mirada feroz por las huestes de su poderoso ejército: ratas negras, grises y pardas, ratas pintas, taimadas comadrejas, armiños furtivos y hurones sinuosos, todos congregados en torno a Cluny, con las armas relucientes y chorreando lluvia. A las exhortaciones de su caudillo, bramaban fanáticas respuestas:

-¿Adónde va el ejército de Cluny?

- A Redwall. A Redwall.

-¿Cuál es la ley de Cluny?

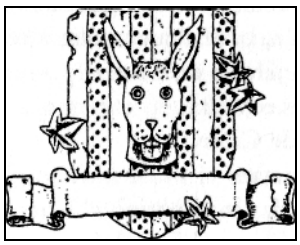
-Matar, matar, matar.

- ¿Quién os llevará a la victoria?

- ¡Cluny, Cluny, Cluny el Flagelo!

El señor de la guerra saltó al suelo y agitó su estandarte por encima de la cabeza. Con un fuerte grito, la horda de Cluny el Flagelo inició la marcha por el camino hacia la abadía de Redwall.

17



¡Orejacortada estaba perdido!

Separado de Cluny, no pudo pensar por sí mismo. Salió corriendo por el camino en la dirección equivocada, espoleado por el miedo. Asustando por el sonido de un pájaro que gorjeó de repente, se metió a ciegas en el bosque de Mossflower, y corrió y corrió, adentrándose cada vez más en un territorio desconocido para él. Sólo se detuvo con la llegada del pálido amanecer, y se dejó caer bajo unos arbustos. Exhausto, empapado en sudor y acobardado, el desdichado se enroscó como una bola y se durmió.

Hacia media mañana, le despertó el sonido de unos pasos. Cuando Matías pasó por delante de él, se aplastó contra la tierra, felicitándose por su suerte. ¡Qué hallazgo, el pequeño ratón! Lo haría prisionero y se lo llevaría vivo a Cluny. De ese modo adquiriría cierto prestigio. Tal vez Cluny olvidara incluso que se había dejado llevar por el pánico y había desertado junto a la abadía.

Matías se aventuró a echar una rápida mirada por encima del hombro. Una rata le acechaba, un roedor gordo y torpe, aunque enemigo al fin y al cabo. El joven ratón siguió caminando, mientras pensaba con frialdad y sin miedo, confiado en que podría resolver la situación.

Orejacortada lo seguía, rompiendo ramitas al pisar, pasando de un árbol a otro entre traspiés, con la mayor ineptitud, observando al ratón y dejando volar la fantasía.

«Eran seis, jefe. ¡Intentaron rodearme, pero yo luché como un demonio! Luego me dije, Orejacortada, me dije, será mejor que a ese que queda lo captures y se lo lleves al jefe para

que lo interrogue. Entonces Cluny me dirá, Orejacortada, mi viejo amigo Orejacortada, sabía que podía contar contigo. ¿Por qué crees que te llevé conmigo cuando nos conocimos? Sarnoso, trae vino y comida para mi viejo amigo, Orejacortada el Bravo. Ja, sí, y entonces palmearé al jefe en la espalda y le diré, ¡Por los bigotes de Satán, viejo roedor! ¿No has pensado nunca en retirarte y dejarme dirigir la horda? Con un galante caballero como yo...»

¡Crac!

Una larga rama de alerce saltó de pronto hacia adelante y se estrelló en la cabeza de Orejacortada, dejándolo sin sentido.

Matías salió de su escondrijo, frotándose las manos; le dolían por la tensión de sujetar la rama hacia atrás durante un buen rato. Desenrolló la cuerda de la Sombra y ató a Orejacortada a un robusto roble. El joven ratón no podía perder tiempo esperando a que la rata recobrara el conocimiento, pues aún le quedaba un buen trecho por recorrer. Siguió adelante, dejando al enemigo derribado, atado al árbol.

Dejó de llover. Al cabo de unos minutos, el cálido sol de junio caía sobre Mossflower como si se disculpara por su ausencia. Del sotobosque emanaban nubes de vapor que se mezclaban entre los árboles con los dorados rayos oblicuos. Los pájaros empezaron a trinar. La lluvia había engalanado flores y briznas de hierba con sus dijes y encajes de gotas de lluvia.

Matías sintió el repentino calor que invadía su cuerpo y le daba nuevos bríos. Tarareando una melodía, siguió caminando con paso firme, y estuvo a punto de salir de la protección de los árboles a terreno descubierto, la llanura de los prados. Se detuvo justo a tiempo. Delante mismo tenía una vasta zona llena de vegetación que no era un pasto ni un prado. Eran las tierras comunales que en otros tiempos había constituido la propiedad de San Ninián.

Matías se agachó en la linde del bosque. Veía desde allí la parte posterior de la iglesia. Diez o doce ratas montaban guardia a cierta distancia. Antes de ocuparse de ellas, tenía que atravesar las tierras comunales y sólo había cardos y pequeños montículos en los que ponerse a cubierto. El joven ratón expresó en voz alta sus pensamientos:

-Mmm, esto podría representar un pequeño problema.

-¿Problema? -replicó una voz desconocida-. ¿Un pequeño problema? Bueno, al menos no es un problema adulto, totalmente desarrollado.

Matías soltó un chillido de terror. Giró en redondo y buscó la fuente de la misteriosa voz. No vio a nadie. Haciendo un esfuerzo por serenarse, cuadró los hombros y gritó con audacia:

-¡Salga ahora mismo y muéstrese!

- ¡Que me muestre, dice! -replicó la voz, que parecía provenir de un punto situado frente a Matías-. ¿Cuántos pares de ojos necesita, joven amigo, eh, eh? ¡Pues sí que estamos bien, a fe mía! ¡Vaya, vaya!

Matías entornó los ojos y observó los alrededores con atención, pero seguía sin ver nada.

-Se lo advierto, salga y muéstrese -gritó, irritado-. No estoy de humor para juegos.

Una desgarbada liebre apareció como por ensalmo cerca de Matías. Era una criatura extraña, con un pelaje que era una mezcla de colores, un tono ceniciento con manchones de color gris oscuro y marrón claro y el vientre moteado de blanco. Era muy alta, con unas formidables patas traseras, muy hábiles, y un cómico rostro mofletudo, coronado por dos inmensas orejas que se movían a su antojo. La liebre hizo una graciosa y anticuada reverencia, inclinándose y extendiendo una pata. Su voz tenía un leve temblor de afectación.

-¡Liebre Ciervo Basilio a su servicio, señor! Experto explorador, luchador de patas traseras, guía en el desierto y especialista en camuflaje, ejem, libertador de cultivos tiernos, zanahorias, lechugas, y otras extrañas bestias. Le ruego que me diga a quién tengo el placer de dirigirme y, por favor, exponga la naturaleza de su pequeño problema.

Matías decidió que aquella peculiar liebre estaba un poco loca o bien achispada, pero sus modales anticuados no dejaban de ser amistosos. Así pues, le siguió la corriente, y se inclinó profundamente con una pata apoyada en la cintura.

-Buenos días a usted, señor Liebre Ciervo Basilio. Me llamo Matías. Soy novicio de la orden de los ratones de Redwall. Mi problema inmediato es cruzar ese campo para llegar a la iglesia del otro lado sin ser descubierto por las ratas que la vigilan.

Liebre Ciervo Basilio golpeó suavemente el suelo con uno de sus grandes pies.

-¡Matías! -dijo entre risas-. ¡Qué nombre tan extraño! El joven ratón rió a su vez.

-Ni la mitad de raro que su nombre, señor. ¿Quién ha oído hablar de una liebre llamada Ciervo Basilio?

La liebre desapareció un momento y reapareció justo al lado de Matías.

-Ah, bueno, Liebre es el nombre familiar, ya sabe. Mis padres me llamaron Basilio, aunque la abuela quería que me llamaran Inés Colombina. Siempre había querido tener una nieta, ella.

-Pero ¿y lo de Ciervo?

-Nobles criaturas, los ciervos -dijo la liebre con un suspiro-. ¿No le he dicho que quería ser uno de ellos, un magnífico ciervo regio con grandes astas como percheros? ¡Así que, bajé al alegre y viejo río una noche y me bauticé a mí mismo con ese nombre! Dos sapos y un tritón actuaron como testigos, ¿sabe? Oh, sí.

Matías se vio impotente para disimular su regocijo y estalló en carcajadas. Basilio también rió alegremente, sentándose junto al ratón.

-Creo que me va a gustar, muchacho -exclamó-. Bien, así que quiere llegar a esa iglesia, ¿no? Pues si es de lo más sencillo. Pero ya tendremos tiempo luego para eso, joven ratón. ¿Por qué no me cuenta ahora lo que le trae por aquí? Me encanta escuchar una buena historia, ¿sabe? Oh, por cierto, espero que le guste el hinojo y las galletas de avena. ¡Pues claro que le gustan! Comerá conmigo, claro que sí, un joven como usted.

En un periquete, Basilio había sacado un morral de entre la maleza y desplegaba la comida sobre la hierba. Durante la media

hora siguiente, Matías relató su historia entre bocado y bocado de la sabrosa comida de la liebre. Basilio escuchó atentamente, interrumpiendo sólo cuando precisaba alguna aclaración.

Matías concluyó su historia y se recostó en la hierba, esperando algún comentario. Las largas orejas de Basilio se movieron hacia arriba y hacia abajo como señales de ferrocarril, mientras la liebre digería la comida y la información.

-Mmm, ratas. Sabía que acabarían viniendo, por rumores que había oído, ya sabe. También lo sentía en mis viejos orejones. En cuanto a Redwall, lo conozco bien. Excelente tipo, el abad Mortimer. Un estupendo muchacho. Oí la Campana de José que lanzaba el mensaje de asilo. Incluso vino un viejo e impertinente erizo a decirme que huyera hacia Redwall. Imposible, claro está. Dios mío, no. Eso no estaría bien. Un tipo como yo desertando de su puesto; mal ejemplo, ¿eh? Prefiero mi propia compañía, ¿sabe? Exceptuando la compañía presente, claro está.

-Oh, claro está -dijo Matías. La liebre le caía muy bien. Basilio se puso en pie con elegante agilidad militar y saludó.

-¡Muy bien, lo primero es lo primero! Debo conseguir que llegue hasta la iglesia, joven amigo ratón. Oiga, esa cosa verde que lleva... hábito, ¿no? Excelente camuflaje. Pruebe a tumbarse entre las sombras. Créame, no se encontrará ni a usted mismo. ¡Es absolutamente perfecto!

Basilio se interrumpió y caviló unos instantes. Sus orejas se plegaron hacia delante, luego se irguieron, luego apuntaron en direcciones opuestas.

- Bien, cuando haya recuperado el fragmento de tapiz, o lo que sea, vuelva rápidamente por las tierras comunales. Yo le estaré esperando, no tema. ¡Bien! Bueno, vamos, joven amigo. No podemos quedarnos aquí sentados todo el día como dos conejos gordos mascando apio. ¡Arriba, a por ellos! ¡Rápida es la palabra y enérgica la acción! Deprisa, joven ratón.

Basilio volvió a desaparecer, pero reapareció unos tres metros más allá, en las tierras comunales.

- Vamos, Matías. Vire hacia la izquierda y gire hacia la derecha. Incline la cabeza y

zigzaguee, agáchese y serpentee. Mire, es fácil.

Matías se apresuró a ir en pos de la liebre, procurando seguir sus instrucciones. Sorprendentemente, funcionaron a la perfección, y pronto los dos amigos habían cruzado tres cuartas partes del terreno. Matías podía contar incluso los pelos del bigote de algunas ratas. Se tapó la boca con una pata para ahogar la risa.

-Es muy sencillo en realidad, ¿verdad, Basilio? ¿Qué tal lo hago?

- ¡Excelente! -dijo la liebre alzando la cabeza junto a él-. ¡Jo, jo! Como pato en el agua, joven amigo. Que se me caigan las orejas si no es el mejor pupilo que he tenido. Por cierto, ¿puedo hacer algo más para ayudarle?

Matías se detuvo y se puso serio.

-Sí, Basilio. Pero me resisto a involucrarte en mi lucha.

-Bobadas -dijo Liebre Ciervo Basilio con un bufido-. ¡Su lucha! ¿Cree de veras que voy a quedarme aquí, comiendo del morral, mientras un feo y enorme roedor y su banda de salvajes anda por ahí arrasando mi campiña? ¡No, no se dirá jamás entre los oficiales que Liebre Ciervo Basilio se mostró remiso a ofrecerse voluntario! Pida lo que quiera, Matías, joven cascarrabias.

La liebre sacó pecho y, con una pata sobre el corazón, los ojos cerrados, las orejas erguidas, esperó órdenes. El joven ratón disimuló una sonrisa al ver la noble pose de Basilio y dijo, con admiración:

- ¡Oh, señor Liebre, qué aspecto más heroico tiene así! ¡Gracias!

Basilio abrió un ojo para mirarse. Sí, tenía un aire galante, parecido al del Monarca de la Cañada, o el Ciervo en el Crepúsculo. Claro que un joven ratón no podía entender algo de naturaleza tan elevada. Matías expresó sus deseos al «Ciervo».

-¿Sería posible que hallara el modo de distraerlos mientras yo voy a por el tapiz? ¿Podría mantener ocupadas a las ratas, Basilio?

Ni una palabra más, muchacho -dijo la liebre, moviendo las orejas con aire confidencial-. Soy el ciervo que necesitaba. Escúcheme con atención. Usted vaya por el flanco izquierdo. Han quitado un tablón de la valla junto a la puerta de entrada al camposanto. Por allí podrá introducirse. Cuando tenga lo que ha venido a buscar, puede salir por el mismo sitio. Yo estaré por aquí, vigilando. Bien, adelante.

Matías se alejó velozmente, sin olvidar inclinar la cabeza y zigzaguear como le había enseñado Basilio. Llegó sin tropiezos a la valla y miró hacia atrás para ver dónde estaba su compañero.

Basilio salió a la carrera. Saltó la valla ágilmente y dio unos golpecitos en la espalda a la primera rata que vio.

- Esto, viejo, ¿dónde está el líder ése, Cluny o Clavo o Chalado, o como quiera que se llame?

La rata se quedó mirándolo boquiabierta, estupefacta. Basilio se alejó y apareció junto a otra rata.

-¡Fiuuu! Dios mío, Dios mío, ¿es que no os bañáis nunca, muchachos? Escucha, horrible criatura. ¿Te das cuenta del tufo que echas? Esto, por cierto, ¿te llamaron Apestoso tus padres, o acaso olían tan mal corno tú?

A las ratas centinelas les costó un poco recobrarse de la sorpresa. Soltando aullidos de rabia, intentaron agarrar a la descarada liebre.

Era como agarrar humo con las patas. Basilio trazaba círculos alrededor de ellos, soltando un buen chorreo de insultos, lo que aumentaba el mal genio de las ratas, que gritaban airadamente.

-Coged al conejo esmirriado, muchachos.

- ¡Conejo esmirriado, tú! ¡Comida de gato!

-Voy a colgar sus malditas tripas de mi pica.

- ¡Qué mal genio! ¡Vaya, vaya! ¡Qué lenguaje! ¡Si te oyera tu madre!

- Maldición! ¡Es escurridizo como un cerdo cubierto de grasa!

- Algunos de mis mejores amigos son cerdos cubiertos de grasa, hocico de botella. ¡Uuupps! Has vuelto a fallar, dedos de mantequilla.

Matías se reía por lo bajo y meneaba la cabeza con admiración. Vio a doce ratas tropezar unas con otras y darse en la cabeza, persiguiendo a su amigo por las tierras comunales. De vez en cuando, Basilio hacía una pausa y adoptaba su actitud de «Noble Ciervo», dejando que las ratas se acercaran a él. Ágilmente se alejaba entonces de un salto con sus largas y fuertes piernas, y los dejó tirados en un confuso montón. Para añadir la ofensa al daño, bailaban alrededor de los centinelas caídos, echándoles margaritas hasta que se levantaban, maldiciéndolo, para continuar la persecución.

Con cautela, por si había otras ratas por allí, Matías se introdujo en la iglesia por un vitral roto. Aterrizó en la capilla de la Virgen. El joven ratón frunció el hocico con repugnancia. La hermosa y vieja iglesia apestaba al fuerte olor de las ratas. Los muebles estaban volcados, las estatuas rotas, las paredes manchadas; por todas partes había páginas arrancadas de los libros de himnos.

¿Dónde estaba el fragmento de tapiz?

¿Y dónde estaba Cluny con el resto de su ejército?

¡Una súbita revelación hizo que Matías sintiera que le caía un peso a plomo sobre el estómago!

Se habían ido a atacar Redwall. Cluny debía de haberse llevado el tapiz con él. Matías sintió náuseas sólo con pensarlo.

Rápidamente, volvió a trepar por el vitral para salir. A mitad de camino de la valla, se fijó en un pequeño cobertizo. Alguien aporreaba la puerta cerrada con un candado y gritaba su nombre.

-Matías, deprisa, aquí, en la cabaña.

A través de un pequeño orificio en la puerta, vio a la familia Campañol con las patas fuertemente atadas. Colin Campañol estaba acurrucado amedrentado sobre un saco sucio, en un rincón, mientras que el señor Abraham Campañol y su mujer golpeaban la puerta con las patas atadas. Matías les llamó a través de la rendija de la puerta.

-¡Dejen de dar golpes! ¡Quédense quietos! Los sacaré de ahí en cuanto pueda romper el candado.

Matías miró en derredor en busca de alguna cosa con la que forzar el candado. Sin duda alguna de las ratas tenía la llave, pero no había tiempo para eso.

Por un golpe de suerte, encontró una pica de hierro que había lanzado a Basilio uno de los centinelas. Metió la pica en el aro del candado, e hizo palanca.

-No se mueve -musitó.

Desde su rincón, Colin Campañol lloraba afligido.

-Oh, nos quedaremos encerrados aquí hasta que vuelva Cluny. ¡No quiero volver a verlo! ¡Haz algo, Matías! ¡Sálvame!

Pese a la apurada situación de los Campañol, Matías demostró su desprecio hacia Colin, sin poder evitarlo.

-¡Deja de lloriquear, Colin! No ayudas en nada. No hagas tanto ruido. Aún podría haber ratas por aquí. Deja de pensar en ti mismo todo el tiempo. Intenta ser valiente como tus padres.

Dejándose llevar por la frustración, Matías golpeó el picaporte con la pica, que rebotó y fue a clavarse entre el picaporte y la madera. Con un gruñido de exasperación, Matías tiró de la pica con fiereza, intentando liberarla, perdió el equilibrio y cayó al suelo. El picaporte había cedido; Matías lo sacó llevándose con él unos cuantos tornillos torcidos y oxidados. La puerta se abrió.

Matías sacó la daga y cortó las ataduras de los Campañol, dando órdenes al mismo tiempo.

-Síganme y hagan lo que yo les diga. Muévanse deprisa y con el mayor sigilo posible.

Los cuatro salieron con paso precavido por la parte rota de la valla y empezaron a cruzar las tierras comunales. No había ni rastro de los centinelas. Matías supuso que estarían en alguna parte, intentando aún cazar a la esquiva liebre.

Era la media tarde. Reinaba la paz en las tierras comunales, bajo el espléndido sol. Las mariposas se posaban en las flores de los cardos y los saltamontes se daban serenatas unos a otros con sus incesantes cadencias. Abraham Campañol insistía en estrechar la pata de Matías y en felicitarlo.

-Matías, gracias de todo corazón por salvar a mi familia. Nos dábamos por muertos.

El joven salvador lo miró con expresión sombría.

Aún no hemos llegado a la abadía, ni mucho menos, señor Campañol, y aunque lo logremos, temo lo que podamos encontrar al llegar.

-Sí -dijo la señora Campañol, asintiendo vigorosamente-. Los hemos visto marchar contra Redwall. Cluny dirigía a esos villanos con el retrato de Martín atado a su estandarte. Cielo santo, no había visto tantos granujas salvajes juntos en toda mi vida.

-Ojalá no hubiera salido subrepticiamente de la abadía esta mañana -dijo Matías con el entrecejo fruncido-. Espero de todo corazón que Constanza tuviera a todos los defensores alerta.

Segundos después era Matías el que deseaba haber estado también alerta.

Los centinelas se habían cansado de perseguir a Basilio y volvían del bosque con paso cansado. Se sentaron en la hierba, tras un montículo, para descansar.

Matías y la familia Campañol se dieron de bruces con ellos.

18



Cluny agrupó a sus fuerzas en la cuneta opuesta a la abadía de Redwall. El se quedó en el prado, más allá de la zanja, rodeado por sus capitanes. Desde allí podía dirigir toda la operación sin correr peligro.

Sin embargo, por el momento las cosas no estaban saliendo como él esperaba. Para empezar, no tenía suficientes arqueros. Las ratas tenían fama de no saber construir arcos ni flechas.

Desde lo alto de los muros de Redwall, los ratones descargaban una lluvia de pequeñas flechas que, si bien no tenían una gran capacidad de matar, causaban muchas heridas entre las filas de su ejército.

Colocado detrás de su estandarte, que estaba clavado en la tierra, Cluny hizo chasquear su cola.

-Diente Rojo, Garranegra, decid a los lanzadores con honda que se preparen. Cuando dé la señal, quiero ver una buena descarga de piedras cayendo en lo alto de ese parapeto. Eso hará que agachen la cabeza. Sapo Inmundo, Apestoso, vosotros dos organizad los grupos con las escalas y los ganchos. Que todos lleguen a lo alto de esa muralla. No quiero fallos.

Los capitanes se fueron hacia la zanja para prepararlo todo. Cluny alzó la cola para dar la señal.

En lo alto del muro, los ratones arqueros seguían lanzando una lluvia incesante de flechas sobre la cuneta. Constanza se paseaba de un lado a otro, con un grueso garrote entre las patas, mientras los animaba.

-¡Eso es lo que debéis darles, ratones! ¡Que esos arcos no dejen de vibrar!

Sin embargo, Constanza sabía que las flechas se acabarían tarde o temprano, y miró los montones de escombros y piedras que bordeaban el parapeto.

-¡Hermano Rufo! ¡Topo Mayor! Preparaos para lanzar todo eso a la voz de ya.

¡Pum, pam, bang!

Una lluvia de afiladas piedras cayó silbando contra el parapeto, cuando Cluny agitó la cola en el prado. Pillados por sorpresa, varios ratones cayeron y un topo perdió el conocimiento.

-¡Agachaos todos! ¡Tumbaos en el suelo! -gritó Constanza.

Los defensores obedecieron al instante, al tiempo que aumentaba la cantidad de piedras lanzadas. El abad corrió por el parapeto, agachado y gritando:

-¡Camilleros! ¡Aquí! Ayudadme a bajar a los heridos al claustro. Winifred la nutria estaba tumbada junto a Constanza y le susurró:

-¿Oyes ese ruido? Los de Cluny están colocando algo contra el muro. Estoy segura de que intentarán trepar hasta aquí mientras tenemos que permanecer tumbados.

Aún no había acabado de hablar, cuando dos ganchos con cuerdas aparecieron por encima del parapeto y se engancharon en las junturas con un sonido metálico.

-Quedaos tumbados, amigos míos -susurró Constanza-. Dadles un poco de tiempo para que se alejen del suelo. Quiero tener a un montón de ratas bien arriba antes de hacer el próximo movimiento. Pasadlo.

Abajo, en el prado, Diente Rojo agitó su alfanje en el aire y soltó una salvaje carcajada.

-¡Tu plan funciona, jefe! Mira, ahí está el viejo Marca de Colmillo y su grupo, casi en lo alto del muro.

Cluny se levantó la visera para ver mejor. Era demasiado tarde para gritar e impedir lo que vio después.

Una auténtica avalancha de rocas y tierra cayó por encima del parapeto y fue a dar contra la escala principal. Las ratas chillaron, intentando aferrarse al aire, al verse barridas de la escala y caer a la carretera. La escala cayó de lado, derribando la otra escala. Al caer ambas escalas, se produjeron escenas de pánico. Gravemente heridos, los supervivientes caídos en la carretera intentaron alejarse a rastras hasta la seguridad de la cuneta, pero quedaron enterrados bajo los escombros que cayeron a peso sobre ellos. Muchos quedaron atrapados bajo las pesadas escalas caídas. El aire se llenó de gritos y gemidos.

Cluny despotricaba y lanzaba juramentos. Abandonó el estandarte y corrió por la pradera. Salvó la zanja de un salto y corrió al otro lado del camino. Se cogió a una cuerda que colgaba y empezó a trepar por ella. Cuando el castor royó las últimas hebras, la cuerda se partió y Cluny cayó desde bastante alto, quedando tirado en el polvoriento camino de un modo muy poco digno.

Cluny se lanzó a la zanja. Reagrupó a los que lanzaban las piedras con hondas y a sus escasos arqueros y les ordenó que esperaran su orden.

En lo alto del muro habían cortado la última cuerda. Una entusiasta aclamación traspasó el aire cuando los defensores de Redwall se asomaron para admirar su obra.

-¡Fuego! -bramó Cluny.

Piedras y flechas subieron hasta el parapeto con un efecto devastador. Varios ratones y criaturas del bosque gritaron y cayeron. Este resultado animó a Cluny. No estaba todo perdido. Empezó a idear un nuevo plan.

En el bosque de Mossflower, Orejacortada se debatía contra la cuerda que lo sujetaba al

roble. Oía ruidos distantes que sólo podían significar una cosa: su jefe atacaba la abadía.

Doblando el cuello en un incómodo ángulo, Orejacortada logró hincar los dientes en la dura cuerda. Si conseguía soltarse, tal vez pudiera volver a hurtadillas a la horda. Podía mezclarse con los demás y negar que hubiera faltado en algún momento. También era posible que Cluny se mostrara tolerante con su deserción si podía distinguirse durante la batalla.

La cuerda tenía un horrible sabor. Orejacortada supo por el olor que había pertenecido a la Sombra. Jamás le había gustado aquel roedor hosco con cara de póquer! Orejacortada se felicitaba a sí mismo cada vez que se rompía una hebra de la cuerda.

-Ja, toma eso, cuerda, y eso! No hay cuerda que pueda mantener prisionero a Orejacortada por mucho tiempo, je, je, je! ¡Pobre y viejo Sombra, si pudieras ver tu preciosa cuerda ahora! -Orejacortada se irguió un momento para aliviar la tensión del cuello.

La risa murió en sus labios. Un grito sofocado de espanto surgió de su garganta. Las heladas garras del terror le oprimieron el pecho.

A un palmo de su rostro se mecía hipnóticamente la víbora más grande y fuerte de cuantas habían existido, y la que tenía un aspecto más maligno.

La rata se quedó completamente petrificada. El aire pareció congelarse en sus pulmones. La siniestra cabeza chata se movía siguiendo un ritmo perezoso, y su lengua bífida no paraba de moverse. Los ojillos redondos y negros estaban fijos en los de la rata. La voz de la víbora recordaba el susurro de las hojas secas bajo la brisa otoñal.

-Asmodeo, Asssssmodeooo -siseaba-. ¡Qué amabilidad desatarte tú misma, rata! ¡Ven conmigo, te mostraré la eternidad! Asmodeo, Asssssmodeooo.

¡La víbora atacó con la velocidad del rayo! Orejacortada sólo tuvo tiempo de sentir un repentino pinchazo en un lado del cuello. Sus miembros se quedaron flácidos, su vista se cubrió de una niebla oscura. Las últimas palabras que Orejacortada oyó en este mundo las pronunció la víbora con su sibilante siseo.

-¡Asmodeo, Asssssmodeooo!

Cluny escarbaba la tierra de la zanja con la pata. Estaba todo allí, el dibujo de su siguiente movimiento. Atacaría la abadía a escondidas desde el lado de Mossflower.

Sería una maniobra sorpresa. Un escuadrón escogido y conducido por él llevaría a cabo la misión. Ataviado con la armadura

y el yelmo de Cluny, Diente Rojo se quedaría en el prado. El disfraz bastaría para engañar a los defensores que lo observaban desde lo alto de los muros. A las ratas de la cuneta se les ordenó que siguieran atacando hasta que Cluny y su grupo escalaran los muros por la parte de atrás, y se abrieran paso hasta el portón de la abadía para abrirlo.

Después de dar las órdenes al resto de capitanes, Cluny se alejó arrastrándose a lo largo de la zanja, acompañado por una veintena de ratas, comadrejas, armiños y hurones. Con ellos llevaban el largo tablón de la puerta techada del camposanto de San Ninián. Avanzaron con sigilo en dirección norte, hasta que quedaron fuera de la vista de los muros. Treparon entonces friera de la zanja y cruzaron la carretera para adentrarse en el bosque de Mossflower.

Cluny se sentó en el tronco de un árbol caído y explicó al escuadrón lo que esperaba de ellos.

-Yo esperaré aquí con los porteadores del tablón. El resto dividíos y explorar la zona en busca de árboles altos que crezcan cerca de los muros de la abadía. Aseguraos que el árbol que escojáis sea más alto que el muro, y que no cueste demasiado trepar por él. ;Lo habéis entendido? Bien, en marcha.

Cluny los contempló mientras se alejaban por entre la maleza. Había perdido su buen humor inicial. Cada vez estaba más furioso con la actuación de su poderosa horda. ¡Puestos en evidencia por las sencillas tácticas de ratones y criaturas de los bosques! Cluny soltó un bufido y hundió sus fuertes garras en el tronco podrido del árbol, provocando una desbandada de escarabajos y cochinillas al arrancar un trozo de madera porosa. Oh, bien que los había asustado al principio. El señor de la guerra conocía el poder del miedo, pero una vez ganada la

primera mano en la escaramuza inicial, los ratones habían perdido el miedo y se habían vuelto más audaces. En ese momento, el desarrollo de la batalla se había vuelto desfavorable para él. Cierto, había conseguido una o dos pequeñas victorias, pero nada de lo que pudiera alardear. No podía usarlas como ejemplo para infundir nuevos ánimos a sus tropas.

La única esperanza de Cluny consistía en que los ratones se confiaran en exceso y cometieran un error. Era el viejo juego del cazador que acecha a su presa. Sólo necesitaba que tuvieran un tallo, nada más. Mientras tanto, tenía ante sí un obstáculo mayor que los ratones: la muralla de Redwall, la culpable de que hubieran fracasado todos sus planes. Cluny despedazó violentamente el tronco podrido hasta que grandes trozos salieron despedidos por los aires. Si aquel plan tenía éxito, los muros dejarían de ser un problema. Una vez dentro, sería como un zorro entre polluelos.

Cluny olfateó el aire. Sus sentidos le decían que los exploradores regresaban. Ladrón de Queso y un hurón llamado Mataconejos salieron de la maleza con estrépito, temblando de pies a cabeza. Ambos daban la impresión de haber recibido un buen susto.

Pasó un rato hasta que Cluny consiguió entender lo que decían. Ladrón de Queso habló entrecortadamente, mirando con temor por encima del hombro.

-Eee, Eee, nosotros, bueno... nos hemos perdido, jefe.

-¿Perdido? ¿Dónde? -gruñó Cluny.

Mataconejos levantó una pata temblorosa para señalar.

-Por allí, señoría, y encontramos un gran roble robusto. -¿Estaba cerca de los muros?

No, jefe -respondió Ladrón de Queso, meneando la cabeza-. Estaba lejos, en la espesura del bosque. Mira lo que he encontrado alrededor del árbol.

Mostró la cuerda roída y rota. Cluny se apoderó de ella. -Parece la cuerda de la Sombra. Está muerto. ¿Qué intentáis decirme, idiotas?

-Es Orejacortada, señoría -dijo Mataconejos, gimoteando lastimeramente,

Cluny agarró al desdichado par y los zarandeó de mala manera. -¿Es que os habéis vuelto locos los dos? ¿Queréis decirme que os ha asustado ese imbécil de Orejacortada?

-Pero es que no lo has visto, jefe -dijo Ladrón de Queso entre sollozos, cayendo de rodillas-. Estaba allí tirado. Tenía la cara hinchada y la lengua fuera. Se le había puesto púrpura. ¡Aaggg! Estaba todo hinchado, como... ¡era horrible!

Mataconejos asintió vigorosamente.

-Sí, sí. Lo hemos visto con nuestros propios ojos, señoría. El pobre Orejacortada, yendo hacia atrás.

-¿Yendo hacia atrás? -repitió Cluny.

-Como lo cuento -dijo el hurón-, y su capitán aquí presente me dice, dice: «Algo arrastra de Orejacortada». Claro que no podíamos ver qué era por culpa de los arbustos, así que los hemos apartado hacia un lado, ¿y qué vemos?

- Bien, ¿qué veis? -bramó Cluny con impaciencia.

Mataconejos se estremeció antes de seguir hablando con incredulidad, como si no pudiera creer lo que él mismo decía.

-La serpiente más grande en la que haya podido poner los ojos. ¡El padre de todas las serpientes! Tenía cogido al pobre Orejacortada por los pies y lo arrastraba.

- ¿Qué ha hecho la serpiente al veros? -preguntó Cluny, abriendo el ojo con sorpresa.

-Ha soltado a Orejacortada y nos ha mirado -dijo Ladrón de Queso-. La serpiente nos ha mirado fijamente sin parar de decir: «Asmodeo, Asmodeo».

Cluny se rascó la cabeza con su sucia y afilada garra. -¿Asmodeo? ¿Qué significa eso?

-¿No lo sabe? Es el temible nombre del diablo en persona, señoría -se lamentó el hurón-. Lo sé porque me lo contó mi anciana madre, y siempre me decía que no mirara jamás a una serpiente a los ojos. Así que le he dicho a mi compañero aquí presente: «Ladrón de Queso, no mires. ¡Corre si quieres salvar la vida!». Y eso es exactamente lo que hemos hecho, señoría. Oh, no puede imaginarse lo horrible que ha sido. ¡Antes prefiero morir atado en un granero

ardiendo que volver allá, desde luego! El cuerpo escamoso y enorme de...

-Silencio, imbécil -ordenó Cluny-. Creo que oigo regresar a los otros. Ahora comportaos y no digáis ni una sola palabra de la serpiente a nadie, o notaréis la picadura de mi serpiente en la espalda. -Cluny agitó su larga cola amenazadoramente ante las narices de sus secuaces, que le comprendieron a la perfección.

Una comadreja macho al que llamaban el Flaco llegó corriendo hasta ellos y presentó un pulcro informe con gran eficacia.

-Árbol alto junto al muro de la abadía, jefe. Un olmo, creo, mucho más alto que el muro, con montones de ramas que sobresalen. Fácil de trepar.

-¿A qué distancia está el árbol? -preguntó Cluny.

-A unos diez minutos de marcha hacia el este -respondió el Flaco.

Cuando regresó el resto del grupo, Cluny los hizo formar en una sola fila y emprendieron la marcha hacia el este a buen paso.

El árbol alto era en verdad un olmo, un anciano gigantesco cubierto de protuberancias y ramas accesibles. Cluny lo examinó: era exactamente lo que buscaba, y estaba a una distancia perfecta del muro. Se volvió hacia su escuadrón.

- Escuchad, tenemos que trepar por este árbol. Cuando lleguemos a una altura suficiente, buscaré una rama fuerte en la que podamos apoyar el tablón para dejarlo caer sobre el muro. Si lo hacemos con sigilo, los ratones no sospecharán nada. Antes de que puedan recobrarse de la sorpresa, estaremos dentro de Redwall.

19



Era difícil saber quién se sorprendió más, si Matías y sus acompañantes, o las ratas centinelas.

Tras unos instantes de pausa, Matías y los otros se dispersaron. Uno o dos de los centinelas se mostraron un poco lentos, pero no tanto como Colin Campañol y su madre, a los que agarraron con rudeza unas ratas más veloces.

Matías los esquivó y salió corriendo, derribando a su paso a una rata que estaba a punto de atrapar al señor Campañol. El joven ratón siguió corriendo, empujando al campañol y gritándole:

-¡Corra, señor Campañol, no se detenga! Intente llegar al bosque y escóndase.

El señor Campañol vacilaba.

-Pero mi esposa, Colin... los han cogido las ratas.

-¡Y le cogerán también a usted si no corre! -replicó Matías, dándole un fuerte empellón-. No podrá ayudar a su familia si vuelven a hacerle prisionero.

Abraham Campañol aceptó el consejo de Matías y corrió todo lo que daban de sí sus piernas. Matías retrocedió y se hizo con una pesada rama para encararse con las ratas que iban a por él.

-Sólo sois una docena -dijo, con tono provocador-. A ver de qué estáis hechas las ratas.

La primera que llegue recibirá primero.

Matías blandió la rama, que silbó en el aire, haciendo que las ratas se detuvieran en seco. Matías avanzó hacia ellas agitando la rama, gritando a pleno pulmón:

-¡Basilio, Liebre Ciervo Basilio! ¿Dónde está?

Las ratas intentaron rodear a Matías. Una se acercó demasiado. Un diestro golpe del improvisado bastón lo derribó.

-¡Oh, buen golpe, señor! ¡Vaya que sí!

Era la liebre.

Llegó dando saltos, con toda la apariencia de haber salido de excursión con la escuela dominical, sonriendo de oreja a oreja. Colin y la señora Campañol aparecieron corriendo jadeantes detrás de él. Matías soltó un grito de asombro.

-¡Basilio! ¿Dónde se había metido, por todos los santos?

La hábil criatura esquivó a una rata, giró en redondo y le lanzó una doble patada al vientre. La rata se dobló sobre sí misma, sin respiración, incapaz de moverse. Basilio rió entre dientes.

-Lo siento, Matías, muchacho. Cuando estos chicos han dejado de perseguirme, he salido pitando hacia mi madriguera. Limpieza de primavera, ¿sabe? Un poco tardía, pero soy soltero, ¡qué quiere!

Matías se quedó estupefacto. Allí estaba él, luchando contra una docena de ratas, intentando rescatar a la familia Campañol, ¡mientras Basilio limpiaba el polvo a su madriguera! Al joven ratón le costó un gran esfuerzo no salirse de sus casillas.

-¡Oh, qué amable es usted, señor Liebre! Me alegro de que haya podido unirse a nosotros -dijo, sarcásticamente, mientras seguían golpeando a las ratas para ahuyentarlas, y metían prisa a los Campañol-. Supongo que no habrá tenido tiempo de poner agua a calentar para el té, ¿no?

Basilio se inclinó ante la señora Campañol y le ofreció la pata.

-Permítame, señora. Pues sí, de hecho, sí. No hay nada como un té con menta recién hecho después de un ejercicio saludable, ¿no les parece?

Matías golpeó a una rata en pleno rostro con el extremo de la rama. Sin duda la liebre estaba loca. ¡Té con menta!

-Bueno, no creo que piense que me voy a pasar la tarde en su madriguera bebiendo té -gritó.

Basilio aprisionó a una rata por el cuello. Haciéndola girar, derribó a dos más, y guiñó un ojo a Matías.

-No, por cierto, joven amigo. Verá, sería tremendamente embarazoso, puesto que sólo dispongo de un servicio de té para cuatro y, si no me equivoco, el pequeño señor que ha salido corriendo hacia el bosque como un pato escaldado, es obviamente el marido de esta encantadora dama, de modo que también tendré que invitarlo a él, ¿no es cierto?

Matías le puso la zancadilla a una rata con la rama. Estaba aprendiendo a tomarse con calma la actitud de Basilio.

-Pues claro que sí, señor Liebre. Qué aburrido debe de pensar que soy. Seguramente me quedaré aquí sentado y enseñaré a las ratas a hacer guirnaldas de flores.

Basilio esquivó a una rata y se echó a reír.

-No hace falta que se dé esos aires, joven amigo. He pensado que sería mejor que acogiera a los Campañol y acompañarles luego a la abadía. Es evidente que usted tiene que regresar a Redwall a toda prisa. La familia de los Campañol estorbaría su marcha.

-Le pido disculpas, señor -dijo Matías, sonriendo alegremente-. Acepto su oferta con todo mi agradecimiento. No era mi intención ser grosero.

Se encontraban entonces en la linde de las tierras comunales. Las ratas se habían quedado atrás por el momento. Basilio estrechó la pata a Matías.

-Buen ratón. Bien, no pierda tiempo, joven. Nos veremos cuando vaya a dejar a mis invitados en la abadía.

Solo y sin impedimentos, Matías se adentró en el bosque. Marchaba despacio, con las piernas cansadas. Se dio cuenta entonces de que tendría que entrar en Redwall por el lado de Mossflower, puesto que seguramente el portón principal estaría asediado. ¿Podrían resistir los defensores? ¿Había organizado Constanza la defensa correctamente sin él? ¿Habían permanecido alerta los centinelas? ¿Estaba a salvo Azulina?

Las preguntas se agolpaban en el cerebro de Matías mientras avanzaba con dificultad por entre la maleza. Al detenerse para orientarse, sintió cierta inquietud. Debería ver va los muros de la abadía hacia el noroeste. Tal vez no había calculado bien la extensión del bosque. Sí, eso era. Quizá si seguía caminando, pronto aparecerían los muros a la vista.

En algún lugar cercano, más adelante, oía el rumor de una corriente. Recordó que hacía bastante tiempo que no comía ni bebía nada. Cambió de dirección y siguió el sonido del agua hasta que llegó a orillas de un arroyo.

Se tumbó boca abajo sobre una piedra de roja piedra arenisca, y bebió de la fría y dulce agua del arroyo hasta saciarse. Siguiendo la orilla, encontró dientes de león frescos. Arrancó un puñado de hojas y brotes tiernos, volvió a la piedra arenisca caldeada por el sol, y se tumbó de espaldas, mordisqueando dientes de león y contemplando el cielo despejado a través de las copas de los árboles. ¡Qué día más ajetreado!

Matías se alegró de poder tomarse un respiro después de tantas emociones. pero se recordó a sí mismo que no podía permitirse el lujo de demorarse mucho tiempo. Tenía que llegar pronto a Redwall. Lanzó un gran suspiro; la vida de un guerrero era muy fatigosa.

Cerró los ojos un momento y pensó en Martín el Guerrero. Se había sentido cansado alguna vez? Sin duda, puesto que defendía la abadía con una enorme y pesada espada, y con la armadura. ¿Qué le habría ocurrido a la espada? Tenía que estar en alguna parte. Las espadas legendarias no se oxidaban y se reducían a la nada, pues en ese caso no se habrían convertido en leyenda.

Una libélula se acercó al joven ratón y voló por encima de su cabeza, agitando suavemente sus bigotes. ¿Qué hacía aquella extraña criatura en su territorio? Se acercó un poco más. Era un animal inofensivo con un extraño atuendo, que no suponía ninguna amenaza para su autoridad como alguacil de aquella corriente de agua. El animal dormía profundamente, roncando como una ardilla en pleno invierno, ajeno a cuanto le rodeaba.

20



Caía la tarde. Se habían producido uno o dos retrasos de poca importancia, pero Cluny y su escuadrón habían conseguido por fin trepar al olmo. Algunas de las ratas eran unas completas inútiles, en opinión de Cluny. Había habido algunos empujones y resbalones, y en cuanto al idiota de Ladrón de Queso, ¿a quién se le ocurría esperar a alcanzar los seis metros del suelo para descubrir que tenía miedo a las alturas? Cluny pensó airadamente que le habría dado su merecido de no ser por la perentoria necesidad de silencio.

El señor de la guerra empezaba a desear que hubiera habido más comadrejas y hurones

en el escuadrón. Ellos sí poseían un don natural para trepar, y aquella comadreja en concreto... ¿cómo se llamaba? El Flaco, sí, había sido de enorme ayuda, animando y empujando a los demás, organizando incluso el modo de subir el tablón. Cluny lo anotó mentalmente para el futuro. El Flaco tenía madera de capitán. Pese a todos los esfuerzos, sin embargo, aún estaban por debajo del nivel del parapeto. Más arriba, las ramas del olmo se volvían delgadas y quebradizas y no podían soportar el peso del tablón.

Cluny hizo un repaso de la situación. Había alcanzado la máxima altura sin perder un mínimo de seguridad en aquella arriesgada empresa. Decidió dar el alto.

-De acuerdo, tomaos un respiro. Encontrad un sitio para descansar desde donde no os podáis caer. Dentro de un par de horas se habrá hecho de noche, y habrá más sombras que luz. Puede que para entonces los ratones relajarán la guardia. Flaco, encárgate de que estén todos quietos y calladitos, ¿quieres?

El Flaco saludó con elegancia y ofreció un servicial comentario:

-Esta rama en la que estoy sentado, jefe, la he estado probando y parece muy fuerte. Quizá deberíamos dejar caer el tablón desde aquí hasta el muro. Ya sé que quedará un poco en pendiente, pero no será muy difícil subir por él. Esas ramas de más arriba no me dan buena espina; son demasiado delgadas.

Cluny se acercó a donde estaba el Flaco y se sentó a su lado.

-Bien pensado, comadreja -dijo en un susurro-. Sí, esta rama nos servirá. Quédate conmigo, Flaco. Eres un buen soldado. Puede que pronto necesite un nuevo capitán, con esas cabezas huecas que tengo alrededor. Ya sabes lo que eso significa: una parte más grande del botín. Cluny recompensa siempre la iniciativa, Flaco. Juega bien tus cartas y pronto conseguirás un ascenso.

-Gracias, jefe. No se preocupe; no le defraudaré -murmuró el Flaco.

En. una rama más baja, Ladrón de Queso (que había estado escuchando la conversación) adoptó una expresión desdeñosa. Sí, jefe. No, jefe. ¡Lo que tú quieras, jefe! ¿Quién se había creído que era aquella comadreja que se daba tantos humos?

En cuanto a que Cluny ascendiera a capitán a una comadreja, en lugar de una rata de su propia especie, bien, ¡tal vez Diente Rojo y Garranegra y los otros tuvieran algo que decir! Comadreja advenediza. Si apenas hacía un par de días que la habían reclutado. A poco que pudiera, Ladrón de Queso le ajustaría las cuentas al Flaco.

El abad Mortimer miró el cielo con expresión agradecida. Era de noche por fin. Habían resistido bien; las ratas no habían abierto brecha alguna en ningún punto de la muralla. Se había hecho un paréntesis en la lucha; la horda de Cluny se limitaba a hacer alguna que otra incursión desde la zanja. Aprovechando la tregua, los defensores acarrearon más piedras y escombros hasta el parapeto. Azulina y su grupo de ayudantes habían subido a lo alto y recorrían los puestos con la cabeza agachada, llevando un cuenco de caldo, uvas y una pequeña barra de pan de semillas con miel a cada criatura apostada.

- Qué joven tan tranquila y eficiente es Azulina -comentó el abad a Constanza.

El tejón hembra pasó un puñado de flechas a Ambrosio Púas para que las distribuyera.

- Sí, en efecto, padre abad -dijo-. Pero parece preocupada. ;Cree que es por Matías?

-Sin duda -contestó el abad-. Ese joven ratón está en mis pensamientos, igual que en los míos y en los tuyos.

Constanza meneó su larga cabeza rayada.

- No es propio de Matías desaparecer de esta manera. Lo he buscado por todas partes cuando me ha sido posible, pero no está en la abadía.

-Bueno, dondequiera que esté -replicó el abad-, estoy seguro de que está ayudando a nuestra causa, así que no tenemos más remedio que esperar su regreso y confiar en su buen juicio y en su sentido común.

Los dos amigos aceptaron con agradecimiento la comida de Azulina y sus ayudantes. Ambos contemplaron con perplejidad a Winifred la nutria y al Topo Mayor, que izaban un

balancín.

Era un juguete que se había fabricado en un pasado remoto para uso de las crías de los animales del busque. Estaba en un rincón, cerca del fresal, desde tiempos inmemoriales. Las crías lo usaban todo el año para jugar y estaba en perfectas condiciones.

Winifred y el Topo Mayor lo depositaron sobre el parapeto. Dos topos avanzaban tambaleándose, doblados sobre sí mismos, bajo el peso de una enorme roca. El Topo Mayor les indicó el lado opuesto del balancín.

-Ajá, ahí ponedla. Hermoso guijarro, amigos.

Cuando el «guijarro» quedó en posición, Winifred y el Topo Mayor se abrazaron y, tras inclinar la cabeza, saltaron con fuerza sobre el asiento libre del balancín.

¡Fiuuuuu!

La gran roca salió catapultada por encima del parapeto. Tras unos segundos de silencio, se oyó un gran estruendo, acompañado por gritos de dolor y de sorpresa de las ratas que se apiñaban en la zanja. Winifred y el Topo Mayor se estrecharon la pata con aire solemne.

-Creo que esas molestas alimañas tendrán buen dolor de cabeza -dijo el Topo Mayor, riendo entre dientes, mientras todos corrían a resguardarse de la lluvia de piedras que la horda de Cluny enviaba como respuesta.

La batalla había vuelto a comenzar.

Los ratones arqueros se pusieron en pie para disparar sus flechas sobre la zanja; las nutrias lanzaban piedras con sus hondas a una gran velocidad; las largas jabalinas de las ratas volaban desde abajo, causando muertes y heridas entre las filas de los defensores. Pero ahora llegaba un nuevo peligro, un arma terrorífica ideada por alguna rata con imaginación: trozos de verjas de hierro del cementerio, con cuerdas atadas. Las ratas hacían girar la cuerda una y otra vez, ganando impulso, hasta que, calculando la dirección correcta, soltaban la cuerda. Las barras de hierro subían a toda velocidad, hasta el doble o el triple de la altura del muro, perdiéndose casi de vista, y luego bajaban en picado, silbando malignamente, para caer en el parapeto. Cualquier defensor sobre el que cayera, moría al instante o quedaba horriblemente mutilado. Aunque la barra de hierro fallara, las piedras y los fragmentos de metal que salían rebotados eran igualmente peligrosos.

Dándose cuenta del peligro que corrían con aquel nuevo invento, Constanza ordenó que todos salvo unos cuantos escogidos bajaran a la seguridad de la abadía. Sin embargo, las barras de hierro pronto demostraron ser un arma de doble filo. Muchas de las que se arrojaban mal caían en la propia zanja y mataban a los mismos que las habían lanzado. Incluso Diente Rojo, que seguía vistiendo la armadura de Cluny y guardaba el estandarte en el prado, tuvo que salir corriendo de un modo muy poco digno para evitar que cayeran sobre él. Pero viendo el efecto desmoralizador que tenían aquellos proyectiles sobre los defensores, ordenó que continuaran.

Constanza siguió valientemente en su puesto del parapeto, con un pequeño grupo de defensores. Siempre que uno de los trozos de hierro caía intacto sobre la pila de escombros, lo recogía y, alzándose a la vista de los atacantes, hacia girar la cuerda una y otra vez y soltaba el proyectil a toda velocidad. Constanza tenía mucha más fuerza y precisión que cualquier rata. Los atacantes le enseñaban los colmillos con ira desde la zanja. De todos los defensores de Redwall, el gran tejón hembra era el que más temían y odiaban.

Sentado en las ramas del olmo, junto al lado norte de la abadía, Cluny veía cómo se iban alargando las sombras. Hacia el oeste, el crepúsculo teñía de rojo el cielo. Pronto levantaría el tablón hasta el parapeto. ¡Que se fueran preparando! Ninguna orden de ratones de pacotilla iba a alzarse contra el poder de Cluny el Flagelo.

Matusalén el portero estaba delante del tapiz dañado en el Gran Salón de Redwall. Era demasiado viejo para el servicio activo. Así pues, había pensado que el mejor modo de servir a su orden era utilizando el cerebro.

En alguna parte tenía que haber al menos una pista, un solo hilo conductor que le dijera dónde reposaban los restos de Martín el Guerrero, o dónde podía volver a tomar posesión de la antigua espada para su abadía. Pero ¿dónde?

De vez en cuando, a lo largo de los años, Matusalén había recorrido Redwall buscado a Martín y su espada. Reemprendió, pues, la búsqueda, pero, ay, sin éxito. Seguía sin encontrar ninguna pista. Lo que necesitaba era una mente joven y despierta que le ayudara. Qué lástima que no pudieran encontrar a Matías. Ese si que era un ratón con la cabeza bien puesta sobre los hombros. Los muchos años y una gran actividad mental pesaban sobre el anciano ratón. Cansado, se tambaleó y tuvo que apoyarse en la pared para no caer, en el lugar exacto sobre el que antes colgaba el retrato de Martín.

Matusalén soltó un suspiro de satisfacción y dejó que una leve sonrisa se dibujara en sus facciones. Su búsqueda no había sido en vano. Bajo la pata tenía una inscripción grabada en la pared cubierta de polvo.

Librodot

Libro Segundo
La búsqueda

Librodot

1



Matías se despertó poco a poco. Parpadeó, bostezó y se desperezó con placer. El sol estaba en el ocaso y el pequeño arroyo se había convertido en una corriente de oro rojo líquido, teñido de negras sombras. Se quedó tumbado tranquilamente, saboreando la paz y la quietud de la noche estival en el bosque.

La realidad lo golpeó como un rayo. Se puso en pie de un salto, olvidando al instante la belleza que lo rodeaba. ¿Durmiendo y roncando como un perezoso haragán, mientras la abadía de Redwall y sus amigos estaban siendo atacados!

Furioso consigo mismo, Matías volvió a adentrarse en el bosque a grandes zancadas. No encontraba palabras para expresar todo el desprecio que sentía hacia sí mismo. No se tranquilizó hasta que no hubo andado un buen rato, tropezando a cada paso y lanzándose airados reproches, y se dio cuenta de que se había perdido. No había árbol, sendero ni punto de referencia que le resultara familiar. Desesperó de volver a ver Redwall. La noche se cerraba y el pequeño ratón vagaba solo por las profundidades del bosque de Mossflower. Formas extrañas, imaginarias, surgían en la penumbra, gritos fantasmagóricos traspasaban el aire; árboles y matorrales extendían sus ramas para atrapar y arañar como seres vivos con garras.

Matías se refugió temblando en el viejo tronco de un haya que un rayo había partido en dos. Paulatinamente, volvió a dirigir sus invectivas contra sí mismo: el gran guerrero, asustado de la oscuridad como un pequeño ratón de iglesia. En alguna parte, por encima de su cabeza, oyó un ruido. Armándose de valor, ahuyentó sus miedos y, empuñando la daga de la Sombra, salió al descubierto, diciendo con la voz más grave de la que fue capaz:

-;Quién está haciendo ese ruido, arañando y rascando? Sal y muéstrese si es amigo. Pero si es una rata, será mejor que eche a correr, de lo contrario tendrá que vérselas conmigo, Matías, el guerrero de Redwall.

Después del discurso, Matías recobró la confianza. Permaneció tenso, alerta. Sin embargo, no recibió respuesta, salvo el eco burlón de su propia voz que resonó en el oscuro bosque.

Un leve ruido a su espalda hizo que Matías diera media vuelta blandiendo la daga. Se encontró cara a cara con una cría de ardilla roja, que lo miraba con curiosidad, chupándose una pata ruidosamente. Matías prácticamente dejó caer la daga de tanto como se reía. ¿Así que aquél era el terror indescriptible que acechaba en la noche?

La pequeña criatura siguió chupándose la pata, cambiando el peso del cuerpo de un pie al otro; su poblada cola se enroscaba hacia arriba sobre la espalda, más alto que las puntas de sus orejas.

Matías habló con mucho cuidado y amabilidad, por miedo a que se asustara.

-Hola. Me llamo Matías. ¿Y tú?

La ardilla siguió chupándose la pata.

-¿Saben tu papá y tu mamá que no estás en casa?

La ardilla asintió con la cabeza.

-¿Estás perdida?

La ardilla meneó la cabeza.

- ¿Sabes hablar?

Volvió a negar.

-¿Sueles pasear a menudo de noche?

La ardilla asintió.

Matías esbozó una encantadora sonrisa y extendió las patas en un gesto de impotencia.

-¡Me he perdido! -dijo.

La ardilla siguió chupándose la pata sin comentarios.-Vengo de la abadía de Redwall.

La ardilla chupaba y chupaba.

-¿Sabes dónde está?

La ardilla asintió. Matías se puso muy contento.

-Oh, ¿podrías mostrarme el camino? -preguntó.

La ardilla volvió a asentir.

-Muchas gracias.

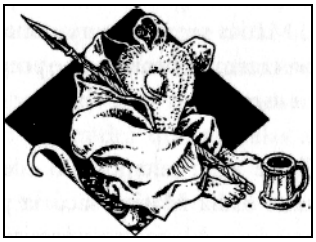
La pequeña ardilla se alejó saltando un corto trecho entre los árboles. Se dio la vuelta hacia Matías, sacó la pata de la boca y le hizo señas de que le siquiera. Matías no necesitó que se lo repitiera.

La ardilla siguió chupando y chupando.

Bueno, al menos -dijo Matías, pensando en voz alta-, si la pierdo de visto, podré oírla.

La ardilla sonrió... y asintió... y siguió chupando.

2



El abad Mortimer estaba sentado en la hierba del claustro de la abadía. A su alrededor dormían los defensores que habían enviado abajo desde el parapeto. No sabía cuándo dejarían de luchar las ratas, y se daba cuenta de que tal vez no lo hicieran, así que el bondadoso abad había recomendado a los centinelas relevados que procuraran descansar y dormir un poco.

Matusalén se acercó a él arrastrando los pies. Con un suspiro y un gruñido, se sentó en la hierba junto a su abad, que lo saludó cortésmente.

- Buenas noches, hermano Matusalén.

El viejo portero se ajustó los anteojos y husmeó el aire.

- Y buenas noches a usted, padre abad. ;Cómo va la batalla contra los ratones?

El abad cruzó las patas y se las metió en las mangas de los hábitos.

- Va bien para nosotros, anciano, aunque no acierto a comprender cómo puedo decir que va bien algo que causa la muerte y graves heridas a seres vivos. Vivimos tiempos extraños, amigo mío.

Matusalén sonrió y frunció el hocico.

- Aun así, va bien -dijo.

-Sí, por cierto. Pero ¿por qué sonríes, Matusalén? ¿Qué secreto me ocultas?

- Ah, padre abad, me lee como un libro abierto. Es cierto que tengo un secreto. pero confíe en mí, todo le será revelado en su momento.

-Sin duda -dijo el abad, encogiéndose de hombros-, pero que sea pronto, por favor. No vamos a hacernos más jóvenes, tú y yo.

- Vamos -dijo Matusalén-. Comparado conmigo, es aún un ratón en la flor de la edad. Sin embargo, como tantos otros que están convencidos de que me fallan los sentidos, no ve ni la mitad de las cosas que observan mis viejos ojos.

- ¿Cómo es eso? -preguntó el abad.

-Por ejemplo -dijo Matusalén, tocándose el hocico con la pata-, ¿se ha dado cuenta de que esta noche sopla una brisa del sur? No, supongo que no. Entonces fíjese en la copa de ese viejo olmo que se eleva por encima del parapeto. Sí, ese que está cerca del portillo. Dígame qué ve.

Los ojos del abad siguieron la dirección de la pata de Matusalén hasta que vio el árbol en cuestión. Lo observó unos instantes y luego se volvió hacia el viejo ratón.

-Veo la copa de un viejo olmo que crece en el bosque. ¿Qué hay de raro en ello?

-Ni así lo ve -dijo Matusalén, meneando la cabeza en un gesto de desaprobación-. ¡Cielos! Si la brisa sopla desde el sur, las hojas y las ramas del olmo tendrían que moverse hacia el norte, como siempre. Pero ese árbol en concreto ha decidido desobedecer a la naturaleza y se balancea de este a oeste. Eso sólo puede significar una cosa. Alguien está usando ese árbol con algún propósito. Al menos, eso es lo que yo pienso. ¿Está de acuerdo conmigo?

Sin replicar ni mostrar signo de alarma alguna, el abad se puso en pie. Se acercó tranquilamente al muro del portón e hizo una seña a Constanza. El tejón hembra bajó las escaleras para mantener una conversación con el abad en voz baja, señalando en dirección al olmo. Apenas unos minutos después, Constanza, acompañada de Winifred la nutria, Ambrosio Púas y unos cuantos más, caminaba sigilosamente a lo largo del parapeto, poniendo gran cuidado en no ser vista.

En el olmo, Cluny susurraba las órdenes a sus secuaces, que empujaban el tablón hacia el muro desde su posición en la rama del árbol.

- Cuidado ahora, Ladrón de Queso, pedazo de imbécil. ¡No bajes tu extremo! No de bajar, sino subir.

Ladrón de Queso se esforzó en obedecer. Al jefe no le costaba nada dar órdenes sentadito en su puesto. No tenía que mantenerse en equilibrio con una pata mientras empujaba un estúpido tablón con la otra. Ladrón de Queso resbaló y, con un chillido de consternación, soltó el tablón, que golpeó contra la rama.

Por suerte, Flaco la comadreja estaba alerta. Atrapó el extremo del tablón y lo sostuvo. Ladrón de Queso recobró el equilibrio y se aferró a la rama.

- ¡Payaso! -le dijo Cluny, siseando de rabia-. ¡Bufón torpe! ¡Quítate de en medio! Mueve tu cuerpo gordo y perezoso y deja que el Flaco se encargue de eso.

A Ladrón de Queso, que ardía en resentimiento, lo apartaron de un empujón sin ceremonias. Cluny le dio un puntapié para que la eficiente comadreja ocupara su lugar.

Tú siéntate ahí y quédate quieto -gruñó Cluny-. Y procura no despertar a toda la abadía con tus ruidos.

El Flaco se movió con destreza y sin esfuerzo, al tiempo que daba instrucciones a los demás.

- Un poco más arriba, un poco a la derecha, ahora hacia delante, bien, seguid así.

El largo tablón se deslizó hacia arriba y hacia delante hasta aterrizar, suavemente pero con firmeza, sobre el borde del parapeto. El Flaco saludó a Cluny militarmente.

-Tablón listo y en posición, jefe.

Ladrón de Queso le lanzó una mirada emponzoñada.

Cluny se encaramó al tablón y lo probó. El improvisado puente bailó un poco, pero resistió el peso. Cluny se volvió hacia el escuadrón de asalto.

-Yo iré el primero. Será mejor que sólo haya uno sobre el tablón. Cuando llegue al parapeto, sujetaré el otro extremo. Flaco, tú serás el siguiente. El resto lo seguís a él.

Cluny caminó por el tablón, sujetándose a las ramas mientras pudo. Pronto se encontró en el medio sin nada a lo que sujetarse. Procurando no mirar hacia abajo para no ver una altura de vértigo, ascendió centímetro a centímetro por el tablón en dirección al muro.

Casi había alcanzado su objetivo, cuando Constanza apareció en lo alto del parapeto, ¡y dio al tablón una fuerte patada que lo hizo saltar por los aires!

Cluny cayó en picado con un grito de angustia, golpeándose contra las ramas del olmo en su descenso. Winifred lanzó una piedra con su honda que derribó a un hurón de su rama. El Flaco sujetaba aún el otro extremo del tablón. Se asomó en precario equilibrio para ver dónde aterrizaba Cluny.

Viendo la oportunidad de vengarse, Ladrón de Queso empujó al Flaco con fuerza por la espalda. La comadreja cayó como una piedra y encima el tablón. Los secuaces de Cluny se pateaban unos a otros, chillando, intentando bajarse de las altas ramas del olmo.

Constanza y sus amigos se asomaron al borde del parapeto para contemplar a los animales que descendían presas del pánico. Winifred la nutria consiguió acelerar su retirada con unas cuentas piedras bien lanzadas. Los defensores observaron su trabajo con torva satisfacción.

Ambrosio Púas, que era corto de vista, entrecerró los ojos para observar el suelo del bosque, intentando calcular cuántas eran las bajas.

-¿A cuántos nos hemos cargado? -preguntó.

Es difícil saberlo con esta oscuridad -contestó Winifred-. Pero yo juraría que era a Cluny al que Constanza ha tirado del tablón.

El tejón hembra frunció el entrecejo y lanzó una mirada socarrona a la nutria.

-¿También la has visto tú? Me alegro. Por un momento me ha parecido que veía doble. ¿Cómo podía Cluny estar en dos sitios a la vez? Estoy segura de que lo he visto en el prado no hace ni diez minutos.

Bueno -dijo Winifred, encogiéndose de hombros-, esperemos que fuera Cluny. Personalmente prefiero pensar que está ahí abajo, más muerto que Carracuca.

-La verdad es que resulta difícil verlo -dijo Constanza, asomándose-. Parece que hay una media docena de cuerpos ahí abajo. No podría asegurarlo; está demasiado oscuro. Aun así, no creo que ninguna criatura pueda sobrevivir a una caída desde esta altura.

- Quizá sería mejor que fuéramos a ver -sugirió Ambrosio.

Los defensores volvieron las miradas hacia Constanza.

-Mejor no -replicó el tejón hembra tras reflexionar-. No, no me gusta la idea. De repente se me ha ocurrido que esto podría ser una maniobra de distracción para apartarnos del muro principal. Si era Cluny el que ha caído del tablón, tanto mejor; pero si no lo era, seguirá delante del portón. No serviría para nada que saliéramos a contar cadáveres. Volvamos a la acción.

Conducidos por Constanza, los defensores se alejaron rápidamente en fila india.

Ladrón de Queso salió a hurtadillas de entre la maleza. Podía moverse sin miedo, puesto que las criaturas del bosque ya no estaban en el parapeto. Detrás de él, cojeando y quejándose, salieron los supervivientes del malhadado escuadrón de asalto. Ladrón de Queso no les hizo el menor caso. Se paseó por entre los cuerpos de los que habían caído de las ramas altas: cuatro ratas, un hurón y una comadreja. Tres de las ratas y el hurón estaban muertos, inmóviles en el sitio donde habían aterrizado, con los miembros en posiciones grotescas. Los supervivientes se lanzaron inmediatamente obre los cuerpos de sus camaradas caídos para saquear armas y prendas que antes habían codiciado. Ladrón de Queso se quedó paralizado frente al único ojo.

¡Cluny estaba vivo!

El Flaco se movió y gimió debajo del tablón. Él también había sobrevivido

milagrosamente.

Ladrón de Queso entró en acción, sorprendido de que el Flaco aún viviera, pero aceptando, con resignación fatalista que nada podía matar a Cluny.

-Rápido, vosotros, poned ese tablón ahí. Tenemos que sacar de aquí al jefe.

Utilizando el tablón como improvisada camilla, alzaron a Cluny con cuidado y lo colocaron encima. Ladrón de Queso sabía que Cluny lo vigilaba. Con cuidado levantó la cola caída v la puso suavemente junto a su líder.

-Procura no moverte, jefe. Quédate quieto y pronto te llevaremos de vuelta al campamento.

Los que portaban la camilla se alejaron despacio a través del bosque. Ladrón de Queso esquivaba la mirada de Cluny. Una idea empezaba a tornar forma en su cabeza. Resopló quejumbroso secándose una lágrima imaginaria de la mejilla.

-¡Pobre Flaco! ¡Qué buena comadreja era! Creo que aún está vivo. Escuchad, vosotros: seguid y llevad al jefe de vuelta al campamento. Yo volveré atrás y veré si puedo ayudar al Flaco.

Ladrón de Queso sonrió desdeñosamente cuando los otros desaparecieron en las tinieblas de la noche, llevando a Cluny sobre el tablón.

Matías siguió a la cría de ardilla por entre las zarzas y los arbustos. Siempre que intentaba comunicarse con ella, recibía un movimiento de cabeza por respuesta, fuera para asentir o para negar. Llevaban bastante tiempo caminando. Los pálidos dedos de la aurora se deslizaban por el firmamento y Matías empezaba a dudar de que su compañera conociera el camino.

De repente, la cría de ardilla señaló hacia el este con la pata y Matías vio la abadía en la distancia.

-No hay lugar como el hogar -dijo, agradecido-. Eres una estupenda exploradora, amiga mía.

La pequeña ardilla sonrió tímidamente sin dejar de chuparse la pata. Cogió a Matías por el rabo y siguieron juntos, el ratón charlando animadamente, y la ardilla asintiendo con vigor.

-Te llevaré a la cocina de fray Hugo para que te haga el mejor desayuno de tu vida. Bueno, ¿qué me dices a eso?

La ardilla asintió, chupando y chupando.

Cuando Matías llegó al muro de la abadía, sintió deseos de palmear la vieja piedra arenisca.

-Aquí es donde vivo -dijo, volviéndose hacia su compañera.

Un ruido cercano hizo que ambos se quedaran inmóviles. Parecía el gruñido de alguna criatura. Instintivamente se agacharon entre los helechos y se arrastraron con suma cautela hacia el origen del ruido.

Al separar los helechos con sigilo, descubrieron con horror una espantosa escena al pie del olmo. Entre los animales muertos que yacían tirados en poses inverosímiles, había una comadreja gravemente herida, que gemía y se movía en espasmos.

Antes de que uno de los dos decidiera qué hacer, apareció una rata en la escena, y se quedaron quietos.

Ladrón de Queso estaba de buen humor. Tarareaba alegremente por lo bajo al darle un puntapié al Flaco.

-Flaco, despierta. Soy yo, Ladrón de Queso. Oh, vamos, seguro que te acuerdas de mí. Soy la rata estúpida a la que ibas a sustituir.

Flaco apenas pudo abrir los ojos. Gemía de dolor.

Ladrón de Queso alzó una oreja en un gesto de burlona simpatía.

- Cómo dices, Flaco, viejo amigo? ¿Que estás cansado? Sí, seguro que lo estás, tirado ahí de esa manera. Te diré una cosa, voy a ayudarte a dormir para siempre, ¿eh?

La rata colocó el pie sobre la garganta de la comadreja y empezó a apretar. El Flaco se debatió débilmente, esforzándose por respirar, incapaz de detener a su torturador. Ladrón de Queso sintió un malévolo placer en la venganza. Cruelmente apoyó todo su peso sobre la garganta de la comadreja.

- Silencio, Flaco. Duérmete ya. Sueña con el mando que no tendrás nunca.

El Flaco emitió un postrero estertor y murió.

Ladrón de Queso se apartó entonces, riendo satisfecho.

Ocultos entre los helechos, Matías y la cría de ardilla contuvieron el aliento con incredulidad. ¡Acababan de ver cómo se cometía un asesinato!

Matías y la ardilla esperaron hasta que estuvieron seguros de que no corrían peligro. Finalmente abandonaron los helechos, y Ma

tías se arriesgó a llamar hacia lo alto del muro, haciendo bocina col) las patas. No hubo respuesta.

La ardilla meneó la cabeza. Señaló el suelo con la pata en un gesto que Matías interpretó como «quédate aquí».

La diminuta criatura trepó por el tronco del olmo con una destreza y una celeridad asombrosas. Al llegar a las ramas delgadas que sobresalían sobre el parapeto, corrió por una de ellas y, usándola como trampolín, saltó sobre el muro y desapareció, chupándose con fuerza una pata.

Matías no tuvo que esperar mucho para ver cómo se abría el portillo del muro, chirriando sobre sus oxidados goznes. Constanza asomó la cabeza al exterior. Al ver a Matías, corrió a saludarlo, con la pequeña ardilla sobre el lomo.

Matías no estaba seguro de la recepción que le aguardaba en la abadía, pero no tenía de qué preocuparse; Constanza lo abrazó, le palmeó la espalda y le estrechó la pata.

El tejón hembra se anticipó a la explicación que el joven ratón tenía en los labios. Le hizo señas de que entrara en la abadía, y cerró el portillo tras ellos.

-Podrás contárnoslo todo más tarde, Matías. Ahora insisto en que vengas al portón principal. Hay algo que tienes que ver.

Unos minutos después, los tres estaban en lo alto del muro, sobre el portón. junto con innumerables defensores. La horda de Cluny se retiraba hacia su campamento de la iglesia de San Ninián. Los ratones y las criaturas del bosque lanzaron grandes vítores.

A Cluny lo llevaban sobre un tablón en medio de su ejército. Diente Rojo, que llevaba aún la armadura del señor de la guerra, había envuelto a Cluny en una manta para ocultarlo y seguir con el engaño. ¡Pero nadie se dejó engañar! A ambos lado de los muros de la abadía se contaba la historia del asalto fallido con toda suerte de detalles. Todos sabían que la rata que se daba aires con la armadura no era Cluny el Flagelo.

No obstante, Diente Rojo seguía caminando orgullosamente. Tal vez Cluny no se recuperara. Además, se deleitaba con el respeto que imponía vestido con tan bárbara elegancia. Sabía que

eran plumas prestadas, pero siempre cabía la posibilidad de que pasaran a ser suyas.

En lo alto de los muros, los ánimos estaban por las nubes. El abad había dado órdenes estrictas de que no se lanzara proyectil alguno sobre el enemigo en retirada. Entre los vítores se oían también algunas quejas.

¿Por qué no aplastar al ejército de Cluny de una vez por todas ¡Su huida les proporcionaba el momento más adecuado para consolidar la resonante victoria de Redwall!

Pero el buen padre abad no quiso oír hablar de tal cosa. Como un caballero ratón que era, creía que debían atemperar el triunfo con la clemencia. Los gritos jubilosos se extinguieron hasta convertirse en un inquietante silencio, mientras las ratas se retiraban pesadamente por el camino, elevando nubes de polvo a la pálida luz del amanecer. Desanimados, agotados por la lucha, acarreando a su líder caído, los heridos y mutilados

caminaban renqueando en la retaguardia; el amargo sabor de la derrota se mezclaba con el polvo que levantaba la vanguardia, avanzando a trompicones.

Los silenciosos vencedores empezaron entonces a darse cuenta del alto precio que habían tenido que pagar por la victoria. Las tumbas recién abiertas y la enfermería atestada daban fe de la realidad de la guerra.

Matías notó que una suave pata se enlazaba en la suya. Era Azulina, que mostraba con sus ojos y su voz el alivio que sentía.

-¡Oh, Matías, gracias a Dios que estás a salvo! Ha sido horrible no saber dónde estabas ni lo que podía ocurrirte. Pensaba que no volvería a verte nunca más.

-Soy como una vieja moneda falsa, siempre vuelvo -susurró Matías a su oído-. Ah, por cierto, ;cómo está tu padre?

-Se ha curado maravillosamente bien -respondió Azulina, animándose-. No ha querido quedarse en cama, así que ha estado en el parapeto ayudando a los demás. No se puede tener a un ratón de campo en cama, dice siempre mi padre.

Matías apenas tuvo tiempo suficiente para despedirse de Azulina antes de ser conducido a la habitación del abad para sostener con

él una charla. Se sentó y miró a los que ocupaban la mesa: Constanza, Ambrosio, Winifred, el Topo Mayor, el abad, y también su amigo, la cría de ardilla que, de pie en un escabel, mojaba la pata en un cuenco de leche con miel y se relamía con ruidosa fruición.

-Creo que habrías estado en un serio aprieto sin Samuel Silencioso, Matías -dijo el abad.

-Desde luego, padre abad -dijo el joven ratón, asintiendo-. Así que se llama Samuel Silencioso. Bueno, desde luego el nombre le hace justicia.

-Sí, por cierto -dijo el abad. Sus padres son viejos amigos míos. Seguirán su pista y vendrán más tarde a buscarlo. ¿Sabes?, este jovencito no ha hablado jamás. He probado todos los remedios de Redwall con él, pero ninguna ha dado resultado, así que lo llamaron Samuel Silencioso. Pero no te dejes engañar, conoce el bosque de Mossflower mejor que el dorso de su pata, ¿verdad, Samuel?

La pequeña ardilla se lamió la pata y sonrió. Trazó luego un amplio círculo con la pata que no estaba pringosa y se señaló a sí mismo.

Matías alargó la pata y estrechó la de la ardilla con calor. -Muchas gracias, Samuel Silencioso. Eres un magnífico explorador.

Durante la reunión se intercambió mucha información útil. Matías contó el rescate en la iglesia de San Ninián y su encuentro con la extraña liebre.

-¿Seguro que te refieres a Liebre Ciervo Basilio? -exclamó Constanza-. ¡Esta sí que es buena! ¿Aún anda por ahí zigzagueando ese viejo excéntrico? Seguro que aparecerá por aquí con la familia Campañol a la hora de comer. Si no recuerdo mal, Basilio no perdía jamás la oportunidad de hacer una comida gratis en los viejos tiempos.

Los reunidos hicieron constar su agradecimiento a Matías por el valor y la inventiva de Matías, que se sonrojó. Luego escuchó atentamente mientras los que habían tomado parte en la lucha daban cuenta de todo lo que podían recordar. En las horas posteriores a aquella memorable batalla, fueron muchas las especulaciones sobre lo que deparaba el futuro.

¿Se recobraría Cluny de sus heridas? ¿Era la derrota de su horda tan aplastante como para que dieran la lección por aprendida? ¿O pensaban regresar?

El abad opinaba que Cluny y su chusma no volverían a inquietar a Redwall. Sin duda las heridas de su jefe precipitarían su desenlace. Los demás rechazaron enérgicamente esta afirmación y eligieron a Constanza para hablar en su nombre.

-Cluny sigue siendo el factor determinante -dijo-. Esa rata es más fuerte de lo que podíamos imaginar. Sólo es cuestión de tiempo que se recupere lo suficiente para volver a atacarnos. El tejón hembra golpeaba la mesa con su pesada pata para dar mayor, énfasis a sus palabras-. Y no lo dudéis ni por un momento, Cluny el Flagelo volverá a atacar Redwall. Si

abandonara la idea de tomar esta abadía, perdería el respeto y la credibilidad de su ejército. Además, y lo más importante de todo, se extendería la noticia de que Cluny no es invencible, ¡de que pueden derrotarle unos ratones! Eso significaría el fin de Cluny como leyenda de terror. De modo que, como veis, cuando Cluny se recupere, se verá obligado a lanzar un segundo asalto sobre Redwall.

Un silencio solemne se adueñó de todos.

El abad se levantó. Había tomado una decisión.

-Muy bien. He escuchado vuestros consejos y opiniones, mis queridos y leales amigos. Aunque anhelo la paz, creo que debo basar mi resolución en vuestras palabras, que reconozco como ciertas. En consecuencia, mi poder como abad y toda la ayuda que pueda proporcionaros están a vuestra disposición. Deseo que Constanza, Matías, Winifred, Ambrosio y el Topo Mayor se hagan cargo del mando absoluto de Redwall en el caso de que se produzca un segundo asalto. Yo me ocuparé de cuidar a los heridos y dar de comer a los hambrientos. Y ahora, amigos míos, debo suspender esta reunión, pues me aguardan otros asuntos. Ven, Samuel. Tenemos que lavar esas patas pegajosas antes de que lleguen tus padres. Oh, antes de que se me olvide, Matías, el hermano Matusalén quiere hablar contigo. Está en el Gran Salón.

3



Cluny el Flagelo yacía en el lecho, atormentado por dolores atroces. Sus capitanes se habían congregado en un rincón de la habitación y estaban sentados en silencio. Las espantosas heridas habrían sido mortales para cualquier otra rata de la tierra, pero no para Cluny: se había roto un brazo, una pierna y varias costillas, tenía la cola fracturada, las garras aplastadas y otras heridas aún por determinar.

Diente Rojo y otras cuatro ratas podrían haberse abalanzado sobre él para rematarlo sin dificultad, ¡pero el miedo a sus legendarios poderes era más fuerte!

Nadie sabía con certeza hasta dónde podía llegar la despiadada vitalidad de Cluny. Al contemplarlo ahora, con aquel robusto pecho que bajaba y subía con doloroso esfuerzo, y la cola, fuerte aún, agitándose espasmódicamente, Diente Rojo se maravilló de la fortaleza de su jefe. Ni siquiera estaba seguro de que Cluny no fingiera, haciéndoles creer que sus heridas eran más graves de lo que realmente eran, sólo para probar a sus capitanes, o tenderles una trampa.

Las doce ratas centinelas estaban encerradas en el cobertizo que tan mal habían guardado, y que se había reparado ya. Primero les había azotado por dejar que la familia Campañol escapara. Como castigo suplementario por inventar cuentos sobre una gran liebre y un pequeño ratón, Diente Rojo dio instrucciones de que no se les diera alimento alguno hasta nueva orden. Había sido ele-mente. Cluny las hubiera condenado a muerte y las hubiera matado con sus propias garras.

Fuera, en el camposanto, la horda no hizo nada para reorganizarse. Estaban todos sentados, lamiéndose las heridas, esperando a que el jefe se recobrara.

Una vez más, el ratón guerrero, armado con una antigua espada, apareció para atormentar a Cluny en sus pesadillas.

Una vez más, caía del tablón colocado sobre el muro de la abadía, caía y caía. Debajo lo aguardaban unas figuras espectrales: Orejacortada, con la cara hinchada; un esqueleto de rata ataviado con la armadura del propio Cluny; una liebre enorme de pies gigantescos; y una serpiente de grueso cuerpo listado y mirada venenosa. Intentó zafarse de ellos al tiempo que caía, pero, por mucho que se retorció, queriendo cambiar de dirección, Cluny sólo tenía que mirar hacia abajo para ver al ratón guerrero de mirada feroz, esperando, siempre esperando, con la espada desenvainada apuntando hacia arriba para que él quedara empalado. Cluny intentó gritar, pero no salió ni un solo sonido de su garganta; era como si se la oprimieran con fuerza.

Notó la punta de la espada atravesándole el pecho.

¡Dong!

Una vez más, el sonido de la Campana de losé, cuyo tañido llegaba a través de los campos desde Redwall, despertó al señor de la guerra. Marca de Colmillo, que intentaba extraer un trozo de rama del olmo del pecho de su jefe, dio un respingo, asustado, al ver que el ojo de Cluny se abría de pronto a unos centímetros de los suyos.

-Apártate de mí -ordenó Cluny con voz ronca.

Marca de Colmillo se retiró, farfullando una disculpa. Cluny lo miró con suspicacia; no confiaba en ninguno de sus capitanes.

-Si realmente quieres ayudar, ve a buscar a algunos de los nuevos reclutas de esta zona, y tráemelos -dijo, con voz ahogada.

Al cabo de un rato, Marca de Colmillo regresó con un grupo de nuevos reclutas, que rodearon la cama de Cluny.

-¿Dónde está el Flaco, la comadreja? -preguntó Cluny con un gruñido.

Ladrón de Queso se acercó. secándose unas lágrimas ficticias del rostro con el dorso de su sucia pata.

138

-¿No te acuerdas, jefe? Se ha caído del árbol contigo. Después de ocuparme de ti he vuelto a buscarlo, pero la pobre comadreja ya estaba muerta. Qué buen...

-Ah, cierra esa estúpida boca llorona -dijo Cluny, exasperado-. Si está muerto, no hay más que hablar. Bien, reclutas, acercaos y escuchadme bien.

El pequeño grupo se acercó con aprensión, arrastrando los pies. Cluny se incorporó levemente, apoyándose en un codo.

- ¿Sabe alguno de vosotros dónde se puede encontrar a un curandero? No me refiero a uno de esos ratones. Necesito una criatura que conozca los remedios tradicionales, una gitana, por ejemplo, que pueda curarlo todo a cambio de dinero.

Mataconejos, el hurón, hizo una estudiada reverencia antes de responder:

-Ah, hoy es su día de suerte, señoría, pues conozco casualmente a la raposa que necesita.

- ¿Una raposa?

- Sí, señor -replicó el hurón-. Mi madre me decía siempre: «No hay nada como una raposa para curarlo todo». Hay una tribu entera de zorros viviendo al otro lado del prado, señor. La vieja raposa Seta es lo que usted necesita, ella y su hijo, Cazagallinas. Ellos le curarán, tan seguro como que hay cielo, si se les paga un buen precio. ¿Quiere su señoría que vaya a buscarlos?

Lentamente, la cola de Cluny se enrolló en torno al cuello del hurón, acercándolo más a la cama.

Ve a por ellos -dijo Cluny con tono áspero-. Encuentra a los zorros y tráemelos.

La garganta de Mataconejos se abultó cuando intentó tragar saliva con nerviosismo.

- ¡Glub! Desde luego que los traeré, señor, si suelta usted el cuello a este pobre y viejo

hurón. Iré tan rápido como si me persiguiera el mismo diablo. Túmbese ahora y descanse su noble persona, señor.

Cluny soltó al hurón y se recostó con un suspiro de dolor. Era el momento de cavilar e idear un plan. El próximo asalto iba a ser diferente.

139

-Diente Rojo -llamó-. Elige unos cuantos soldados y sal a explorar. A ver si puedes encontrar un madero grande y grueso, un tronco de árbol, o cualquier cosa que sirva de ariete.

Los ratones habían ganado una batalla, pero Cluny no había perdido aún la guerra, ¡por las garras del demonio!

Los ratones de la abadía iban a pagar con su sangre lo que le habían hecho a Cluny el Flagelo.

4



El hermano Matusalén trabajaba afanosamente con un pequeño pincel y un frasco de tinta negra. Después de limpiar el polvo de los siglos de cada letra de la pared, la llenaba de tinta. Así sería más fácil leer la inscripción grabada en la piedra, bajo el tapiz.

-Ah, Matías, aquí estás -dijo Matusalén con su voz chillona. Parpadeó, mirando al joven ratón por encima de los anteojos-. Mira, aquí algo que quiero que veas. Por accidente descubrí esta inscripción bajo el lugar donde colgaba el retrato de Martín.

-¿Qué dice, hermano Matusalén? -preguntó Matías, incapaz de disimular su emoción.

El anciano portero estornudó al cepillar más polvo de la pared.

-¡Todo a su tiempo, joven ratón! -dijo-. A ver, ayúdame. Tú cepilla el polvo de las letras mientras yo les echo la tinta. Entre los dos acabaremos enseguida.

Matías se puso a trabajar con entusiasmo y resolución. Frotó vigorosamente, levantando nubes de polvo. Matusalén tuvo que correr para seguir su ritmo entre estornudos.

Una hora más tarde estaban sentados en el suelo de piedra, bebiendo cerveza rubia para apagar la sed, mientras admiraban su trabajo.

Está escrito en la antigua escritura -dijo Matusalén-, pero puedo leerlo con claridad.

-¿Qué dice, anciano? -le exhortó Matías con impaciencia-. Date prisa y léeme la inscripción.

-Paciencia, joven pillo -le reprendió el anciano ratón-. Estate quieto y escucha. Tiene forma de poema:

Quien dice que estoy muerto

no sabe nada de nada.

Yo - más a ti,

dos ratones dentro de Redwall.

El guerrero duerme

entre el Salón y la Caverna.

Yo - más a ti,

acepta mi poderosa misión.

Busca la espada

a la luz de la luna,

de noche, en la primera hora del día,

se refleja desde el norte.

Por encima del umbral

busca y verás:
Yo - más a ti,

mi espada empuñarás por mí.

Matías parpadeó y se frotó la cabeza, mirando a Matusalén.

-Bueno, ¿qué significa? Para mí no es más que un acertijo.

-Exactamente -dijo el anciano ratón-. Es un acertijo, pero no te preocupes, Matías, lo resolveremos juntos. He mandado traer comida y bebida. Tú y yo no nos moveremos de aquí hasta que tengamos la respuesta.

Poco después llegó Azulina con la bandeja del desayuno para los dos: pan de semillas, ensalada, leche y porciones del pastel de membrillo especial de fray Hugo. Estaba a punto de entablar conversación, cuando Matusalén la despachó sin contemplaciones.

-¡Fuera! Sal de aquí, ratoncita. Necesito a Matías con la mente despejada para que me ayude a resolver un problema importante, así que, sal de aquí.

Azulina le guiñó un ojo a Matías, meneó la cabeza mirando a Matusalén, y salió fingiéndose ofendida, con el hocico muy alto.

Matías contempló su marcha hasta que Matusalén le tiró de la oreja.

- Presta atención, joven ratón. Tenemos que estudiar esto poco a poco. Empecemos por los dos primeros versos:

Quien dice que estoy muerto no sabe nada de nada.

-Pero sabemos que Martín está muerto -farfulló Matías, con la boca llena de ensalada, agitando una pata.

Matusalén tomó un sorbo de leche, torció el gesto y alargó la mano hacia la cerveza rubia.

- Ah, pero si suponemos que está muerto, los versos no nos dicen nada en absoluto. Así que, supondremos que está vivo.

-¿Qué? ¿Qué quieres decir, que Martín está vivo y anda paseándose por ahí? -dijo Matías-. ¡Lo habríamos reconocido! A menos, claro está, que esté disfrazado de algún otro.

El viejo portero se atragantó y la cerveza le salpicó todo el hábito.

- ¡Cielo santo! No lo había mirado de esa forma. Muy bien, jovencito. Tal vez la respuesta esté en los dos siguientes versos. ¿Qué dicen?

Yo - más a ti,
dos ratones dentro de Redwall.

Matías repitió las palabras, pero no consiguió verles significado alguno.

-«Yo - más a ti» ¿Qué es eso? «Dos ratones dentro de Redwall.» Mmm, habla de dos ratones.

- De dos ratones en uno -replicó Matusalén.

Estuvieron sentados en silencio durante un rato, devanándose los sesos. Matías mencionó algo que le preocupaba, mientras miraba la inscripción.

-Lo que no entiendo es ese guión. Mira: «Yo - más a ti». ¿Ves?, hay un pequeño guión entre las palabras «yo» y «más a ti».

De hecho, el mismo guión sale tres veces: aquí, aquí y aquí -dijo Matías, señalando los tres lugares. Matusalén se ajustó los anteojos y miró detenidamente.

-Sí. Puede que tengamos alga aquí. Podría ser la clave de todo... «Yo - más a ti». Digamos que el guión separa el verso, así que, estudiemos las tres últimas palabras: «... más a ti». Supongamos que quitamos esto; entonces se leería: «Yo, dos ratones dentro de Redwall».

- ¿Qué te sugiere eso? -preguntó Matías, meneando la cabeza. -Es completamente absurdo -replicó el anciano-. Volvamos a «más a ti».

- A mí me parece todo mezclado -gruñó Matías.

- Dilo otra vez -pidió Matusalén, alzando la cabeza con interés. -¿Que diga qué, que todo me parece mezclado?

Matusalén bailó una pequeña danza de júbilo y palmeó la pared, gritando:

- ¡Eso es! ¡Eso es! ¿Por qué no me había dado cuenta? ¡Está todo mezclado, por supuesto!

El anciano ratón se tomó un gran trago de cerveza rubia y riéndose socarronamente, señaló a Matías.

- Yo sé algo que tú no sabes... «más a ti»... Matías.

El joven ratón frunció el entrecejo. Así que el anciano había perdido al fin el oremus, y había vuelto a una segunda infancia.

-Matusalén -dijo afablemente-, ¿no sería mejor que te acostaras un rato?

Pero el viejo portero seguía señalando, y empezó a canturrear:

- Matías, más a ti.

Exasperado, el joven ratón dio unos golpecitos en el suelo con el rabo.

- Desearía que me dijeras qué es eso que tanto te emociona -dijo con tono severo.

- Cuando has dicho que estaba todo mezclado -explicó Matusalén, secándose las lágrimas de la risa-, me has hecho pensar. Martín hablaba de dos ratones, de él mismo y de otro. Ergo, Martín está representado por la palabra «yo». El otro ratón es «más a ti», pero mezclado. ¿Lo ves ahora?

-Me temo que te sigo -dijo Matías, apoyándose en la pared.

- Oh, joven bobo -dijo Matusalén con una risita-. Yo he mezclado las letras y las he reordenado. Es tu propio nombre: «... más a ti»... Matías.

- ¿Estás seguro? -preguntó Matías. asombrado.

-Por supuesto que sí -replicó Matusalén-. ¡No puede significar otra cosa! Tu nombre tiene seis letras, igual que «más a ti». Una M, dos As, una T, una I y una S. Lo mires como lo mires, Matías o «mi asta», es todo lo mismo.

- Matusalén, ¿te das cuenta de lo que esto significa?

El viejo ratón se sentó junto a Matías, asintiendo con expresión grave.

- Oh, sí, claro que sí. Significa que Martín sabía que un día viviría a través de ti.

- ¡Sabía que yo iba a existir! -exclamó Matías, atónito-. ¿Te lo imaginas?

La enormidad de lo que acababan de descubrir, los dejó abrumados a ambos. Se quedaron sentados unos minutos sin decir palabra. De repente Matías se puso en pie.

-Muy bien. Continuemos. Fíjate en estos versos:

El guerrero duerme
entre el Salón y la Caverna. Yo - más a ti,
acepta mi poderosa misión.

-Bueno, los dos últimos versos están muy claros -afirmó Matusalén-. Dicen que Martín tiene una gran misión que realizar a través de ti.

-¿Y los dos primeros? -preguntó Matías-. También parecen bastante obvios. Entre el Gran salón y la Caverna hay un tramo de escaleras. Vamos, anciano.

Pese a su avanzada edad, Matusalén cogió a Matías de una pata y salió corriendo con tanta velocidad que al ratón más joven le costó seguirlo.

Entre el Gran Salón y la Caverna había siete escalones de piedra. El problema era saber cuál de los escalones tenía la respuesta.

-Pongámonos a pensar de nuevo -dijo el anciano ratón-. Examinemos estos escalones detenidamente.

Juntos examinaron los escalones uno por uno, pasando por ellos varias veces. Matías se sentó en el último escalón y se encogió de hombros.

Parecen siete escalones corrientes, anchos, de piedra. No tienen nada especial, son iguales que los de cualquier otra escalera de la abadía, ¿no crees?

Matusalén no tuvo más remedio que mostrarse de acuerdo. Después de estar un rato sentado y dejar que sus ojos se pasearan por la escalera, Matías comentó:

-Acabo de darme cuenta de que el nombre de nuestra abadía está grabado en la pared, subiendo por la izquierda, y bajando por la derecha. Se lee «Redwall» en ambos casos.

Matusalén bajó y subió las escaleras para comprobar lo que decía Matías.

-Sí, es cierto. ¿Ves que cada letra tiene la anchura de un escalón? Mmm. Siete letras para siete escalones. ¿No crees que ha de ser una pista?

Una vez más, los dos amigos se sentaron para cavilar sobre aquel misterio. Esta vez le tocó a Matías alterarse y señalar a su compañero con la pata.

-Sé algo que tú no sabes.

-Mira -dijo Matusalén, poniendo cara de fastidio-, para ser un ratón que pretende parecerse a Martín el Guerrero, algunas veces eres un poco tonto.

J a, no más tonto que tú cuando me has dicho lo mismo hace un rato -replicó Matías.

-Ejem. -Matusalén tosió y se limpió los anteojos con el hábito-. Sí, bueno. perdona. Ahora, haz el favor de decirme qué has descubierto.

- Si se coloca la palabra «Redwall» a ambos lados, pero en direcciones opuestas, tal como está aquí -explicó Matías-, la única letra que ocupa el mismo lugar, como puedes ver, es la letra W.

Además, si le das la vuelta a la W, se convierte en una M, que simboliza a Martín, Matías... oh, i también a Matusalén, viejo amigo.

- ¡Bueno, por mis bigotes! Este joven granuja tiene cerebro, y además funciona. Tiene que ser el cuarto escalón, el que está en el centro tanto al subir como al bajar.

El escalón mencionado resultó ser tan sólido e inamovible como los demás. Los dos amigos no consiguieron moverlo ni un ápice, ni aun aplicando toda su fuerza. Matías se secó el sudor de la frente.

-Descansa, anciano. Sé cómo solucionarlo. Voy a por el Topo Mayor y su equipo.

Los topos no tardaron en llegar y se apiñaron en torno al escalón, husmeando y rascando. El Topo Mayor ejerció su autoridad y los apartó para pasar.

-Topos, apartaos de la luz. Dejadme a mí.

El Topo Mayor recorrió el escalón en toda su longitud y luego caminó arrastrando los pies lateralmente. Le dio golpecitos con sus grandes garras de excavador. Lo olisqueó, lo lamió y lo frotó con su aterciopelada cabeza.

- Mmm, ¿qué sabe usted, gentil bestia, sobre este escalón? -preguntó.

Matías y Matusalén transmitieron toda la información de que disponían al atento Topo Mayor, que parpadeó mientras reflexionaba.

-Ah, cuarto arriba, cuarto abajo. Vosotros, Gualterio y Tobías, vuestra abuela no encontró igual, cuando excavaba ella en viejas fortificaciones?

-¿Qué ha dicho? -susurró Matías. Matusalén explicó las palabras del topo, que tenían una curiosa manera de hablar.

-El Topo mayor ha dicho que el cuarto escalón hacia arriba es el mismo que el cuarto escalón hacia abajo, cosa que ya sabíamos. Luego ha consultado a los dos hermanos, Gualterio y Tobías. Al parecer el escalón es igual que uno que encontró su abuela cuando exploraba un antiguo castillo o fortificación. Los topos

son criaturas muy sensatas, ¿sabes?, y creo que tienen la respuesta a nuestro problema.

- El bueno del viejo Topo Mayor -dijo Matías.

- Silencio. Oigamos lo que dicen Gualterio y Tobías -susurró Matusalén.

Los dos hermanos topos arrugaron el hocico respetuosamente antes de responder.

-Cierto es, señor.

- Nuestra abuela, ella los encontró en montones.

- Sí, eso es. Nunca arrancados ni rotos, sólo vueltos después de limpios.

-Al parecer -tradujo Matusalén para Matías-, su abuela era una autoridad en escalones corno éstos. El inteligente y anciano topo hembra no los arrancaba ni los rompía. Evidentemente podía darle la vuelta al escalón después de haberlo limpiado.

-Discúlpeme, señor -dijo Matías cortésmente, dirigiéndose al Topo Mayor-. ¿Sabe usted qué hacer con este escalón? Si es así, mi amigo y yo estaríamos encantados de ayudarles.

El Topo Mayor sonrió, y su rostro desapareció casi por completo entre las oscuras arrugas aterciopeladas. Palmeó el hombro de Matías en un gesto de camaradería. Al joven ratón le asombró el peso y la fuerza de la pata del topo, y se alegró de que los golpecitos hubieran sido suaves. El Topo Mayor se rió entre dientes.

-No, no, bendito sea tu corazón, pequeño Matías. Matusalén y tú sólo ratones sois, mejor dejar al Topo Mayor su trabajo.

- Dice que puede realizar su trabajo adecuadamente sin necesidad de que lo ayudemos -explicó Matusalén.

El Topo Mayor sacó un cepillo de pelo fino y espeso de su equipo para cavar. Se agachó y cepilló con fuerza las junturas superior e inferior del cuarto escalón. Mientras cepillaba, iba avanzando y soplando. Pronto se hizo evidente que la piedra del escalón había sido encajada con gran habilidad. Al quitarse el polvo quedó al descubierto una grieta continua del espesor de un cabello, que recorría el perímetro del escalón.

A continuación, el Topo Mayor revolvió en su equipo y sacó una lata de grasa y una barra delgada y fuerte, que tenía un extremo aplanado como una espátula. Untó generosamente de grasa la parte superior del tercer escalón, e insertó el extremo plano de metal en la base del quinto escalón. Le dio entonces un fuerte golpe al otro extremo de la

barra, introduciéndola firmemente en la grieta. Con un ágil movimiento, hizo palanca y movió el cuarto escalón un par de centímetros hacia adelante, dejando al descubierto un gran boquete negro.

Con un gruñido de satisfacción, el Topo Mayor llamó a los otros topos.

Topos, juntaos y clavad garras en la grieta.

Los topos hundieron las garras en el agujero, cantando al unísono mientras tiraban con fuerza.

Aquí sale, si os parece,
mueve la piedra, resbala en grasa.

Los ratones contemplaron asombrados cómo el escalón se deslizaba suavemente hacia fuera sobre el otro escalón untado de grasa. Lo volcaron completamente para mostrar el agujero donde empezaba otro tramo de escaleras, que descendía perdiéndose en la oscuridad.

5



La vieja Sela la raposa musitaba hechizos y encantamientos con su voz cantarina. A veces bailaba en torno a la cama, dando pequeños saltos. ¡Pero Cluny no se dejó engañar!

Contemplaba a la raposa mientras espolvoreaba «hierbas mágicas» sobre la almohada, recitando otro extraño encantamiento.

Vieja farsante, pensó Cluny. Paparruchas y estupideces mágicas. ¿Para qué necesita todo esto cuando sabe que es una excelente curandera?

Sela había untado de ungüento todas las heridas del jefe militar y las había cubierto con emplastos de hierbas. Después de vendarlas pulcramente, le había administrado una poción que aliviaría el dolor y le permitiría dormir.

Cluny estaba satisfecho. Lo habían tratado otros muchos curanderos, pero Sela era la mejor; todo lo que añadía, los cánticos, bailes y demás trucos no servían más que para aumentar su reputación, para engañar a las criaturas estúpidas e ignorantes.

Será una raposa. se decía Cluny, pero a mí no me va a ganar en astucia. Sela le había asegurado que estaría listo para el combate una vez más después de tres semanas de reposo, gracias a su talento de curandera.

¡Tres semanas! Al principio el jefe de las ratas, fuera de sí, había despotricado. Nunca en toda su vida había estado tanto tiempo inactivo. Pero en el fondo sabía que la raposa tenía razón. De no ser por ella, habría muerto o quedaría lisiado para siempre.

Como todos los de su especie, Sela era un personaje escurridizo. ¿Qué esperaba ganar con todo aquello?

¡El botín de Redwall!

A Sela no se le había permitido jamás traspasar las puertas de la abadía. Estaba convencida de que, si el ejército de Cluny tomaba Redwall, el botín sería más que suficiente para contentar a la criatura más codiciosa de por vida.

Cuando las pociones hicieron su efecto, Cluny notó que empezaba a quedarse dormido, arrullado por los cánticos incesantes de la vieja Sela. ¡Se habría despertado como un tigre abrasado, de haber sabido lo que planeaba la raposa!

La vieja Sela había vivido de su ingenio durante muchos años. Tenía una doble naturaleza que, invariablemente, le impulsaba, en cualquier disputa o conflicto, a vender secretos a los dos bandos. Era un juego peligroso, pero le había salido bien hasta entonces. Sus ojos astutos y dorados no habían estado ociosos ni un solo instante desde que había entrado en el campamento de Cluny.

Sela sabía exactamente cuántas ratas, comadrejas, armiños y hurones eran aptos para el combate. También había visto a una cuadrilla de trabajo mordisqueando con afán la base de un alto álamo. Si no piensan usarlo como ariete, se dijo Sela, es que yo soy una trucha. Por su propio diagnóstico de tres semanas para curarse, sabía además el día en que Cluny volvería a atacar Redwall.

La raposa vio cómo se cerraban los ojos de Cluny por efecto de sus medicinas. Aquellos jefes militares eran todos iguales: no creían que nadie, aparte de ellos, tuviera cerebro. Allí está el gran bruto, roncando como un cachorro de zorro en su madriguera en una noche de invierno.

Sela se volvió hacia las ratas armadas que protegían la habitación de Cluny, y les dio órdenes en un susurro.

-No quiero ruidos, por favor. Vuestro jefe necesita reposo absoluto. No dejéis que haga esfuerzos cuando se despierte. Ahora, tendréis que perdonarme,

Se encaminó hacia la puerta. Marca de Colmillo v Diente Rojo le impidieron el paso.

-¿Dónde crees que vas, raposa?

Sela se humedeció los labios. Intentó parecer amable, pero firme.

- Lo cierto es que volvía a mi casa en busca de más hierbas. Eso, si queréis que cuide a vuestro jefe adecuadamente, claro está.

-Cluny ha dado órdenes estrictas de que te quedes aquí hasta que se recupere -dijo Diente Rojo. La astuta raposa adoptó entonces un tono menos amable.

- Pero, mis buenas ratas, supongo que os daréis cuenta de que no puedo hacer nada sin mis hierbas. Vamos, por favor, dejadme pasar.

- Siéntate -dijo Marca de Colmillo, empujándola con rudeza-. No vas a ninguna parte.

Sela se sentó; un sinfín de ideas se agolpaban en su cabeza.

- Bueno, entonces dejadme al menos que salga al cementerio. Necesito tomar un poco el aire. Además, podré decirle a mi ayudante qué hierbas necesito para que vaya a buscarlas.

- Pero el jefe ha dicho que tienes que quedarte aquí -insistió Diente Rojo, sin dejarse convencer.

Sela sonrió para sus adentros. Tenía a aquellas ratas donde quería. Meneó la cabeza con expresión seria y grave.

-Entonces será mejor que me deis vuestros nombres. Así podré dárselos a Cluny cuando se despierte lleno de dolor y con las heridas purulentas. Sin duda querrá saber quién me ha impedido que haga lo necesario para curarle.

Esta taimada explicación tuvo el efecto deseado. Después de cuchichear entre ellos, Diente Rojo se volvió hacia Sela.

-Escucha, raposa, puedes salir al cementerio y decirle a tu ayudante que haga el recado. Pero Marca de Colmillo estará a tu lado con un alfanje apoyado en tus costillas. Un falso movimiento y serás una curandera muerta. ¿Queda claro?

- Por supuesto -dijo Sela, con una sonrisa zalamera-. Que venga tu amigo. No tengo nada que ocultar.

Cazagallinas, el hijo de Sela, estaba sentado sobre una lápida. Marca de Colmillo no vio el guiño que intercambiaron madre e hijo a hurtadillas. Cazagallinas era tan artero como su madre

en asuntos de espionaje. Su rostro era la viva imagen de la inocencia mientras escuchaba las instrucciones de Sela.

-Escúchame atentamente, hijo mío. Hay una rata gravemente enferma dentro de la iglesia. Necesita urgentemente mis remedios especiales. Quiero que vuelvas corriendo a nuestra raposera. Tráeme algo de bistorta, saliva de cuclillo, una piel de anguila mediana, tres tiras finas de corteza de sauce... oh, son demasiadas cosas. Será mejor que te las anote para que no olvides nada. -Sela se volvió hacia Marca de Colmillo-. ¿Tiene usted papel y pluma, señor?

- ¿Pretendes burlarte de mí, curandera? -dijo Marca de Colmillo, tras lanzar un escupitajo despectivo a los pies de la raposa-. ¿Quién te has creído que soy? ¡Ha, papel y pluma! ¡Menuda ocurrencia!

-Ah, ya me lo imaginaba -dijo Sela, con una encantadora sonrisa-. Lo siento, no quería ofenderle. Me las apañaré con un trozo de corteza y una ramita quemada. ¿Dónde podría obtenerlos, por favor?

Allí, en la fogata donde se cocina -respondió Marca de Colmillo, señalando el lugar de mala gana con el alfanje-. Date prisa.

Instantes después, Sela entregaba a Cazagallinas el rollo de corteza en el que había escrito.

-Aquí tienes, con todo esto bastará. Ahora, ve corriendo, hijo mío. No debes detenerte por ningún motivo. ¿No le parece, capitán?

Marca de Colmillo sacó pecho, orgulloso de que la raposa conociera su rango. Señaló a Cazagallinas con una pata.

-Escucha lo que te dice tu madre, muchacho. Vuelve aquí con todo lo que pone en la lista lo antes posible. Ahora vete.

El joven zorro salió disparado. Marca de Colmillo se apoyó en su alfanje.

-Así es como hay que tratar a los mocosos.

-Muy cierto, señor -dijo Sela, mirándolo con admiración-. Cuando es por mí, no se da tanta prisa. Es obvio que tiene usted dotes de mando.

Marca de Colmillo se ruborizó levemente. La raposa no era tan mala, después de todo. Señaló cortésmente con el alfanje en dirección al interior de la iglesia.

-Bueno, creo que es hora de que volvamos a entrar. ¡Son las órdenes, ya se sabe!

-Oh, por supuesto. No vaya a ser que tenga usted problemas, ¿verdad? -dijo Sela con su tono más adulador.

En cuanto se alejó de la plaza fuerte de Cluny, Cazagallinas dejó de correr. Desenrolló la corteza y leyó el mensaje de su madre.

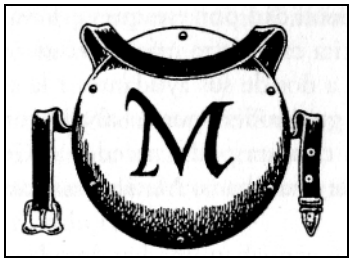
Al abad de la abadía de Redwall.

Sé exactamente cuándo, dónde y cómo las hordas de Cluny atacaran su abadía. ¿Qué precio está dispuesto a pagarme por esta importante información?

Sela la raposa

Cazagallinas se echó a reír. Sabía muy bien lo que su madre esperaba de él. Recordó el dicho preferido de Sela: «He vendido a gallinas sus propios polluelos y he robado los bigotes a perros de corral». El joven zorro enfiló tranquilamente el polvoriento camino de Redwall. El sonido de su risa artera resonaba entre los setos.

6



Azulina tenía un día muy ajetreado.

Tras servir la comida a Matías y a Matusalén, subió a lo alto de los muros con sus ayudantes para entregar la comida a los centinelas y recoger los platos vacíos. A continuación, tuvo que preparar dos bandejas más de comida para los padres de Samuel Silencioso. Las dos ardillas le dieron las gracias cortésmente y se dispusieron a comer con apetito. El pequeño Samuel los contemplaba, chupándose la pata. Azulina le había cogido cariño a la ardilla, y también le preparó una bandeja con comida. En cuanto terminó, se presentó Constanza para pedirle el favor de servir cuatro bandejas más: tres para la familia Campañol, que acababa de regresar, y una más grande para Liebre Ciervo Basilio. Azulina accedió de buena gana.

Azulina contempló a Basilio con ojos desorbitados, llena de asombro. Jamás había visto a alguien que pudiera devorar tal cantidad de comida. Ni siquiera Constanza o Ambrosio Púas, que eran grandes comedores, podían compararse con la liebre.

Basilio se limpió delicadamente con una servilleta. Sus modales eran tan impecables como insaciable su apetito. Se deshizo en alabanzas hacia las vituallas de la abadía.

-¡Oh, excelente! ¡Absolutamente delicioso! ¿Sabe?, había olvidado lo bien que se puede comer un bocado en Redwall. Óigame, querida, ¿le importaría refrescar la memoria de un viejo solterón como yo? Otra jarra de esa excelente cerveza rubia, y una ración más de esa ensalada de verano tan rica. Ah, y creo que podría con unas cuantas porciones más de ese pastel de membrillo de fray Hugo. ¡Superior! Ejem, y no olvide el queso de cabra con avellanas. Tengo debilidad por ese queso. Vaya, pues, encanto. A fe mía, qué ratoncita campestre más atractiva.

Azulina envió a dos de sus ayudantes a la cocina, para lo cual tenían que dar un gran rodeo, pues el abad Mortimer había declarado que ninguna criatura podía acceder al Gran Salón y la Caverna, salvo los que ayudaban a Matías y a Matusalén.

Un par de lámparas arrojaban una luz dorada sobre la negrura en la que se adentraban. los escalones recién descubiertos. Los dos ratones descendieron con cautela, mientras los topos aguardaban arriba, dispuestos a ayudarles si lo requerían.

El ambiente era frío, pero seco. Los dos amigos siguieron. bajando hasta que los escalones terminaron en el inicio de un pasadizo sinuoso, también descendente. El pasadizo había sido excavado con gran destreza y apuntalado con soportes de madera. Matías sintió un escalofrío. ¿Cuánto tiempo hacía desde la última vez que una criatura había pisado aquel viejo pasadizo silencioso? Apartó unas telarañas que se desintegraron con el roce de su pata. Matusalén se agarraba el hábito con fuerza. Caminaron girando, ora a la izquierda, ora a la derecha, luego a la izquierda, otra vez a la izquierda, y después a la derecha. La voz de Matusalén sonó hueca, fantasmagórica.

-Seguramente se excavó así el pasadizo para que resistiera. mejor. ¿Te has dado cuenta, Matías? Parece que aún estamos bajando.

-Sí, debemos de estar casi bajo los cimientos de la abadía -dijo Matías.

Los dos amigos siguieron avanzando, sin poder determinar cuánto tiempo habían estado siguiendo el curso de aquel antiguo pasadizo. Matusalén se adelantó ligeramente. De repente se detuvo.

-Ajá, me parece que hemos llegado al final del recorrido -exclamó.

Era una puerta. Juntos la examinaron. Estaba hecha de madera maciza con refuerzos de hierro y clavijas en forma de flor. No parecía cerrada, pero no consiguieron moverla. Matías alzó la lámpara para iluminarla mejor.

Mira, hay una inscripción en el dintel, sobre la puerta: Matusalén la leyó en voz alta:

Como en los escalones del Salón,
recuerda y mira hacia el centro.
Mi contraseña de nuevo es Redwall.
Más a ti, solo has de entrar.

El anciano portero no pudo disimular su decepción.

-¡Vaya! Después de toda la ayuda que te he prestado, de incontables horas de estudio y de tiempo valioso. ¡Pues sí que!

Sus palabras fueron a topar con unos oídos sordos. Matías contaba las clavijas de la puerta. Matusalén fingió indiferencia, pero pronto pudo más la curiosidad que la pena que pudiera sentir por no serle permitida la entrada.

-¿Necesitas ayuda, joven ratón?

-Cuarenta y dos, cuarenta y tres, ¡silencio! ¿No ves que estoy contando? -fue la respuesta.

-Bueno, ¿has resuelto el acertijo tú solo? -dijo el anciano, poniéndose los anteojos.

-Sí -dijo Matías, guiñándole un ojo-. Al menos eso creo. Hay tres pistas en los versos. Como en los escalones, mira hacia el centro y la contraseña es Redwall. Bien. Recordemos que Redwall tiene siete letras. Si te fijas en estos viejos clavos...

-Clavijas -le corrigió Matusalén.

-Sí -prosiguió Matías-, si miras estas clavijas, descubrirás que forman hileras de siete, igual que el número de letras de Redwall. Hay siete hileras de clavijas de lado a lado y otras siete de arriba abajo, cuarenta y nueve en total. Por lo tanto, la vigésimo quinta empezando por arriba, por abajo, por un lado o por el otro es la clavija que está justo en el medio. La inscripción dice: «... mira hacia el centro». Es esta de aquí.

Cuando Matías apoyó la pata sobre la clavija en cuestión, la puerta se abrió hacia dentro con un crujido. Una vez abierta de

par en par, Matías rodeó los delgados hombros de Matusalén con una pata.

-Vamos, viejo amigo, entraremos juntos -dijo.

-Pero ¿y la inscripción? -protestó Matusalén-. Dice que sólo tú puedes entrar.

Matías respondió con una voz rara, sonora. Parecía que había crecido tanto en edad como en estatura.

-Yo, más a ti. Martín es Matías. Como amigo y compañero leal, yo digo que puedes entrar conmigo.

Matusalén se sintió como si estuviera en presencia de alguien que era muchísimo más viejo que él. Con las lámparas en alto, los dos ratones traspasaron el umbral.

Era una cámara pequeña, de techo bajo. Un bloque de piedra se alzaba en el centro.

¡La tumba de Martín el Guerrero!

Los laterales de la piedra tenían minuciosas tallas, que representaban escenas de la vida de Martín: hazañas guerreras y prodigiosas curaciones. Sobre la parte superior de la piedra descansaba una efigie de Martín a tamaño natural. Vestía el hábito familiar de un ratón de Redwall, sencillo, sin adornos.

Matías se acercó con reverencia para contemplar las serenas facciones de su héroe

legendario en el silencio de la pequeña cámara.

-Tienes un asombroso parecido con él, joven amigo -le susurró Matusalén al oído.

¡Mientras el anciano hablaba, la puerta se cerró de golpe! Matías se dio la vuelta sin sentir el menor miedo. De la parte interior de la puerta colgaban un escudo y un talabarte.

El escudo era corriente, redondo v de acero, del tipo que llevaban los guerreros de antaño. Los años no habían restado brillo a su superficie pulida. En el centro tenía una letra M.

El talabarte estaba en perfectas condiciones, suave y flexible, como acabado de salir de las manos del curtidor: era de cuero negro y reluciente, con correas pendientes para llevar la vaina y la espada: su ancha hebilla de plata brillaba a la luz de las lámparas.

Sin decir una palabra, Matías se quitó el cordón de su hábito de novicio, se lo entregó a Matusalén, cogió el talabarte y se lo abrochó alrededor de la cintura. Parecía hecho a su medida. Con gran cuidado, cogió también el escudo y probó a colocárselo en el brazo. Tenía dos asas, una que quedaba junto al codo, y otra para agarrarla con la pata. A Matías le pareció extrañamente familiar.

En la parte interior de la puerta había otra inscripción, que antes tapaba el escudo. La leyó Matusalén:

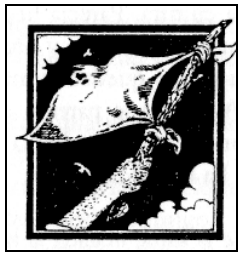
A la luz de la luna, llegada la hora, deposítame en mi umbral.

Contempla el rayo reflejando mi poder, junta de nuevo mi espada conmigo. Yo - más a ti, sé leal con todos.

Oh, ratón guerrero, protege Redwall.

Matías tiró suavemente de la puerta, como en un sueño, y ésta se abrió. A la luz de las lámparas, los dos ratones abandonaron la cámara solitaria, volvieron al calor familiar de la abadía de Redwall, y a su animación. Volvieron a salir al sol del mediodía de aquel mes de junio.

7



Constanza estaba en lo alto del muro, inclinada sobre el parapeto, contemplando a un joven zorro que se acercaba por el camino polvoriento, ondeando un trapo blanco atado a un palo.

El gran tejón sintió cierta inquietud. Conocía a aquel zorro. Era hijo de la vieja Sela. ¡Se necesitaban ojos en la nuca para vigilar bien a aquella pandilla!

Detente y expón lo que quieres, zorro -gritó Constanza de mala gana.

Cazagallinas se rió por lo bajo, pero al ver la expresión severa de Constanza, rápidamente recobró la compostura.

-Quiero ver al abad -gritó.

¡Imposible! -fue la brusca respuesta.

-¡Pero tengo que ver al abad! -insistió el zorro, ondeando una vez más la bandera y

mirando a Constanza con los ojos entornados-. Vengo en son de paz. Tengo una importante información para vender.

-Me da igual lo que tengas, no vas a entrar en esta abadía. Si quieres hablar con alguien, habla conmigo. -Constanza observó al alicaído zorro y añadió-: Y si no te gusta, bueno, puedes mover la cola y marcharte por donde has venido.

Abatido por este último insulto, que lo había dejado completamente desinflado, Cazagallinas intentó imaginar cómo habría resuelto la situación su madre. Finalmente, desenrolló la corteza y la agitó en el aire.

Este mensaje es sólo para el abad. Es importante.

-Entonces, lánzamelo. Yo me encargaré de que lo reciba -replicó Constanza, mirándole fríamente.

Ni halagos ni lisonjas conseguirían hacer cambiar de opinión al cínico tejón hembra. Al final, Cazagallinas tuvo que arrojar la corteza a lo alto del muro. Hizo varios intentos fallidos, cada uno más débil que el anterior. Cuando la corteza volvió a caer una vez más, Constanza gritó:

-Ponle algo más de ímpetu, miedoso. No pienso esperar aquí todo el día.

Cazagallinas lanzó el rollo de corteza con todas sus fuerzas y observó con satisfacción que Constanza se inclinaba para cogerlo. -Esperaré aquí la respuesta -dijo, esperanzado.

El tejón hembra soltó un gruñido que no comprometía a nada, se sentó junto al parapeto, donde no podía verla el zorro, y leyó el mensaje. Siguió allí hasta que transcurrió un tiempo razonable y luego se levantó, fingiendo jadear por el esfuerzo de ir y venir.

-Dile a Sela que el abad se reunirá con ella dentro de dos días, a las diez, en el bosque de Mossflower. En el viejo tocón de árbol. ¡Y no te olvides de decirle que nada de trucos!

Cazagallinas hizo ondear la bandera y empezó a reírse sin poderlo evitar.

-De acuerdo, he captado el mensaje, ¡vieja gorda! Que el abad no se olvide de llevar con él montones de objetos de valor. Adiós, vieja peluda.

Constanza frunció el hocico y lanzó una mirada furiosa al joven zorro que la había insultado.

-¡Será mejor que empieces a correr, cara de sapo! ¡Ahora mismo bajo para echarte una pata encima!

Una vez más Constanza se ocultó tras el parapeto. Y golpeó el suelo de piedra con estrépito. Cuando volvió a levantarse, vio al aterrorizado Cazagallinas que se alejaba a todo correr en medio de una nube de polvo.

-¡Mocoso advenedizo! -murmuró.

No había necesidad de que el padre abad se preocupara por los secretos manejos de zorros traidores. Constanza se bastaba por sí sola para ocuparse de ellos.

Matías estaba muerto de hambre. Se sentó a comer con el señor y la señora Ardilla, la familia Campañol, Samuel Silencioso y Basilio, la liebre parlanchina. El joven ratón comió distraído. No quería conversación. El último descubrimiento de una nueva y desconcertante inscripción en .a que se mencionaba la luz de la luna, el norte y un umbral desconocido, ocupaba todos sus pensamientos. Matusalén se había refugiado en la soledad de su estudio, donde afirmaba que podía pensar con mayor claridad.

Matías no fue, por tanto, un comensal animado. Sonreía y asentía, prestando escasa atención a la charla de los Campañol y los Ardilla. Ni siquiera le distrajo Samuel Silencioso, que estaba sentado sobre su rodilla, acariciándose los bigotes con una pegajosa patita. Liebre Ciervo Basilio miró la comida que Matías apenas había probado.

- Discúlpeme, joven ratón, viejo amigo, pero si no puede con ese bollo de moras o esa tarta de grosellas...

Matías empujó su plato hacia la liebre, con aire ausente. Basilio no se lo pensó dos veces.

El abad Mortimer entró y, al ver la expresión de Matías, se inclinó hacia él y le susurró al oído:

- Trabajar todo el día ha convertido a Matías en un ratón aburrido. Anímate, hijo mío.

- ¿Qué? Quiero decir, lo siento, padre abad, no pretendía ser grosero. Intentaba resolver un problema.

- Lo comprendo, hijo mío -dijo el abad, palmeando a Matías con indulgencia-. Matusalén me ha explicado algunas de las dificultades con las que os enfrentáis. Mi consejo es que no dejes que te obsesione. Descansa un poco. El tiempo tiene todas las respuestas. Lo has hecho estupendamente bien hasta ahora, Matías. Mientras tanto, no debes descuidar tus modales con los invitados de nuestra abadía.

Matías salió inmediatamente de su ensoñación. Samuel Silencioso contemplaba con admiración el talabarte que llevaba. Matías se echó a reír.

-¿Te gusta, Samuel? Es el cinturón de la espada de un famoso guerrero.

La pequeña ardilla se encaramó a la mesa de un salto. La recorrió de un lado a otro a toda velocidad, extendiendo la pata como si empuñara una espada, dando tajos al aire. Señaló a Matías, y éste lo abrazó.

-No, bendito seas, Samuel, aún no tengo espada, pero la tendré algún día.

Samuel Silencioso se señaló a sí mismo, ladeando la cabeza. Matías le dio un codazo en el vientre gordito.

- ¿Una espada para ti, Samuel? Bueno, no sé. Puede que tus padres no quieran que vayas por ahí armado hasta los dientes.

Liebre Ciervo Basilio tenía la solución. Sacó un cuchillo de bella factura. Era muy pequeño y con una funda de corteza de sauce muy bien trabajada. La liebre hizo una seña a Samuel.

- ¡Ven aquí, pequeño granuja! Tengo justo lo que necesitas. Esto es una daga de lebrato. Todas nuestras crías llevan una. Tóma, prueba a ver si es de tu medida, joven bucanero, ¡caramba, caramba!

Basilio cogió una sandalia gastada que alguien había tirado. Le sacó el cordón, lo usó para sujetar daga y funda y lo ató alrededor de la cintura de Samuel.

-Así, a la izquierda, pareces todo un aventurero -dijo entre risas la bondadosa liebre.

Samuel Silencioso recorrió la mesa dando botes con deleite, ofreciendo un aspecto cómico mientras hacía esgrima, arremetiendo contra vinagreras y palmatorias con su nueva «espada», y chupándose ávidamente la otra pata.

Matías rió también. Los señores Ardilla agradecieron a Basilio el generoso regalo para su hijo. Matías olvidó momentáneamente sus problemas para disfrutar de una hora feliz en compañía de las afables criaturas del bosque. Aún se alegró más cuando apareció Azulina y compartió el asiento con él, contenta de poder sentarse un rato. Basilio dio un codazo a Matías.

-¡Una jovencita maravillosa! ¿Sabe la cantidad de comida que es capaz de preparar en un abrir y cerrar de ojos? Fíjese bien en lo que le digo, joven amigo ratón. Cualquiera sería feliz con ella. Por cierto, ¿ha notado cómo le mira? Así miran las ciervas a los ciervos. Nobles criaturas, los ciervos. Me parece que podría ser usted el ciervo que ella necesita. Caramba, recuerdo cuando yo era tan sólo un soldado de primera clase...

Azulina hacía tales muecas que Matías estaba a punto de pedir a Basilio que se callara, cuando Matusalén asomó la cabeza por la puerta y le hizo señas apremiantes. El joven ratón se disculpó rápidamente y se fue. Basilio se inclinó hacia Azulina y sonrió con expresión de pillo.

-Usted no sabía que yo fui soldado de primera clase, ¿verdad, querida? ¡Ah, aquéllos eran los días del viejo Cuadragésimo Séptimo de Liebres de Asalto de la Frontera! ¡Entonces fue la primera vez que puse los ojos sobre un ciervo! Oiga, no la estaré aburriendo, ¿verdad? Al viejo solterón de Basilio le basta con que guiñe un ojo o asienta, ¿sabe?

Matusalén estaba muy agitado. Condujo a su joven amigo a su estudio.

- ¡Matías, he descubierto dónde está el umbral!

El anciano ratón se negó a decir nada más hasta que estuvieran a salvo en su estudio, con la puerta firmemente cerrada. Y aun allí dentro siguió sin contarle nada y lo empujó a un lado para hurgar entre viejos pergaminos y manuscritos, esparciendo libros a diestro y siniestro.

- ¿Dónde está? Hace cinco minutos lo tenía aquí. Hola, ¿qué es esto? ¡Ah, el tratado sobre Las abejas de Redwall! -Matusalén arrojó el grueso libro a un lado. A punto estuvo de darle a su compañero-. Espera un momento. A lo mejor lo he puesto por allí.

Matías recorrió con una mirada de asombro el atestado estudio, lleno de libros, rollos y manuscritos. En su excitación, Matusalén abrió un pupitre, y prácticamente desapareció bajo una avalancha de papeles.

- ¡Eh! ¡Cuidado, anciano! ¿Qué estás haciendo? -exclamó Matías.

- ¡Eureka! -exclamó Matusalén, emergiendo jubilosamente con un libro amarillento-. ¡Aquí está! La transcripción literal que hizo la hermana Guillermina del proyecto de Martín el Guerreropara la abadía. -Pasó rápidamente las hojas polvorientas del viejo volumen-. Veamos: «Jardines, «Claustro», «Campanarios»... ah, aquí está, «La Gran Muralla y sus accesos». -El viejo ratón guiñó el ojo alegremente a Matías y ajustó los anteojos-. Escucha esto: «En el lado oeste de la muralla se hallará el portón por el que las criaturas podrán entrar y salir de la abadía de Redwall. Esta entrada estará vigilada de noche y de día, pues será la casa del guardián y, como tal, umbral de nuestra abadía».

Los dos ratones se abrazaron, y se pusieron a dar vueltas en medio de aquel caos de papeles, cantando con alegría:

La casa de la entrada es el umbral, la casa de la entrada es el umbral.

El abad, que pasaba por allí, oyó el ruido, y meneó la cabeza, haciendo una señal a Ambrosio Púas, que caminaba hacia él.

-Tal vez se hayan excedido un poco con la cerveza, padre abad -sugirió el erizo.

-Bueno -dijo el abad, riendo ante la idea-, si les ayuda en su misión, Ambrosio, tal vez deberían beber un poco más, ¿eh?

-Sí -convino Ambrosio-. Una buena cerveza rubia basta para inspirar a cualquier criatura. Quizá un día le inspire a nombrarme guardián de las llaves de la bodega, padre.

Dentro del estudio, los dos ratones se habían puesto a trabajar una vez más, con la intención de descifrar los crípticos versos del Gran Salón.

-Bueno, ya tenemos otra pieza del rompecabezas -dijo Matusalén-. Pero nos hemos adelantado un poco. Antes hay cuatro versos más por estudiar:

Busca la espada
a la luz de la luna,
de noche,
en la primera hora del día,
se refleja desde el norte.

- Los dos primeros versos -dijo Matías, interrumpiéndole- suenan como si pudieran resolverse sólo en la oscuridad: «Busca la espada a la luz de la luna».

- Estoy de acuerdo -dijo Matusalén-, pero el siguiente es de vital importancia, pues dice exactamente cuándo hay que buscar: «De noche, en la primera hora del día».

- Mmm -dijo Matías-, pensemos con lógica. Repasémoslo palabra por palabra.

Lentamente, repitieron el verso juntos: «De noche, en la primera hora del día».

-Me temo que no significa nada para mí -dijo Matusalén, hundiéndose en su sillón.

- ¡Espera! -exclamó Matías-. La medianoche es la última hora del día. De la misma manera, la una de la madrugada es la primera hora del nuevo día, pero tenemos la costumbre

de pensar que es aún la noche, como dice el verso: «De noche, en la primera hora del día».

- Creo que tienes razón -dijo el anciano-. La primera hora del día no es cuando amanece, sino de madrugada, cuando aún está oscuro.

Matías se apoyó con gesto cansado en una pila de libros.

- Pero si esta casa es el umbral, ¿dónde se supone que debemos estar para ver lo que sea una hora después de la medianoche?

- Eso es fácil -respondió Matusalén, con una sonrisa-. El verso dice: «Por encima del umbral busca y verás». ¡Es sencillo! ¿Qué hay sobre nuestras cabezas ahora mismo?

- La muralla, supongo -dijo Matías, encogiéndose de hombros.

- Exactamente -dijo Matusalén, dando un golpe sobre el brazo del sillón-. ;Y cuál es el único sitio de una muralla en el que puedes estar sino en lo alto?

De repente Matías lo vio todo claro.

- Oh, entiendo -exclamó-. «Por encima del umbral» significa que debemos situarnos en lo alto del muro justo encima de esta casa.

Los dos ratones salieron corriendo y subieron a toda prisa la escalera que conducía a lo alto de la muralla. Con Matías a la cabeza, corrieron a lo largo de los muros hasta situarse por encima de la casa de la entrada. Matías golpeó el suelo de piedra con los pies. -Yo diría que es aquí. ¿Estás de acuerdo?

-Me parece muy poco preciso -dijo Matusalén con aire dubitativo.

Matías tuvo que admitir que tenía razón. Miró tímidamente alrededor. Las piedras allí parecían iguales que las del resto del muro. La pista parecía perderse otra vez. Matías se sentó con aire abatido sobre un montón de rocas y escombros que estaban allí desde el inicio del asedio.

-¿Qué se supone que debemos hacer ahora? ¿Quedarnos aquí hasta la una de la madrugada y esperar que suceda un milagro? El viejo portero alzó una pata para amonestarle.

-Paciencia, jovencito, paciencia. Repasemos los hechos. Préstame tu cuchillo un momento.

Matías sacó la daga de la Sombra del cinto y se la dio a su amigo. Luego se sentó para mirar lo que el viejo ratón escribía en el polvo.

Punto primero: Martín es Matías.

Punto segundo: Hemos encontrado la tumba de Martín. Punto tercero: También hemos encontrado su escudo y su talabarte.

Punto cuarto: Nuestra misión es encontrar la espada de Martín. Punto quinto: ¿Dónde? Desde lo alto del muro sobre la casa de la entrada.

Punto sexto: ¿Cuándo? A la una de la madrugada, a la luz de la luna.

Punto séptimo: ¿En qué dirección? Hacia el norte.

Los dos amigos guardaron silencio, cavilando sobre los hechos de la lista.

-Supongamos que miramos hacia el norte -dijo Matías. Ambos ratones volvieron el rostro hacia el norte.

-Bien, ¿qué ves, jovencito? -preguntó Matusalén.

-Sólo la abadía, parte de las colmenas, la cara norte de la muralla y las copas de los árboles más allá -respondió Matías, con la voz teñida de decepción-. ¿Qué ves tú, anciano?

-Exactamente lo mismo que tú, aunque quizá un poco más borroso. Pero no pierdas la esperanza. Sigamos mirando. Quizá acabemos viendo algo.

Siguieron mirando en la distancia. Aparte de recoger su daga, Matías permaneció inmóvil, con la vista fija en el norte. Al final tuvo que dejarlo, pues empezaban a llorarle los ojos y le estaba dando tortícolis. Matusalén se había dormido al sol de la tarde. Furioso, Matías hundió la punta de la daga en el montón de escombros.

-Ya te había dicho que era una pérdida de tiempo. ¿Es que no puedes estar ni cinco minutos sin quedarte dormido?

El viejo ratón se despertó sobresaltado.

-;Eh, qué pasa? Oh, Matías, eres tú. Dios mío, debo de haberme quedado traspuesto un

momento. Lo siento, no volverá a ocurrir.

Matías no le escuchaba. Escarbaba en los escombros con la daga. Matusalén lo contempló con curiosidad.

Qué estás haciendo, en el nombre del Cielo?

Los escombros salían disparados al escarbar Matías con frenético afán.

-¡Creo que he encontrado lo que estamos buscando! El problema es que hay demasiados escombros encima. Creo que necesitaremos que nos ayude el Topo Mayor una vez más.

El Topo Mayor y su equipo llegaron resoplando, conducidos por Matías, que iba corriendo. Los topos se desplomaron sobre los escombros, intentando recobrar el aliento.

-Nosotros piernas cortas sólo tenemos, los topos, sí. Entendido tengo que los gentiles ratones nuestra ayuda precisan.

-Sí, por favor, señor Topo Mayor -dijo Matías, que esta vez no necesitó traducción-. ¿Cree que usted y su equipo podrían apartar todo este montón de escombros y piedras? Tenemos que llegar a lo que hay debajo.

El Topo Mayor abrió sus robustas patas y esbozó una encantadora sonrisa.

-Dicho y hecho, joven. ¿Dónde deseas que esto se traslade?

-Oh. a cualquier sitio, supongo -dijo Matías, encogiéndose de hombros-, siempre que no nos estorbe.

El Topo Mayor se escupió en las patas y se las frotó.

-Muy bien, muchachos, lo mejor será esto dejar en el mismo sitio de donde salió.

Los dos ratones tuvieron que hacerse a un lado de un ágil salto cuando el equipo de topos inició la tarea. Tras muchas exclamaciones características, se introdujeron en el enorme montón y empujaron las piedras y los escombros por el borde del muro, de forma que cayeron corno una cascada en la zanja cavada en los jardines de la abadía, de donde habían salido.

-Qué espléndidos trabajadores son estos topos, Matusalén -comentó Matías, contemplándolos con admiración.

-Ciertamente -dijo su amigo, viendo disminuir el montón-. Su habilidad y sus conocimientos se transmiten de generación en generación. Sea tierra, roca, pizarra o raíz, pueden con todo. ¿Sabes?, fueron los topos los que cavaron los cimientos de la abadía. El Topo Mayor puede afirmar que desciende directamente del topo que dirigió aquellos trabajos. De hecho, fue Martín quien otorgó el título de Topo Mayor a su antepasado.

Mientras los ratones conversaban, los topos arrojaron los últimos restos por el borde del muro, y limpiaron las piedras con cepillos. El Topo Mayor arrugó entonces el hocico a modo de respetuoso saludo.

-Terminado está, señores. Buen día les deseo.

Diez segundos más tarde, todos los topos se habían ido.

-A los topos no les gustan demasiado las alturas -explicó Matusalén-. Bien, veamos qué ha quedado al descubierto.

Era un círculo grabado en la piedra. Por un lado era más superficial que por el otro. El centro estaba coronado por dos ranuras grabadas a cada lado. En el vértice había una letra M, y debajo de la letra había trece círculos pequeños, cada uno con una cara sonriente.

Constanza apareció paseándose por el muro, vigilando el camino. -¡Hola! -saludó-. ¿Vais a quedaros aquí arriba todo el día? Os perderéis la merienda si no os dais prisa. No quedará gran cosa con tres ardillas, tres topos y Liebre Ciervo Basilio como invitados.

Matías agitó una mano distraídamente, sin dejar de examinar el dibujo grabado en la piedra.

-Ve tú, Constanza. Enseguida bajaremos.

Con esto despertó la curiosidad natural del tejón, que se acercó y se situó entre los dos ratones. Tras echar una ojeada, levantó las patas con fingida desesperación.

- Oh, no, ¿más acertijos y rompecabezas?

- Mi querida Constanza -dijo Matusalén, lanzándole una mirada severa por encima de los anteojos-, te agradecería que no te burlaras de cosas de las que no sabes nada. Déjaselas a quienes tenemos ese conocimiento. Volviéndose hacia Matías, añadió-: Sí, esos trece círculos con rostros sonrientes son muy interesantes. ¿Qué te parecen?

Matías meneó la cabeza. No adivinaba lo que podían significar.

- ¿Te refieres a esas cosas? -preguntó Constanza-. Es obvio que son las trece lunas llenas del año.

- ¿Cómo lo sabes? -preguntó Matusalén, visiblemente herido en su orgullo-. Explícate.

-Ja -dijo Constanza, con un bufido-, cualquier tejón digno de su nombre lo sabe todo sobre la luna. ¿Quieres que recite todas sus fases? Las sé, aunque no te lo creas.

De repente Matías volvía a estar sobre la pista. Contó las lunas y se detuvo en la sexta.

- ¡Esta es la de ahora, la de junio! ¿Cuándo habrá luna llena en junio, Constanza?

-Mañana -fue la rápida respuesta-. ¿Por qué? ¿Ha de ocurrir algo? ¿Algún milagro o encantamiento?

Matusalén hizo caso omiso del intento del tejón hembra por frivolizar el asunto.

- Si mañana por la noche, con la luna llena, venimos aquí a la una de la madrugada, tal vez descubramos dónde está la espada de Martín el Guerrero -dijo con gran solemnidad.

- ¿Cómo vais a conseguirlo? -preguntó Constanza, rascándose el hocico.

-Aún no estarnos seguros -respondió Matías, pasando el pie alrededor del círculo-, pero intentaremos descubrirlo. Verás, está todo relacionado con los versos que hay en la pared del Gran Salón, la tumba de Martín y todo lo que encontramos en ella: este talabarte, el escudo, otros versos en la parte interior de una pue...

-¿Qué tipo de escudo? -preguntó Constanza, interrumpiéndolo.

- Oh, del tipo corriente que usaban los guerreros de antaño -contestó Matías-. Redondo, de acero y con asideros para el brazo y la mano.

El tejón hembra asintió con aire cómplice y prosiguió donde Matías lo había dejado.

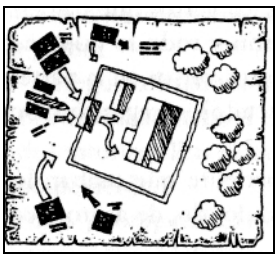
- Sí, he visto otros parecidos. No tienen nada de especial, sólo es el tipo de escudo que encajaría perfectamente en este círculo. ¿No veis las ranuras para las sujeciones? Y si volvéis a mirar el círculo, os daréis cuenta de que está grabado de tal forma que el escudo se ladearía, seguramente para reflejar la luz de la luna...

Ambos ratones miraron al tejón boquiabiertos, con el asombro y el respeto pintados en el rostro. Matías le estrechó la pata con gran ceremonia.

-Constanza, vieja amiga, tejón extraordinario. No te preocupes por la merienda. Tú siéntate aquí porque yo, personalmente, voy a traerte la merienda más abundante y deliciosa que se haya servido jamás en esta abadía.

En los cálidos muros de piedra roja resonó el eco de las risas regocijadas de los tres amigos.

8



Cluny estaba tumbado con el ojo bueno entornado.

.Por debajo del párpado observaba a Sela la raposa. Definitivamente, aquella vieja diablesa astuta tramaba algo, de eso estaba seguro.

Cluny había interrogado en secreto a Marca de Colmillo sobre la conversación mantenida entre Sela y su hijo, y no le cabía la menor duda de que los zorros intentaban engañarle.

El jefe había insultado a Marca de Colmillo por veinte clases de estupidez distintas. ¡No sabía leer y había dejado a. Sela que escribiera un mensaje! ¡Y había dejado que Cazagallinas se fuera tranquilamente sin hacer primero que le leyeran el mensaje!

De haber estado en mejores condiciones, habría matado a su zafio capitán con sus propias manos. Pero, dadas las circunstancias, no dijo una palabra. Aunque Sela estuviera empeñada en un doble juego, necesitaba de sus dotes de curandera hasta que hubiera recobrado la salud y las fuerzas.

Mientras tanto, Cluny el Flagelo desplegó sus propias maniobras de contraespionaje. Permitió que Sela curara sus heridas, pero dejó de tomarse las hierbas y pociones que le ayudaban a tomar, sin que la raposa se diera cuenta.

Cazagallinas volvió a la mañana siguiente temprano con un gran saco de ingredientes medicinales. Cluny fingió dormir, pero vigiló a los dos zorros a hurtadillas, mientras ellos asentían y se guiñaban el ojo. Cuando Sela y su hijo se convencieron de que dormía, mantuvieron una conversación entre cuchicheos. Y aunque afortunadamente Cluny no pudo oír lo que decían, su comportamiento le convenció de que estaba en lo cierto. ¡Planeaban una traición!

Cluny no habló de sus sospechas a ninguno de sus oficiales. De ese modo, no existía la posibilidad de que se filtrara el secreto. Cluny se contentó con observar y esperar, sintiéndose un poco más fuerte cada día.

Al cabo de un rato, se le ocurrió una idea endiabladamente simple. Ordenó que salieran todos de su habitación; deseaba estar solo para descansar. Cuando se convenció de que no le molestarían, sacó una pluma y un pergamino de la mesita de noche. Dibujó un diagrama con flechas, posiciones del ejército, líneas de ataque y de defensa, e instrucciones escritas. Era un plan para el segundo ataque a gran escala a la abadía de Redwall. Cluny dejó claro sobre el pergamino que el éxito del ataque dependía exclusivamente de que el ariete atravesara el portón principal.

Cuando terminó de trazar el plan, Cluny metió el pergamino bajo la almohada, pero dejando a propósito que sobresaliera una punta. Sus oficiales eran demasiado torpes y lentos para darse cuenta. Y aun en caso contrario, no le darían importancia.

¡Pero Sela la raposa sí se daría cuenta!

Cluny se acomodó en la cama para esperar.

Diente Rojo y Marca de Colmillo regresaron con la raposa cautiva una hora más tarde. Cluny se desperezó estruendosamente y bostezó.

-Aaaaah, he dado una tranquila y agradable cabezada sin vosotros tres haciendo ruido por toda la habitación. ¿Qué tal va ese árbol que hay que derribar?

-No falta mucho, jefe -respondió Diente Rojo, apoyándose sobre su lanza-. He ordenado que unos cuantos mantengan encendida una hoguera para poder quemar el tronco v endurecerlo.

Cluny flexionó su herida cola lentamente.

-Bien, aseguraos de que se cortan todas las ramas largas a la altura del tronco. Así será más fácil de llevar. Ahora, raposa, ¿qué te parece si me cambias las vendas y me das algo para poder dormir esta noche? Eso que me diste ayer no me sirvió de nada. Me pasé horas dando vueltas sin poder descansar.

- Ahora que mi hijo me ha traído nuevos ingredientes -dijo Sela, haciendo una servil reverencia-, podré darle sin duda una medicina que le hará dormir, señor. Le garantizo que se quedará tan dormido como una chinche en una manta, si me perdona la expresión, señor.

- Siempre que me sirva para dormir -dijo Cluny, sonriendo para sus adentros.

Esa noche, Cluny permitió a Diente Rojo y a Marca de Colmillo que se hartaran de fuerte cerveza de cebada, de un tonel que habían encontrado en la bodega de la iglesia. También a Sela le dio permiso para beber. Cluny observó que la raposa fingía beber tanto como los capitanes ratas. El fingía también que se tomaba la medicina para dormir. Cluny y Sela continuaron con su pantomima, sin dejar que una sola gota fuera más allá de sus labios.

Era ya tarde. Cluny se unió a los ronquidos de sus oficiales borrachos. La habitación estaba caldeada. Vaciló la llama de la única vela encendida. Cluny notó que la almohada se movía levemente.

¡Sela había mordido el anzuelo!

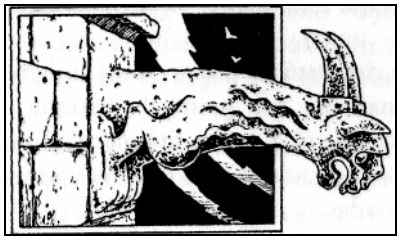
Cluny soltó un gran ronquido e hizo chasquear los labios con satisfacción. Algún día tendría que aprender a jugar al ajedrez. Podía apostar sobre seguro a que sería imbatible.

Cluny apostó también consigo mismo que el plano volvería a estar bajo la almohada a la mañana siguiente, y que Sela tendría una copia exacta, oculta en alguna parte. Por fin Cluny pudo dormir unas cuantas horas.

Sin duda a los ratones les interesaría conocer su plan para atacar el portón principal con un ariete. Reforzarían el portón y harían uso de la mayor parte de los defensores. Cluny tenía deseos de reír a carcajadas.

¡Mientras defendían el portón, él haría un túnel bajo el ángulo suroeste del muro de la abadía!

9



La voz grave, cálida e insolente de la Campana de José resonó en los tranquilos prados; sus ecos se perdieron en las frondosas profundidades del bosque de Mossflower. Eran las once en la noche de la luna llena.

Dentro de la Caverna ardían las velas. La mayoría de criaturas del bosque y ratones de Redwall se habían acostado ya. Los que preferían seguir despiertos se reunieron por invitación de Matías y Matusalén para cenar. Todos los que asistieron les desearon la mejor de las suertes en su búsqueda. El abad Mortimer tomó la palabra.

-Amigos míos, ratones de Redwall y honrados huéspedes, estamos aquí reunidos esta noche, no sólo para rendir homenaje a Matías y al hermano Matusalén, sino también para expresarles nuestros mejores deseos de todo corazón. Ojalá tengan éxito y fortuna en su aventura esta noche, y ojalá nuestra abadía tenga pronto la ventura de recuperar la espada que perteneció a Martín el Guerrero.

El abad volvió a sentarse entre gritos de: «Bien dicho». Hubo muchos apretones de manos y palmaditas en la espalda. Matías se sentía muy honrado, pero también impaciente. El reloj de arena tenía que vaciarse dos veces más para que llegara el momento crucial que tanto esperaba. Miró a su compañero de reojo. Matusalén apenas podía evitar que lo venciera el sueño y se le cerraran los ojos. El duro trabajo que habían realizado durante el día, añadido a

Librodot

la tensión nerviosa, empezaban a pesar al anciano portero. Matías le dio un suave codazo.

-Despierta, anciano. Si estás cansado puedo ayudarte a llegar a tu habitación. Constanza y yo podemos llevar el escudo hasta arriba. Duerme bien esta noche. Te lo contaremos todo mañana por la mañana.

Matusalén se despertó de pronto, muy indignado.

-¡No harás nada de eso, granuja! ¡Aunque te diera ventaja, podría llegar antes que tú a lo alto del muro! ¿Quieres probar?

Constanza tosió y escupió una castaña confitada. Luego prorrumpió en carcajadas.

Ja, ja, ja, jo, jo, jo. Yo de ti no lo haría, Matías. Con el enfado que tiene es muy capaz de ganarte.

El viejo ratón, dándose cuenta de lo humorístico de la situación, empezó a reír también.

- Y no creas que no podría, vieja zoqueta. ¿Qué te parece si acostamos al joven ratón? Hace rato que debería estar en la cama. Tú y yo podríamos llevar el escudo.

Constanza y Matusalén se echaron el uno contra el otro, desternillándose de risa. Matías hizo lo posible por guardar la compostura y fingió ofenderse por las palabras de Matusalén.

-¡Menudo par de reliquias estáis hechos! No tardaría nada en traeros un poco de leche caliente y meteros en la cama. Entonces tendría las manos libres para seguir con la tara yo solo.

Los tres amigos rieron hasta que se les saltaron las lágrimas. Matusalén se abrazó los costados y dijo, entre explosiones de risa:

- Oye, Constanza, ja ja ja, viejo carcamal; jo ja ja ja ja ji, será mejor que vengas con nosotros, ¡ja ja jo jo jo! ¡Matías es un poco viejo para este tipo de cosas! Ja ja ja ja ja ja.

Matías se había caído de la silla. Agitaba las patas, en una súplica muda para que acabara la broma, mientras rodaba por el suelo, pasando de ataques de risa a estentóreas carcajadas.

Liebre Ciervo Basilio hizo chasquear la lengua en señal de desaprobación varias veces.

-Tch, tch. Qué horribles modales en la mesa -dijo a Ambrosio Púas-. ¡Fíjese en esos tres señores, armando un escándalo! La comida es una cosa muy seria. No han probado la cena, ¿sabe usted?

-Sí, ya lo veo -gruñó el erizo-. Vamos, no creo que les importe, ¿no le parece?

-En absoluto, querido amigo, en absoluto -dijo Basilio con actitud regia, y se dispuso a compartir el contenido de los tres platos con Ambrosio-. ¿Acaso no es mejor que tirarlo todo a la basura?

Faltaban quince minutos para la una de la madrugada. Tres figuras atravesaron los jardines de la abadía cuando la luna asomaba tras un banco de nubes errantes. El estanque cercano despedía un brillo plateado; parte de la muralla de piedra arenisca se reflejaba con una vacilante luz azulada. Constanza y Matusalén llevaban lámparas; Matías llevaba el escudo del guerrero en el brazo. Ascendieron por la escalera del muro en fila india, agradeciendo los buenos deseos que los centinelas murmuraban a su paso.

Matías había decidido que era mejor no colocar el escudo en el círculo tallado antes de la una. Tenía la sensación de que debía atenerse a las normas impuestas por los versos y esperar a la primera hora del día. Sencillamente, tenía que ser así. No era buena idea tentar a la diosa Fortuna.

Solemnemente, los tres amigos rodearon el círculo del suelo. Matías aferraba el escudo con fuerza, esperando que diera la una. En lo alto, muy por encima del pequeño mundo de Redwall. la luna esperaba también, suspendida en el espacio aterciopelado, como una pálida moneda dorada. Los minutos parecían alargarse hasta una eternidad en la que el silencio era el monarca absoluto.

La gran Campana de José tocó una vez. Era la una, la primera hora del día. Lenta y respetuosamente, Matías depositе) el escudo de Martín en el círculo que había sido tallado especialmente, hacía mucho tiempo, para recibirlo. El escudo hizo un leve ruido metálico al

descansar en el círculo, ajustándose perfectamente al receptáculo de piedra. Las tres criaturas dieron un paso atrás para ver lo que ocurría. Matías fue el primero en hablar.

-¡Mirad! -exclamó-. ¡El, escudo refleja la luz de la luna y la devuelve al firmamento!

Los rayos de luna parecieron concentrarse en la cúpula de

acero bruñido, que despidió un intenso haz de luz blanca de vuelta hacia el cielo.

Matusalén parpadeó. Se puso una pata sobre los ojos y escudriñó el espacio, intentando seguir la dirección del rayo de luna reflejado.

-Realmente es una visión bella y asombrosa -dijo-. Ay, mis viejos ojos ya no son lo que eran. Todo lo que veo es una luz que sale disparada hacia el infinito.

-Mira el tejado de la abadía -musitó Constanza-. El rayo atraviesa directamente el gablete superior. Veo la veleta tan claramente como si fuera de día.

-Dios santo -chilló Matías-. ¡Tienes razón! La veleta de la abadía, eso es lo que ilumina el haz de luz.

- ¡El norte! ¡el norte! -gritó Matusalén-. Es el brazo de la veleta lo que señala hacia el norte. ¡Ahí es donde debe de estar la espada!

Solemnemente, los tres amigos colocaron la pata uno encima del otro. Por fin el misterio se había descubierto. Sabía donde había estado la espada de Martín el Guerrero durante incontables años.

¡En el brazo de una veleta, señalando hacia el norte!

Sin embargo, eran tres desconsoladas criaturas las que se sentaron sobre la muralla para desayunar tras unas pocas horas de sueño intranquilo. Se habían encontrado con un grave problema: ¿cómo bajar la espada?

- Qué lástima que no tengamos treinta o cuarenta escalas muy largas para atar juntas y llegar entonces al tejado -musitó Constanza.

-Oh, cállate, Constanza -gruñó Matías-. Debe de ser la décima vez que lo has dicho en una hora.

-Lo siento, sólo intentaba ayudar -musitó ella.

-Sólo hay dos modos de ayuda que puedas prestar, amiga mía -dijo Matusalén, dejando a un lado su plato de gachas de avena-. Una, guardando silencio. Dos, convirtiéndote en una criatura que pueda trepar hasta el tejado. Un pájaro, una ardilla o algo así.

Los otros dos miraron a Matusalén con asombro. Había encontrado una solución de extraordinaria simplicidad.

Espero que la señora Ardilla no haya decidido quedarse encama hasta tarde -dijo Matías-. Tendrá que empezar pronto si quiere estar de vuelta a la hora de comer.

La señora Ardilla (o Juana, como prefería que la llamaran) se mostró encantada de complacer a sus amigos de Redwall.

Tras haber recibido instrucciones de Matías, Juana inició la ascensión al pie del inmenso edificio de la abadía. La ardilla realizó lo que parecía una compleja danza acrobática, seguida por varias volteretas a velocidad relámpago.

-Sólo está haciendo ejercicios de calentamiento -explicó el señor Ardilla a Matías.

Una multitud de ratones y criaturas del bosque se habían congregado para presenciar la épica ascensión. Ni siquiera en los anales más antiguos se mencionaba que ninguna criatura se hubiera arriesgado a trepar tan alto corno el tejado de la abadía. Era una tarea formidable, pues el tejado se alzaba a una altura que era casi el doble de la que alcanzaba el campanario.

Juana se abrió paso a codazos. Dio un beso al señor Ardilla, acarició la cabeza de Samuel Silencioso, y luego estrechó la pata a Constanza, Matías y Matusalén. Con movimientos vivos y alegres, cogió un puñado de tierra y se frotó con ella las patas para que adquirieran mayor adherencia.

-Bonito día para trepar -comentó despreocupadamente, e inició la ascensión por la imponente fachada de la abadía.

El muro más bajo, con sus ventanas arqueadas no presentó dificultades para la experimentada ardilla, que subía con celeridad. Encaramándose al canalón con una pulcra sacudida de su poblada cola, Juana, lo recorrió en dirección a un pequeño tejado lateral de pizarra. La perdieron momentáneamente de vista cuando inició la segunda etapa. Cuando volvió a aparecer, los que la observaban desde abajo se dieron cuenta de que la ascensión allí era más difícil y el avance más lento.

-¿Estás bien, Juana? -gritó el señor Ardilla, haciendo bocina con las patas.

Sujetándose con la cola a una gárgola que sobresalía, Juana contestó a gritos:

-Bueno, sigo adelante, querido. Pero esta piedra... es un poco rasposa para unas patas viejas como las mías. No es como una madera vieja o una corteza de árbol.

Barbillas en alto, cabezas hacia atrás, la multitud seguía el ascenso de la valiente Juana Ardilla. A los ojos de los que estaban abajo parecía disminuir rápidamente de tamaño, a medida que seguía subiendo.

El Topo Mayor (que no había sido nunca aficionado a las alturas) se cubrió el rostro con una pata.

-Cielo santo, cielo santo. Parece un pájaro lechuza ahí arriba. No, mirar no quiero.

Aunque Matías estaba de acuerdo con el Topo Mayor, él siguió mirando a Juana, que no era ya más que un punto. El joven ratón apretó los dientes, animando a la valiente ardilla a continuar.

-¡Adelante, Juana, puedes hacerlo! ¡Ya no te falta mucho para el gablete!

La multitud guardó silencio. Sólo se oía a Samuel Silencioso chupándose la patita, aferrado a su padre con la cola. Lo rompió Winifred la nutria:

-¡Mirad, Juana ha conseguido pasar del canalón! Está en el tejado.

Se oyeron grandes vítores. A la ardilla sólo le quedaba el último salto, pero tendría que hacer uso de toda su destreza y experiencia para seguir subiendo por la pendiente lisa y resbaladiza de pizarra. Matusalén, muy alterado, se limpió los anteojos.

-¿Dónde está ahora? ¿Podría alguien decírmelo?

-Está en lo alto del tejado, caminando con un pie a cada lado del vértice, en dirección a la castellana -gritó el abad Mortimer.

-No es necesario que chille, padre abad -dijo Matusalén, muy digno-. Soy corto de vista, pero no duro de oído.

-¡Oh, lo ha conseguido! -exclamó el señor Ardilla, aplaudiendo alegremente-. ¡Mi Juana lo ha conseguido!

Matías seguía observando en medio del alegre tumulto. La veleta se movió un poco, indicando que Juana, que estaba sobre la flecha que señalaba el norte, estaba intentando recuperar la espada.

¡Qué ascensión tan prodigiosa! ¡Qué criatura tan valiente! Sin duda Juana Ardilla ocupará su lugar en los anales de la abadía. El señor Ardilla cogió a Samuel en brazos.

-Mira, Samuel. ¡Mamá lo ha conseguido! Ahora está bajando.

Samuel Silencioso enlazó las patas por encima de la cabeza y las agitó como un campeón. No había nadie en el mundo que trepara mejor que su mamá. Juana estaba a medio camino, cuando un grito de consternación se elevó de la multitud.

-¡Mirad, la atacan unos gorriones!

En efecto, los feroces pájaros revoloteaban cerca de la intrépida Juana, picoteándola con la intención. de desplazarla, o distraerla lo suficiente para hacerla caer. Si se soltaba, la caída sería terrible. Matías tomó el mando de la situación, actuando con rapidez.

-¡Deprisa, que vengan los seis mejores arqueros entre los ratones campestres y los ratones de las cosechas! Tenemos que detener a esos pájaros inmediatamente.

Los furiosos gorriones persistían en su cruel ataque, mientras Juana seguía bajando con resolución, puesto que no tenía modo alguno de defenderse.

El abad y Constanza tuvieron que saltar sobre Samuel Silencioso para retenerlo, pues se había soltado de su padre e intentaba trepar por el muro de la abadía, con la pequeña daga

sujeta entre los dientes. Constanza procuró razonar con él.

-Quédate aquí abajo, pequeño. No debes distraer a tu mamá. ¡Mira qué bien lo hace! Un puñado de viejos gorriones no van a inquietarla. Apártate ahora, ahí llegan los arqueros.

Los arqueros colocaron rápidamente las flechas en los arcos y apuntaron con ellos hacia arriba.

-No apuntéis a ninguno de los pájaros para matarlos -gritó el abad-. Disparad sólo para ahuyentarlos.

-Disparad -gritó Matías.

Se lanzó la primera andanada de flechas, que no consiguieron llegar a la altura de los gorriones. Juana seguía descendiendo, rechazando a sus atacantes siempre que tenía una pata libre.

-Ahora ya están a tiro -gritó Matías-. ¡Apuntad, disparad!

Los arqueros lanzaron hacia arriba una lluvia de flechas que se acercaron lo bastante a los gorriones para hacer que se dispersaran. Aprovechando aquella breve confusión, Juana llegó al pequeño tejado lateral.

Los tenaces pájaros se reagruparon y volvieron a atacarla. Abajo, los arqueros volvían a estar dispuestos.

-Lo conseguirá -exclamó Ambrosio Púas-. Una buena andanada más y se irán asustados.

-¡Preparados, disparad! -ordenó Matías.

Las mortíferas flechas subieron silbando y causaron un frenético revuelo entre los gorriones. Por puro accidente, una flecha dio a un joven gorrión, que bajó rodando por el tejado pequeño hasta caer en tierra como una piedra, con la flecha clavada en la pierna, justo por encima de la articulación de la rodilla. Burlados, los gorriones se alejaron volando y piando furiosamente.

Constanza cogió un cesto de mimbre para la ropa. Sujetó al pequeño gorrión firmemente con una pata, aferró la flecha con los dientes y la arrancó limpiamente de la pierna del pájaro. Luego le dio la vuelta al cesto, dejando encerrado al enloquecido gorrión.

Gritos de alegría mezclados con alivio saludaron a Juana Ardilla cuando se dejó caer cansadamente en la hierba.

-¡Fiuuuu! -exclamó-. ¡Menuda pandilla de salvajes son esos gorriones! Por dos veces he llegado a creer que se saldrían con la suya.

Antes de que la heroica ardilla pudiera reunirse con su familia, Matías se acercó corriendo.

- Juana! ¿Tienes la espada? -preguntó sin resuello.

- No estaba allí, Matías -dijo la ardilla, encogiéndose de hombros y meneando la cabeza-. He trepado hasta el puntero del lado norte y he visto la forma de la espada en el soporte donde debería haber estado. Había incluso unos alambres oxidados sueltos que tal vez estuvieron en posición en algún momento. Pero desde luego no había ninguna espada. Lo siento, Matías, he hecho todo lo que he podido.

-Por supuesto que sí, Juana -dijo Matías, ocultado su decepción-. Muchísimas gracias por tus valientes esfuerzos.

Media hora más tarde, la multitud se había dispersado y volvía a sus asuntos. Matías se sentó con la espalda apoyada en el muro de la abadía y un revoltijo de ideas en la cabeza. Tanto trabajo para resolver las pistas, quemándose las cejas, poniendo en peligro la vida de sus amigos, y todo para nada. Golpeó el muro de la abadía con las patas y en sus ojos brillaron las lágrimas de frustración.

-¿Por qué, Martín, por qué? -gimió.

El gorrión cautivo, que era una hembra, agitó las alas dentro del cesto volcado.

-¡Te mataré! -gritó, furiosa, a Matías-. Mataré al ratón. Deja libre a Pico de Guerra, sucio gusano.

Matías miró a la prisionera que lo insultaba.

- ¡Cierra el pico, pequeño monstruo! -musitó-. No estás en situación de matar a nadie.

El gorrión dio rienda suelta a su mal genio.

-Rey Toro Gorrión te matará. Te matará en un momento. Matías soltó una amarga carcajada.

- ¿Ah, sí? Bueno, dile al rey como se llame, si vuelves a encontrarte con él, que has conocido a Matías el Guerrero, y yo no mato con tanta facilidad, mi pequeña amiga malhumorada.

Esta última frase tuvo la virtud de provocar una auténtica danza de la ira.

- ¡Ratón no amigo de Pico de Guerra! ¡Mataré, mataré! Matías dio un golpe a la cesta con el pie.

- Escucha, Pico de Guerra, si ése es tu nombre. Mejora tus modales, o te encontrarás sin comida ni atención médica. Si yo fuera tú, me sentaría un rato tranquilamente y reflexionaría.

Matías dio media vuelta y se alejó, con los chillidos del gorrión enemigo aún en los oídos.

- No quiero comida, no necesito cura. Pico de Guerra Gorrión, todos valientes, matarán.

Matías emitió un suspiro de cansancio.

Con algunas criaturas no valía la pena gastar saliva.

10



Sela la raposa seguía quejándose. Necesitaba cierto tipo de hierba que no tenía y que sólo podía hallarse en el bosque de Mossflower en medio de la noche.

Cluny escuchó las quejas de la raposa, sabedor de que eran una mera excusa para marcharse. Fingió reflexionar, observando la expresión esperanzada de Sela.

-Mmm, comprendo que necesites la hierba, pero ¿por qué no mandas a tu hijo Cazagallinas a buscarla?

A Sela no le faltaba nunca una respuesta.

-No, no, me temo que sería inútil, señor. Es demasiado joven e inexperto. Cazagallinas no sabría siquiera dónde empezar a buscar.

Cluny asintió con expresión comprensiva.

- Sí, seguramente tienes razón. Supongo que tendré que acceder. Puedes ir al bosque a buscar esa hierba tan importante, pero ¡ojo, raposa! Dos ratas te acompañarán todo el tiempo. Un movimiento falso y esa cola tuya adornará el cuello de mi capa guerrera. ¿Entendido?

Sela asintió vigorosamente.

- Por supuesto, señor. ¿Qué razón podría tener yo para engañarle? Espero obtener una buena parte del botín, una vez le haya curado y usted haya tomado Redwall.

La enorme cola se acercó sinuosa a la raposa y la acarició. -Por supuesto que sí, amiga mía. Qué tonto soy.

Cluny sonrió y Sela sintió escalofríos. Aquella noche, Sela salió de la iglesia acompañada por Diente Rojo y Marca de Colmillo. Habría bailado de alegría. ¡Sólo dos

guardias! Con los conocimientos que tenía sobre Mossflower, podía zafarse de ellos fácilmente en unos quince minutos.

En la iglesia, Cluny se había levantado de la cama. Intentó dar un paseo, apoyándose en su estandarte para caminar con cautela por la habitación.

¡Bien! En poco tiempo volvería a ser el de antes.

Cluny se dirigió en voz alta al retrato de Martín, sujeto a su estandarte:

J a, la raposa se zafará fácilmente de esos dos idiotas. Entonces podrá entregarle mis falsos planes a tu abad. Todo marcha sobre ruedas. Un pequeño golpe para tu bando, ¿eh, ratón?

El crepúsculo caía sobre el bosque de Mossflower. Sela husmeó el aire y levantó la vista al cielo. Pronto se haría de noche y tenía que reunirse con el ratón abad junto al viejo tocón.

Diente Rojo y Marca de Colmillo se sentían desdichados e incómodos. Sela llevaba una hora conduciéndolos por entre ortigas urticantes, enjambres de mosquitos y terrenos pantanosos. Avanzaban dando tumbos, apartando la maleza con alfanje y lanza.

-Creo que debemos de estar cerca de la abadía de los ratones -dijo Marca de Colmillo.

- ¡Déjate de palabrería! Vigila a la raposa -gruñó Diente Rojo.

- Ojalá hubiéramos traído lámparas -se quejó Marca de Colmillo.

La escasa paciencia de Diente Rojo acabó de colmarse. Agarró a su quejica compinche y lo zarandeó.

- ¡Escucha, cabeza hueca! ¡Si no dejas de gimotear, te cortaré la lengua con el alfanje! ¿Me has oído?

Marca de Colmillo se desasió y pinchó a Diente Rojo con la lanza.

-¡Si intentas algo con ese viejo cuchillo de pan, te traspasaré la molleja con la lanza antes de que puedas pestañear!

- ¿Ah, sí?

- ¡Sí, rata sabihonda!

- ¡Entonces, toma esto, bocazas!

- ¡Ay! Así que quieres pegarme, ¿eh? ¡Vas a ver lo que es bueno!

Las ratas se enzarzaron en una pelea y cayeron en un arbusto espinoso, dándose de patadas, mordiéndose y aporreándose el uno al otro, haciendo uso de garras, rabos y dientes. Estuvieron machacándose durante unos minutos, hasta que Diente Rojo salió victorioso. Le sangraba la nariz y había perdido un diente, pero su estado era mejor que el de su oponente.

Marca de Colmillo salió arrastrándose lastimosamente del arbusto aplastado. Tenía los dos ojos a la funerala, le faltaba un trozo de oreja izquierda y todo su cuerpo estaba cubierto de marcas de garras y de espinas. Se agachó con gran dolor para recoger su lanza. Diente Rojo aprovechó la oportunidad para darle un fuerte puntapié en el trasero. El hocico de Marca de Colmillo labró un surco en la tierra. Diente Rojo le reprendió, jadeando furiosamente:

- ¡Estúpido! ¡Bobo! ¡Mira lo que has hecho! Mientras estabas ocupado atacando a un oficial superior, has dejado escapar a la raposa.

Marca de Colmillo se sentó y parpadeó con sus ojos descoloridos.

- ¿Que yo he dejado escapar a la raposa? ¿Yo? Ah, no. ¡Tú estás al mando! Tú las has dejado escapar, no yo. Espera a que se lo cuente a Cluny. Le diré que tú...

-¿Quieres cerrar la boca de una vez? -chilló Diente Rojo-. No sirve de nada que nos quedemos aquí discutiendo. Será mejor que vayamos a buscar a la raposa. Yo iré por aquí y tú ve por allá. El primero en encontrarla se pone a chillar hasta que llegue el otro. ¿Lo has entendido? Venga, muévete.

Las dos ratas echaron a andar por el bosque en diferentes direcciones.

Mientras tanto, en otra parte del bosque de Mossflower, Sela avanzaba a hurtadillas, mirando a derecha e izquierda. Vio el roble de tres copas, el muro de la abadía. Ah, allí estaba

el viejo tocón.

La luz de la luna iluminaba la escena con claridad. Estaba sola. ¿Dónde estaba el ratón abad?

Una pesada pata rodeó el cuello de Sela desde atrás, haciendo que la lengua saliera hacia fuera. La raposa se debatió inútilmente, media asfixiada.

- Quédate quieta, raposa -le dijo al oído la voz áspera de Constanza-, ¡o te partiré el cuello como si fuera una ramita seca!

Sela se quedó paralizada. No había nada más peligroso que un tejón adulto. Su fuerza y su ferocidad eran bien conocidas.

Constanza arrancó la bolsa de hierbas del cinturón de Sela y desparramó el contenido sobre el tocón. Cogió la copia de los planes de invasión de Cluny y la examinó brevemente, luego se la metió en el cinturón.

- Se suponía que el abad tenía que reunirse conmigo y darme una recompensa -susurró Sela.

Los ojos de Constanza lanzaban llamaradas de desprecio al dar la vuelta a la raposa para encararse con ella.

-¡Aquí está tu recompensa, traidora!

¡Poomm! Constanza dio un fuerte golpe a Sela entre las orejas. La raposa cayó desmayada. Constanza se escondió detrás de un árbol y gritó con voz aguda:

- ¡Aquí! ¡Tengo a la raposa! ¡Rápido, por aquí!

Diente Rojo fue el primero en llegar corriendo por entre los arbustos. Se detuvo al ver a la raposa inconsciente entre los helechos.

- Por los dientes del diablo, raposa, ¿dónde está Marca de Colmillo? ¿Qué demonios pretendías escurriendo el bulto de esa manera? Levántate y responde.

-No creo que se despierte hasta dentro de un rato -dijo Constanza, saliendo de detrás del árbol-. Qué casualidad encontrarte por aquí, rata.

Diente Rojo se recobró rápidamente de la sorpresa. Al ver que el tejón hembra estaba desarmado, blandió el alfanje y sonrió amenazadoramente.

-¡Bueno, bueno, pero si es la amiga de los ratones! ¡Volvemos a encontrarnos, tejón!!

Constanza se irguió en toda su estatura y cruzó sus grandes patas.

- Diente Rojo te llamas, ¿no? Veo que aún me recuerdas des-de vuestra derrota en los muros. Ya te dije entonces que teníamos una cuenta pendiente que saldar.

- Voy a disfrutar con esto, tejón -dijo Diente Rojo, tras enseñar los dientes con un gruñido-. Voy a asegurarme de que mueres lentamente.

La rata se abalanzó sobre Constanza, blandiendo el alfanje con mano experta, pero su adversario se movió con ligereza y habilidad, pese a ser un pesado tejón. Constanza esquivó limpiamente la acometida del alfanje y golpeó a la rata de pleno en la punta del hocico. Furioso, buscando venganza, Diente Rojo cargó contra Constanza con la punta de su alfanje.

Una fuerte patada en las costillas y un rápido directo a la mandíbula hicieron saltar a la rata y el alfanje por los aires en direcciones opuestas. Diente Rojo cayó al suelo hecho un guiñapo. Constanza se inclinó sobre él.

-Levántate y recupera tu arma -gruñó el tejón.

Cuando Diente Rojo se puso en pie, cogió un puñado de tierra y se lo lanzó a Constanza a los ojos. El gran tejón hembra retrocedió tambaleándose, frotándose la arenilla que lo cegaba. La rata cogió el alfanje y acometió salvajemente el grueso pelaje de su enemigo; consiguió clavárselo varias veces.

De pronto el pánico se apoderó de él. El tejón herido había aferrado la hoja pese a su penetrante filo. Constanza tiró de Diente Rojo y le dio un fuerte empujón, que rompió la hoja del alfanje en dos. De una patada puso a la rata boca abajo, tiró la hoja rota y agarró fuertemente el rabo de Diente Rojo con ambas patas.

Diente Rojo chilló de terror al verse levantado en el aire y dando vueltas sobre la cabeza del tejón. Con el rabo tensado al máximo y el viento silbando a través de sus colmillos, Diente

Rojo siguió aullando y los árboles giraban a su alrededor como un borrón verde. Constanza daba vueltas sobre los talones, como un atleta para lanzar el martillo, cada vez más deprisa, hasta que de repente lanzó a la rata con un gran impulso.

Diente Rojo habría recorrido una distancia récord de no ser por un macizo sicomoro con el que topó a tres metros...

Haciendo caso omiso de sus heridas, Constanza volvió a gritar al bosque:

-¡Por aquí, está por aquí!

Luego se alejó cojeando rápidamente en dirección a Redwall con los planos.

Instantes después llegaba Marca de Colmillo apartando los helechos. Tropezó con la raposa que estaba recobrando el conocimiento y gemía.

-¿Qué ha pasado aquí? ¿Dónde está Diente Rojo? -preguntó, inquieto.

Sela se incorporó, frotándose la cabeza, intentando recordar dónde estaba. Vio sus hierbas y pociones desparramadas sobre el tocón. La bolsa estaba tirada allí cerca. Se sujetó la cabeza con ambas patas para detener el horrible retumbar que notaba en la cabeza.

¡Maldito tejón! Se había llevado los planos como si Sela fuera un bebé ratón y le hubiera confiscado unas bellotas. Esa era la «rica recompensa» que podía esperar.

Marca de Colmillo pinchó a sela con la lanza.

-¡Eh, tú, presta atención! Te he preguntado dónde está Diente Rojo.

Sela se tocó un diente flojo con la lengua.

-Déjame en paz. ¿Qué sé yo?

-Escúchame, raposa -insistió Marca de Colmillo-. Quiero saber qué ha pasado aquí. Estoy seguro de que he oído a Diente Rojo llamarme. ¡Por los bigotes del demonio, espera a que Cluny se entere de esto!

-Ahí está tu rata -dijo Sela, señalando con una pata temblorosa-, junto a ese gran sicomoro. Vaya, parece que también él tiene un problemita.

-¡Aaaarg! -gritó Marca de Colmillo, después de tocar a Diente Rojo con el pie-. Está muerto. Mira, le han roto el alfanje en dos.

La raposa y la rata se miraron, con la misma idea en el pensamiento. Era más que evidente que tendrían que hacer algo si querían salvar el pellejo.

-De acuerdo -dijo Sela-, será mejor que inventemos una buena historia para contársela a Cluny cuando volvamos. No es estúpido, así que será mejor que sea buena.

La desdichada pareja emprendió la marcha a trompicones en medio del bosque, gesticulando y cuchicheando en medio de la oscuridad de la noche, tejiendo un entramado de mentiras con las que esperaban contentar a Cluny el Flagelo.

11



Una vez más, la habitación del abad fue la escena de una comida tardía. Las noticias dadas por Constanza demostraban sin lugar a dudas que Cluny volvería a estar en pie muy pronto.

El abad Mortimer fue el primero en admitir que antes estaba equivocado.

-La información que nos ha traído nuestra amiga Constanza es concluyente. Cluny no descansará hasta tener Redwall bajo su dominio, por tanto, creo que debo pedir disculpas por mi errónea apreciación. Vosotros teníais razón y ahora, gracias a Cluny, conocemos los detalles secretos del próximo ataque de su horda. -El abad dio un golpe sobre los planos-. Está todo aquí, pero como he dicho antes, yo no voy a ocuparme de la lucha. Mi tarea es curar a los heridos y dar apoyo a los defensores. Sois vosotros, mis generales, los que tenéis el deber de rechazar esta invasión.

-Padre abad -dijo Matías, levantando una pata-, nuestro deber no es sólo defendernos, sino también contraatacar.

Se oyeron murmullos de aprobación. El abad inclinó la cabeza y se metió las patas dentro de las mangas del hábito.

-Que así sea -dijo con gran solemnidad-. Os dejo la salvación de Redwall a vosotros, mis generales.

El abad inclinó una vez más la cabeza y se retiró, dejando solos a Matías, Constanza, Winifred, el Topo Mayor y Ambrosio Púas.

La asamblea prosiguió. Se unieron a ella Liebre Ciervo Basilio y Juana Ardilla. Matusalén asistió también para actuar como mediador y consejero para aprobar algunas ideas desalentar otras. para calmar a los exaltados y animar a los tímidos. Se habló con mucho tino y el tono de la reunión estuvo determinado por la voluntad de ganar a toda costa. La discusión, siempre dentro de los límites de la sensatez, duró hasta casi el amanecer. Eran un grupo de amigos seguros de sí mismos y satisfechos los que se estrecharon la pata cuando terminó.

Basilio insistió en llevar a Constanza a la enfermería para que le curaran las heridas. El tejón hembra intentó restarles importancia.

-¡Bah! Tanto jaleo por unos rasguños -dijo, refunfuñando.

-¡Unos cuantos rasguños! -exclamó la liebre con admiración-. ¿Oyen ustedes a la heroína? Pero, mi querido tejón, estas son heridas honorables, recibidas en el campo de batalla. A ver, Juana, écheme una mano. ¿Ha visto los horribles tajos que se ha llevado nuestra amiga Constanza? Por mis bigotes, muchacha, debería estar hors de combat. Ni siquiera un ciervo resistiría con semejantes cortes. Vamos, vamos, venga con nosotros, sea sensata.

Basilio y Juana se llevaron a Constanza, que no dejaba de farfullar sus protestas. El resto se fue a la cama, con excepción de Matías y Matusalén, que se quedaron paseando por el claustro, saboreando la paz nocturna.

-¿Sabes anciano?, estoy convencido de que tendríamos asegurada la victoria si pudiéramos contar con la espada de Martín -dijo Matías.

-Sí, ciertamente -dijo Matusalén, asintiendo con expresión nostálgica-. Pero, ay, pese a todos nuestros esfuerzos, el rastro está tan frío como una noche de invierno. Me temo que debemos resignarnos al hecho de que la espada se ha perdido para siempre, o está oculta en alguna parte ignota.

El viejo portero se apoyó en el brazo del ratón joven mientras caminaban, charlando de esto y aquello. Al cabo de un rato, la conversación derivó hacia el ataque de los gorriones a Juana. Matusalén agitó una pata a modo de advertencia.

-Unos pájaros extremadamente peligrosos, los gorriones. Muy belicosos y pendencieros. Por suerte no se mezclan con nadie más. y sólo atacan cuando se invade su territorio, como va has visto hoy. Por cierto, ¿has visto a ese joven gorrión hembra que han abatido los arqueros?

-Desde luego -contestó Matías-. Constanza ha encerrado a esa pilla malhumorada bajo un cesto. Qué granuja más desagradable. En realidad la flecha sólo le ha hecho un rasguño. Fue el susto más que otra cosa lo que la derribó. Dice que se llama Pico de Guerra.

¿Quieres decir que has hablado con ella? -preguntó Matusalén, estupefacto-. ¡Increíble! La lengua de los gorriones es muy difícil de comprender.

-Bueno, no sé -dijo Matías con tono despreocupado-. A mí no me ha parecido tan

difícil, y al menos la pequeña bribona parecía entender lo que le decía.

-¿Y qué te ha dicho esa... Pico de Guerra? -preguntó Matusalén, sintiendo que se despertaba su curiosidad.

-Lo que podía esperarse -contestó Matías-. Que ella, o su jefe, el rey Toro Gorrión, me matarán. Es evidente que considera enemiga a cualquier criatura que no pueda volar.

Llegaron a la casa de la entrada. El viejo ratón invitó a Matías a entrar para tornar algo caliente antes de acostarse. Matusalén parecía muy interesado en los gorriones y se puso a hojear sus archivos.

-Déjame ver. «Verano de la Gran Sequía»... «Invierno de las Fuertes Ventiscas»... sí, como pensaba. ¿Recuerdas que te hablé de un gavilán al que curé hace cuatro años? Bueno, aquí están las notas que tomé en su momento. El gavilán me habló de los gorriones. Los llamó ratones con alas, aunque a fe mía que no veo en qué pueden parecerse esos salvajes primitivos a unos civilizados ratones. La cuestión es que aquel gavilán dijo que le habían contado que los gorriones habían robado en otro tiempo un objeto de gran valor para nuestra abadía. No dijo qué era. Pensé que únicamente quería impresionarme con sus chismes. Debería haberla interrogado más a fondo. Puede que acabemos de descubrir cuál era aquel objeto.

-Entonces crees lo mismo que yo -dijo Matías, pensativo-. Podría ser la espada.

- Podría ser, Matías, podría ser -dijo el viejo ratón, sentándose y dando unos golpecitos en el libro con la pata-. Verás, los gorriones no se comunican jamás con nosotros, ni les importamos. Nunca bajan al interior de la abadía, pero el tejado, bueno, eso es otra historia. Ellos lo consideran su territorio. Tal como yo lo veo, la espada era el único objeto de valor que teníamos allí arriba, aunque entonces no lo supiéramos. Así que, ¿quién sino otro pájaro podía saber que los gorriones había robado la espada?

-Por mis bigotes, anciano -exclamó Matías-, creo que has dado en el clavo. ¿Crees que nuestra arisca cautiva podría saber algo sobre ese rumor?

- Préstame tu daga -dijo Matusalén, sonriendo maliciosamente-. Quiero probar un sencillo experimento con nuestra prisionera. Vamos.

Matías acompañó a su amigo hasta el cesto que descansaba junto al muro de la abadía. De su interior no salía ningún ruido. Matusalén dio un fuerte golpe en el cesto con la hoja de la daga. Pico de Guerra dormía, pero se despertó con un humor de mil demonios.

-¡Gusanos, todos gusanos, tú viejo gusano ratón! ¡Vete, Pico de Guerra mata!

-Silencio, pequeña bruja, o te atravesaré con esta daga, y a tu rey también, si se atreve a bajar.

Hecha una furia, Pico de Guerra estampó su cuerpo contra los laterales del cesto, haciendo retroceder al viejo ratón.

- ja, adelante, tú matar a Pico de Guerra con daga! ¡Espera a ver! No matar a rey Toro Gorrión con pequeño cuchillo de gusano. ¡Rey tiene gran espada! ¡Cortará todos los ratones en trozos! Te matará muy deprisa.

-¿Ves? -dijo Matusalén con una carcajada de deleite-. ¡El rey Gorrión tiene una gran espada!

Matías dio una voltereta y lanzó un grito de alegría.

- Matusalén, eres un mago, un hechicero de los de antaño.

- Oh, cielos, no -dijo el viejo ratón, meneando la cabeza con modestia-. Me gusta pensar que soy un estudioso, viejo pero muy erudito.

12



Cluny estaba cómodamente sentado en la cama, apoyado en unos almohadones y bebiendo un vaso de cerveza de cebada, mientras escuchaba la improbable historia que habían inventado Sela y Marca de Colmillo. Ambos se movieron con inquietud y nerviosismo durante el curso de su engañoso relato, intentando desesperadamente no contradecirse, al tiempo que esquivaban la mirada fría e impasible del señor de la guerra.

- Bueno, jefe... pues, pues la cosa ha sido así -balbució Marca de Colmillo-. El viejo Diente Rojo y yo estábamos vigilando a la raposa, cuando de repente Diente Rojo ha oído un ruido en el bosque y se ha ido a investigarlo.

- ¿De dónde procedía ese ruido? -preguntó Cluny.

Los conspiradores respondieron al unísono.

-Del norte -dijo Sela.

-Del oeste -dijo la rata.

-Bueno... venía más o menos del noroeste -dijo Sela, tragando saliva. Se daba cuenta de que parecía una idiota y, sabiendo que Cluny era mucho más listo que ella o Marca de Colmillo, deseó no tener al lado a aquella estúpida rata que no era capaz de corroborar su historia.

-Así que Diente Rojo ha ido a ver qué era ese ruido -prosiguió Sela con voz vacilante-. Le hemos dicho que no fuera, señor, pero él ha insistido.

Cluny observó que a Sela le temblaban las piernas.

-Adelante, ¿qué ha ocurrido entonces? -murmuró.

-Bueno -dijo Marca de Colmillo, retomando el hilo-, verás, jefe. Hacía mucho tiempo que se había ido, así que lo hemos llamado los dos, pero no nos respondía nadie.

Y entonces hemos ido a buscarlo -añadió Sela.

Cluny jugueteaba con el vaso. Traspasó a la raposa con la mirada.

-Lo hemos buscado y buscado, señor -farfulló Sela- pero sólo hemos podido encontrar una gran franja pantanosa, una ciénaga...

-Y el pobre Diente Rojo se ha metido allí y la ciénaga se lo ha tragado para siempre -dijo Cluny, completando la historia.

Sela hubiera deseado que se la tragara la tierra.

-¡Nuestro pobre amigo Diente Rojo se ha ido para siempre! -exclamó Marca de Colmillo, entre sollozos.

-Sí, nuestro pobre amigo Diente Rojo -dijo Cluny con tono compasivo. De repente su voz se endureció al preguntar a Marca de Colmillo-: ¡Tú! ¿Cómo te has puesto así la cara y dónde te has hecho esos arañazos?

-Es que... se ha metido sin querer en unas zarzas, ¿verdad, Marca de Colmillo? -se apresuró a explicar Sela.

-¿Cómo? Ah, sí. Iba deprisa y no lo he visto, jefe. La raposa puede decírtelo. Ella lo ha visto, y si no lo ha visto, bueno, yo se lo he contado -dijo Marca de Colmillo. Su voz se apagó con tono abatido.

Cluny soltó una cruel carcajada, mostrando sus colmillos afilados y amarillentos.

-Así que te has metido sin querer en unas zarzas y te has puesto dos ojos a la funerala, te has arrancado un trozo de oreja y te has cubierto el cuerpo de grandes arañazos, ¿no es eso?

Marca de Colmillo clavó la vista en el suelo. Tuvo que tragar saliva dos veces para poder contestar, en voz baja:

-Eso es lo que ha ocurrido, jefe.

-Y entonces supongo que tres cerditos voladores han bajado y os han dado manzanas acarameladas -dijo Cluny sarcásticamente.

-Sí... claro. Quiero decir, ¿de qué hablas, jefe? ¡Aaaay! -Marca de Colmillo se puso a saltar a la pata coja cuando Sela le dio un puntapié para hacerle callar.

-¡Tú, raposa! -gruñó Cluny-. ¿Dónde está la hierba especial que ibas a buscar?

-¿Hierba especial? -preguntó Sela, completamente desconcertada-. Yo...

Cluny les tiró el vaso a la cabeza. El vaso fue a dar contra el hocico de Marca de Colmillo y los salpicó de cerveza a los dos.

-¡Fuera de aquí! ¡Fuera de mi vista antes de que haga que os torturen y os asen a la parrilla! -bramó Cluny a la infeliz pareja, que salió arrastrándose de una manera muy poco digna. La puerta se cerró de golpe tras los conspiradores. Cluny se recostó en los almohadones y sonrió con suficiencia; todo se desarrollaba tal como lo había planeado. Había perdido a Diente Rojo, pero ¿qué demonios? Diente Rojo era una rata ambiciosa y Cluny sólo admiraba la ambición en un roedor: él mismo.

Muy lejos de allí, en el bosque de Mossflower, la brisa nocturna agitaba suavemente las copas de los árboles. La luna recorría un firmamento sin nubes; su pálida luz se filtraba a través del follaje oscilante, creando el efecto hermoso, pero extraño, de una alfombra temblorosa y reluciente sobre el sotobosque.

-Asmodeo, Asssssmodeo.

La capa de vegetación muerta bañada por la luna tembló y crujió. ;Qué mejor protección que una leve brisa y una luna llena? Unos ojos negros y brillantes escudriñaban la noche, una lengua bífida saboreaba el aire; las pequeñas plantas vivas parecieron estremecerse cuando el largo cuerpo escamoso las rozó al pasar reptando.

-Asmodeo, Asssssmodeo.

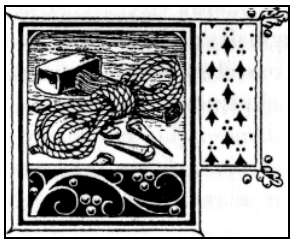
La enorme víbora recorría sus dominios con un suave susurro, engañosa como las sombras moteadas. La paciencia y el sigilo se adquirían con una dilatada experiencia. Algunas veces, la serpiente se quedaba totalmente inerte, esperando que una pata desprevenida pisara demasiado cerca. Otras veces se levantaba, desenroscándose, para buscar nidos con huevos o crías de pájaros entre los arbustos. Algunas noches, la caza era exigua, pues muchas criaturas percibían el mal que se deslizaba hacia ellas, o su olor

acre, rancio, mortífero. A menudo la serpiente había pasado hambre en ocasiones así. Pero, paciencia y sigilo, paciencia y sigilo; una lección pronto aprendida es una comida pronto conseguida. Al pie del sicomoro, la víbora se estiró junto a la forma inane de Diente Rojo. ¡Vaya, un inesperado premio! Otra rata que no podía escabullirse. No gastaría veneno ni necesitaría de la hipnosis. ¡Qué suerte! El enorme reptil se enroscó lánguidamente alrededor de la rata muerta.

-Asmodeo, Asssssmodeo.

No se necesitaban cortejos fúnebres. La naturaleza y el bosque se hacían cargo de los entierros. Sólo había un sepulturero, pero muy eficiente. Las mandíbulas de la víbora se abrieron en algo parecido a una sonrisa de pesadilla. El camino a la eternidad se había abierto.

13



Matías quedó exonerado de hacer guardia en las fortificaciones de la casa de la entrada a la abadía. La asamblea había decidido que él y Matusalén, además de cualquier otra criatura que quisiera ayudarles, obrarían por su cuenta. La mayoría de los ratones de Redwall pensaban que Matías actuaba de una forma un tanto extraña, pero el joven ratón sabía muy bien lo que se traía entre manos. Caminaba lentamente por los jardines de la abadía, llevando tras él a Pico de Guerra, a la que había puesto collar y correa. También le había atado un ladrillo a la pata sana, un ladrillo pequeño, pero que impedía al pájaro echar a volar o intentar ataque alguno contra su captor. Absolutamente contrariada, Pico de Guerra saltaba detrás del ratón como un convicto encadenado a una bola y una cadena, obligada a seguirlo allá donde fuera.

Al principio, Pico de Guerra había despotricado y amenazado. ¡La muerte era demasiado buena para Matías! ¡Pico de Guerra lo mataría dos veces, luego lo cortaría en pedazos y lo dejaría caer desde lo alto de un árbol para que se lo comieran los gusanos! Al oírla, Matías se había limitado a tirar de la correa con fuerza y a avivar el paso. Cuando el salvaje gorrión hembra mostraba un buen comportamiento, le daba trozos de castañas confitadas. Este tratamiento funcionaba. Matías se paró a descansar junto a la casa de la entrada y dio unos trozos más de castañas al gorrión.

-Muy bien, buen pájaro, bien hecho -dijo.

Pico de Guerra lo miró con ira, pero comió ávidamente. Matusalén asomó la cabeza e hizo una seña a su joven amigo.

- Entra en el estudio, Matías. Ah, y tráete a esa pequeña arpía.

En el abarrotado estudio, el viejo ratón cogió un libro viejo.

- La traducción de nuestra vieja amiga, la hermana Guillermina, de los planos originales de la abadía de Redwall. Creo que he encontrado lo que buscábamos en el diagrama principal. Mira.

Matías examinó el plano atentamente.

-¡Brillante! -exclamó-. ¡Lo has vuelto a conseguir, amigo mío! Una ruta hasta el tejado de la abadía, partiendo desde dentro.

Matusalén echó el aliento sobre sus anteojos para limpiárselos en el pelaje.

- En realidad debemos dar las gracias a la hermana Guillermina por haber llevado un registro tan meticuloso, joven ratón. Bien, éste es el punto de partida.

Una hora después, Matías abandonó la casa de la entrada llevando a Pico de Guerra de la correa. Mientras caminaban, el joven ratón musitaba para sí:

-Necesitaré cinco o seis cuerdas gruesas, algunos clavos, ah, y un martillo. Necesito un martillo. Bien, veamos, una buena mochila para llevarlo todo, comida y bebida, ah, y unas castañas confitadas para ti, amiga mía.

Pico de Guerra soltó una retahíla de insultos. Tropezó con el ladrillo y Matías esperó a que se levantara.

-Vaya, vaya, menudo lenguaje para una joven.

Constanza y Ambrosio Púas contemplaron a la extraña pareja al pasar. El tejón hembra

se dio unos golpecitos en la cabeza con una pata.

-Este ratón tiene murciélagos en el campanario.

- O gorriones -dijo el erizo entre risas.

Liebre Ciervo Basilio supervisaba a los voluntarios que acarreaban troncos y sacos para reforzar el portón. La liebre había aportado un toque de eficacia militar al ejercicio, formando a los voluntarios en una cadena viviente por la que los materiales de defensa iban pasando de mano en mano. También hizo uso de su autoridad bienintencionada.

-¡A ver, usted! ¡el cuarto por el final! Despierte, muchacho. Es la tercera vez que ha dejado caer el cesto de tierra. Traiga, déjeme que le enseñe cómo se hace.

Los tímidos ratones se miraban sonrientes. La bravucona liebre era en realidad una criatura bondadosa, que ladraba pero no mordía. Compartía las tareas con ellos, trabajando con tanto ahínco corno cualquier otro.

-No, no, hermano como se llame. Los troncos tiene que pasarlos de esta forma. Mire, váyase a comer algo. ¡Vamos, que están todos dormidos! Muevan las patas o les arrancaré los bigotes y los usaré de cordones para los zapatos.

Los voluntarios se echaron a reír y procuraron hacer su trabajo lo mejor posible. De vez en cuando tenían que sofocar las risas al ver la actuación de Samuel Silencioso, que estaba detrás de Basilio e imitaba todos sus movimientos, sacando pecho y paseándose con aires de suficiencia.

En las cocinas de la abadía, Azulina envolvió cuidadosamente la comida de Matías en hojas de acedera. Matías se acercó furtivamente para coger una castaña confitada. Azulina le dio un golpe en la pata con el cucharón de madera,

-Esas castañas son para ese pobre gorrión. Déjalas donde están, grandísimo glotón le regañó.

-¡Con que pobre gorrión, a fe mía! -dijo Matías con un bufido de indignación-, Escúchame, señorita, si dejara suelta a esa descarada, aunque fueran sólo cinco minutos, esperaría a que nos durmiéramos y nos mataría a todos.

La joven Azulina ayudó a Matías a atar las correas de la mochila, procurando disimular su preocupación.

-Matías, ya sé que no me vas a decir adónde vas, pero sea a donde sea, por favor, cuídate mucho.

Matías se ajustó la daga en el negro talabarte, y se paró un momento en el umbral de la puerta, sonriendo con confianza.

-No te preocupes, Azulina. Tengo la firme intención de cuidar de mí mismo, por la seguridad de la abadía... y por ti.

Instantes después se había ido.

Matías se detuvo en mitad del corredor del último piso, donde estaban los dormitorios. Se colocó una escalera de mano bajo una trampilla que había en el techo. Matusalén llegó conduciendo a Pico de Guerra, que llevaba aún el ladrillo. Matías miró hacia la trampilla.

- Así que aquí es donde empezamos, ¿eh?

- Lo encontrarás todo señalado aquí, Matías -dijo el viejo portero, entregándole un mapa pulcramente trazado-. La trampilla te llevará a una buhardilla. Gira a la derecha y sigue caminando hasta que toques la pared. A tu derecha encontrarás un agujero. Al otro lado de ese agujero, estarás más o menos a medio camino de la pared del Gran Salón, sobre una cornisa entre los arcos de las columnas de arenisca. Desde ahí tendrás que trepar a una hilera más alta de cornisas que hay a lo largo de los vitrales. Encarámate al nervio central del primer vitral a la izquierda, y te encontrarás en un saliente de madera que discurre en paralelo a la curva del tejado. Más adelante, siguiendo por el saliente, hay otra trampilla. Lo siento, pero no puedo determinar su ubicación exacta, tendrás que buscarla tú. Cuando des con ella, pasa al otro lado y estarás directamente debajo del ático del tejado. A partir de ahí tendrás que seguir por tu

cuenta. No puedo ayudarte más, Matías. -El anciano ratón apoyó las patas en los hombros de su joven amigo. Le tembló la voz al despedirse-. Que la suerte te acompañe, Matías. Ojalá fuera joven y ágil otra vez para poder acompañarte.

Matusalén abrazó al joven ratón como si fuera su propio hijo, y le gritó las últimas instrucciones cuando Matías ascendía ya por la escalera de mano.

-Si ese gorrión te causa algún problema, no dudes en arrojarla al vacío. ¡Bajará tan deprisa como el ladrillo que lleva atado!

Pico de Guerra puso cara de pocos amigos, pero no hizo ningún comentario. Sabía que Matusalén decía la verdad: el ladrillo era como un ancla.

Matías dio un fuerte empujón hacia arriba para abrir la trampilla v la deslizó hacia un lado. Se cubrió los ojos y tosió cuando cavó sobre su cabeza el polvo de varios siglos. Luego subió hasta la buhardilla, tirando del gorrión tras él.

En la buhardilla reinaba una lúgubre oscuridad. Matías miró a su derecha y distinguió con dificultad una tenue luz gris que se filtraba por una rendija.

-Eso es el agujero en la pared, como dice el viejo gusano -dijo Pico de Guerra.

-¡Eh, refrena tu lengua, gorrión! Estás hablando de mi amigo -dijo Matías con brusquedad, y echó a caminar hacia la derecha, tirando siempre de la correa. Perdida la concentración, pisó mal una vigueta y cayó pesadamente en el suelo cubierto de una gruesa capa de polvo.

¡Pico de Guerra se abalanzó sobre el joven ratón como el rayo!

El gorrión hembra se agarró con fuerza al cuello de Matías y le picoteó la nuca, obligándole a pegar la cabeza al suelo.

Matías sintió el polvo en la garganta, impidiéndole respirar, y se debatió, intentando darse la vuelta. Pico de Guerra siguió picoteándole y arañándole frenéticamente, aunque la mochila le impedía alcanzar bien su objetivo. El ratón echó una pata hacia atrás y a tientas consiguió aferrar una pata del gorrión. Tiró de ella con fuerza y se dio la vuelta, sacando la daga en el mismo movimiento. Matías se echó sobre Pico de Guerra y la sujetó contra el suelo, con la punta de la daga apoyada en su cuello.

-Escucha, Pico de Guerra -dijo, jadeando-. Un movimiento más como ése y será el último que hagas. ¿Me oyes?

Ambas criaturas se quedaron quietas por un momento, muy cerca una de la otra, respirando con dificultad, pero el gorrión aún se mostraba desafiante.

Si tiene oportunidad, Pico de Guerra mata a ratón. ¡Los gorriones no se rinden!

Matías se puso en pie, tirando de la correa con violencia. Arrastró al gorrión, que avanzó dando tumbos y traspiés, hasta la rendija de luz. De un tirón hizo pasar delante a Pico de Guerra, la metió a empellones por la angosta abertura, y luego se metió él con gran esfuerzo.

Estaban en la primera cornisa del Gran Salón, a una gran distancia del suelo.

Sin previo aviso, Matías tiró a Pico de Guerra por el borde de un fuerte empujón.

El asombrado gorrión hembra cayó al vacío y se detuvo con una sacudida. Sólo las gruesas plumas del cuello la salvaron de morir estrangulada. Matías sujetó la correa con ambas patas, mientras el gorrión colgaba sobre el Gran Salón, agitando las alas.

-Ahora, promete portarte bien, o abajo que te vas, amiga mía -gritó Matías.

Viéndose en aquel aprieto, con el corazón desbocado a causa de la sorpresa, Pico de Guerra comprendió que estaba completamente a merced de su captor. Con el ladrillo no tenía la menor posibilidad de volar. Mientras ella seguía agitando las alas inútilmente, Matías gritó:

-¡Decídete! Empiezo a cansarme. La correa empieza a deslizarse.

-Pico de Guerra no quiere morir -respondió una vocecita desesperada-. Ratón gana. Sube a gorrión. Seré buena. Doy mi palabra.

Apoyándose en un arco de piedra, Matías tiró de la correa hasta que el gorrión estuvo de vuelta en la cornisa. Se sentaron entonces juntos para beber agua de la cantimplora, cansados y sucios. Matías no se fiaba aún de su prisionera.

-¿Qué vale la palabra de un gorrión? -preguntó.

-Palabra de gorrión siempre buena -protestó Pico de Guerra, sacando pecho-. Pico de Guerra no dice mentira. Yo juro por huevo de madre. Eso es un juramento sagrado.

Matías se dijo que había tomado una medida demasiado drástica para obtener aquel juramento, pero estaba justificada. No sólo era inflexible con el gorrión, sino también consigo mismo. No podía permitirse el lujo de seguir siendo aquel novicio bobo que caminaba trastabillando por la abadía antes de que empezaran a presentarse las dificultades; estaba madurando, aprendiendo la senda de un guerrero. Su misión era de vital importancia, Redwall dependía de él, igual que en otro tiempo había dependido de Martín el Guerrero.

Pico de Guerra ladeó la cabeza con expresión socarrona.-¿Qué piensa Matías?

-Oh, poca cosa, Pico de Guerra -respondió el joven ratón, volviendo a meter la cantimplora en la mochila-. Vamos, será mejor que continuemos.

Matías se dio cuenta entonces, con una extraña sensación, de que Pico de Guerra y él se habían llamado por el nombre.

Tal vez se produjeran ascensos en la horda de Cluny, puesto que había tres oficiales ratas en la lista de bajas.

Primero había sido Cara de Calavera, aplastado bajo las ruedas del carro de heno. El siguiente en morir había sido Orejacortada; se hablaba de una serpiente, pero en cualquier caso no lo habían vuelto a ver. El último en desaparecer había sido Diente Rojo, el primer oficial de Cluny, y lo daban por muerto.

La mayor parte de los soldados de Cluny tenía la vista puesta en un ascenso. No era sólo por el prestigio, también se tenía en cuenta que un oficial obtenía una parte del botín mayor.

Mataconejos, el hurón, ensalzó las virtudes de su amigo comadreja, el Flaco, que había hallado la muerte al pie del gran olmo.

-Sí, dejadme que os hable del Flaco, muchachos. ¡Esa sí que era una comadreja con la cabeza bien puesta sobre los hombros! Un oficial nato, sí, señor. ¿Sabéis?, aún no me cabe en la cabeza que un tipo listo como él pudiera matarse por caer de un árbol viejo.

-Por su torpeza, diría yo -dijo Ladrón de Queso con sorna-. Yo estaba allí y lo vi todo. Además, Cluny no tendría jamás a una comadreja dando órdenes a sus ratas.

-¿Y por qué no? -preguntó el hurón con tono desafiante-. Apostaría a que el jefe es capaz de ascender a cualquier criatura que le demuestre sentido común y espíritu combativo. ¡Si yo fuera el jefe, me nombraría capitán ahora mismo! -El hurón hizo chasquear las garras.

Ladrón de Queso lanzó un escupitajo al suelo para mostrar su desprecio hacia Mataconejos. Sabía que él no tenía demasiadas posibilidades de llegar a capitán, que no pasaría de ser una especie

de suboficial. En cambio Garranegra era la elección más probable. Marca de Colmillo había perdido el favor del jefe desde el incidente con la raposa y Diente Rojo. En cualquier caso, las comadrejas y sus hermanos, los armiños y los hurones, defendieron su causa con ardor. ¿Por qué no podían ascender otros aparte de las ratas? ¿Qué tenían que les hiciera superiores? Sarnoso, Apestoso y Sapo Inmundo consideraban que las ratas eran la elite de la horda de Cluny. Garranegra tomó partido por ellos, pero quiso también aplacar a los otros, en un intento por tener un pie en cada bando, pensando en la posibilidad de una votación. ¡Nunca se sabía!

Pocas oportunidades había de que Cluny el Flagelo permitiera una elección democrática. Cluny estaba tumbado en la cama con el ojo cerrado, haciendo caso omiso de las disputas que se mantenían en susurros a su alrededor. Sólo habría ascensos cuando él lo decidiera. Mientras tanto, ¡que alguno de la horda se atreviera a insistir!

En un rincón, Sela y su hijo procuraban pasar desapercibidos. Se sentían atrapados. Les hacían el vacío desde la muerte de Diente Rojo, como si les echaran la culpa a ellos.

- Eh, raposa -gritó Cluny de repente-, llévate fuera a ese mocoso tuyo durante un rato.

Tomad el aire y recordad, ¡nada de alejaros! Enviadme a Garranegra y a ese hurón charlatán, cómo se llama, Mataconejos.

Los zorros se apresuraron a cumplir la orden, contentos de escapar a la atmósfera opresiva de la habitación.

Garranegra y el hurón entraron en ella con aire vacilante, entre confiados y aprensivos; con Cluny no se podía estar seguro. -Jefe? -dijeron ambos.

Cluny abandonó la cama para pasearse de un lado a otro, probando las piernas. Cada día las notaba más fuertes. Pasó por delante de la pareja y les habló sin mirarlos.

- ¿Quién sabe algo sobre túneles?

-Ah, túneles, su señoría -dijo Mataconejos, dando un paso hacia delante-. Está usted hablando con el más adecuado.

- ¿Tú? -dijo Cluny, apoyándose en su estandarte.

-¿Quién si no, señor? -dijo el hurón con tono adulador-. ¿Y acaso no conozco a algunos grandes animales que podrían ayudarme? Hurones como yo, armiños y comadrejas. Vaya, pero si somos tan buenos como cualquier topo en eso de hacer túneles, sí, señor: apuntalando, cavando, enterrando pozos y galerías...

- ¡Basta! -exclamó Cluny, golpeando el suelo con el estandarte-. ¿Dónde están esos otros que dices?

-Están todos fuera, su señoría -dijo Mataconejos, señalando con la pata por encima del hombro-. ¿Quiere que vaya a buscarlos?

Mataconejos saludó elegantemente y salió. Cluny atrajo a Garranegra hacia sí, y le dijo en tono confidencial:

-¿Tú no sabes nada de túneles, Garranegra? -La rata negó tristemente con la cabeza. Cluny le rodeó los hombros con una pata-. Bueno, no importa, tengo otro trabajito para ti. No podemos dejar que hurones, armiños y comadrejas se lleven toda la gloria, ¿verdad? Siempre has sido una rata seria y responsable, Garranegra. Tú ayúdame, y yo haré que tengas una buena recompensa cuando llegue el momento.

Garranegra asintió con expresión obediente.

Poco después, Cluny conferenciaba con Mataconejos y su escuadrón. Le interrumpió el ruido de una refriega en el exterior. Entró Ladrón de Queso arrastrando a Cazagallinas y obligando a Sela a caminar delante de él, azuzándola con una lanza.

-¿Qué pasa aquí? -inquirió Cluny.

-Son estos zorros, jefe -contestó Ladrón de Queso, sonriendo con aire triunfal-. Los he pillado con la oreja pegada a la puerta; estaban escuchando.

Hábilmente hizo caer a Sela y a Cazagallinas con la punta de la lanza. Cayeron a los pies de Cluny, y allí se quedaron, temblando y proclamando su inocencia.

-No, señor, no. No estábamos escuchando.

- Sólo nos habíamos apoyado en la puerta para descansar. No somos más que simples curanderos.

-Ya veo -dijo Cluny, asintiendo-. Sólo queríais ayudarnos a cavar, ¿no es eso?

Ansioso por complacer a Cluny, y cegado por el pánico, Cazagallinas espetó:

-Sí, eso es, señor. Si nos da una oportunidad cavaremos un túnel tan bien como ellos.

Sela soltó un gemido de desesperación.

-¿Quién ha hablado de túneles, zorro? -dijo Cluny, dando una feroz patada al hijo-. Yo sólo he hablado de cavar.

-Por favor, señor -dijo Sela, intentando salvar la situación-. No haga caso de este idiota. Se refería a que, cuando usted ha hablado de cavar...

Un golpe con el asta del estandarte hizo callar a Sela. Cluny habló con la helada voz de una sentencia.

-¡Traidores! Lo que quería decir es que os equivocasteis al copiar mis planos para un ataque con ariete. Así que ahora sabéis que tengo intención de hacer un túnel para entrar en

Redwall.

Sela se humedeció los labios y lanzó una mirada suplicante al señor de la guerra, pero no había clemencia en su único ojo.

-Sabes demasiado, raposa. Tú y tu hijo os habéis metido en un juego muy peligroso. Nadie engaña a Cluny. Yo he ganado y vosotros habéis perdido.

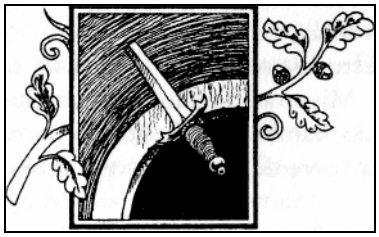
Los zorros se pusieron de rodillas y juntaron las patas para suplicar, gimoteando con tono lastimero. Cluny los contempló, regodeándose en su poder como juez. Luego hizo una seña a Ladrón de Queso y Garranegra.

-Llevaos a. estos espías miserables fuera de mi vista. Ya sabéis lo que tenéis que hacer.

Se llevaron a rastras a los zorros, que chillaban y gritaban pidiendo clemencia. Cluny se volvió hacia los hurones, comadrejas y armiños.

-Bien, sigamos con el túnel.

14



Matías y Pico de Guerra avanzaban despacio. La ascensión hasta los arcos y los vitrales del Gran Salón fue Iarga y penosa. Matías había liberado al gorrión del ladrillo para ponérselo más fácil, pero le había inmovilizado las alas. El joven ratón iba clavando clavos en las junturas de la piedra a intervalos regulares. No miraba hacia abajo; la caída hasta el suelo de la abadía era impresionante. Tan sólo una vez osó echar una ojeada y vio una mancha oscura en el fondo, pero no pudo determinar si era Matusalén.

Era realmente peligroso sortear la curva en lo alto del arco. Colgando de los clavos que había fijado previamente, Matías se inclinó hacia fuera en una maniobra muy arriesgada. Sólo la determinación y la fuerza de sus patas impidieron que cayera en picado y sufriera una espantosa muerte. Apretando los dientes, consiguió llegar al vértice del arco. Extendió la pata por encima de la cornisa de piedra que dividía el arco de los vitrales superiores y, agarrándose con firmeza, se impulsó hacia arriba y hacia un lado. Sus pies aterrizaron en la cornisa. Con la mejilla apoyada contra la piedra y un último impulso, rodó hacia la seguridad de la cornisa.

Matías se sentó y unió dos cuerdas con un nudo. Luego las hizo descender hasta Pico de Guerra, que esperaba en la base del arco. El gorrión se enrolló la cuerda alrededor del cuerpo. Trepó entonces buscando resquicios donde asentar las garras y haciendo uso de los clavos, con lo que ayudó mucho a Matías.

Comieron recostados en los vitrales. Pico ele Guerra se echó a reír. -Matías, todo ratón rojo.

Ja, mira quién fue a hablar, Pico de Guerra -replicó Matías-. Mírate. Estás toda azul.

El extraño efecto lo producía la luz del sol que brillaba a través de los vitrales. Mientras comían, Pico de Guerra movía la cabeza de lado a lado, cambiando de color con cada movimiento.

-¡Mira! Ahora yo verde, azul otra vez, ahora roja como ratón Matías.

-Si no te estás quieta, te quedarás blanca de miedo, porque te caerás -le advirtió Matías.

Cuando se sintieron de nuevo con fuerzas para reanudar la ascensión, Matías tanteó el nervio central de piedra arenisca del vitral. Estaba tallado, y sus innumerables arabescos

facilitaron la tarea de subir considerablemente. Pronto llegaron al saliente de madera al pie de la curva del tejado, que era peligrosamente estrecho. Avanzaron juntos por él, centímetro a centímetro, con el cuerpo peligrosamente inclinado hacia delante a causa de la curva del techo.

Ninguno de los dos vio el rostro inquisitivo de un gorrión que los observaba desde la esquina de un vitral. Anotó a los supuestos intrusos y se alejó volando.

Matías empuñó su daga y la clavó en el techo de madera para sujetarse mientras se detenían buscando la siguiente trampilla.

-Ya la veo -dijo Matías-. Allí, a tu izquierda-. Tendrás que ir tú en cabeza, Pico de Guerra.

El gorrión deslizó cautelosamente las garras a lo largo del liso saliente de madera. De repente Matías notó que la daga se soltaba, perdió apoyo y se tambaleó, agitando las patas. Pico de Guerra impidió que se cayera, tirando de él hacia atrás. La daga cayó dando vueltas; pasó un rato antes de que oyeran el débil sonido metálico en el suelo de la abadía.

-¡Válgame el cielo! -exclamó Matías, sobrecogido-. Pensaba que había llegado el fin. Estaba seguro de que me iba a caer. Gracias por salvarme, Pico de Guerra.

Poco a poco avanzaron por el saliente hasta que se situaron bajo la trampilla. Estaba demasiado alta y ninguno de los dos la alcanzaba. Matías hizo varios intentos hasta admitir su derrota. Se sentó y agitó las piernas, enojado consigo mismo por su fracaso.

-¡Un idiota, eso es lo que soy! Un pequeño idiota. Tanto trepar para rendirme ante una vieja trampilla. -El gorrión le dio unos golpecitos con una garra.

-¿Por qué Matías no deja libre a Pico de Guerra? Entonces vuela con alas de gorrión y abre pequeña puerta de gusanos. -¿Perdón? -dijo Matías, sin comprender.

-Tú no escuchas. Pico de Guerra dice, deja alas libres, vuela y abre puerta.

-Dame tu palabra de Gorrión que no huirás volando. -Es bien. Doy palabra de Gorrión. Prometo no huir. Júralo por el huevo de tu madre.

-Por huevo de mi madre. Pico de Guerra jura.

Matías desató el cordel que sujetaba las alas del pájaro, y Pico de Guerra las agitó para probar.

-Mucho tiempo no vuelo. Yo bien, ¿sabes?

El joven gorrión echó a volar desde el saliente, trazó una serie de círculos e hizo unas cuantas acrobacias para exhibirse delante de su amigo.

Muy bien -dijo Matías, con una sonrisa-. Estoy impresiona

do. Ahora vuelve aquí. pequeña fanfarrona, y abre la trampilla. Pico de Guerra volvió enseguida, se paró ante la trampilla, sin

dejar de agitar las alas, y aferró el pestillo con las garras. -Cuidado... puerta abierta, cae sobre ratón.

El joven ratón se echó hacia atrás mientras el gorrión abría la puerta, que bajó con estrépito, girando sobre sus goznes.

Esta vez, Matías recordó que habría una lluvia de polvo cuando la puerta se abriera hacia abajo y se retiró prudentemente para evitar tanto el polvo como la puerta en sí.

Matías usó la puerta como escalera de mano y Pico de Guerra fue volando tras él por si acaso se caía. Pronto se encontraron al otro lado de la abertura. Aun en la sombría penumbra, Matías vio que estaban en lo que parecía un largo desfiladero, uno de cuyos lados era una pared recta, mientras que el otro era una pronunciada pendiente en curva, el reverso del techo de madera abovedado.

Matías llamó a Pico de Guerra, le quitó el collar y la correa y los guardó en la mochila. Luego dio unas palmadas a su amiga voladora.

-Pico de Guerra, ya no puedo llevarte atada. Eres un gorrión libre y una buena amiga.

-Matías mi amigo ratón -dijo ella, parpadeando con sus feroces ojillos-. Yo no abandono. Me quedo contigo.

Pasaron varios minutos examinando juntos el alto techo. Dado que podía volar, Pico de

Guerra tenía ventaja, y fue la primera en descubrir la última trampilla, cuya existencia se había supuesto.

Matías trepó entonces por la pendiente curva, sin grandes dificultades, pero muy agitado y de manera poco digna. La última trampilla se abría hacia dentro y era muy pesada. Los dos compañeros tuvieron que empujar a un tiempo para lograr que se abriera con un sonoro crujido. Matías fue el primero en pasar al otro lado, seguido por Pico de Guerra. Cuando la puerta se cerró con un fuerte golpe, se encontraron completamente rodeados por gorriones. Los pájaros discutían y parloteaban con gran estrépito al abalanzarse sobre Matías y sujetarlo contra la puerta con numerosas garras. Matías no podía mover ni los bigotes. El ruido cesó tan repentinamente corno había empezado y la bandada de gorriones se alejó. Matías vio entonces frente a sí el rostro audaz y agresivo de un gorrión macho, grande y fuerte. El pájaro lo miraba furibundo, con una extraña luz en sus ojos brillantes, como un poseso.

-¡Gusano ratón. tú mi prisionero! ¡Esta corte de Gorriones! ¡Yo rey Toro Gorrión!

15



Los cuerpos de Sela y Cazagallinas, los dos zorros traidores, yacían en la zanja que discurría junto al camino. Las ratas de la horda de Cluny los habían ejecutado a lanzazos y los habían arrojado allí. La muerte había velado los ojos de Sela, antes brillantes y maliciosos. La raposa estaba inerte, pero poco a poco Cazagallinas empezó a gemir y a moverse.

¡Aún vivía!

Le ardía todo el cuerpo a causa del dolor. Le habían clavado la lanza dos veces, atravesándole la parte posterior de una pierna, y el pelaje del cogote. Cazagallinas habían caído en la zanja con un chillido, ayudado por los pies de sus verdugos, e inmediatamente había perdido el conocimiento. El cadáver de Sela cayó sobre el cuerpo de su hijo en el fango de la cuneta.

Las ratas dieron por supuesto que ambos estaban muertos y, si no lo estaban, bueno, ¿quién iba a bajar por entre las ortigas hasta el barro viscoso para comprobarlo? Echaron terrones de tierra sobre los cuerpos y se quedaron mirándolos un rato. Cuando empezaron a acudir las moscas, los roedores perdieron interés y se alejaron.

Cazagallinas volvió en sí. Se quedó inmóvil, con el cuerpo de Sela cruzado sobre él. Cuando se convenció de que tenía vía libre, se deshizo dolorosamente del espantoso cadáver de lo que antes era madre. ¡Vieja estúpida! Nunca habrían estado en semejante situación si hubiera dejado que el zorro más joven e inteligente se hiciera cargo de todo.

Con una absoluta falta de pena por la muerte de su madre,

Cazagallinas empezó a planear su siguiente movimiento. Tendría que quedarse en el fondo de aquella zanja apestosa hasta que cayera la noche. Aunque estaba gravemente herido, la ironía de la situación hizo que el joven zorro sonriera. Era él, y no su madre, quien había engañado a Cluny, y pronto estaría libre con los nuevos planes de ataque contra la abadía de Redwall, que sin duda tendrían un precio.

En cuanto anocheció, Cazagallinas empezó a moverse, contento de poder hacerlo.

Moscas, avispas, lombrices y toda clase de criaturas reptantes se habían pasado la tarde entera explorando su cuerpo. Lentamente, con mucho cuidado, rodó por el espeso barro hasta que se le formó un emplasto que enfrió las heridas del cuello y la pierna, impidiendo que perdiera más sangre. Al amparo de la noche, se puso en pie con esfuerzo, y echó a caminar cojeando por la zanja en dirección a Redwall.

Avanzaba con paso dolorosamente lento, pero se consolaba alimentando su propio ego. «Quizá un puñado de ratas estúpidas hayan podido con Sela. Bueno, era vieja y había perdido gran parte de su astucia. ¡Pero yo no! No han tenido que vérselas con un zorro joven e inteligente como yo. ¡Yo les enseñaré! ¡La venganza será mía! Ya verán lo que significa enfrentarse con un experto en espionaje.»

Horas más tarde, a la vista de los muros de la abadía, Cazagallinas descubrió una pendiente que no era demasiado pronunciada e inició el ascenso para salir de la zanja. Mientras trepaba, daba alaridos de dolor. Agarrándose a enredaderas y arbustos colgantes, el joven zorro consiguió alcanzar la carretera.

Completamente exhausto, se quedó tirado en el polvo. No sabía cuánto tiempo había estado arrastrando su cuerpo herido por la zanja de la cuneta. La debilidad le impedía dar un paso más. Cavó en un estado a medio camino entre la pérdida de la conciencia y el sueño.

Samuel Silencioso era el guardaespaldas de Azulina durante la ronda nocturna por los muros. La ardilla caminaba solemnemente a su lado. mientras ella repartía los tazones de sopa caliente a los agradecidos centinelas que estaban de guardia. Ambrosio Púas la observaba con avidez mientras le servía una buena ración de deliciosa sopa. El erizo le dio las gracias efusivamente, esperando que sobrara algo cuando todos estuvieran servidos.

-Qué considerada es usted, señorita Azulina. Siempre digo que no hay nada como una buena sopa casera de verduras para dar vida a mis viejas púas. La noche es apacible, pero refresca bastante hacia el amanecer, querida mía.

Mientras el erizo y la ratoncita conversaban, Samuel Silencioso no se estaba quieto un segundo. Trotaba por el parapeto, siempre chupándose una pata, saltando de piedra en piedra, atacando a enemigos imaginarios con su diminuta daga.

Al principio Azulina creyó que hacía comedia, como de costumbre. La ardilla se paró en lo alto del muro, sobre la casa de la entrada. Apuntando hacia la carretera con la daga, hizo señas a Azulina y Ambrosio para que se acercaran.

-Guarda esa daga -dijo la ratoncita de campo, agitando el cucharón y deja de andar trepando por ahí, bribonzuelo.

Samuel Silencioso siguió tal como estaba, como un perro de muestra bien adiestrado.

-A lo mejor intenta decirnos algo, señorita -dijo Ambrosio, con un gruñido. Se acercó al parapeto y se asomó para mirar en la dirección que señalaba Samuel.

-Bueno, válgame el cielo, señorita Azulina. Creo que nuestro pequeño soldado ha divisado algo. Hay una criatura tirada en la carretera, pero que me aspen si sé lo que es, con todo ese barro y el polvo que lleva pegados -susurró el erizo-. Quédese aquí, señorita. Iré a buscar ayuda..

Azulina y Samuel Silencioso se quedaron contemplando la figura inerte desde el parapeto. Ambrosio, ayudado por Juana Ardilla y el Topo Mayor, salió a la carretera para investigar. A su espalda quedaron doce fornidos ratones para proteger el portón bajo el mando de Liebre Ciervo Basilio.

-Alerta todo el mundo -dijo la liebre en voz baja-. Abran bien los ojos y no hablen, podría tratarse de una emboscada.

A Cazagallinas lo llevaron dentro con la mayor rapidez posible. Incapaces de contener la curiosidad, los defensores interrogaron al zorro medio inconsciente mientras atravesaban con él los jardines de la abadía.

¿Han sido tus amigas las ratas las que te han hecho esto? Supongo que ahora quieres

pedirnos asilo.

¿Qué tú hacías, tumbado en carretera?

Cazagallinas movía la cabeza de un lado a otro y repetía sin cesar:

Tengo que ver al abad. Que no se me acerque el tejón, o no diré nada.

Basilio mandó romper filas a los ratones que formaban la retaguardia y se acercó a Ambrosio.

Escuche, sería mejor que lleváramos a ese granuja ahora mismo a ver al bueno del abad. Que diga lo que tenga que decir antes de que estire la pata, ¿comprende?

Cazagallinas fue transportado al interior de la abadía y allí lo colocaron sobre un banco. El abad Mortimer llegó arrastrando los pies, con camisa de dormir y frotándose los ojos. Examinó las heridas del zorro con mirada experta y le preguntó con serenidad:

Bueno, zorro, ¿qué deseas de nosotros? Sin duda tu amo, Cluny, te ha enviado aquí para espiarnos.

Por favor dijo Cazagallinas, negando débilmente con la cabeza, necesito agua.

Juana Ardilla cogió la jarra del agua, pero no se la dio.

Dile al padre abad qué es lo que quieres, ladino le dijo con aspereza.

El zorro extendió las patas hacia la jarra de agua, pero Juana siguió reteniéndola, con gran consternación del padre abad.

Primero habla. Tendrás el agua cuando nos des información insistió la ardilla.

La visión de un animal herido afligía al abad, pero decidió sabiamente dejar que Juana se ocupara del zorro. La ardilla sabía muy bien cómo tratarlo.

Fueron las ratas de Cluny las que me dejaron así dijo Cazagallinas con voz ronca. A mi madre, Sela... la mataron. Conozco los nuevos planes de Cluny. Cúrenme y se lo contaré todo. Tras estas palabras, Cazagallinas se desmayó.

Bueno, desde luego yo no malgastaría tiempo ni medicinas con éste dijo Juana con frialdad.

Cierto, Juana, yo tampoco -dijo Ambrosio Púas. rascándose el vientre. Pero quizá tenga una información vital para nosotros, ;por qué si no habría venido arrastrándose hasta aquí en ese estado?

El abad examinó la herida del cuello del zorro bajo el pelaje enlodado.

Ambrosio tiene razón. ¿Podéis llevar a esta desdichada criatura a la enfermería, por favor?

Azulina y Samuel Silencioso observaron a los demás mientras se llevaban al zorro. La ardilla se plantó delante de Azulina, empuñando la daga para protegerse. Azulina la acarició las orejas enhiestas.

Ahora ya está, Samuel dijo, dulcemente. El zorro no puede hacernos daño. Gracias por protegerme.

La pequeña ardilla envainó la daga y volvió a chuparse la pata.

Winifred y el abad Mortimer estaban sentados junto a la cama en la enfermería, velando a Cazagallinas hasta que recobrara el conocimiento. El zorro gimió y paseó la mirada por la pequeña y acogedora habitación.

¡Oh, mi cuello! ¿Qué es este lugar? ¿Dónde estoy?

Winifred obligó al paciente con delicadeza a recostarse de nuevo en las almohadas, y le acercó un cuenco de agua a los labios resecos.

Por favor, bebe esto y no te muevas dijo.

Cazagallinas sorbió el agua con avidez, mientras el abad le aclaraba:

Estás en la enfermería de la abadía de Redwall. De momento no conozco aún el alcance de tus heridas. Cuando hayas descansado, mis amigos te limpiarán y te las vendarán.

¿Quiere decir que puedo quedarme? preguntó el zorro, que no daba crédito a sus oídos. Pero si aún no le he hablado de los nuevos planes de Cluny.

-Escúchame, hijo mío -dijo el abad, limpiando unas gotas de agua de la barbilla del

paciente-. No te cerraríamos nuestras puertas, a menos que fueras un enemigo que tuviera la intención de hacernos daño. En esta abadía cuidamos a todas las criaturas, y mi tarea consiste en atender a los heridos y enfermos. Eres mi responsabilidad. Es tu propio corazón el que debe decidir si quieres darnos información o no. Mientras tanto, recibirás nuestra hospitalidad y te daremos asilo hasta que estés completamente restablecido.

Cazagallinas pensó en lo que le decía el bondadoso y anciano ratón, y espetó de repente:

-El ariete es sólo un señuelo. Cluny pretende utilizarlo como distracción para poder hacer un túnel que pase por debajo de los muros de la abadía. No sé exactamente dónde planea empezar a cavar, pero sé que les atacará desde debajo de la tierra.

El abad meneó la cabeza con expresión recriminatoria, mientras Winifred bajaba la llama de la lámpara y corría las cortinas.

-No cabe duda de que Cluny es hijo de la oscuridad. No se detendrá ante nada, hijo mío. Ahora lo comprendo y creo que lo que me dices es cierto. Pero ¿por qué te has arrastrado hasta Redwall desde tan lejos con esa información, pagando casi con la vida?

Cazagallinas hizo todo lo posible por parecer triste e indignado al mentir.

- Porque mataron a la vieja Sela, señor. Era mi madre. No descansaré hasta que se haga justicia con sus asesinos.

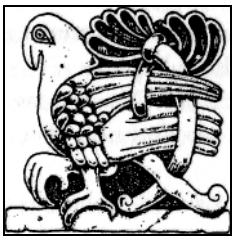
- Gracias por depositar tu confianza en nosotros, hijo mío -dijo el abad, palmeando una pata del joven zorro-. Ahora cierra los ojos e intenta dormir.

Cuando el abad se hubo marchado, Cazagallinas acurrucó su sucio cuerpo bajo las sábanas blancas. Ya se sentía un poco mejor, lo bastante para reír entre dientes.

¡No había estúpido mayor que un viejo estúpido!

Aquel ratón era tan estúpido como Sela. Que los ratones y las ratas lucharan entre sí, ¿qué le importaba a él? Redwall debía de ser una auténtica cueva del tesoro para un zorro joven e inteligente.

16



Alaparda era la madre viuda de Pico de Guerra. También era hermana del poderoso rey Toro Gorrión. Al ver a su hija derribada por una flecha, la había dado por muerta. Ahora que estaba de vuelta, sana y salva, la acarició y la regañó a la vez con alivio. Cuando Pico de Guerra pudo meter baza, relató a su madre la extraña historia en el rápido dialecto de los gorriones.

Mientras tanto, Matías estaba en el suelo, sujeto por las garras de muchos feroces guerreros Gorrión. Por lo que podía observar, se encontraba en una enorme buhardilla. Era la corte del rey Toro Gorrión, cuya ira parecía a punto de descender sobre él.

Los gorriones vivían allí sin orden ni concierto, formando una gran tribu desordenada. El tejado tenía forma de V invertida, lo que convertía su corte en una larga estructura triangular. En ambos extremos, bajos los aleros, había innumerables nidos de aspecto desaliñado que, al parecer, estaban llenos a rebosar de gorrioncillos chillones. Al fondo, la buhardilla tenía una pared echa de pizarras del tejado y viejos nidos; era la cámara privada del

rey. Matías calculó que seguramente estaba situada bajo la veleta.

El rey Toro Gorrión no era un pájaro con el que se pudiera jugar. Se fijó en el interés evidente del joven ratón por el lugar, y rápidamente distrajo su atención con una feroz patada.

-;Qué quiere un gusano ratón en la corte del rey? -preguntó. Matías comprendió que no era momento para charlas ociosas, de modo que se apresuró a responder con ceremonia:

¡Oh, rey, he venido a devolverte a uno de tus jóvenes y valientes guerreros!

Su afirmación causó un gran alboroto. Toro Gorrión agitó las alas una vez y descendió silenciosamente para observar al joven y audaz intruso con la cabeza ladeada.

-Mientes, gusano ratón. ¡No ayudas gorriones! Ratón enemigo -chilló-. ¡Rey Toro Gorrión dice matar enemigo, matar!

Matías se encontró de pronto luchando por su vida. Los soldados Gorrión se amontonaron sobre él, parloteando, clavándole las garras y el pico. Matías consiguió liberar una pata y empezó a dar golpes certeros a diestro y siniestro, pero comprendió que pronto se vería superado por el gran número de gorriones que lo atacaban, azuzados por las furibundas exhortaciones de su rey:

-¡Matar, matar, dejar ratón muerto, matar!

Matías intentaba liberar la otra pata cuando notó que lo envolvían dos pares de alas. Pico de Guerra y Alaparda intentaban protegerlo. La madre gorrión gritaba:

-¡No matar! ¡Ratón bueno! ¡Salvar Pico de Guerra!

-Ratón enemigo -insistió el rey, sin dejarse convencer-, tenemos que matar.

El rey Toro Gorrión no tenía hijos. Pico de Guerra, que era su sobrina favorita, gritó, pidiéndole clemencia:

No, no, rey loro. ¡No matar ratón Matías! ¡El salvar Pico de Guerra! Dar palabra de Gorrión a ratón que no matar!

El rey saltó en medio de sus guerreros, desperdigándolos como briznas de paja, y promulgó un nuevo edicto, mientras ellos agachaban la cabeza con miedo.

-¡Estúpidos gusanos! ¡Parad! ¡Rey dice no matar ratón! Tenemos palabra de Gorrión de hija de hermana.

Los guerreros Gorrión retrocedieron. Matías se levantó. Por suerte no le habían hecho apenas daño. Se sacudió el polvo del hábito.

-¡Vaya! Gracias otra vez, Pico de Guerra, amiga mía. Te debo la vida.

-¡Halcón Guerrero, Pluma al Viento! -ordenó el rey-. Coged bolsa. Descubrir qué lleva ratón.

Matías se mantuvo firme mientras le arrancaban la mochila de la espalda. Los dos guerreros no sabían cómo abrirla, así que rasgaron la tela con las garras y el pico hasta que se rompió y el contenido se esparció por el suelo. Matías se mantuvo a un lado respetuosamente, mientras el rey hurgaba en sus escasas pertenencias.

El rey bebió agua de la cantimplora y la escupió.

-No gusanos, sólo comida ratón -comentó.

Pico de Guerra suspiró con pesar, contemplando a su tío, que había descubierto el paquete de castañas confitadas y lo había abierto. Toro Gorrión probó una castaña con aprensión, pero enseguida su rostro se iluminó de placer.

-Esto buena comida para rey Gorrión. No bueno para gusano ratón. Yo guardo. -Se metió las castañas confitadas bajo el ala, luego cogió el collar y la correa e hizo una seña a Matías.

-Gusano ratón, ven. Tú suerte. Rey deja vivir.

El joven ratón se acercó al gorrión con inquietud, pues no deseaba irritar al peligroso y temperamental pájaro. El rey Gorrión abrochó el collar alrededor del cuello de Matías, tan apretado que casi no le dejaba respirar. Luego ató la correa al collar y soltó una risotada. Los otros gorriones se rieron con él.

Librodot

Matías sintió que le hervía la sangre, pero contuvo la ira que pugnaba por adueñarse de él; la corte del rey Gorrión no era el lugar más idóneo para tener una rabieta. Se prometió a sí mismo que no volvería a usar aquel collar con ninguna criatura viva. Era una humillación insufrible.

Toro Gorrión entregó la correa a Pico de Guerra. Volviéndose hacia sus súbditos, se echó a reír como un loco y señaló a Matías.

-Rey Toro Gorrión deja vivir ratón. ;Qué te parece de mascota, sobrina? Ratón, tú obedece a mi hermana y su hija. Divertido, ja?

Todos los gorriones soltaron estruendosas carcajadas, rivalizando en demostrar a quién le divertía más. El rey era un tirano

completamente impredecible. Cuando hacía un chiste, siempre tenía que ser gracioso.

Pico de Guerra tiró de la correa para susurrar a su amigo: -Matías, tú ves Pico de Guerra y su madre no ríen. Siento. El joven cautivo le guiñó un ojo. Empezaba a idear un plan.

- No te preocupes, amiga mía. Al menos estoy vivo.

- Esta Alaparda; madre -dijo Pico de Guerra, pasándole la correa a su madre-. Buen Gorrión; no hace daño ratón. ¡Mira! Alaparda dio un ligero tirón a la correa, sonriendo a Matías e inclinando la cabeza. Matías decidió que le caía bien.

- No quitar correa a gusano ratón -dijo el rey a la madre y la hija-. No alejar, no perder. Dar mucho trabajo. Mucha patada, así. Toro Gorrión lanzó una patada a Matías, que la esquivó ágilmente y empezó a cantar y a bailar con expresión bobalicona. Asombrado, el rey ladeó la cabeza y contempló la actuación de aquella extraña criatura.

Matías siguió haciendo cabriolas, improvisando una canción mientras brincaba:

Más alto aún estoy,
cerca estoy del tejado,
el rey me ha puesto collar,
su hermana tiene la correa.

Repitió la estrofa una y otra vez, dando vueltas y más vueltas.

Toro Gorrión agitó las alas y soltó carcajadas histéricas.

-¡Jajajajajajajaja! ¡Mira, Halcón Guerrero! ¡Mira, Pluma al

Viento! Gusano ratón herido en la cabeza. ¡El loco! Jajajajajajaja Obedientemente, todos se unieron a las risas del monarca.

Después de un rato, los gorriones se dispersaron, algunos para ir a sus nidos, otros para cazar gusanos. Unos pocos elegidos se fueron con el rey a jugar a las tres plumas, un juego muy popular entre los gorriones, al que Toro Gorrión era muy aficionado. Alaparda y su hija condujeron al ratón bailarín hasta su nido, que estaba algo apartado, bajo los aleros más alejados.

A pesar de su desaliñado aspecto exterior, el nido era limpio y acogedor por dentro. Pico de Guerra había recogido las cosas de Matías y las había vuelto a meter en la mochila rota, que devolvió a su amigo, observándolo con aprensión.

-¿Matías enfermo de la cabeza? -preguntó.

El joven ratón se acostó con alivio en el nido de Alaparda y sonrió para tranquilizarlas a las dos.

-En absoluto. Estoy tan sano como vosotras. Sin embargo, si actúo como un loco, quizá vuestro rey y sus guerreros dejen de considerarme una amenaza. Quizá me dejen en paz y se olviden de mí.

-Ratón Matías hace bien -dijo Alaparda apartando la vista de la comida que preparaba para lanzar a Matías una seria mirada-. Toro Gorrión es malo; mal genio. A veces Alaparda piensa Toro Gorrión está loco. Mejor él crea que tú no peligroso.

-Gracias, Alaparda -dijo Matías, inclinándose ante ella con deferencia-. Eres un gorrión

muy valiente. Has corrido un gran peligro con tu hija por salvarme.

Alaparda sirvió la comida. Matías observó con agradecimiento que había evitado ponerle lombrices e insectos muertos en su ración. La madre gorrión lo contempló con sus ojos dulces e inteligentes. El ratón era más o menos de la edad de su hija.

-Matías salva mi Pico de Guerra -dijo-. Nosotras no tenemos guerrero gorrión para cuidarnos. Pico de Guerra valiente como su padre. Ahora padre, él muerto. Yo aprendo a defendernos hasta que Pico de Guerra gran guerrero un día.

Las horas transcurrieron plácidamente mientras los tres conversaban. Matías aprendió así las costumbres y el estilo de vida de los Gorrión.

Alaparda tenía sangre real, puesto que era hermana del rey A su marido lo habían matado en primavera, en una batalla contra unos estorninos, pero antes había salvado la vida del rey, por lo cual Toro Gorrión había jurado cuidar de la madre y la hija. Sin embargo, muy pronto había olvidado sus promesas, dejando a ambas que se defendieran por sí solas. Sólo en momentos de verdadero apremio, Alaparda le recordaba el juramento, pues sabía que era un déspota peligroso. Por lo general, Alaparda guardaba un diplomático silencio en su presencia.

Algunas veces Toro Gorrión se retiraba a su cámara privada y se quedaba allí rumiando durante días. De repente emergía de su encierro para bombardear a sus guerreros con planes delirantes e ideas disparatadas. Nadie osaba llevarle la contraria, pero media hora más tarde había olvidado ya sus insensateces y se iba a cazar 4 lombrices. Más tarde, cuando regresaba y descubría que sus planes no se habían puesto en práctica, lanzaba un furibundo torrente de acusaciones y recriminaciones sobre sus oficiales, a los que degradaba para ascender a los soldados menos capaces de todos. Al día siguiente había vuelto a olvidarlo todo y se dedicaba a urdir nuevos planes descabellados. Matías se sorprendía una y otra vez del modo de vida en la corte Gorrión. Los gorriones no eran amables ni corteses unos con otros, sino que luchaban a menudo ferozmente entre ellos con las excusas más nimias, y no sólo participaban los guerreros, sino también los gorrioncillos, infligiéndose horribles heridas.

Los Gorrión no sabían nada del arte de hacer fuego. Diariamente la luz del sol se filtraba por las grietas y las pizarras rotas del tejado, e iluminaba la corte con sus rayos oblicuos. Toda la comida se comía cruda, y la dieta principal consistía en lombrices y pequeños insectos. Los Gorrión no diferenciaban entre las diferentes especies de insectos o gusanos, todo entraba dentro del término general de «gusano». Así, un gorrión podía comer mariposas o saltamontes, y decir que era «comida gusano». «Gusano» se utilizaba también para referirse a cualquier enemigo, o a un cobarde, o a cualquier cosa ajena a su mundo. Flores frescas y rebrotes completaban su alimentación, así como bayas y cualquier otro fruto que pudiera acarrear en vuelo, por suerte para Matías, que abominaba de la idea de comer lombrices vivas o insectos muertos.

No existía una rutina estricta ni tareas diarias que realizar. Aparte de que los padres alimentaran a sus crías, todo se dejaba para el día siguiente, lo que significaba que no se hacía nunca. Bastaba con echar un vistazo a la corte para comprobarlo: reinaban la suciedad, el polvo, las inmundicias y el caos por doquier.

Matías descubrió poco a poco que era relativamente sencillo comprender el rápido lenguaje gorrión. Se usaban ciertas exclamaciones indiscriminadamente, a capricho del que hablaba. A menudo, algunas palabras corrientes se utilizaban unidas, o se alargaban sus vocales. Algunos de los Gorrión hablaban con tal rapidez que Matías llegó al convencimiento de que no se entendían entre ellos mismos.

Matías no estaba seguro de que Pico de Guerra conociera su intención de recuperar la espada de Martín; desde luego Alaparda nada sabía. El joven ratón recorrió gran parte de la corte, pero su atenta inspección no le llevó a encontrar la espada. Dedujo entonces que debía estar en el único sitio inexplorado: la cámara privada del rey. Reflexionó largo y tendido sobre el modo de acceder al aposento real. No quería causar problemas a sus amigas, ni que éstas sospecharan cuál era su misión allí. Suponiendo, además, que lograra hacerse con la

espada, quedaba por resolver la cuestión de cómo volver a salvo con ella a la abadía.

Matías suponía que llevaba una noche y un día en la corte Gorrión. 1lacia el atardecer de aquel día, estaba sentado junto al nido, reparando su mochila rota y haciendo recuento de sus efectos personales. Cada vez que pasaba un gorrión, le dedicaba una sonrisa inexpresiva y daba comienzo a su cantinela. Nadie se molestaba en prestarle atención.

Pico de Guerra entró volando después de una larga y solitaria cacería de gusanos. Aterrizó junto a Matías.

-Mí caza gusanos -dijo-. Trae dientes de león para Matías. Ratón gusta comer flores.

-Pico de Guerra buena cazadora -respondió Matías en lenguaje Gorrión-. Ratón gusta flores. Hacen buena comida gusano. ¿Dónde está madre Alaparda?

-Alaparda prepara comida gusano de Toro Gorrión -contestó Pico de Guerra, señalando la cámara del rey-. Rey no tiene esposa que hacer comida.

Matías se hizo el desentendido y tiró del collar para aflojarlo.

-El collar daño en cuello de ratón -dijo, con una sonrisa.

- Rey dice que tú llevar -explicó Pico de Guerra, encogiéndose de hombros-. No poder quitar. Yo siento.

Matías siguió repasando sus pertenencias y encontró un paquete sin abrir. ¡Qué golpe de suerte! Eran castañas confitadas. Rápidamente metió el paquete en la mochila, ocultándoselo al gorrión. En circunstancias normales le habría dado las castañas a su amiga con sumo gusto, pero ahora las necesitaba como señuelo. Los dos amigos siguieron conversando hasta que regresó Alaparda.

-Tú en habitación del rey mucho tiempo -dijo el joven ratón tras un intervalo prudencial. Alaparda asintió.

- Yo único que rey Toro Gorrión deja entrar -dijo, y se echó a reír-. Él Gorrión perezoso. No hace su propia comida gusano. Matías rió también.

-Apuesto que rey no sabe hacer comida gusano -dijo-. ¿Qué crees, Alaparda? ¿Matías encuentra regalo para rey?

- ¿Qué querer decir ratón? -preguntó la madre gorrión, alzando la vista con viveza-. ¿Regalo?

Matías se acercó más a ella y le susurró en tono conspiratorio:

- ¿Recuerdas rey Toro gusta castañas de ratón? Yo encuentro Tú me llevas para dar castañas a rey.

¿Por qué ratón quiere dar castañas a rey? -preguntó Alaparda con expresión dubitativa.

-Para que rey dejar libre ratón -contestó Matías, abriendo los brazos como proclamando lo evidente-. Quiero volver a casa ratón.

Matías contuvo el aliento mientras observaba a Alaparda, esperando ver su reacción. Finalmente, la cara del gorrión se suavizó y sonrió.

-Muy bien, Matías -dijo, con tono comprensivo-. Nosotros intentar. No malo, pero recuerda, no enfadar Toro Gorrión. Él mata seguro.

-Gracias, madre Gorrión -dijo Matías, recogiendo el paquete de castañas con un suspiro de alivio-. Ratón no causa problemas a ti. Castañas hacen feliz rey, ya verás.

Alaparda dio unos golpes en las pizarras que formaban la pared de la cámara del rey. Matías iba detrás, al final de la correa.

- ¡Vuela, gorrión! Rey quiere dormir -gritó una voz airada desde dentro.

Alaparda comprendió que habían elegido un mal momento. No obstante, insistió, esta vez dando golpes más fuertes.

- Dejar entrar, hermano rey. Es Alaparda y gusano ratón loco. Tener regalo para gran rey.

Una cabeza somnolienta asomó por la puerta. Toro Gorrión bizqueó como un búho y bostezó.

-Mejor ser importante. A majestad no gusta que despierten -gruñó.

Cuando entraron en la habitación, Matías empezó a hacer cabriolas de un lado a otro y a cantar su cancioncilla. Sacó el paquete, eligió una castaña y la lanzó directa al pico abierto del atónito rey.

-Gusano ratón encuentra más castañas confitadas para gran rey Gorrión -dijo Matías, entre risitas-. Trae aquí enseguida. Quizá ratón dar a rey todas las castañas. Rey deja ratón libre para ir a casa.

El rey mascó la castaña con avidez sin dejar de mirar el codiciado paquete.

Ja, gusano ratón dar a rey todas las castañas. Majestad tiene grandes cosas en cabeza. Yo pensar, mmmm, si dejar ratón ir libre a casa.

Matías dio saltos de alegría, hincó una rodilla en tierra y ofreció las castañas al rey. Toro Gorrión le arrebató el paquete y se metió más castañas en el pico de las que podía comer de una vez. Cerró los ojos, extasiado, y tragó vorazmente. Le cayeron trozos de castañas del pico en las plumas del pecho.

Matías paseó la mirada por la habitación. No tenía nada de especial, dentro de lo que era un habitáculo para gorriones: un jergón de paja, unas cuantas alas de mariposa clavadas a la pared a modo de decoración. En una esquina había una vieja silla, grande y mullida. Cómo llegó hasta allí seguiría siendo un misterio para siempre. Algo que sobresalía por detrás del respaldo llamó la atención de Matías. Era un objeto que parecía antiguo, hecho de cuero negro con muchos adornos de plata, idéntico al talabarte que llevaba él.

¡Era la vaina de la espada de Martín!

Sin duda la espada debía de estar muy cerca. Matías habría querido ir a mirar detrás de la silla para confirmar su hallazgo, pero tuvo que volver a centrar su atención en lo más inmediato. El rey Toro Gorrión se llenó el pico con las últimas castañas confitadas y las mascó con placer evidente. Alaparda intentó presionarle para que hiciera justicia.

Rey come regalo. ;Ahora ratón puede ir libre?

¡Más! pidió el rey, extendiendo una garra. ¿Gusano ratón tener más regalo de castañas para majestad?

Matías apeló al rey glotón, aún arrodillado.

Oh, rey, ratón no tiene más castañas confitadas. Dar todas a gran majestad. Ahora tú dejar ratón ir libre a casa dijo, esperanzado.

Toro Gorrión picoteó los trozos que le habían caído en el pecho. En sus ojos había un brillo de malicia.

¡Ah! Ahora rey da palabra de Gorrión. Dice que si gusano ratón dar más castañas confitadas, entonces ir libre, pero tiene que dar muchas. -El rey extendió las alas. ¡Todas éstas!

Pero, majestad dijo el joven ratón, inclinando la cabeza. No tener más castañas.

De improviso, Toro Gorrión empezó a ponerse de mal humor. Arrugó el paquete vacío de hojas de acedera y lo arrojó a la cara de Matías.

¡Gusano ratón traer más! ¡Más! ¿Me oyes? Le brillaban los ojos como a un demente y se le erizó el plumaje del cuello. Rey no discutir con gusano ratón. loco. Tú vete ahora, mucho deprisa. Vete ahora. Majestad duerme.

Dándose cuenta de que el rey se había vuelto peligroso, Alaparda no vaciló: arrastró sin miramientos al ratón, tirando de la correa para sacarlo de la cámara.

Alaparda farfulló Matías con rabia incontenible, ;cómo dejáis que estúpido zoquete ser rey de los Gorrión? dijo, aunque el collar apenas le dejaba respirar.

La madre gorrión le hizo callar con expresión apaciguadora y lo arrastró hasta la seguridad de su nido.

Pico de Guerra había vuelto a salir para cazar. Alaparda se sentó e intentó razonar con el furioso ratón.

Matías no dejar que rey Toro oírle decir estúpido zoquete. Tú muerto cebo para gusanos muy pronto.

Matías abrió la boca para protestar, pero el gorrión se lo impidió levantando un ala.

Todos pájaros saben que rey Toro gran luchador. Él salvar tribu Gorrión de enemigo muchas veces. A veces perezoso, a veces mal genio, pero no estúpido. Toro Gorrión astuto como zorro, sólo fingir estúpido, como Matías.

Alaparda había adivinado que no era sólo la libertad lo que buscaba Matías al querer ir a la cámara del rey. Era un pájaro muy sabio. Matías decidió poner las cartas sobre la mesa.

Alaparda, escucha. Quiero contarte una historia dijo. Se trata de los ratones que viven en la abadía, debajo de aquí, y de un ratón en particular llamado Martín el Guerrero...

El gorrión escuchó atentamente mientras Matías relataba la historia de la abadía de Redwall, y el papel que desempeñaba él, en un momento en que tanto lo necesitaban. Cuando terminó, Alaparda vio que decía la verdad en su rostro franco.

Matías le dijo en voz baja, acercándose, ¡Alarparda sabía! El primer día que tú venir aquí, yo veo cinturón que llevas. Es la misma cosa que hay detrás de silla en cámara del rey.

-Pero ¿por qué...? quiso preguntar Matías, pero de nuevo Alaparda le hizo callar.

joven ratón no hablar dijo. Ahora dejar que yo cuento historia. Hace mucho tiempo, antes que mi madre era huevo, rey llamado Pluma de Sangre. El robar espada de punta norte. Espada hizo a tribu Gorrión orgullosa, con luchadores valientes, crías fuertes, mucha comida gusano. Espada colgada en corte Gorrión. Pluma de Sangre morir, ¿quién saber cómo? Toro Gorrión nuevo rey. Mi marido Cola Gris me cuenta esto antes de morir. Toro Gorrión lleva espada de guerrero. Funda muy pesada. Deja funda detrás de silla en cámara. Lleva espada con garras. Rey Toro muy presumido. Él caza gusanos con espada. Mi marido siempre va con él. Un día cazan en árboles de Mossflower, llega gusano gigante, uno con colmillos venenosos. Todo el tiempo dice «Asssssmodeo», así. Toro Gorrión deja caer gran espada. El también asustado de colmillos venenosos. Gusano gigante enroscarse alrededor puño de espada. Toro Gorrión ordena mi marido, Cola Gris, recuperar espada. Cola Gris intenta, pero gusano muerde con colmillos venenosos. El muy herido, pero vuelve volando a la corte con Toro Gorrión. Dejan espada en Mossflower con gusano gigante. Mi marido muere. Toro Gorrión dice que herido en pelea con estorninos. No cierto. Cola Gris contarme todo antes de morir. Pico de Guerra aún huevo, no sabe cómo murió padre.

Matías contempló con expresión condolida a Alaparda, que intentaba contener las lágrimas, y le dio unas palmaditas.

- Cola Gris gran guerrero, si enfrentarse con colmillos venenosos solo. Tú alegre que Pico de Guerra ser su hija.

- Matías buen ratón -dijo Alaparda, sonriendo a pesar de las lágrimas.

A esto le siguió un embarazoso silencio, hasta que Matías dijo en voz baja:

-Bien, parece que mi búsqueda ha sido en vano. Pero ¿qué hay de la vaina?

¿Vaina es funda de espada? -preguntó Alaparda. Matías asintió-. Yo hablo de funda de espada -añadió el gorrión con amargura-. Rey Toro Gorrión asustado decir a los demás gorriones que pierde espada. El no sabe que Cola Gris contarme, pero Alaparda lo sabe. Toro Gorrión fingir que espada en funda. Así él sigue como rey. Si yo digo., él matar a mí y a Pico de Guerra, lo sé. Algún día Pico de Guerra ser reina. Ella tener sangre real, entonces tribu Gorrión ser mejor, ser feliz. Toro Gorrión rey ahora, perdió valor, perdió espada. Pájaro loco, no bueno, Toro Gorrión.

Aquella noche, cuando se acomodó para dormir en el nido de Alaparda, Matías tenía mucho que recapacitar. Así pues, el rey Toro Gorrión había perdido la espada y se había apoderado de ella un gusano gigante con colmillos venenosos. Matías sabía que aquella descripción sólo podía corresponder a una cosa: ¡una serpiente!

El veneno de los colmillos significaba seguramente que se trataba de una víbora. El no había visto jamás a una víbora, ni a ninguna otra serpiente, pero en Redwall había oído hablar de ellas. De la víbora se hablaba como de un reptil que oscilaba entre la leyenda y la pesadilla. Se decía que incluso el padre abad se negaría tajantemente a curar a una serpiente, por lamentable que pudiera ser su estado. Por suerte no se había dado jamás el caso. Tampoco se

había avistado nunca ninguna víbora en las inmediaciones de Mossflower, motivo por el que la mayoría de criaturas solían considerarlo un reptil mítico, pero las criaturas más sabias, como Constanza, el abad y el viejo Matusalén, afirmaban que la víbora era una criatura real y mortífera. Decían que no había nada que se temiera más en el mundo que sus fuertes anillos, su mirada hipnótica y sus colmillos venenosos.

Matías se estremeció. ¡La víbora parecía aún más temible que Cluny el Flagelo! ¿Cómo podía un simple ratón arrebatarle la espada a la víbora descrita por Alaparda, la que decía «Assssmodeo»?

Matías intentó apartar de sí tales pensamientos, y poco a poco le venció el sueño.

-Tú ven deprisa, gusano ratón. Rey quiere ver.

Unas rudas garras aferraron a Matías y lo sacaron a rastras del nido, cuando aún no se había despertado del todo. Eran Halcón Guerrero y Pluma al Viento. Se llevaron a Matías sin dar más explicaciones, tirando cruelmente de la correa. Lo último que vio el ratón antes de que se lo llevaran fueron los rostros pálidos y angustiados de Alaparda y Pico de Guerra.

-No os preocupéis -les gritó, para tranquilizarlas-. Todo irá bien. Cuidaos.

Halcón Guerrero golpeó a Matías en el rostro con un ala rígida y huesuda.

-Gusano ratón, cerrar pico o mí matar.

-No, no me matarás antes de que vea al rey -replicó el joven ratón.

Halcón Guerrero quiso darle una patada pero Pluma al Viento la desvió.

-Deja tranquilo ratón. Tú matas, rey mata a nosotros. -.Ratón descarado -dijo Pluma al Viento a Matías-, pero valiente como guerrero Gorrión.

El rey Toro Gorrión se había despertado. Había alguna cosa del ratón cautivo que le inquietaba. Había estado demasiado ocupado engullendo castañas confitadas para dejar que le inquietara, pero ahora que estaba totalmente despierto, la revelación le cayó encima corno una tonelada de ladrillos.

¡El cinturón del gusano ratón!

Por fin el rey había caído en la cuenta de lo que Alaparda había reconocido con una sola mirada. ¡El cinturón de Matías era igual que la funda de la espada que colgaba de su silla!

Un trozo de espejo roto que reflejaba la luz de la luna era la única iluminación en la cámara del rey. Ordenó a los dos guerreros que esperaran fuera. El rey de los Gorrión se sentó y contempló al joven ratón en silencio.

Matías mantuvo el tipo con coraje, aunque no sabía lo que le aguardaba. Toro Gorrión se levantó. Se paseó de un lado a otro delante de Matías, y luego a su alrededor. Matías notó que sus fuertes garras aferraban el cinturón desde atrás, y que el rey loco susurraba en su oído:

- ¿De dónde gusano ratón sacar cinturón?

Matías tragó saliva e intentó actuar como si tal cosa.

- Cinturón? Ah, ¿te refieres a este talabarte? Ratón siempre tiene cinturón, hace mucho tiempo. No recuerda de dónde sacó.

¡Pam!

Matías fue a parar al suelo cuando el rey le dio un fuerte empujón en la espalda.

- Ratón mentir. ¡Rey Toro no estúpido gusano! ¿De dónde sacar? Decir, decir.

El gorrión tiraba del cinturón mientras gritaba a voz en cuello. Matías comprendió que corría peligro de muerte con aquel

rey lunático, presa de uno de sus ataques dementes; tenía que pensar con rapidez.

- No tener más castañas -gritó-. Por favor, majestad, doy palabra de ratón, no más castañas. Yo dar cinturón a gran rey, entonces él dejar ratón volver a casa.

La súplica de Matías tuvo el efecto deseado sobre el rey loco, que se sentó en la gran silla, con un brillo astuto en los ojos.

-Ley Gorrión dice rey debe matar gusano ratón, pero yo buena majestad. No matar ratón. Dar cinturón a rey.

Matías se desabrochó el cinturón y se lo entregó. El rey Toro lo acarició antes de ponérselo. Mientras admiraba el cinturón, pavoneándose ante el espejo roto, habló con su voz normal.

- Bonito, cinturón bueno. ¿Ratón sabe de gran espada?

Matías se puso en guardia al instante. Una palabra equivocada podía suponer la muerte para Alaparda y Pico de Guerra. Debía fingir ignorancia para disipar las sospechas del rey.

-Oh, majestad, cinturón bueno. Rey buen aspecto, como gran guerrero. No tan bueno con ratón.

Toro Gorrión pareció halagado. Se arregló las plumas con el pico, y volvió a hacer la pregunta, pero esta vez con tono persuasivo.

- Seguro que Matías conocer gran espada, ¿verdad?

Pese al aprieto en el que se hallaba, a Matías le hizo gracia oír que el rey lo llamaba por su nombre. Se dejó caer en el suelo, sentándose con la cabeza entre las patas, ofreciendo la viva imagen de la inocencia y el desánimo.

-Oh, poderoso rey, ratón no tener más castañas confitadas. No sabe nada de espada, ya no tiene cinturón. Mí morir si no libre pronto. Por favor, deja pobre gusano ratón volver a casa.

El patetismo de Matías pareció animar al rey. Metió las puntas de las alas en el cinturón que había conseguido arrebatar al gusano ratón con engaños. ¡Ja, y se había comido también todas las castañas! Sintiéndose el más listo de los pájaros, soltó un penetrante silbido que hizo entrar a sus dos guerreros inmediatamente.

-Mirar gusano ratón -dijo en tono de mofa-. El no feliz que yo no matar. Llevar otra vez a mi hermana Alaparda. Decir a ella que rey decir, cuida de gusano ratón. Él darme buenos regalos, castañas, cinturón. Quizá ratón encuentra más regalos para buena majestad, que deja vivir. Ahora friera. Necesito más dormir. Fuera.

Matías profirió fingidas exclamaciones de aflicción cuando volvieron a llevárselo a rastras, lo que divirtió muchísimo a Toro Gorrión. El rey agitó un ala para despedirse, gritando al prisionero:

Dormir bien, gusano ratón. Piensa cómo conseguir más regalos para majestad. jajajajajaja!

Los dos guerreros y un gorrioncito de un nido cercano, que estaba medio despierto, rieron obedientemente con su rey.

Matías dio gracias a su buena estrella por haber salido con vida una vez más. De haberse negado a entregar el talabarte, sin duda habría muerto. De todas formas, se dijo, era tan sólo un préstamo temporal. Dado que planeaba robar la vaina a Toro Gorrión, ¿por qué no también el talabarte a juego

17



Liebre Ciervo Basilio y Juana Ardilla se conducían con tanto secreto como unos ladrones. Cuando no estaban ayudando en las defensas, andaban cuchicheando por los rincones más inverosímiles. Nadie sabía de qué hablaban, ni qué tramaban exactamente. Sin embargo, tratándose del corredor más rápido y de la campeona trepadora de Mossflower, ¡sin

duda sería algo espectacular!

Azulina y Samuel Silencioso los vieron escabullirse a la hora de comer para seguir conspirando bajo los árboles del huerto, donde no serían molestados.

-¿Qué crees que traman tu madre y Basilio, Samuel -preguntó la joven ratona campestre, con curiosidad.

Samuel Silencioso se encogió de hombros v hundió la cabeza en el cuenco de leche, que bebió ruidosamente con alegría infantil. Samuel aprobaba sin reservas cuanto hiciera su madre, simplemente porque su madre no se equivocaba nunca.

Basilio se tumbó cómodamente a la sombra, mientras que Juana se sentó al sol con la cola vuelta hacia arriba para hacerle de sombrilla.

-Ah, esto es vida, Juana, vieja trepadora -dijo Basilio, con un enorme bostezo, mientras echaba migas a las hormigas-. Es más que suficiente para satisfacer a la criatura interior. Un caluroso mes de junio y un lugar de lo mejorcito para echar una cabezada, vaya que sí.

- Sí -dijo Juana, mordisqueando un trozo de queso-, y nos corresponde a nosotras, las criaturas del bosque, hacer que siga siendo así, Basilio. ¿En qué clase de vecindad crecerían los jóvenes como mi Samuel, si Cluny y los de su ralea se apoderaran de este lugar?

Basilio soltó un bufido bajo sus bigotes de estilo militar.

- ¡Válgame el cielo, no hay ni que pensarlo, vieja amiga! ¡Esas ratas y alimañas son unos brutos y unos canallas. Malas influencias, ¿sabe?

Asintieron ambos con los rostros llenos de inflexible rectitud, y siguieron pronunciando verdades como puños y exaltándose hasta una justa indignación.

- ¡Ufff, Cluny el Flagelo! Un matón y un bravucón donde los haya.

-Sí, y un saqueador. ¡Mira que robar el tapiz de Martín de los ratones! ¿Qué daño le habían hecho a él?

-¿Sabe?, se me ocurre que sería bueno para el noble corazón del abad ver ese tapiz en el lugar al que pertenece.

-Por supuesto, y daría mucha moral a las tropas.

a, qué golpe para ese tal Cluny y su sucia banda de ladrones. Basilio se puso en pie de un salto y." se comió lo que le quedaba de queso a Juana con decisión,

-Bien, ¿a qué estamos esperando entonces? Vamos, Juana, vieja comedora de avellanas. Arriba y a por ellos. ¡Adelante mis valientes!

Juana flexionó sus garras y puso al descubierto sus dientes con fiereza.

-Que alguien intente detenerme -dijo, enojada.

Sin hablar con nadie de sus intenciones, los dos expertos veteranos salieron subrepticiamente por una de las puertas pequeñas de los muros de la abadía. Pronto atravesaban con cautela las verdes profundidades del bosque de Mossflower al mediodía.

Cluny estaba levantado y en acción. En primer lugar decidió que debía poner a la horda al paso. Había decidido que se habían vuelto gordos y perezosos de tanto andar tirados por la iglesia, mientras él tenía que guardar cama, pero ahora que él estaba bien otra vez, tendrían que hacer un poco de instrucción. De pie sobre una lápida, se apoyó en su estandarte y observó a su ejército mientras se ejercitaba.

Sudorosas y jadeantes, una gran multitud de ratas corrían de un lado a otro, bajo el peso del ariete. Los capitanes arengaban a los desventurados, esperando con ello granjearse el favor de Cluny.

-¡Arriba los pies, pandilla de blandengues! Vamos, levantad ese ariete como es debido, demonios haraganes.

Se estaban excavando túneles de prueba de cualquier manera, debido a la falta de comunicación entre las ratas y las otras especies. Hurones, comadrejas y armiños, con la cara manchada de tierra negra, surgían de la tierra en los lugares más extraños. No estando

acostumbrados a tan agotadora tarea, dejaban de cavar cuando se les antojaba, y se ponían a tomar el sol hasta que los pisaban las columnas de ratas desfilando. Se producían entonces escaramuzas que duraban lo que tardaban en darse cuenta de que Cluny los contemplaba con su único ojo. Entonces agachaban todos la cabeza, seguían desfilando o volvían a cavar túneles.

Garranegra y Mataconejos estaban sobre la lápida, a ambos lados de Cluny. Contemplando con desdén las caóticas maniobras, Cluny criticaba a unos y a otros por las carencias de las criaturas a las que ellos dos representaban. Ambos se retorcían bajo los golpes de la lengua del jefe.

-¡Garranegra, fíjate cómo desfilan esas ratas! ¡Idiotas! ¡Parecen una manada de ovejas en una excursión campestre! ¿Es que no les has enseñado nada?

Y después:

-¡Por el fuego del infierno! ¡Esos estúpidos del ariete se han metido en un túnel! Mataconejos, diles a esos imbéciles tuyos que no hagan los túneles en medio del campo de adiestramiento. Un momento, esa comadreja de allí, la que sonríe como un borracho, ¡que la encierren tres días sin agua ni comida! Eso le borrará esa sonrisa estúpida de la cara. Bueno, vaya par de capitanes habéis resultado ser los dos. Vuelvo la espalda un minuto y tenéis a todos los soldados comportándose como ranas locas en un cubo.

Cluny prosiguió echando pestes de los animales que luchaban bajo su estandarte, a los que obligaría a desfilar, sudar, cavar, acarrear, y perforar hasta que lo hicieran todo a su entera satisfacción. ¡Pandilla de zarrapastrosos! Les iba a enseñar que había vuelto, los tendría ocupados todo el día y toda la noche, si era necesario. Mientras estaba herido en cama, se había jurado que nunca más permitiría que ratones y criaturas del bosque se burlaran de él.

En aquel preciso momento, dos de aquellas criaturas estaban en la linde del bosque de Mossflower, espiando al ejército de Cluny desde el otro lado de las tierras comunales.

De no ser por la gravedad de la situación, Basilio y Juana habrían soltado más de una carcajada. ¡Qué diferencia entre las payasadas de aquella chusma y el modo en que se adiestraban los defensores de la abadía! Juana comentó que era la diferencia entre esclavos mandados por un tirano y la cooperación voluntaria que surgía de la determinación y la camaradería.

Los dos compañeros tenían un bien trazado plan. Basilio decidió que aquél era tan buen momento como otro cualquiera para llevarlo a la práctica. Se volvió hacia Juana.

-Bien, vieja trepa árboles. ¡Veamos si somos capaces de despistar a esos tipos con la ciencia!

Se estrecharon la pata y se aventuraron a entrar en las tierras comunales: Liebre Ciervo Basilio, experto en camuflaje y luchador de pies, iba en cabeza; Juana Ardilla, campeona trepadora y exploradora, le seguía de cerca. Eran como las sombras de dos nubes gemelas, moviéndose silenciosamente por el terreno.

Cluny se había bajado de la lápida y estaba junto a la valla del cementerio, concentrado en probar la fuerza flageladora de su temible cola con unas cuantas ratas a las que había apodado «el escuadrón de los torpes». Doblando la larga cola semejante a un látigo, la hizo restallar unas cuantas veces al tiempo que gritaba las órdenes.

-¡Variación izquierda! ¡He dicho izquierda, bufones! Tú, ¿no distingues entre izquierda y derecha? Levanta la pata izquierda.

La asustada rata levantó un poco lo que esperaba fervientemente que fuera la pata izquierda, y cayó el golpe.

El infortunado roedor chilló y se puso a dar brincos de dolor por el latigazo de la gruesa cola. Cluny rabiaba.

-¡Tarugo! Esa era la pata derecha. ¡Ahora levanta la izquierda, estúpido! Voy a dar un ejemplo contigo que esta pandilla no olvidara jamás.

- Vaya, vaya -dijo una voz de repente-. ¡Un oficial golpeando a un recluta! ¡Qué mala

educación, viejo, malísima!

Cluny giró sobre sus talones. Al otro lado de la valla, en las tierras comunales, estaba Liebre Ciervo Basilio, en posición de «descanso».

En medio de un silencio estupefacto, Cluny miró con ojos desorbitados al audaz Basilio, que se limitó a fruncir el entrecejo con expresión de fingida censura.

- ¡No es lo que se espera del comandante de una horda, no, señor! Personalmente yo le vetaría el acceso al recinto de la iglesia.

- ¡Cojedlo! -fue el grito ahogado de Cluny-. ¡Coged a ese espía! ¡Quiero su cabeza!

- ¿Qué ocurre? -dijo Basilio, riendo entre dientes-. ¿Es que tu cabeza no es lo bastante buena? No, supongo que no. Eres un bruto de desagradable aspecto, ¿no es cierto?

Una muchedumbre de ratas atravesó la valla con dificultad para ir a la caza de Basilio, pero era como intentar coger el humo llevado por el viento. La liebre había desaparecido. Desde su escondite, Juana tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para contener la risa.

Tras varios minutos agotadores, se hizo evidente que ni las ratas ni la docena de comadrejas, hurones y armiños que se habían unido a la persecución por orden de Cluny, podrían atrapar a la extraña liebre.

Cluny aferró el estandarte con sus limpias garras y saltó por encima de la valla. El plan de los dos camaradas empezaba a funcionar. Basilio apareció de pronto junto a Cluny.

-¡Ajajá, vieja rata! ¿Mostrando algo de iniciativa? ¿Nunca pidas a las tropas que hagan lo que no puedas hacer tú mismo y todo eso? ¡Espléndido!

Basilio eludía a Cluny juguetonamente, manteniéndose fuera de su alcance. Cluny gruñó y se abalanzó sobre él. Basilio se agachó y echó a correr en zigzag, obligando a Cluny a adentrarse en tierras comunales. Todos los ojos estaban puestos en las dos figuras, lo que facilitó a Juana los cambios de posición.

Cluny perseguía a Basilio tenazmente, sin hacer movimientos bruscos, esperando a que la liebre se confiara para poder asestar su golpe. Sus soldados se movían a unos veinte pasos, detrás de ellos. Cluny les había advertido que se mantuvieran alejados, pues que-ría enfrentarse solo a Basilio.

Cluny intentó clavarle el estandarte. La liebre vio con alegría que cada vez estaban más cerca del bosque de Mossflower. Pronto actuaría Juana. Mientras tanto, tenía que alejar más aún a la rata. Esquivó las acometidas del palo del estandarte, y los rápidos latigazos de la cola, dándose cuenta de que no se enfrentaba con una de tantas ratas torpes. Se aventuró a echar una rápida mirada para ver si Juana andaba cerca, y al hacerlo, metió sin querer la pata trasera izquierda en un agujero; la pata se torció y Basilio cayó pesadamente al suelo.

Cluny se abalanzó sobre él. Alzó el estandarte y quiso golpear la cabeza desprotegida de la liebre. Basilio se retorció rápidamente hacia un lado.

-Ahora, Juana. ¡Ahora! -gritó.

Mientras Basilio gritaba, ocurrieron varias cosas a la vez.

Juana salió de la nada como un torbellino rojo. El estandarte golpeó con un ruido sordo la tierra blanda donde estaba la cabeza de Basilio una fracción de segundo antes. Basilio logró sacar la pata del agujero y Juana saltó como un salmón. En el aire, arrancó limpiamente el trozo de tapiz del estandarte.

Cluny aullaba de rabia. Sus secuaces llegaron en tromba para ayudarle. Basilio se puso en pie y cojeó animosamente delante de Cluny para proteger a Juana. La ardilla corría de un lado a otro intentado distraer a Cluny.

-Corre, Juana -gritó Basilio a su amiga, haciendo una mueca de dolor-. ¡Yo los retendré!

Juana esquivó un golpe de la cola de Cluny.

Ni hablar! Si tú te quedas, yo también.

Basilio cojeaba sin parar, interponiéndose entre Cluny y Juana.

-Bestia testaruda gritó-. ¿Quieres hacer el favor de marcharte?

La horda estaba casi encima de ellos. Rápida como una centella, Juana aferró el extremo

de la cola de Cluny y tiró de él con todas sus fuerzas, haciéndole perder el equilibrio y lanzándolo contra los primeros de la horda. Juana obligó a Basilio a rodearle los hombros con una pata.

-Vamos. Basilio, de vuelta al bosque. Juntos lo conseguiremos.

Ambas criaturas salieron disparadas hacia el bosque. Tras ellos, la horda de Cluny los perseguía entre grandes voces y gritos.

- ¡Toma, coge esto y dame el señuelo! -dijo Juana, jadeante y sin dejar de correr-. Deprisa.

Basilio cogió el tapiz y metió la pata bajo la guerrera para sacar la burda réplica que habían preparado, y que era en realidad un viejo paño de cocina de fray Hugo. El ruido que hacían los perseguidores estaba cada vez más cerca. Los estaban alcanzando.

- Ahora, camúflate -dijo Juana, con la respiración entrecortada-. Yo los atraeré y mientras tú vuelves atrás y atraviesas el cementerio para coger la carretera de Redwall. Nunca pensarán en buscarte por allí.

Juana miró a Basilio mientras hablaba, pero Basilio ya no estaba allí. Una voz militar susurró desde el sotobosque:

-Eso haré, vieja amiga. Nos veremos en la abadía. Buena persecución, adiós.

Liebre Ciervo Basilio, experto en camuflaje, se había confundido con la tierra.

Juana vio que Cluny y su horda se acercaban por entre los árboles. Esperó a que la vieran, y vio a Cluny señalarla y gritar:

-¡Allí! ¡La ardilla! Ella ha cogido el tapiz. ¡Atrapadla! Viva si podéis.

Juana mantuvo la posición con sangre fría hasta que llegaron casi a su altura. En el último segundo, trepó como un rayo por el tronco de un castaño de Indias y se detuvo cuando estaba fuera de alcance. Algunos de los más ágiles de la horda intentaron llegar hasta ella trepando. Juana se limitó a subir un poco más.

-Bajad, pánfilos -siseó Cluny-. No podréis ganar a trepar a una ardilla. A ver si conseguís que se quede cerca del suelo mientras yo pienso algo.

Las ratas bajaron, y Juana regresó a la rama más baja. Tenía que entretenerlos el mayor tiempo posible para permitir la huida de Basilio.

Cluny se apoyó en el árbol con gesto despreocupado.

-Bien hecho, ardilla. Muy inteligente, desde luego. Me iría bien alguien como tú en mi ejército. Alguien con un cerebro como el tuyo.

Mataconejos también hizo gala de sus poderes de persuasión.

- Ah, puedes confiar en lo que te dice el jefe. Está buscando un buen primer oficial. ¿Por qué no bajas y lo hablamos? Desde luego el botín será magnífico cuando tomemos la aba... ¡ay!

Una pequeña castaña aún con la cáscara verde llena de pinchos rebotó en la cabeza del hurón. Juana trepó hasta una rama más alta con una provisión de castañas. Desde allí agitó el tapiz falso.

-¿Es esto lo que buscas, Cara de Rata?

Cluny tuvo que hacer grandes esfuerzos para no perder los estribos. Garranegra le dio un codazo.

-¿Qué hay del otro, jefe? -le susurró-. ¿Quieres que coja a parte de la tropa y vaya a buscarlo?

- No, ya me encargaré de esa liebre en otro momento. Ahora mismo te necesito aquí por si hay ocasión de atrapar a esa ardilla -dijo Cluny en voz baja.

El agudo oído de Juana captó todo lo que había dicho el jefe militar. ¡El plan había funcionado! Lanzó otra dura castaña verde y gritó a Cluny:

- ¡Eh, Cara de Rata! ¿Crees de verdad que me has atrapado? ja, estoy tan atrapada como una alondra en el aire en un día soleado! Ninguno de vosotros podrá llegar hasta aquí.

-Ya lo sé, ardilla -replicó Cluny-, pero piensa un momento. Si yo gano la guerra contra los ratones, y la ganaré, tú lo sabes, he jurado matar a todos los que encuentre dentro de

Redwall. Bien, supón que tienes a algún ser querido allí; ya sabes a lo que me refiero: un compañero, una cría, familia...

Cluny se agachó para esquivar la lluvia de castañas verdes que caía sobre él.

-¡Sucio canalla asesino! -gritó Juana-. ¡Escoria podrida y abominable! ¡Si te acercas a mi familia, te arrancaré el único ojo que tienes de esa cara apestosa!

Cluny comprendió que su argucia había tenido éxito, y esquivó una nueva andanada de castañas verdes.

- Lanzar cosas no te va ser de mucha ayuda. Escucha, soy una criatura razonable. Todo lo que te pido es que pienses en tu familia. No tienes por qué unirte a nosotros si no quieres. Quédate en ese árbol para siempre, si quieres, no me molesta. Lo único que necesito es ese trozo de tapiz. No es mucho pedir, ¿no crees? Tus seres queridos estarán a salvo si me lo das.

Juana estaba a punto de arrojar más castañas y proferir nuevos insultos, cuando cayó en la cuenta de que todo era una estratagema de Cluny. La rata intentaba repetir exactamente lo que habían hecho antes Basilio y ella. Era todo una trampa para que bajara la guardia. Bueno, los dos podemos jugar a ese juego, pensó. La horda de soldados que contemplaba a la ardilla vio que se obraba en ella un gran cambio. Parecía alterada, se mordisqueaba el labio y se frotaba las patas. Llena de angustia, aferró el tapiz, apretándolo contra su cuerpo.

- No me importan los demás de Redwall, pero tengo marido y un hijo pequeño. No les harás daño, ¿verdad, Cluny?

El jefe militar captó un sollozo en la voz de la ardilla.

- No, no, por supuesto que no -dijo con tono apaciguador-. Sólo tienes que soltar ese trozo de tela y dejar que caiga hasta mí. En el momento en que lo hagas, tendrás garantizada la seguridad de tus seres queridos, créeme, ardilla. Te doy mi palabra de honor.

Juana se enjugó las lágrimas con el tapiz falso y se sorbió la nariz con aire lastimero antes de responder.

-Bueno, de acuerdo. Si tengo tu promesa de que mi familia estará a salvo, puedes quedarte con este trapo. No significa nada para mí.

Juana soltó el paño, que descendió por entre las ramas del árbol; Cluny apenas pudo contenerse para no saltar y cogerlo al vuelo. Mataconejos se adelantó rápidamente con un brillo reverente en los ojos. Recogió el trapo de cocina suavemente y se lo ofreció a Cluny.

-Aquí tiene, su señoría, el precioso objeto sano y salvo.

Cluny cogió el trapo con impaciencia. Entornó el ojo. Algo no iba bien. De repente soltó un rugido de rabia. Al instante sus secuaces se arrastraron hacia los arbustos, mientras el jefe rasgaba el supuesto tapiz en pedazos con sus poderosas garras, mientras bramaba como un poseso:

-Es falso, es una copia, pura basura. ¡Aaaaaaaaarggg!

Desde su posición en el árbol, Juana lo contemplaba con lúgubre satisfacción.

-Sí, pura basura, rata, igual que tú. El verdadero tapiz ya está de vuelta en Redwall. Has sido engañado.

-¡Matadla!! ¡Matad a esa sucia estafadora! -gritó Cluny, pero antes de que pudieran arrojar lanza o proyectil alguno, Juana había desaparecido, saltando de árbol en árbol con artística velocidad. Muy por encima del sotobosque de Mossflower, en las capas superiores de follaje, la ardilla campeona tomó la dirección de la abadía de Redwall.

Hacia el atardecer llegó Juana, saltando ágilmente desde la alta rama de un olmo hasta el parapeto del muro de la abadía. Por la alegre cháchara y el júbilo generalizado que llegaba a sus oídos, supo que una vez más el retrato de Martín estaba a salvo.

Bajó dando saltos hasta el jardín, donde la rodearon sus amigos, vitoreándola, entre ellos el señor Ardilla, que la cubrió de besos. Su hijo, Samuel Silencioso, se sentó en su hombro y le humedeció la cabeza acariciándosela amorosamente con la patita que chupaba.

Las criaturas del bosque llevaron a Juana a hombros hasta el

comedor, donde estaba sentado otro afamado héroe: Liebre Ciervo Basilio, que alzó la

vista para mirar a su camarada desde detrás de una vacilante montaña de exquisita comida, y se señaló la pierna, cubierta por un vendaje realmente exagerado.

-Herida de guerra -musitó Basilio, derribando una bandeja llena de membrillo y tarta de bayas de saúco-. Tengo que recuperar fuerzas, ¿comprendes? Grandes cantidades de alimento; único modo de curar una herida honorable. Alimentarla, ¡sí, señor!

Samuel Silencioso saltó sobre la mesa y mostró a Basilio un diminuto rasguño en la pata que no se chupaba. La bondadosa liebre lo examinó con expresión grave.

-¡Pardiez! ¡Parece que tenemos otra grave herida de guerra! Será mejor que te sientes a mi lado, pequeño guerrero. Aliméntala bien, es justo lo que necesita.

Ambos se pusieron a devorar la comida. Fray Hugo entró con sus andares de pato y el deleite pintado en el rostro.

-Buenas criaturas -dijo, riendo entre dientes-. El rosal tardío está empezando a florecer. Comed hasta hartaros.

Juana colocó las patas sobre los hombros del gordo ratón. En el rostro de la ardilla se leía una mezcla de tristeza e inquietud.

-Fray Hugo, viejo amigo, prepárate para lo que te voy a decir. ¡Soy portadora de trágicas noticias!

-Dime, Juana -pidió Hugo, mostrando en su rostro rechoncho la alarma que sentía-. ¿Qué horrible noticia es ésa?

-Me temo -dijo Juana con voz entrecortada que Cluny ha roto uno de tus paños de cocina más viejos y venerables. ¡Ay, Redwall no volverá a verlo secando platos!

Detrás del fraile, Basilio y Samuel estuvieron a punto de atragantarse de tanto reír mientras comían un pudín de manzana y nata.

Los rayos del ocaso iluminaban el Gran Salón, donde el viejo Matusalén trabajaba concienzudamente con hilo y aguja. Estaba cosiendo el retrato de Martín el Guerrero en su sitio, en el rincón del espléndido tapiz de Redwall.

18



Matías se acurrucó en el nido de Alaparda. Sintió un agradable escalofrío y se retorció para hundirse más en el musgo seco, plumón y hierba tierna. Durante la noche se había levantado viento. Se asomó por el borde del nido. El día era gris, del tipo que se presentaba a menudo en el principio de un verano demasiado caluroso. Las nubes cruzaban el cielo de punta a punta, pero no llovía, y el aire era cálido. No obstante, los aleros y las grietas del tejado magnificaban los suspiros y gemidos del viento en su vagabundeo, lo que impulsó al joven ratón a hacerse un ovillo una vez más como había hecho a menudo en su propia cama. Pensó en aquella pequeña cama, limpia y cómoda, y sintió una gran nostalgia. ¿Volvería a dormir en ella?

Un rápido aleteo le anunció la llegada de la madre gorrión.

-¡Ratón Matías dormilón! ¡Levantar! Cosas que hacer hoy.

Matías se desperezó, bostezó y se rascó el cuello bajo el collar.

- Buenos días, Alaparda -dijo cortésmente-. ¿Qué cosas hay que hacer hoy?

- Hoy Matías escapa corte Gorrión -dijo Alaparda, mirando con gravedad al joven ratón-. Yo hago plan. Rey no hace bien tener ratón prisionero.

Matías se despertó del todo bruscamente y fijó su atención en las palabras de Alaparda.

-¿Un plan? ¿Qué plan? ¡Oh, dímelo, Alaparda, por favor!

-Primero. no poder volver por trampilla. Rey muy enfadado, hace echar gran pila pizarras sobre puerta. Detener intrusos. Puerta no abre más, creo.

-¡Vaya! -exclamó Matías con un silbido-. ¡El viejo gorrión astuto! Pero ¿cómo voy a bajar entonces? ¿Crees que podrías bajarme volando? Eres más grande que Pico de Guerra...

-Matías loco -replicó Alaparda, desechando la idea rápidamente-. Ni siquiera Pico de Guerra y Alaparda juntas pueden hacer eso. Gorrión muy ligeros, puede que picos y garras fuertes, pero alas pequeñas, no como pájaros grandes, caer corno piedras llevando ratón. A veces incluso gusano muy pesado, traer en trozos, dos, tres viajes.

Matías quiso disculparse por su ignorancia, pero la madre gorrión le cortó en seco.

-Alaparda piensa plan; presta atención ahora. Yo enviar a Pico de Guerra a viejo ratón de puerta, ¿cómo llamar? ¿Matusalén? Bien. Mi gorrioncillo dice a viejo ratón que hacer subir a gran ardilla roja, con mucha cuerda. Cuando ella ver a ti en tejado, ella trepa y ayuda a Matías a bajar.

-¡Pues claro! -exclamó Matías-. ¡Qué idea tan espléndida! No tendría el menor miedo si Juana me ayudara a bajar. Pero ¿qué hay del rey y de sus guerreros? Si me ven, no tendré la menor oportunidad.

- Eso siguiente parte plan -dijo Alaparda, agitando un ala con impaciencia-. Pico de Guerra vuelve muy pronto. Ella dice qué hora ardilla viene. Entonces Alaparda dice gran mentira a otros gorriones. Propagarse pronto.

-Propagar mentiras -dijo Matías, desconcertado-. ¿De qué servirá eso?

-Gran mentira -dijo Alaparda, arreglándose las plumas con el pico y sonriendo astutamente-. Yo susurro un poco aquí y allí sobre Colmillo Venenoso gigante. Digo que está herido abajo, en bosque, que va a morir. Colmillo Venenoso tiene espada, ¿comprendes?

- ¡Cáspita! -exclamó Matías, mirando a Alaparda con admiración-. Vas a propagar el rumor de que la serpiente tiene la espada y que está en el bosque muriéndose. Asombroso; ya me lo imagino. El rey Gorrión se irá allí inmediatamente con sus guerreros. Mientras tanto, yo escaparé saliendo por el tejado. ¿Cierto?

-Matías roba cinturón, funda espada, rápido -dijo Alaparda, asintiendo. Bajar de tejado con ardilla roja.

El joven ratón eludió mirar al gorrión a los ojos, abrumado por la sensación de culpa y la vergüenza.

-Alaparda, lo siento. ¿Cómo lo has adivinado?

-Yo sé todo el tiempo -dijo el gorrión, poniendo una garra sobre su pata-. Ratón Matías no viene para traer mi hija a casa. Viene por espada. No espada, pero cinturón y funda pertenecen ratones. Tienes que llevar. Esas cosas problemas para Gorrión. Marido muerto por culpa espada. -Alaparda le apretó la pata cordialmente-. Ratón gusta Alaparda. Tú buen amigo de mi Pico de Guerra. Yo creo que ella muerta hasta que tú traes. Yo ayudo robar cinturón, funda.

Matías no encontraba palabras. Apoyó la cabeza en las suaves plumas de la madre gorrión y se secó una lágrima de la mejilla. Pico de Guerra llegó muy agitada.

-Viento mucho fuerte. Viejo ratón dice que envía a ardilla Juana. Tú salir al tejado cuando campana José suena para gusano comida. Ardilla Juana viene a buscarte con cuerda.

Matías no probó apenas la comida que había traído Pico de Guerra; tenía la cabeza puesta en el plan. Era extremadamente arriesgado. Correría un gran peligro, y no sólo él, sino también sus amigas Gorrión.

¿Y si Toro Gorrión se llevaba el cinturón y la vaina de la espada?

¿Y si no se los llevaba, pero los ocultaba en algún sitio? ¿Lo vería Juana desde abajo?

Librodot

¿Y si no intentaba huir por el tejado, qué?

Eran muchas las cosas que podían salir mal. ¿Qué habría hecho Martín el Guerrero en una situación semejante? Matías decidió que le habría echado valor y había confiado en la suerte de un guerrero, v eso era exactamente lo que haría también él.

Alaparda abandonó el nido una hora antes de que la Campana de José anunciara la hora de la comida: tenía que propagar la historia de la serpiente. Entre los Gorrión circulaban rumores con frecuencia, bastaba con susurrar unas cuantas frases en los lugares precisos. Muy pronto en la corte del rey Toro Gorrión se armaría un gran revuelo. Más tarde, cuando se demostrara que todo era falso, nadie recordaría quién había iniciado el rumor; siempre pasaba igual con los Gorrión.

Matías pasó unos minutos angustiosos en el nido con Pico de Guerra. Cuando se diera por cierta la falsa noticia, el joven gorrión tendría que irse con el rey y los demás guerreros. Posiblemente los dos amigos no volverían a verse nunca más.

Sin embargo, no había tiempo para despedidas sentimentales. Fuera del nido se estaba formando un lío de mil demonios.

Alaparda había cumplido con su cometido a la perfección. Un sordo tamborileo llenó el aire, como si golpearan el suelo de madera con muchas alas a la vez.

-Rey llama a guerreros -murmuró Pico de Guerra-. Tengo que ir. Yo encuentro a ratón Matías un día. -Desató el collar, que cayó del cuello de Matías-. Amigo ratón dejó libre a mí. Ahora yo dejo libre a ti. Pico de Guerra se va ahora, Matías. Buena caza de gusano.

Se estrecharon pata y garra. El joven ratón se despidió en el lenguaje de los Gorrión:

-Matías busca a Pico de Guerra. Verá algún día. Tú te vas ahora. Ser valiente. Gran guerrero Gorrión. Gran amiga. Con un rápido aleteo, Pico de Guerra desapareció.

Matías se mantuvo bien oculto en el nido, escuchando el batir de las alas y la cháchara de los gorriones, hasta que se perdieron en la distancia. Finalmente se hizo el silencio. Alaparda asomó la cabeza por el borde del nido.

-¡Matías venir rápido, no perder tiempo!

Juntos atravesaron corriendo la corte desierta. Alaparda sabía que había madres en todos los nidos con sus gorrioncillos, pero se mantenían siempre fuera de la vista cuando no había guerreros que los defendieran. Matías y Alaparda apartaron rápidamente el trozo de tela de saco que servía como puerta de la cámara del rey, e iniciaron la búsqueda.

La vaina de la espada no estaba colgada de la silla.

- ¡Oh, lo sabía! -exclamó Matías-. Ese astuto y viejo gorrión se lo ha llevado todo.

- No, yo visto rey -dijo Alaparda meneando la cabeza-. No llevar cinturón ni funda. Buscar más. Tenemos que encontrar mucho deprisa.

El mobiliario de la cámara era tan escaso que no fue preciso buscar mucho. Alaparda iba de un lado a otro, pero Matías se desanimó enseguida.

- ¿Para qué seguir? -dijo-. ¡No están! Sólo hay restos de comida, pizarras viejas, alas de mariposa y esta estúpida y vieja silla.

La frustración impulsó a Matías a darle un fuerte empellón a la desvencijada silla. Una de las patas se desplomó y la silla cayó hacia atrás, poniendo al descubierto la parte inferior, que era un entramado de tiras de arpillera. Alaparda saltó sobre la silla caída, parloteando animadamente.

-¡Mira! ¡Mira! Rey esconde debajo de gusano silla!

A través del entramado de arpillera, Matías vio el brillo del cuero negro y la plata. Rápidamente destrozaron la arpillera con las patas, el pico y las garras, levantando una nube de polvo y haciendo saltar el relleno por todas partes. Matías sacó la vaina y el talabarte con aire triunfal.

Allí estaba, el flexible y reluciente cuero negro, grabado y adornado con la plata más pura. La vaina encajaba perfectamente en el talabarte. ¡Aquél era verdaderamente el equipo

que había pertenecido a Martín el Guerrero de Redwall!

-No tiempo para sueños de ratón! ¡Deprisa!

Matías hizo caso a la súplica de Alaparda. Cogió vaina y talabarte y se los colgó del hombro.

-¡Estoy contigo, Alaparda! ¿Ahora qué?

Para salir de la corte, los gorriones salían echar a volar desde debajo de los aleros. Dado que no era un gorrión, Matías notó que se le hacía un nudo en el estómago ante la perspectiva de tener que salir de debajo de los aleros y, sin nada más que el vacío aterrador bajo los pies, sortear el canalón curvo y subir a la empinada pendiente del tejado.

El primer error que cometió fue mirar hacia abajo desde el borde de los aleros. Abajo, a una gran distancia, el jardín de la abadía parecía un pañuelo extendido y la muralla era el dobladillo. A su alrededor ululaba el viento borrascoso, aplastándole las orejas y obligándole a tragarse el aliento de su propia respiración. Matías sintió vértigo y se tapó los ojos con una pata. La mera idea de salir al tejado le producía náuseas.

- No puedo, Alaparda. No seré capaz de hacerlo -dijo, tragando saliva.

-Ratón Matías debe hacer -dijo la madre gorrión, dándole un fuerte picotazo en la pata-. Si no ir, tú gusano comida. Rey Toro vuelve. Mata a ti. Yo pensar que tú guerrero.

- Y yo también lo pensaba hasta que he visto lo alto que es esto -gimió Matías.

- Tú tener cuerda -dijo Alaparda, tranquilizándole con unos golpecitos en el hombro-. Traer aquí. Yo enseño.

El joven ratón corrió de vuelta al nido, hurgó en el contenido de la mochila y encontró una fuerte cuerda.

Alaparda ató la cuerda firmemente alrededor de la cintura de Matías, que probó el nudo con aprensión, cuando ella le dijo lo que se proponía hacer.

- Yo volar hasta tejado. Sujeto extremo cuerda mucho fuerte. Tú saltas. No preocupas, yo subo a ti.

Alaparda aferró el extremo de la cuerda con el pico, voló hasta el tejado y se preparó para tirar.

- Matías venir ahora, yo lista -gritó.

-No pienses en ello -se dijo Matías a sí mismo en voz alta-. ¡Tú hazlo! -Sujetándose con todas sus fuerzas a la cuerda, se lanzó al vacío.

Matías cerró los ojos. Le pareció que se le paraba el corazón al caer. La cuerda se tensó y él se detuvo de repente. El viento lo movía de un lado a otro como a una pluma. Apretó los dientes y empezó a subir por la cuerda, pues no podía apoyarse en el muro, va que el canalón hacía sobresalir la cuerda.

-Trepar bien. Alaparda tiene cuerda mucho sujeta -gritó el gorrión desde lo alto del tejado, pero su voz llegaba amortiguada por el viento.

A Matías le temblaban las patas por el esfuerzo de subir su propio peso, pero siguió ascendiendo valientemente hasta llegar al canalón. Necesitó de todo su arrojo para soltar la cuerda y agarrarse al fino borde. Armándose de valor, lo hizo en un solo movimiento, metiendo las patas con fuerza en el canalón de piedra arenisca erosionada por las inclemencias del tiempo. ¡Pero aquel peso inesperado hizo que se rompiera!

Matías cayó de cabeza. Un trozo de piedra le pasó rozando en su camino hacia el suelo. La cuerda se tensó con una sacudida que lo dejó sin respiración. Matías se balanceó al final de la cuerda unos instantes y luego empezó a deslizarse hacia abajo lentamente.

Alaparda había perdido el equilibrio. Las garras del gorrión chirriaban sobre las pizarras del tejado, resbalando por la fuerza con que tiraba de ella el ratón al otro lado de la cuerda. Alaparda echaba el cuerpo hacia atrás, intentando hundir las garras en alguna rendija para evitar el inexorable descenso. Apareció ante ella el borde del canalón que, sorprendentemente, le sugirió una última acción desesperada. Con la velocidad del rayo, Alaparda tiró de la

cuerda con fuerza, consiguiendo subir un trozo más y, con un hábil coletazo, metió la cuerda en la rendija del borde roto del canalón. La cuerda resbaló, pero al final quedó encajada. Alaparda echó a volar y le dio unas cuantas vueltas a la cuerda para sujetarla firmemente al saliente roto. Después soltó la cuerda y voló hacia Matías. Situándose debajo de él, empezó a empujarlo hacia arriba.

Matías trepó por la cuerda con todas sus fuerzas. Ayudado por Alaparda, consiguió llegar al canalón. Se aferró al borde justo cuando el afilado canto de la piedra rota cortaba la cuerda con un horrible chasquido.

Empujado por Alaparda, Matías consiguió trepar por el borde del canalón y cayó al interior.

Alaparda se reunió allí con él. y ambos se quedaron tumbados, completamente exhaustos, rodeados por el ulular del viento, asombrados de haber escapado a un peligro tan grande.

La madre gorrión fue la primera en recobrarse. Implacable, obligó a Matías a ponerse en pie.

- ¡Matías, dar prisa! Perdemos tiempo.

La ascensión por el empinado tejado era extremadamente traicionera. Matías, que estaba algo alterado por sus arriesgadas acciones, soltó una risita.

- No es más que el trabajo rutinario de un día en la vida de un guerrero -dijo a su amiga-. No tengo de qué preocuparme, jajaja.

Teniendo en cuenta las pizarras sueltas, el fuerte viento y algún que otro resbalón, Matías consideró que no lo había hecho nada mal cuando llegó al caballete del tejado. Se sentó en él a horcajadas y miró hacia delante, hacia la punta norte de la veleta.

Alaparda apareció revoloteando sobre su cabeza, vio la expresión satisfecha en la cara del ratón y le acarició las orejas.

- Ratón Matías, debo ir ahora, no puedo ayudar más. Tener cuidado. Buena gusano caza.

Alaparda echó a volar de vuelta a su nido de la corte del rey Toro Gorrión, y Matías avanzó por el caballete del tejado.

Jamás olvidaría a Alaparda ni a su hija, Pico de Guerra. Los amigos que te ayudan en los momentos de necesidad, son amigos para siempre.

Apoyado en la veleta, Matías se protegió los ojos con una pata y miró hacia los jardines de la abadía. Desde allí inició una búsqueda sistemática, subiendo progresivamente. La parte de abajo esta-ha tan lejos que prácticamente no distinguía nada.

La Campana de José anunció la hora de la comida.

Al principio Matías no estaba seguro. Entrecerró los ojos y forzó la vista. Sí, un pequeño punto oscuro trepaba hacia el tejado. Esperó con el corazón en un puño a que estuviera más cerca.

¡Era Juana Ardilla!

Cogiéndose a la veleta con una pata, Matías empezó a dar botes y a agitar la otra pata frenéticamente gritando a pleno pulmón.

-¡Hola, Juana! Soy yo, Matías. Date prisa. ¡Por favor. date prisa!

Juana ponía todo su empeño, pero desde un principio se había visto obstaculizada por su cola larga y espesa, que el fuerte viento agitaba de un lado a otro. Juana no podía impedir que su propia cola fuera un estorbo que la hacía vacilar. No obstante, siguió trepando animosamente. Por lo general, no habría intentado la ascensión con aquel viento, pero la situación lo requería, así que hizo todo lo posible por concentrarse. El viento impedía que la voz de Matías llegara hasta ella, pero alguien más había oído los gritos del joven ratón: ¡el rey Toro Gorrión!

El rey, que no había encontrado espada ni serpiente, estaba de muy mal humor. Ordenó a la partida de gorriones que siguieran buscando en el bosque. Mientras tanto, él volvería a la

corte, donde afirmó tener importantes asuntos que atender. Toro Gorrión salió volando del bosque secretamente aliviado. Después de pensarlo bien, no le apetecía lo más mínimo enfrentarse una segunda vez con la gigantesca Colmillo Venenoso, tanto si estaba viva como muerta, o sólo lo fingía, como solía hacer. Farfullando y gruñendo para justificarse a sí mismo, el rey voló hacia el tejado.

-Juana, aquí arriba! ¡Mira, tengo la vaina!

Los brillantes ojos de Toro Gorrión miraron hacia la veleta. Allí estaba el maldito gusano ratón, agitando la pata y gritando, con la funda de la espada y el cinturón. El rey lo vio todo claro. ¡Había sido víctima de un engaño!

Enloquecido de rabia, Toro Gorrión salió disparado como una flecha hacia el cielo. Cuando estuvo sobre el ratón, a una buena distancia, se lanzó en picado sobre él, como una piedra.

Matías soltó un chillido de dolor v miedo cuando el pico del rey se clavó en su hombro. Instintivamente lanzó la pata libre hacia atrás v golpeó a Toro Gorrión en un ojo. Las garras del furioso rey estuvieron a punto de levantar a Matías de la veleta, cuando el gorrión aferró el talabarte, intentando arrebatárselo. Matías soltó la veleta y aporreó la cabeza del rey con ambas patas. Notó que sus pies abandonaban el tejado cuando el enloquecido gorrión tiró del talabarte, haciendo que la vaina de la espada se soltara. La vaina cayó sobre el rostro del joven ratón.

Furioso, Matías agarró la vaina y la usó como espada para golpear sin clemencia una, dos y tres veces al rey Gorrión en plena cara. La fuerza de los golpes de la pesada vaina dejó al rey sin sentido, y el gorrión cayó a plomo del tejado. Matías soltó un chillido de pánico. ¡Las garras del rey seguían sujetando con fuerza el talabarte!

Abajo, una horrorizada Juana Ardilla se tapó la boca con la pata. Oyó el chillido y vio a Matías y a Toro Gorrión en el aire, unidos por el talabarte. Caían al vacío desde la punta más alta del tejado de la abadía.

19



Cazagallinas tenía uno de sus ataques de risa, incluso intentó una pequeña danza. Lo habían dejado solo, a sus anchas.

El tonto del viejo abad y sus estúpidos devotos estaban fuera, ocupados en reforzar el portón de entrada, en hacer la instrucción, en acarrear cosas de un lado a otro y en ser buenos y útiles.

¡Qué pandilla de tontainas!

Con un saco al hombro, el taimado zorro recorría todas las habitaciones. La abadía era su ostra.

-Mmm, qué bonito jarrón de cristal verde.

-Vaya, qué preciosa bandejita de plata.

-Caramba, mira que dejar una hermosa cadena de oro como tú por ahí encima.

-Bueno, bueno, os meteré a todos en mi saco. ¡No os preocupéis, el tío Cazagallinas os cuidará muy bien!

Entre risitas de deleite, el zorro corrió por el pasillo hasta la siguiente habitación. En su saco de ladrón desaparecieron objetos valiosos y recuerdos familiares que pertenecían a los ratones y a sus huéspedes del bosque. El zorro no podía contener las risas. Tanto trabajo y tanta lucha de Cluny para hacerse con el botín, y allí estaba él, apoderándose de todo.

Era Cazagallinas, maestro ladrón. Había sobrevivido a Sela, había sido más listo que Cluny y había engañado a toda una abadía llena de ratones. ¡Un día se hablaría de él como el Zorro Príncipe de los Ladrones! Cazagallinas se detuvo para admirar un hermoso par de cascanueces de latón. ¡Oh, sí, eran muy elegantes! Al saco que fueron. Bajó corriendo las escaleras de la Caverna. En las mesas estaba servido el té de la tarde. El zorro fue de sitio en sitio, engullendo y bebiendo, pero por su boca pasaron tan sólo los bocados más exquisitos. En su recorrido por el comedor, recogió una cantidad considerable de cubiertos y unas hermosas vinagreras antiguas. Lo que no era del gusto del joven zorro, acababa tirado o roto. Derramó el pan y la leche y los pisó; rompió las velas y estampó las verduras en las paredes.

Cazagallinas volvió a echarse el saco al hombro y se encaminó a la cocina. Abrió la puerta de un puntapié y entró con aire decidido, para ir a dar de morros con el obeso fray Hugo, al que derribó.

Aquel susto inesperado hizo que Cazagallinas saliera corriendo hacia la Caverna con los gritos indignados del fraile resonándole en los oídos.

-¡Al ladrón, al ladrón! ¡Detened al zorro!

Cazagallinas subió corriendo las escaleras hasta el Gran salón. Detrás de él, fray Hugo se había puesto en pie y corría pesadamente, dando la voz de alarma.

-¡Al ladrón, al ladrón! ¡Vuelve aquí, villano!

Matusalén estaba dando los últimos toques al arreglo del tapiz, con gran amor y esmero. Sólo un observador muy perspicaz se daría cuenta de que se había roto. Los gritos de advertencia hicieron que interrumpiera su tarea. Al darse la vuelta, vio al zorro corriendo hacia la puerta y a fray Hugo muy atrás, gritando a voz en cuello.

Matusalén sólo tuvo que dar unos pasos para bloquear la puerta. Valientemente alzó una de sus frágiles patas para detener al zorro.

-¡Villano! -exclamó-. Así es como pagas nuestra bondad. ¡Eres mucho peor que tu malvada madre!

Cazagallinas aferró el saco lleno con ambas patas y golpeó al anciano portero en la cabeza.

-Aparta, viejo papanatas -dijo, jadeante.

El pesado saco dio a Matusalén un golpe demoledor. Se desplomó y quedó inerte en el suelo.

Cazagallinas se detuvo en seco. El saco le resbaló de sus débiles patas. Fray Hugo se detuvo también. El zorro miró la conmovedora figura de Matusalén. El golpe había sido más fuerte de lo que él pretendía.

-¡Asesino! ¡Bárbaro! ¡Has matado al hermano Matusalén!

El grito de fray Hugo impulsó al zorro a la acción. Agarró el saco y huyó de la abadía.

El pequeño y obeso fraile cayó de rodillas con la cara cubierta de lágrimas. Acunó al pequeño y triste bulto que en vida había sido el ratón más anciano y sabio de Redwall.

Cazagallinas se deslizó furtivamente a lo largo de los muros de la abadía, atravesó con sigilo los jardines y llegó a una de las puertas pequeñas del muro exterior de Redwall. El asesino se hallaba en el bosque antes de que Hugo se serenara lo suficiente para dar la voz de alarma. Aplicándose con frenético afán a descorrer barras y pestillos, consiguió finalmente abrir la pequeña puerta de hierro y salió disparado hacia el bosque de Mossflower sin mirar hacia atrás. Mientras corría, oyó la Campana de José tocando a rebato.

Cazagallinas fue recobrando la confianza a medida que ponía tierra de por medio. Se

echó a reír. ¡Viejo papanatas! Le estaba bien empleado por meterse donde no debía. ¿No se había dado cuenta de que se enfrentaba con Cazagallinas, el señor de todos los criminales?

Una vez en las profundidades del bosque, se detuvo y aguzó el oído por si el viento llevaba hasta él sonidos de persecución. Distinguió sonidos débiles. Quienquiera que fuera corría a toda velocidad sin importarle que arbustos o vegetación le cortaran el paso. El sonido de las ramas rotas y el sotobosque pisoteado fue acercándose. El fino olfato del zorro le dijo que le perseguían dos criaturas. Una de ellas era un erizo, pero ¿y la otra? A Cazagallinas empezaron a temblarle las piernas; el latido de su corazón le retumbaba en los oídos. Sólo había una criatura en todo el bosque con aquel fuerte e inequívoco olor... ¡Constanza, el tejón hembra!

Instintivamente, el aterrado zorro miró a un lado y a otro buscando un escondite, puesto que el pánico le impedía echar acorrer. Una fuerza oscura pareció responder a sus ruegos. A menos de diez metros de donde se encontraba, vio el refugio perfecto, un hueco en la base de un roble muerto. Había un espacio entre dos gruesas raíces, parcialmente cubierto por helechos. Cazagallinas echó el saco al agujero y se metió detrás de él.

Sorprendido, encontró un espacio grande y seco con una gruesa alfombra de hojarasca y hierba seca. Estaba muy oscuro, pero era el mejor escondite que podría encontrar con tan poco tiempo. Allí sería invisible y estaría a salvo. ¡Que siguieran buscándolo!

Constanza avanzaba por el bosque como un ciclón, seguida por Ambrosio Púas. Eran tan grandes la ira y la pena del tejón que no se preocupó en seguir el rastro, acechando a su presa, sino que lo arrollaba todo a su paso. Su rostro listado era una máscara de fría cólera. El erizo corría detrás de ella. Las grandes patas de Constanza estaban dispuestas a partir en dos al zorro asesino, al que ningún poder en la tierra podría salvar si lo atrapaba. Pero la venganza del tejón no se iba a producir.

Temblando de miedo, Cazagallinas contuvo el aliento cuando el gigante del bosque pasó con gran estruendo a un par de metros de su escondite, y estuvo escuchando mientras aquel sendero de destrucción se perdía en las profundidades de Mossflower hasta que el silencio volvió a reinar en el bosque.

Cazagallinas exhaló al fin un largo suspiro de alivio.

Una vez más, el señor de los criminales, como él mismo se había proclamado, había sido más listo que un par de meros animales.

¿Dónde demonios creían que estaban?

Cuando se corriera la voz de sus temerarias hazañas, otras criaturas acudirían a él, otros zorros quizá. Sí, ya se lo estaba imaginando: Cazagallinas a la cabeza de una banda de zorros salteadores, que robarían siempre que a él le viniera en gana. Por supuesto tendría que cambiarse el nombre para adoptar uno más acorde con su posición: Relámpago Rojo, o Colmillo de la Noche, o quizá Muerte de Ratón. Sí, le gustaba cómo sonaba: ¡Muerte de Ratón! Sus secuaces lo admirarían, se contarían unos a otros historias sobre sus increíbles hazañas, convencidos de que el misterioso Muerte de Ratón había sido siempre un infame ratón, sin sospechar siquiera sus humildes orígenes como Cazagallinas, hijo de la vieja Sela.

Acurrucado en la oscuridad, el joven zorro decidió que tenía ya el camino despejado y que podía salir de allí. Echó la mano hacia atrás para coger el saco que contenía su primer robo en solitario. Antes de irse quería acariciar sus tesoros una vez más, para asegurarse de que había iniciado su nueva vida con buenos auspicios. En la oscuridad del escondite, su pata tocó algo.

No era el saco con el botín.

-¡Asssssmodeo!

Aquella noche, la Campana de José tocó un mensaje de tristeza y pesar para la abadía de Redwall.

Ratones y criaturas del bosque estaban sentados en el suelo de piedra del Gran Salón, cada uno sumido en sus propias y tristes meditaciones.

Dos ratones de Redwall muertos en un mismo día.

Juana Ardilla escondía la cabeza entre las patas. El señor Ardilla se había llevado a la cama a un inconsolable Samuel. Juana había explicado al abad y a la asamblea la caída de Matías del tejado junto con el gorrión, tal corno la había presenciado. En lugar de caer en línea recta, las fuertes ráfagas de viento habían alejado a las dos criaturas de su campo de visión, por lo que nadie sabía dónde había ido a parar el cuerpo del joven ratón.

Al llegar abajo, la ardilla había organizado partidas de rescate, que habían batido la zona mientras quedaba luz suficiente, para regresar tras varias horas de búsqueda infructuosa por las tierras de la abadía y el bosque de Mossflower.

El benévolo padre abad consoló a la ardilla.

Juana, no ha sido culpa tuya. Tú no podías hacer absolutamente nada, amiga mía. Ninguna criatura podría sobrevivir a semejante caída. Mañana volveremos a explorar la zona, y luego debemos enterrar a mi viejo amigo Matusalén. Pobre ratón, jamás hizo nada para merecer un destino tan cruel. -El abad señaló el tapiz y meneó la cabeza-. Mira, la última buena obra de mi viejo portero. Devolvió a Martín al lugar de honor que le correspondía. Matusalén era el ratón más bueno que he conocido en mi vida. ¡Oh, qué tragedia! ¡Cómo se han malgastado dos vidas: una dedicada al estudio y la otra segada antes de que el árbol de la juventud hubiera tenido ocasión de florecer!

-Padre abad -dijo entonces Azulina, pálida, con los ojos secos y los puños apretados-, la vida de Matías no se ha malgastado, fue un tremendo acto de heroísmo y sacrificio. Murió intentando ayudar a Redwall y a todos nosotros en la lucha contra las fuerzas del mal, igual que su amigo Matusalén. Estoy segura de que a ellos les gustaría que los recordáramos como guerreros y héroes en nuestro corazón.

Todos los presentes aprobaron sus palabras con murmullos. Abrumados por los tristes acontecimientos, los defensores abandonaron el salón, algunos porque debían hacer guardia, otros para acostarse.

Constanza se quedó sentada en el suelo con rostro inexpresivo, abriendo y cerrando los puños. El hermano Alf se levantó para desperezarse.

-Será mejor que duermas un poco, Constanza.

El tejón se levantó con gesto cansado y se frotó los ojos.

- No, gracias, hermano. No podría dormir en un momento como éste. Ya sabes lo que es eso.

El hermano Alf suspiró. Sí, lo sabía. Había observado a Matías desde su llegada a las puertas de la abadía, como un huérfano del bosque, siempre cortés, alegre y bien dispuesto, pero ahora...

- Ven conmigo, entonces -dijo Alf-. Tengo trabajo que hacer. Se han de tender las redes nocturnas. ;No querrías venir y ayudarme?

Contenta de tener algo en lo que ocuparse, el tejón hembra accedió, y ella y Alf salieron de la abadía, charlando de los viejos tiempos.

-¿Recuerdas aquel enorme tímalo que pescasteis Matías y tú? -preguntó Constanza.

-¡Que si me acuerdo! -exclamó el hermano Alf entre risas-. Matías no cejó hasta que el pez estuvo en la orilla. Yo quería rendirme, pero él no.

-Sí -dijo Constanza, asintiendo admirativamente-. ¡Aquel pez alimentó a toda la abadía! Lo recuerdo porque yo comí tres raciones, dos menos que ese cubo de basura con pinchos, Ambrosio.

Paseando tranquilamente por la orilla del estanque de la abadía, los dos compañeros recogieron las redes para extenderlas sobre el agua. El hermano Alf se alejó en busca de flotadores. Constanza estaba a punto de sentarse al borde del agua, cuando oyó que Alf

gritaba:

-¡Constanza, mira! ¡Allí abajo! ¡Hay un gorrión!

El tejón hembra corrió hacia el ratón, mirando hacia donde éste señalaba. En efecto, el cuerpo del rey Toro Gorrión yacía medio hundido en el agua. Constanza entró en el agua salpicando agua en abundancia, y arrastró el cadáver hasta la orilla musgosa.

-Parece que se ha ahogado, hermano. Rápido, ve en busca de ayuda y trae faroles. ¡Deprisa!

El tejón chapoteó en el agua, dando vueltas, buscando. ¿Por qué, oh, por qué la partida de rescate no había pensado en el estanque de la abadía?

La ayuda llegó rápidamente.

-¡Apártate, Constanza! El resto, esos faroles bien altos. -Sin perturbar apenas la superficie, Winifred y otras tres nutrias se introdujeron en el agua. Winifred daba las órdenes mientras nadaba-. Separaos y zambullíos. Dividiremos el estanque en cuatro zonas. Yo me ocuparé del cuadrante sur.

Transcurrieron unos momentos de tensión. Una muchedumbre de criaturas se agolpaba en las orillas del estanque. Sólo se veía el agua negra, cuya quietud interrumpía a intervalos la esbelta forma de una nutria que salía a la superficie y volvía a sumergirse.

Se alzó un clamor cuando Winifred reapareció arrastrando una forma inmóvil. Unas ansiosas patas izaron la carga de la nutria hasta la orilla.

-Mirad lo que he encontrado medio hundido en el agua -dijo Winifred-. Las cañas han impedido que se hundiera. Las criaturas se apiñaron en torno a la figura.

- ;Es Matías?

- ;Está vivo o muerto?

Constanza se abrió paso hasta la figura inerte y empapada. El abad y Azulina fueron detrás.

- ¡Dejadnos sitio! -pidió el abad-. Si de verdad queréis ayudar, apartad, por favor. Que alguien le dé un farol a Azulina. Sostenlo en alto, buena muchacha.

La multitud retrocedió, obediente. Se llevaron más faroles. El abad se afanó en reanimar a Matías, moviéndole los brazos y golpeándole el pecho.

Azulina planteó la pregunta que estaba en el pensamiento de todos:

-¡Oh, padre abad! ¿Está vivo? No se mueve.

-Silencio ahora -dijo la nutria, rodeándole los hombros con su húmeda pata-. El abad hace cuanto está en su mano. Pronto lo sabremos.

El hermano Alf se abrió paso, llevando algo entre las patas.

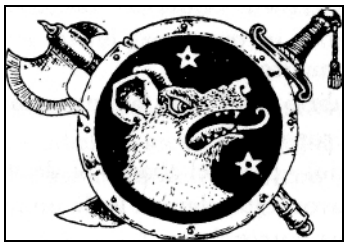
- Winifred, una de las nutrias acaba de salir con este talabarte y esta vaina de espada. Los ha encontrado cerca de donde estaba Matías.

- Traedlos -dijo Constanza-. Tal vez sean útiles si Matías abre los ojos. Nunca se sabe.

- Azulina -dijo el abad apremiante-. Dame ese farol. ¡Deprisa! -El abad acercó el cristal del farol a la nariz y la boca de Matías, y se vio recompensado por el débil vapor que lo empañó-. ¡Vive! Traed mantas y una camilla, tenemos que llevarlo a la abadía...

Sin decir una palabra, Constanza levantó a Matías suavemente como si fuera una pluma. Con mucho cuidado, el gran tejón hembra apretó al joven ratón contra su pelaje áspero y cálido. La multitud abrió un pasillo por el que ella avanzó con presteza hacia la abadía. Los faroles oscilaban en la oscuridad como luciérnagas, cuando la gran Campana de José lanzaba un mensaje de alegría y esperanza al bosque de Mossflower.

20



El nuevo día amaneció brumoso bajo la tenue luz del sol. Inundó la campiña hasta expandirse de repente y desbordarse sobre el pacífico bosque y los prados. Cada gota de rocío, de un dorado azul teñido de rosa. se convirtió en una fulgurante joya; las telarañas se volvieron filigranas resplandecientes, los trinos de los pájaros vibraban en el aire como si no hubiera habido jamás un día tan fresco ni tan hermoso como aquél.

Cluny el Flagelo no percibió en absoluto el espectáculo de la Naturaleza en toda su gloria. Entornaba su único ojo para mirar hacia arriba, a través del humo de las fogatas matutinas.

-Va a hacer tanto calor como en las calderas del infierno, pero al menos no lloverá -musitó para sí.

Bajo la mirada impaciente del jefe, los soldados de Cluny engullían un desayuno apresurado antes de recoger las armas y, debidamente pertrechados para la batalla, formar con rapidez.

El armero personal de Cluny dio los últimos toques a su atavío guerrero. Cluny señaló a sus capitanes con la punta del estandarte.

Garranegra, Sapo Inmundo, Marca de Colmillo, Ladrón de Que so. Apestoso y Sarnoso se apresuraron a ocupar sus posiciones.

Cluny no había elegido aún al segundo en el mando, si bien había hecho saber que cualquiera de los soldados que se distinguiera en la lucha podría ser ascendido en el acto en el campo de batalla. Mataconejos, el hurón, estaba al lado del jefe con un tambor que había hecho de un viejo barril de agua. Oficiosamente se había nombrado a sí mismo tamborilero y adivino. El hurón observaba a Cluny con atención; el jefe iba a hablar. Aporreó el tambor para llamar a la horda al silencio. Cluny se levantó la visera del yelmo y contempló a la horda que aguardaba, expectante.

-¡Esta vez no habrá errores! -aulló-. ¡Ni retirada! Nos quedaremos, aunque eso signifique un largo asedio a Redwall. ¡Nos mantendremos firmes! Quienquiera que dé un paso atrás morirá. Quienquiera que desobedezca las órdenes morirá. Quienquiera que no luche con garras y dientes también morirá.

»Esta es mi promesa y Cluny siempre cumple su palabra. ¡Escuchadme! Nos enfrentamos con un puñado de ratones pacíficos y unas cuantas criaturas del bosque. Derrotadlos y yo os daré recompensas con las que ni siquiera habéis soñado. Los enemigos no son combatientes entrenados como nosotros, ni asesinos natos. No hay ni uno solo entre ellos que pueda acaudillarlos corno yo a vosotros.

En el centro de la primera fila había una rata que había recibido una herida durante el primer intento de tornar la abadía.

-¡Ja, acaudillarnos él! -dijo entre dientes al compañero de al lado-. La última vez que atacamos se mantuvo bien lejos en un prado.

El fino oído de Cluny captó las palabras del desdichado soldado. El jefe militar saltó al suelo desde su tribuna y agarró al tembloroso renegado, al que hizo salir de la fila para que lo viera todo el ejército.

-¿Veis a este traidor? -gritó Cluny-. Aquí hay una rata que no me considera un buen caudillo. Cluny el Flagelo lo oye y lo ve todo. Contempladme ahora, y que esto sirva de lección para nos que se atrevan a dudar de mí.

El desventurado soldado yacía en el sendero del camposanto, temblando de pies a cabeza. La horda se sumió en un absoluto silencio. El soldado miró suplicante al implacable Cluny.

-Oh, por favor, jefe, sólo era una broma. Yo no quería...

¡Crac!

La poderosa cola golpeó con destreza, azotando la cara de la rata con su punta metálica envenenada. Todo el ejército contempló con horror a la víctima que se estremecía y caía muerta a los pies de Cluny. Haciendo caso omiso del soldado asesinado, Cluny el Flagelo se abrió paso bruscamente por entre las filas de su ejército hasta llegar a las puertas del cementerio. La marcha hasta Redwall sería larga, puesto que iban cargados con el ariete y toda la parafernalia de la destrucción. Tendrían que acampar de noche junto al camino, y atacar la abadía por la mañana temprano. No habría maniobras disimuladas. Para obtener el máximo efecto, los defensores debían ver al ejército entero marchando audazmente hasta el portón de la abadía en orden de batalla.

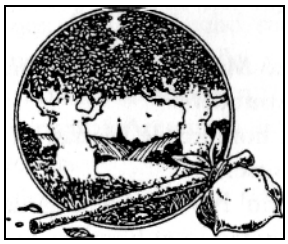
Cluny sacudió su estandarte y rugió con voz demente, al tiempo que resonaba con fuerza el tambor del hurón:

-¡A Redwall! ¡Derribad la puerta! ¡Matad, matad!

Los gritos de la horda hicieron vibrar el aire turbio a causa del calor:

-¡Cluny, Cluny, matar, matar, matar!

21



En los sueños inducidos por la fiebre, el joven ratón vagaba por cavernas oscuras. De algún sitio surgió una voz que lo llamaba.

- Matías, Matías.

Le sonaba vagamente familiar, pero tenía otras cosas más importantes que hacer que identificar aquella voz. Debía encontrar la espada. En la lóbrega oscuridad vio el rosal tardío, bañado en una suave luz azulada. ¿Qué hacía allí, en aquel oscuro mundo inferior?

Matías vio que todas las diminutas espinas del rosal parecían espadas en miniatura, y se sintió obligado a hablar con él.

- Por favor, dime, rosal tardío, ¿dónde encontraré la espada?

La rosa más alta se estremeció. Matías la vio florecer ante sus ojos. En el centro de los pétalos apareció el rostro de Matusalén.

-Matías, amigo mío, ya no puedo ayudarte. Recurre a Martín. Yo debo irme.

El rostro del viejo portero se desvaneció. Lentamente, con los pies que apenas tocaban el suelo, Matías recorrió un largo pasillo. Al final encontró dos figuras. Se detuvo ante la primera; era incapaz de reconocerla, pero percibía un aura de bondad que emanaba de ella.

Matías miró a la segunda figura y vio algo con lo que nunca antes se había encontrado. La figura no tenía brazos ni piernas. Aquella cosa espectral abrió la boca con un siseo. Dentro había dos afilados colmillos y una lengua viscosa que tembló y se convirtió en una espada. El joven ratón dio un grito de alegría y quiso echar a correr hacia la boca, pero se lo impidió la primera

figura fantasmal. Matías no se sorprendió al ver que era Martín el Guerrero.

-Martín, ¿por qué me impides que vaya a coger la espada? -preguntó.

-Matías -contestó Martín con voz franca y amistosa-. Yo más a ti. ¡Cuidado con Asmodeo!

Martín aferró el hombro de Matías. El joven ratón se retorció, intentando desasirse.

-¡Suéltame, Martín! No temo a ninguna criatura viva.

Martín siguió apretando el hombro de Matías de forma implacable. El dolor lo traspasó como una lanza al rojo. Martín gritó:

- ¡Sujetadlo bien! ¡Sujetadlo bien!

Era el padre abad, diciendo las mismas palabras que Martín. El hermano Alf sujetaba con fuerza el hombro de Matías, mientras el abad hurgaba en él hasta extraer un objeto negro y puntiagudo, que arrojó al recipiente que le ofrecía Azulina.

-¡Ay! Eso duele, padre -dijo Matías débilmente.

El abad se limpió las patas con un paño limpio.

- Bueno, hijo mío, por fin has regresado junto a nosotros -dijo-. Seguro que eso te ha dolido. Tenías la mitad de un pico de gorrión alojado en tu hombro.

Matías parpadeó y miró en derredor.

-Hola, Azulina. ;Ves?, he vuelto de una pieza. Oh, hola, hermano Alf. Oigan, ¿es Basilio el que está en esa cama?

-Silencio, Matías, y quédate quieto -le regañó Azulina-. Tienes suerte de estar vivo. Te has salvado por los pelos.

El abad Mortimer señaló los primeros rayos del sol que se filtraban por la ventana.

- Sí, pero ahora ya ha pasado todo, y mira, nos has traído una magnífica mañana estival.

El joven ratón volvió a recostarse sobre las blancas y crujientes sábanas. Era agradable sentirse vivo, a pesar de la horrible jaqueca que tenía y de la herida del hombro.

- Pero ¿qué hace Basilio durmiendo en esa cama? -insistió. -Oh. él -dijo Azulina entre risas-. El viejo granuja dice que

tiene una honorable herida de guerra que requiere mucha comida y descanso.

-Puede ser -replicó el abad-, pero sería una grosería negarse a atender sus peticiones. Al fin y al cabo, recobró el tapiz de manos de Cluny. Fue una arriesgada hazaña.

-;El tapiz de Martín está de nuevo en la abadía? -dijo Martín, encantado-. ¡Qué maravilla! Apuesto a que el viejo Matusalén está como loco de alegría.

Se produjo un silencio. El abad se volvió hacia el hermano Alf y Azulina.

-¿Podríais dejarnos solos ahora, por favor? Tengo algo que decir a Matías. Podéis venir a visitarlo mañana. Aún necesita mucho reposo.

Los dos ratones asintieron con expresión comprensiva y se fueron.

Media hora más tarde, tras contar a Matías el triste fin de Matusalén, también el abad se despidió.

Matías volvió el rostro hacia la pared, incapaz de llorar ni de lamentarse después de la tensión sufrida por sus últimas experiencias. La muerte de su viejo y apreciado amigo le dejó una sensación que era como un gran nudo de plomo dentro del pecho. Se acurrucó bajo las sábanas e intentó replegarse sobre sí mismo.

Pasó así el tiempo, atormentado por el dolor y la tristeza. Liebre Ciervo Basilio se despertó y lo llamó desde su cama.

-¡Hola! ¡Bueno, malditas todas mis medallas si ése no es el joven Matías! ¿Cómo estás, muchacho?

-Por favor, Basilio -contestó Matías con una triste vocecilla-, déjame solo. He perdido a Matusalén. No quiero hablar con nadie.

Basilio se acercó ágilmente a la cama de Matías, saltando sobre una pata.

-Bueno, bueno, amigo mío. ¿Crees que no sé cómo te sientes? Cielo santo, ¿un veterano como yo? Cuando pienso en los camaradas que he perdido en antiguas batallas... Eran amigos sin ceros y buenos, pero aprendí a mantener enhiestos los bigotes, ¿comprendes?

- Tú no lo entiendes, Basilio -dijo Matías, sin darse la vuelta. La liebre soldado soltó un bufido. Agarró a Matías y le obligó a encararse con él.

-¿Que no lo entiendo? Te diré lo que no entiendo, jovencito. No entiendo que un muchacho como tú, que se supone que es un gran guerrero, puede quedarse ahí tumbado lamentándose. Pareces una vieja nutria a la que se le acaba de escapar un pez. ¡Si el viejo Matusalén estuviera aquí ahora, te vaciaría una jarra de agua encima y te sacaría de esa cama de cabeza!

Matías se sentó y se sorbió la nariz.

- ¿De verdad lo crees, Basilio?

La liebre se dio una palmada en la pierna «herida», hizo una mueca de dolor y luego soltó una carcajada.

-¿Que si lo creo? ¡Lo sé! ¿Piensas que aquel viejo ratón sacrificó su vida para que tú pudieras estar tumbado en la cama, compadeciéndote de ti mismo todo el día? ¡Ja! Él mismo te habría dicho que así no se comporta un guerrero. ¡Levántese, señor, muévase, haga que Matusalén se sienta orgulloso de usted!

En los ojos de Matías apareció el brillo de la determinación.

- ¡Córcholis, tienes razón, Basilio! ¡Eso es exactamente lo que mi viejo amigo habría querido! Lo siento, debes de pensar que me he comportado como un jovenzuelo estúpido.

Las orejas de la liebre se doblaron cómicamente al sacudir Basilio la cabeza.

- En absoluto, mi querido muchacho, ni lo pienses. Debo confesar que me parecía un poco a ti cuando era un lebrato. ¿Sabes? Bien, ¿qué me dices si nos dedicamos a la tarea de vivir como es debido? Estoy muerto de hambre, ¿y tú?

Matías no pudo contener la risa, viendo a la indomable liebre.

- Bueno, tengo el estómago vacío, ahora que lo dices.

- ¡Fantástico! -exclamó Basilio-. Yo podría comerme un venado, con cornamenta y todo. La comida que hacen para nosotros, los héroes heridos, es fabulosa. Fíjate en esto, muchacho.

La liebre tocó una campanilla de latón que había sobre la mesita de noche. Al cabo de unos segundos aparecieron fray Hugo y Azulina.

- Ah, sí, el servicio de comidas -dijo Basilio-. ¡Ejem! Aquí el otro guerrero herido y yo agradeceríamos algo de alimento. Nada especial, ya sabe, sólo algo para que mordisqueen nuestros pobres dientes heridos. Hay que conservar juntos cuerpo y pelambrera, sí, señor.

A Azulina le alegró ver que Matías parecía mucho mejor. Le guiñó un ojo a él y a fray Hugo, y el obeso fraile se inclinó de manera servil, respondiendo a la liebre.

-Muy bien, señor Ciervo. Aquí llegan dos cuencos de gachas. Matías y Azulina tuvieron que hacer grandes esfuerzos para no estallar en carcajadas.

¡ Gachas! -exclamó Basilio-. ¿Qué demonios quiere decir eso? ¿Qué clase de bazofia es ésa para dos afamados guerreros, eh? ¡Queremos curarnos, no morirnos! Ahora escuchadme, par de fusileros de pacotilla, quiero un aperitivo decente: media docena de huevos hervidos, ensalada de verano, dos barras de pan caliente, dos cuajadas con avellanas, dos, no, mejor cuatro, tartas de manzana... ah, y añadid algunas de esas tartas de membrillo medianas, si hay alguna. ¡Bueno, no os quedéis ahí con la boca abierta! Moveos, vamos.

Azulina hizo una reverencia con fingida solemnidad. Fray Hugo alzó una pata.

- Olvida la cerveza de cebada, señor.

Basilio dio un golpe seco sobre la cama.

-¡Dios santo, es cierto! Bien, sólo cuatro jarras, gracias, mi buen ratón.

Librodot

Azulina y fray Hugo salieron apoyándose el uno en el otro, con el rostro carmesí de tanto aguantar la risa.

-Extrañas criaturas -dijo Basilio-. Que me aspen si veo algo gracioso en un par de héroes que quieren alimentarse para seguir viviendo. Tiene que haber de todo en este mundo, joven amigo, y de todas clases.

Más tarde, mientras comían con buena gana. Matías se dispuso a sonsacar información a la liebre.

- Basilio, ¿qué es una víbora?

- Mmmm, ¿una víbora? Bueno, es un antiguo gusano con colmillos venenosos. Nunca he tenido mucho trato con esas viscosas criaturas, yo. Será mejor que te mantengas alejado de ellas, viejo amigo.

Matías siguió tanteando los conocimientos de la liebre.

- ¿Hay víboras en la región de Mossflower, Basilio? Porque, si las hay, tú serías la criatura que mejor lo sabría, dado que eres un experto y todo eso.

Basilio hinchó el pecho, mientras se comía sin darse cuenta una de las tartas de membrillo de Matías.

-¿Víboras en Mossflower? Veamos.. No, no creo que haya hoy en día. Se habló de una hace mucho tiempo, pero no creo que siga por ahí. Unos reptiles asquerosos, las víboras. No hay nada como los ciervos. ¿Cómo demonios se llamaba aquella víbora? No, no consigo acordarme.

-¿Podría ser Asmodeo? -inquirió Matías inocentemente. Liebre Ciervo Basilio dejó caer una tarta de manzana a medio comer sobre la mesita. De repente se había puesto muy serio. -¿Asmodeo? ¿Dónde has oído ese nombre?

-Me lo dijo un pajarito -contestó Matías.

Basilio recogió su tarta y masticó pensativamente.

-Los gorriones, ;eh? Son unos pequeños salvajes. No tienen disciplina, claro está. Sin embargo, son buenos luchadores. Pero dime, ;qué saben los viejos y queridos gorriones sobre Asmodeo?

Está relacionado con la espada de Martín. -explicó Matías-. Verás, uno de sus reyes robó la espada de la punta norte de la veleta de la abadía. Eso fue hace muchos años. Desde entonces la espada ha ido pasando de rey en rey hasta que llegó a las garras del difunto Toro Gorrión.

- ¿No será el estúpido asno que se las arregló para ahogarse ayer? -dijo Basilio con la boca llena de cuajada de avellanas.

- El mismo -dijo Matías-. Pero, para resumir una larga historia, la víbora le robó la espada. Por eso quiero saber más cosas de Asmodeo.

El que juega con fuego, acaba quemándose -le advirtió la liebre.

Matías sabía que podía manipular a Basilio.

-Oh, por favor, Basilio, tienes que decirme lo que sabes. Matusalén dedicó el trabajo de toda una vida a buscar la espada. Debo continuar, por él.

La liebre mordisqueó con aire pensativo un trozo de pan y ensalada.

Bueno, si me lo pones así, joven amigo, cualquier cosa que pueda hacer por ayudarte, la haré. Necesitarás un buen guía...

-Debo encontrar la espada yo solo, Basilio -le interrumpió Matías-. Tú sólo dime todo lo que sepas sobre la víbora llamada Asmodeo.

La liebre volvió a tumbarse en su cama, y echó un largo trago de cerveza antes de contestar:

-Con franqueza, viejo amigo, no sé nada de la condenada serpiente. Creía que había muerto hacía años.

Matías soltó un gemido, pero Basilio le cortó en seco.

-Ojo, te diré que tengo una idea bastante aproximada de quién puede saber algo.

Escucha, si te diriges hacia el noroeste a través del bosque de Mossflower, más allá encontrarás una granja desierta. Bien, el tipo al que has de ver es un enorme búho blanco que patrulla entre la linde del bosque y la vieja cantera de piedra arenisca. Se llama capitán Nieve. Pero ten mucho cuidado, ¡te comerá nada más verte si tiene ocasión! Es un ave militar, pero también un sinvergüenza.

- Entonces, ¿cómo lo hago para hablar con él? -preguntó Matías con brusquedad.

-Tranquilo, muchacho, tranquilo -dijo Basilio, riendo entre dientes. Abrió el armario que había bajo su mesita y sacó su guerrera de gala, que estaba cubierta de medallas y condecoraciones de cien campañas. La liebre eligió una de las medallas, la desprendió de la chaqueta y se la lanzó a Matías.

- ¡Toma, cógela! Es una medalla, por si no lo sabías. Me la dio el capitán Nieve por salvarle la vida.

-¿Le salvaste la vida al búho?

-Eso creo. -El recuerdo hizo reír a Basilio. El viejo bobo se puso a dormir en un árbol podrido. Un fuerte viento derribó el árbol y el tipo quedó atrapado debajo. Habría muerto de no ser por mí, que cavé bajo el árbol podrido y lo saqué tirando de él. Salió disparado. Se trataba de un camarada oficial, ¿comprendes? No podía dejar que se quedara allí aplastado; ya tiene la cara bastante chata.

- ¿Así que sólo tengo que enseñarle esta medalla?

- Sí, eso es todo -respondió Basilio, riéndose de la ingenuidad de su amigo-, pero si no quieres que te coma, asegúrate de que vea la medalla antes de verte a ti. Dile al vejete que te envía Liebre Ciervo Basilio. ¡Y ojo con esos modales! Llámale por su rango, «capitán». Ah, y me gustaría que me devolvieras la medalla algún día. Se estropea el conjunto de mi mejor guerrera, faltándole una condecoración.

Matías examinó la medalla. Era una cruz de plata adornada con un búho que tenía las alas extendidas. La cinta era de raída seda blanca. Pese a que era vieja, brillaba a la luz del sol.

-Gracias, Basilio -dijo-. Me encargaré de que vuelva ¿Hay algo más que debiera saber?

- No mucho. Pero recuerda lo que te he dicho, viejo amigo. Ese capitán Nieve es un cazador nocturno, por cierto. Seguramente se pasa todo el día durmiendo en algún viejo árbol, con un ojo abierto. Fíjate bien en lo que digo, muchacho, el viejo Nieve no pierde detalle que lo que pasa. Conoce a todas las criaturas que habitan en su territorio, dónde viven, qué caminos usan, etcétera. Ja, no dicen que los búhos son sabios por nada. Un poco senil está, de todas formas, cuando dejó que le cayera aquel árbol. Pero no le quites el ojo de encima. Si te pilla dormido, te engullirá con medalla y todo. -Basilio terminó su cerveza y bostezó-. Ahora duerme un poco, Matías. Estoy reventado después de este aperitivo. Mi vieja y honorable herida de guerra empieza a fastidiarme. Tengo que dormir un poco.

Basilio cerró los ojos y pronto estaba roncando suavemente. Matías se dio cuenta de que no había nada más que decir, así que decidió tomarse un descanso también. Liebre Ciervo Basilio: qué asombroso v viejo veterano, pensó el ratón, antes de dormirse.

Matías se despertó poco después de las doce. El sol del mediodía inundaba la habitación. Basilio estaba tumbado boca arriba y lanzaba unos ronquidos estentóreos. Aunque aún le palpitaba el hombro, Matías se sentía recuperado, lo bastante para viajar. Sabía, sin embargo, que debía actuar con sigilo y en secreto. Si el abad o Azulina, o cualquiera de sus amigos, llegaba a conocer lo que tramaba, no tendría la menor oportunidad de marcharse, pues se asegurarían de que permaneciera en cama hasta nueva orden.

Se levantó en silencio y se vistió. Luego se colgó las sandalias del cuello. Cogió una funda de almohada limpia y la llenó con los restos de comida que había sobre la mesa. Alguien había tenido la consideración de meter su daga en el armario de la mesita. Debían de haberla encontrado en el suelo del Gran Salón. Registrando la enfermería, Matías encontró una sólida pértiga, que seguramente se usaba para abrir ventanas o descorrer cortinas. Decidió que podría serle útil.

Abrió la puerta poco a poco y la cerró rápidamente al ver que el abad y el hermano Alf iban a pasar por delante. Matías oyó la voz de Alf:

-Les he echado un vistazo hace diez minutos, padre. Los dos duermen como ardillas hibernando. No es probable que se despierten hasta la noche.

El ruido de pasos se perdió por el pasillo. Matías salió furtivamente de la habitación y se alejó en la dirección opuesta.

Le sorprendió la facilidad con que pudo abandonar la abadía, saliendo a Mossflower por la puerta lateral del muro, por donde el día anterior había salido el asesino de Matusalén sin que él lo supiera.

Una vez solo en el bosque, Matías sintió que le flaqueaban las piernas. Se sentó con la espalda apoyada en el tronco de un haya, hasta que se le pasó. Ató la funda de almohada a la pértiga, se la puso atravesada sobre el hombro bueno y se adentró caminando audazmente por Mossflower en dirección noreste.

22



Matías calculó por el sol que era la media tarde. No había dejado de caminar desde el inicio de su viaje. No había ocurrido nada extraño. Se había detenido una única vez para comer algo y recuperar fuerzas, y había seguido avanzando, poniendo mucho cuidado en no hacer demasiado ruido a fin de no molestar a ningún depredador. El joven ratón había descubierto una especie de sendero que bordeaba los densos matorrales y evitaba las zonas pantanosas. Con el musgo de los árboles siempre a su izquierda, fue avanzando en dirección este.

Matías se colgó la medalla del hábito, pensando que podía entrar en el territorio del capitán Nieve en cualquier momento sin darse cuenta. Arrullado por el cálido sol, la sombra fresca y los trinos de los pájaros, siguió caminando sin pensar en nada concreto, disfrutando de la sensación de libertad en medio de tanta belleza.

¡De repente, saltando de la nada, apareció un ratón que cerró el paso a Matías! Este se detuvo y examinó al extraño ratón. Su aspecto era raro y salvaje. Ni siquiera estaba seguro de que fuera un ratón.

La criatura tenía un pelaje picudo, con extrañas protuberancias por todas partes. Llevaba un pañuelo de vistosos colores atado a la cabeza. Matías le sobrepasaba en estatura toda una cabeza, pero la criatura se había plantado en medio del camino con aire desafiante, y lo miraba colérica con los ojos más feroces que había visto en su vida.

-¡Hola! -saludó Matías cortésmente-. Hermosa tarde, ¿no es cierto?

-Déjate de tonterías -replicó la criatura con voz bronca-. ¿Quién eres? ¿Por qué has entrado en el territorio de las musarañas?

Matías reflexionó. De modo que así era una musaraña. Era la primera vez que veía una, pero le habían dicho que tenían muy mal carácter.

El joven ratón decidió luchar con las mismas armas. No tenía sentido ser cortés con aquella pequeña criatura salvaje.

-¡No te importa quién soy! -gruñó, esperando parecer agresivo-. ¿Quién te crees que

eres tú, con ese trapo en la cabeza?

La musaraña hembra pareció vacilar. Pero fue sólo un momento. Enseguida replicó con su voz ronca:

-Soy Guosim, y aún no me has dicho qué haces en territorio de las musarañas.

-Guosim -repitió Matías-. ¿Qué clase de nombre es ése? Y, además, si no quieres que atraviesen tu territorio otras criaturas, deberías poner letreros. En lo que a mí concierne, Mossflower ha sido siempre un territorio libre para todos.

-Excepto esta parte -replicó la musaraña-. No sabes nada de nada. Guosim alude a la Unión Guerrillera de Musarañas de Mossflower.

-¡Me importa un pimiento lo que signifique! -dijo Matías con una sonrisa desdeñosa-. Deja pasar a un guerrero de la abadía de Redwall. ¡Voy a pasar!

Cuando Matías dio un paso hacia adelante, Guosim se metió las patas en la boca y emitió un penetrante silbido. Se oyeron crujidos en la maleza y Matías se encontró rodeado por no menos de cincuenta musarañas, que se apiñaron en torno a él, armando una gran algarabía con sus voces profundas y roncas. Todos llevaban pañuelos de colores atados a la cabeza y empuñaban cortas espadas semejantes a estoques. Guosim tuvo dificultades para llamarlos al orden.

-Camaradas -gritó-. Decidle a este ratón lo que les ocurre a los que entran en nuestro territorio.

Las respuestas fueron variadas.

-Le rompemos las patas.

-Lo despellejamos vivo.

-Le cortamos la nariz.

-Lo colgamos por el rabo.

-Le metemos los bigotes en las orejas.

Una vieja musaraña macho de aspecto grave apartó a Guosim de un empujón y emitió un fuerte silbido. Sacó una piedra redonda y negra y la sostuvo en alto.

-Cualquier camarada que desee hablar debe tener la piedra en sus manos, de lo contrario, ¡que cierre la boca!

Se hizo el silencio más absoluto. La musaraña entregó la piedra a Matías.

-Ahora, explícate, ratón.

Se oyeron unos murmullos de desacuerdo. ¿Por qué hablaba primero un desconocido que ni siquiera era una musaraña? El anciano se enfureció.

-¿Queréis callaros de una vez? El ratón tiene la piedra; ¡cerrad la boca!

Una vez más reinó el silencio. Matías se aclaró la garganta.

-Ejem. Unión Guerrillera de Musarañas de Mossflower, perdonadme. Como podéis ver, no conozco estas tierras. No he entrado en vuestro territorio intencionadamente. De haberlo sabido, habría tomado una ruta diferente. Seguramente habréis notado por mi hábito que procedo de la abadía de Redwall. Aunque soy un guerrero, mi orden se dedica a curar y a ayudar a las demás criaturas, y es costumbre que todas las criaturas permitan a un ratón de Redwall que vaya donde quiera en paz. Es la ley tácita.

El anciano (cuyo nombre era Tronco) cogió la piedra de manos de Matías y se dirigió a las demás musarañas.

-Muy bien, camaradas. Ahora que sabemos un poco más, mostremos las patas. Todos los que estén a favor de dejar libre al ratón. Tronco contó las patas alzadas: exactamente la mitad. Pidió entonces que levantaran la pata los que estuvieran en contra, y volvió a contar.

-La mitad a favor y la mitad en contra. El voto decisivo será el mío. Bien, dejad que os diga una cosa. Sé que debemos cuidar de nosotros mismos, pero los ratones de Redwall son una leyenda en Mossflower. Ellos no hacen daño a ninguna criatura viviente. De hecho, hacen mucho bien. -Tronco alzó una pata-. Así pues, camaradas, yo voto por dejar libre al ratón.

Su decisión fue recibida con vítores y abucheos por igual. Saltaron las riñas y luego las peleas. Guosim arrebató la piedra a "Tronco y la agitó por encima de la cabeza.

-Escuchadme -bramó-. Sé que Tronco es un sabio anciano, pero yo soy la presidenta de nuestra unión, camaradas. El ratón no nos ha dicho adónde va.

Se produjo un breve silencio, hasta que otra musaraña se apoderó de la piedra.

-¡Sí, sí, es cierto! ¿Adónde pretendes ir, ratón? -preguntó, y arrojó la piedra a Matías.

-Os lo diré -contestó-. Pero no me llamo «ratón», sino Matías. La abadía de Redwall está en peligro por culpa de Cluny el Flagelo y su horda...

Gritos y juramentos saludaron sus palabras. Matías sabía ya lo que debía hacer. Era sorprendente que por el hecho de sostener la piedra, se consiguiera hacer callar a criaturas tan ruidosas y pendencieras.

-Como decía antes de que me interrumpierais de manera tan ruda -prosiguió-, Cluny y su horda quieren apoderarse de Redwall. Es evidente que habéis oído ese nombre antes. Bueno, creo que tengo la solución para derrotar a Cluny. Es una espada antigua que perteneció en otros tiempos a un gran ratón llamado Martín el Guerrero. Para encontrar la espada, debo preguntar al capitán Nieve por el paradero de Asmodeo.

Las musarañas salieron disparadas hacia la maleza, dejando solo a Matías. Al cabo de unos minutos, Tronco y Guosim se atrevieron a salir furtivamente, y Guosim habló con tono sobrecogido, olvidando la piedra.

-¿Quieres decir que realmente piensas ir a hablar con Nieve por las buenas?

Matías asintió.

-¿Vas a preguntarle al capitán dónde puedes encontrar al gigante Colmillo Venenoso, ratón, quiero decir, Matías? -añadió Tronco, continuando donde su camarada lo había dejado-. Pues, o eres muy valiente, o estás loco de atar.

-Un poco de ambas cosas, supongo -dijo el joven ratón-. ¿Qué sabéis de capitán Nieve v Asmodeo?

Ambas musarañas temblaron visiblemente. La voz de Guosim subió una octava.

-¡Matías, debes de estar loco! No sabes lo que te espera. El capitán Nieve, vaya, no serías más que un bocado para él. Y en cuanto al otro, al Gigante de los Ojos de Hielo, quién osaría acercarse siquiera? Come tantas musarañas como le apetece. ¡No hay criatura que pueda enfrentarse con sus colmillos venenosos!

De la realeza surgió un gemido desgarrador. Matías tenía aún la piedra. La levantó y se dirigió a ellos con audacia.

-Camaradas de la guerrilla de las musarañas, no os pido que os unáis a mi causa. Sólo tenéis que señalarme en qué dirección está el capitán Nieve. ;Quién sabe? Si finalmente consigo la espada, tal vez pueda liberaron.

-Matías de Redwall -dijo Tronco, cogiendo la piedra-, estás en nuestro territorio. Nosotros te acompañaremos. La Unión Guerrillera de Musarañas de Mossflower no podría vivir con la vergüenza de que un extranjero ganara sus batallas. Puede que no nos veas siempre, pero estaremos cerca. Vamos.

Matías emprendió la marcha en dirección noreste en compañía de las musarañas, cuyo número parecía aumentar a medida que avanzaban. Al anochecer había más de cuatrocientos miembros de la Unión Guerrillera de Musarañas alrededor de la fogata del campamento, compartiendo el pan con el guerrero de Redwall. Aquella noche, Matías durmió en un largo tronco hueco con ambos extremos disimulados para que pareciera macizo.

Las musarañas eran tan diestras en el arte del camuflaje como Basilio. Su supervivencia dependía de ello.

Media hora antes del amanecer, una musaraña despertó a Matías y le dio una taza hecha de una bellota, llena de zumo dulce de bayas, un trozo de pan de frutos secos, y unas sabrosas raíces que no pudo identificar. Con las primeras luces del día estaban de nuevo en camino, y no detuvieron la marcha hasta media mañana. Matías vio la linde del bosque de Mossflower. Los altos árboles empezaban a ralear, arbustos y matorrales eran escasos. Ante ellos se extendía el campo abierto de larga y lozana hierba, salpicada de ranúnculos y acederas. A lo

lejos vio la granja abandonada de la que le había hablado Basilio. Todas las musarañas habían desaparecido con excepción de Guosim y Tronco. Este último señaló el granero contiguo a la casa.

-Allí podrás encontrar a capitán Nieve echando una cabezada. Ahora es la mejor hora para acercarse a él, cuando tiene el estómago lleno después de una noche de cacería.

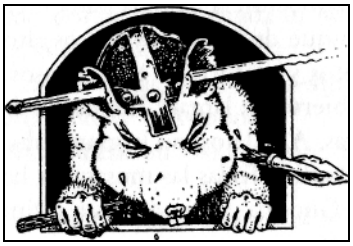
Las dos musarañas volvieron a adentrarse en el bosque. Solo, Matías atravesó el campo soleado que llevaba hasta el granero, tal como le había enseñado Basilio: zigzagueando y agachándose, virando y serpenteando.

Entró en el granero de puntillas. No había rastro de ningún búho. En la penumbra Matías reconoció varios útiles de labranza en desuso, viejos y oxidados. Junto a una de las paredes había una enorme pila de balas de paja mohosa y seca. Decidió trepar por las balas con la esperanza de acercarse al capitán Nieve, que seguramente estaría posado en alguna viga, durmiendo.

Matías trepó por las balas de paja. Una vez arriba, miró a su alrededor. Nada. Avanzó unos pasos y, de pronto, resbaló y cayó por un hueco oculto entre las balas. Agitando brazos y piernas con la intención de agarrarse a las balas, Mafias cayó al suelo del granero.

No llegó a tocarlo. ¡Aterrizó limpiamente en la boca abierta de un enorme gato de pelaje atigrado!

23



Constanza se hallaba en el parapeto, oteando el horizonte; a su espalda, el sol salía por el este. Sin embargo, cosas más importantes ocupaban los pensamientos del tejón hembra. El abad llegó caminando con prisas, seguido por Basilio, que iba cojeando. Ambas criaturas parecían muy preocupadas.

- ¿Has visto a Matías? -preguntó el abad-. Ha desaparecido de su habitación desde ayer por la tarde.

- Me temo que ha sido todo culpa mía -dijo Basilio, muy avergonzado-. Debería haber vigilado a ese pequeño granuja. Tendremos que organizar una nueva partida de rescate.

- No hay tiempo para eso -le espetó Constanza-. ¡Mirad!

A lo lejos, se estaba levantando una gran. nube de polvo. Las tres criaturas husmearon la suave brisa. El olor era inconfundible. ¡El ejército de Cluny se acercaba a Redwall!

- Necesitaremos a todos los defensores disponibles -musitó Constanza-. No es necesario que cunda el pánico, pero esto parece un asalto en toda regla. La advertencia del zorro era cierta.

Enviaron a buscar a Juana, Winifred, el Topo Mayor y Ambrosio. Juntos se asomaron por el borde del parapeto para observar el avance de Cluny Se hizo audible el sonido de un tambor y empezaron a distinguirse las caras de las ratas.

- Vienen derechos hacia aquí -dijo Juana con expresión sombría. Será mejor que todos los defensores ocupen sus puestos de combate.

A una señal convenida, Juan Ratón de Iglesia tocó la Campana de José para dar el aviso

de ataque. Todas las criaturas de la abadía interrumpieron lo que estaban haciendo, empuñaron las armas que tenían al alcance de la pata, y acudieron a sus puestos para aguardar nuevas órdenes.

Cluny agitó su estandarte por encima de la nube de polvo iluminada por el sol. Su ejército se detuvo gradualmente con gran estrépito.

Cluny hizo visera con una pata para mirar hacia lo alto de los muros de la abadía.

-Rendíos a Cluny el Flagelo -gritó con aspereza.

-¡Vete y que te hiervan la cabeza, rata! -fue la ruda réplica de Constanza.

Cluny dio un paso atrás y bajó el estandarte. Unas cuarenta ratas avanzaron corriendo haciendo girar sus hondas llenas de piedras, que arrojaron hacia lo alto, lanzando espeluznantes gritos de guerra. Las piedras rebotaron en el muro sin causar daños y cayeron en el camino.

Cluny se maldijo a sí mismo silenciosamente. Pese a toda aquella demostración de fuerza y arrogancia, había cometido un error de estrategia.

¡Su ejército tenía el sol de cara!

Los defensores tenían ventaja sobre ellos, lo cual se hizo evidente cuando una sección de nutrias soltó una descarga de piedras desde los muros. El caos se apoderó de la vanguardia de la horda y se oyeron los gritos agónicos de quienes se habían convertido en blanco de las piedras. Una de ellas llegó a dar a Cluny en el yelmo.

-¡Retirada hacia la cuneta y el prado! ¡Manteneos fuera de su alcance! -gritó Cluny, haciendo todo lo posible por mantener un tono de voz normal. Cuando el ejército se retiró hacia la seguridad de la cuneta, él fue el último en marcharse, obligándose a sí mismo a caminar despacio, como si lo hubiera planeado de antemano.

Cuatro ratas vacían muertas cerca del muro, y el tambor de Mataconejos estaba tirado en el camino.

-La salida inicial no estaba demasiado bien organizada para tratarse de una horda invencible -comentó Liebre Ciervo Basilio despectivamente-. Nuestros muchachos les han bajado los humos, sí señor.

-Tendrán que esperar a que se mueva el sol -dijo el Topo Mayor.

-Pero nosotros no -dijo Juana-. ¡Que vengan los arqueros! ¡Esas hondas que no paren! Démosle a esa chusma de ahí abajo algo en lo que pensar.

En la seguridad del prado, Mataconejos intentó aplacar el ego de Cluny.

- ¡Ah, qué jugada más astuta, señor, darles una falsa sensación de seguridad, hacerles creer que ganan!

Mataconejos recibió una inesperada recompensa por adular al jefe en el momento equivocado: un golpe con el estandarte en el cogote.

-Cierra la boca, hurón -dijo Cluny agriamente-. Móntame una puesto de mando aquí. Ladrón de Queso, ¿dónde está el grupo que lleva el ariete?

- Ahora mismo llega, jefe -gritó Ladrón de Queso, echando a correr en busca de los portadores del ariete.

Al poco rato, los pequeños ratones de las cosechas combaban sus arcos y lanzaban una lluvia de saetas sobre la zanja, lo que, combinado con las flechas más recias de los ratones campestres y las piedras que arrojaban las nutrias con hondas, causó gran número de heridos entre las filas de los supuestos atacantes. La moral estaba baja, porque Cluny había ordenado que no se respondiera a aquellos ataques hasta después del mediodía.

Juana Ardilla descendió velozmente por una cuerda hasta la carretera. Ató el extremo de la cuerda alrededor del viejo barril de agua que el hurón había convertido en tambor, saltó al interior, y gritó hacia el parapeto:

-Arriba, Constanza.

El barril salió disparado hacia arriba gracias a las fuertes patas del tejón hembra. Juana estaba muy satisfecha consigo misma. ¡Tenía planes para usar el tambor contra las ratas! Liebre Ciervo Basilio se paseaba por el parapeto con un bastón bajo el brazo y tuvo que esquivar a la ardilla que, una vez arriba, hizo rodar el barril por el suelo. Basilio daba órdenes sin parar, conservando la dignidad que correspondía a su rango.

-¡Fuego a discreción, ratones! ¡Nutrias, apunten bien! ¿Algún topo por aquí? Bajen y preséntense al Topo Mayor inmediatamente.

La liebre se había deshecho del vendaje de la pierna. De vuelta en el servicio activo, la «honorable herida de guerra» había quedado completamente olvidada.

Mientras tanto, en el prado, Cluny estaba sentado meditando en una tienda de campaña improvisada.

Ladrón de Queso llegó corriendo y azuzando al contingente de portadores del ariete. Esperando granjearse el favor de Cluny, se había puesto a la cabeza del grupo y contribuía a llevar el voluminoso objeto.

-Vamos, compañeros -gritaba-. ¡Derribemos la puerta de la abadía!

Tras salvar el obstáculo de la zanja, el grupo cargó contra el portón de la abadía desde la carretera. Una vez pasado cierto punto, se encontraron en un ángulo con el muro que hacía difícil a los defensores que les arrojaran piedras o flechas.

El macizo ariete se estremeció al estrellarse contra el portón. Ladrón de Queso exhortó a los portadores, que tomaron una corta carrerilla para volver a golpear el portón.

Cluny se animó al ver que las cosas salían bien para variar. Había subestimado a Ladrón de Queso.

El ariete golpeó el portón una tercera vez. Las criaturas del parapeto quedaron al descubierto al intentar arrojar sus proyectiles sobre los portadores. Cluny llamó a sus mejores arqueros y tiradores con honda y les ordenó que derribaran a los defensores. Por suerte para él, el sol empezaba a moverse hacia el sur, y las nutrias

y los ratones eran ya visibles en lo alto del muro. Los arqueros de Cluny causaron numerosas bajas, obligando a los demás a agacharse tras el parapeto. El ariete siguió golpeando el portón, aunque todavía no había dejado huella sobre la sólida madera.

Los proyectiles que caían desde lo alto eran escasos, lo que dio oportunidad a la horda de Cluny de abandonar la zanja para ocupar el prado, relativamente seguro. Cluny parecía satisfecho por el momento. Llamó a Mataconejos a su presencia.

-Esto empieza a funcionar, hurón. ¡Bien, que se preparen las cuadrillas para el túnel! Reúne a tus comadrejas, armiños y hurones. Condúcelos por la zanja hacia la esquina sureste del muro de la abadía. Os haré una señal cuando oscurezca y entonces podréis empezar a cavar para hacer un túnel que atraviese la zanja, la carretera y el muro de la abadía. ¿Queda claro?

- Por supuesto -dijo Mataconejos, con un minucioso saludo-. ¡Está claro como el rocío de la mañana, señoría!

Cluny cerró los ojos, concentrándose en mantener el buen humor.

- Entonces ponte en marcha, e intenta hacerlo bien esta vez.

La batalla se prolongó esporádicamente durante todo el día y parte de la noche. Los portadores del ariete siguieron aporreando el portón, pero éste se les resistía. Cuando se desvanecieron los últimos vestigios del crepúsculo. Constanza convocó una reunión de todos los capitanes, que se acuclillaron junto al parapeto en medio de la oscuridad. El tejón hembra explicó la situación.

- Escuchad, todo va bien, pero tarde o temprano tendremos que hacer algo con respecto al ariete. ¿Alguna idea?

Abajo. el ariete seguía con su despiadada tarea. Ambrosio Púas había informado de

algunos trozos astillados, pero sin importancia, en los bordes interiores del portón, pero el parapeto de tierra con que se había reforzado resistía sin problemas. El Topo Mayor les había asegurado que habrían de transcurrir varios días para que se vieran signos que indicaran un intento de hacer un túnel. Mientras tanto, sus topos y él revisaban concienzudamente la tierra en los jardines de la abadía.

Durante el día, los animales que no participaban en la lucha no habían estado inactivos. El padre abad atendía a los heridos en el Gran Salón, fray Hugo enviaba comida y bebida a los defensores del muro a través de Azulina y sus ayudantes. La señora Ratón de Iglesia y la señora Campañol hacían vendas de viejas sábanas limpias. Samuel Silencioso había estado jugando con Tomás y Teresa Ratón de Iglesia hasta que los gemelos se habían quedado dormidos sobre un montón de vendas.

Samuel quería subir a lo alto de la muralla, pero sus padres se lo habían prohibido. Salió silenciosamente del Gran Salón y pasó un rato en compañía de los topos, con la oreja pegada a tierra, pero pronto se aburrió. Se dedicó entonces a clavar su pequeña daga en el suelo, fingiendo atacar a las ratas que emergían de túneles imaginarios. Después de un rato, se acercó al pie de la muralla y se sentó para comer algo con Juana. La pequeña ardilla señaló el barril, preguntando a su madre para qué lo quería.

Juana Ardilla sentó a su hijo sobre las rodillas y se lo explicó. Se le había ocurrido que podían llenar el barril con alguna cosa y dejarla caer sobre los portadores del ariete. Pero no estaba segura de lo que sería mejor para llenarlo.

Samuel saltó al suelo. El barril estaba de lado. Saltó sobre él y lo hizo rodar hábilmente bajo sus pies, sin dejar de chuparse la patita, pensando cómo podría ayudar a su madre.

Las cuadrillas que debían cavar el túnel holgazaneaban tranquilamente, apoyándose en el talud de la zanja. Mataconejos se desperezó sobre el terreno musgoso en el que estaba sentado.

-¡Ah, lo que yo os diga, esto es vida! ¡Mucho mejor que ser blanco de los proyectiles! Mi anciana madre siempre me lo decía: «Búscate un buen trabajo y mantén la cabeza agachada».

Apestoso llegó arrastrándose en medio de la oscuridad y le dio un suave codazo al hurón.

-Cluny dice que podéis empezar a cavar el túnel.

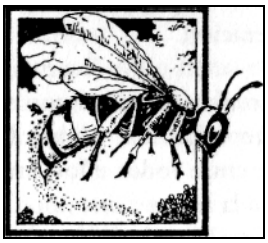
Mataconejos hizo una cruz en el talud de la zanja.

-¡Ahora mismo! Empezaremos aquí, muchachos. Adelante, a cavar por la victoria.

Libro Tercero
El guerrero

Librodot

1



El asedio a Redwall se prolongó durante toda la noche, bajo la brillante luz de la luna estival. Ninguno de los dos bandos daba cuartel al otro. Cuando la acción principal llegaba a una tregua, se producían lanzamientos esporádicos: flechas, venablos, piedras o lanzas, todos tenían el mismo efecto mortífero. Lo que permaneció inmutable durante todo ese tiempo fue el sonido del ariete golpeando sin piedad el portón de la abadía.

Cluny se responsabilizó de evaluar personalmente los progresos que se hacían en la excavación del túnel. Criticó mordazmente el pequeño agujero que se había cavado en la pared de la zanja, y maldijo a cualquier criatura que se atrevió a quejarse de los obstáculos.

-¡Con que no podéis atravesar las rocas ni las raíces de los árboles! -bramó-. ¡Y un cuerno! ¡Vuestra estúpida pereza, eso es lo que impide que avance el túnel! Mañana por la mañana venir aquí será lo primero que haga para ver cuánto habéis excavado, y si no es de mi gusto, ¡lo cavaré yo personalmente y os enterraré a todos, malditos haraganes!

El ariete, en cambio, satisfizo a Cluny. Sabía que preocupaba a los defensores de la abadía. Ladrón de Queso cambiaba cada hora a las ratas que manejaban el pesado objeto, pero él permanecía siempre allí, animándoles a poner mayor ahínco.

Ladrón de Queso se había ganado el respeto de Cluny, que lo había ascendido ya con el pensamiento a segundo en el mando.

Ladrón de Queso lo percibía y redoblaba por ello sus esfuerzos. Trataba a las ratas que impulsaban el ariete como un negrero. Ningún roedor se atrevía a quejarse de alguien a quien el jefe tenía en tan alta consideración.

Constanza estaba en lo alto del muro con sus capitanes, fruncido el entrecejo por la preocupación. Liebre Ciervo Basilio, el más veterano combatiente entre todos ellos, era el único que parecía tomarse las cosas más a la ligera.

A fe masía que por el modo en que esos tipos de ahí abajo manejan el maldito ariete, pronto no les hará falta cavar ningún túnel dijo, riendo entre dientes. ¡Medio día más como mucho, y nos entrarán las ratas en tromba, sí señor!

Ambrosio Púas se erizó literalmente al oír a la despreocupada liebre.

¡Vaya, es un consuelo saberlo! ¿Alguna otra maravillosa información como ésa para animarnos, eh?

Basilio se alejó indignadísimo, recuperando la cojera antes olvidada.

¡Cielo santo, muchacho, tampoco hay que ser tan susceptible! Me limitaba a hacer una observación militar.

Mirad dijo Constanza a los dos viejos amigos, no servirá de nada que nos peleemos. Deberíamos estar pensando en una solución. Vamos, los dos, dejad esas caras y volved a ser amigos.

Basilio y Ambrosio se estrecharon la pata sonriendo tímidamente. Winifred la nutria aporreó las piedras del parapeto de pura frustración.

¡Yo ligo que ha de haber un modo de detener ese maldito ariete! Hemos perdido ya demasiados defensores. Les dan cada vez que se ponen al descubierto. Tiene que existir una

solución muy sencilla, una pequeña cosa obvia, pero que se nos ha pasado por alto.

Ayudada por Samuel Silencioso, Juana Ardilla llegó a lo alto del muro haciendo rodar el barril.

¡Algo simple... como esto! dijo, dándole unas palmaditas. Los capitanes se apiñaron en torno al barril para examinarlo.

La parte superior estaba cubierta con una tela. Del interior surgía un extraño ruido.

Bueno, Juana, no nos tengas en vilo. ¿Qué hay dentro del barril? refunfuñó Constanza.

¿Se lo decirnos, Samuel? dijo Juana con una sonrisa.

Samuel Silencioso le guiñó un ojo y se dio unos golpecitos en la nariz con la patita chupada. Su madre y él se estaban divirtiendo de lo lindo.

Lo que tenernos aquí, mis buenos camaradas de armas dijo Juana con tono grandilocuente, es la primera etapa de nuestro plan contra el ariete, gracias a mi hijo, que ha encontrado el nido de avispones.

Basilio palmeó con fuerza la espalda de las dos ardillas.

¡Pues claro, eso es! Un avispero en un barril. Se lo tiraremos a esos energúmenos que tenemos por enemigos, sí señor.

Juana y Samuel sonrieron con malicia.

Ah, pero ésa es sólo la primera etapa dijo Juana. Aquí está la segunda. Ella y Samuel desaparecieron de la vista. Volvieron instantes después con dos cubos. Dos cubos de buen aceite vegetal, fino y resbaladizo -anunció Juana. En cuando dejen caer el ariete, se lo echamos todo por encina. ¡Que intenten luego forzar el portón con él!

Los capitanes felicitaron cordialmente a las ardillas. Las sonrisas se dibujaron en los rostros que antes estaban sombríos. Samuel hacía una graciosa reverencia cada vez que le daban las gracias. Nadie le negaba ya el permiso para estar en lo alto del muro.

Abajo, seguía oyéndose el arrastrar de pies de las ratas y el monótono golpeteo del ariete. Winifred y Constanza alzaron el barril hasta el borde del parapeto y lo empujaron hasta conseguir un precario equilibrio. El tejón se asomó para mirar a los de abajo, esperando el mejor momento para actuar. Hizo una seña a Samuel Silencioso para que se acercara a ella. El momento no podía ser más oportuno.

¿Podría usted hacer los honores, señor Samuel, por favor? dijo Constanza con burlona cortesía.

Samuel fingió igual solemnidad para echar la pierna elegante mente hacia atrás, y dar una corta y fuerte patada al barril, que cayó silbando y se perdió de vista.

Se oyó un chasquido y un grito, seguidos por los aullidos de dolor de las ratas, que se desperdigaron por la carretera, atacadas por cientos de enloquecidos avispones. Algunas ratas siguieron corriendo por la carretera, otras se arrojaron a la cuneta perseguidas por los implacables aguijones.

El largo ariete quedó desprotegido y convenientemente iluminado por las antorchas abandonadas de las ratas. Dos cubos rebosantes de aceite vegetal bien lanzados dieron en el blanco, y empaparon el ariete en toda su extensión.

Antes de que los avispones pudieran encontrar nuevas víctimas, Basilio ordenó a los defensores que bajaran al estudio de la casa de la entrada, donde tomaron un tentempié para celebrarlo.

Cluny se introdujo en el túnel, rodeado por tantos secuaces como pudieron meterse allí sin provocar la asfixia general. Mataconejos sostuvo la capa de Cluny frente a la abertura de entrada. Fuera, el aire vibraba con el zumbido de los insectos y los gritos de dolor de sus víctimas.

El hurón se tocó con cautela la punta hinchada de la nariz.

Cluny permanecía agachado y envuelto en un pétreo silencio. No se sentó ni intentó tocarse sus propias heridas. Los otros podrían echarse a reír. Soportó el dolor de las picaduras sin decir nada. Al otro lado del prado, un gran número de criaturas se arrastró en masa hasta

un pequeño lago. Los avispones revolotearon sobre la superficie, esperando que asomara algún hocico.

El nuevo día puso al descubierto una horda tristemente desorganizada. Cluny tuvo la sensatez de contener su ira. Muchos de sus soldados parecían tan desmoralizados que parecían dispuestos a desertar. Pensó que no iba a ganar nada añadiendo el insulto a las heridas. En la zanja habían quedado los cadáveres de siete ratas, dos hurones y un armiño. Incapaces de escapar al grupo principal de avispones, los habían picado hasta matarlos. Ladrón de Queso se acercó lentamente, cojeando y cubierto de feos bultos.

-Jefe, le han echado algo al ariete! No podemos sujetarlo. Lo liemos intentado, pero es como intentar atrapar a una anguila mojada. Esa maldita cosa nos resbala de las manos. Uno de los portadores se ha roto las dos piernas al caerle el ariete encima. Lo siento, jefe, pero no esperábamos que se les ocurriera algo así. Avispones y líquido viscoso; ¡no es justo!

Cluny señaló al otro lado del prado.

-Reagrupa al ejército en aquel sector. Deja que coman y descansen. Envía a alguien a buscar hojas de acedera para frotar con ellas las picaduras. Yo me voy a mi tienda para trazar nuevos planes. Aún no nos han derrotado, ni mucho menos. No podrán conseguir nidos de avispones todos los días.

Cluny se alejó caminando con desánimo y frotándose la espalda con una garra.

En la enfermería de la abadía tuvieron que curar un par de picaduras. Por suerte, el hermano Rufo tenía un compuesto específico que había ideado hacía unos años para tratar emergencias tales como picaduras de insectos.

Samuel Silencioso recreaba el episodio de los avispones ante Tomás, Teresa y otras crías, que se desternillaban de la risa con sus payasadas. Samuel se daba bofetones y hacía cabriolas con una cómica expresión en la cara.

Constanza y sus capitanes se reunieron de nuevo en lo alto del muro tras unas cuantas horas de reposo. No creían que los soldados de Cluny, que se lamían las heridas al otro lado del prado, supusieran una amenaza inmediata, por lo que tenían la oportunidad de evaluar los daños causados en el portón.

Bajaron a Juana Ardilla desde el parapeto con una cuerda. La ardilla descendió rápidamente e inspeccionó el portón. Al poco rato estaba de vuelta e informaba de que el viejo portón se hallaba aún en buen estado, pese a unas cuantas hendiduras y dos grandes grietas.

Constanza decidió que más adelante tendrían que hacer descender a unos cuantos carpinteros y herreros para que hicieran las reparaciones, pero en las últimas horas al tejón hembra le rondaba una idea por la cabeza, que rápidamente se estaba convirtiendo en obsesión: corta la cabeza y el cuerpo morirá. ¡Tenía que hallar el modo de matar a Cluny el Flagelo!

Al otro lado del prado veía claramente la tienda del jefe militar. Gracias a la intensa luz del sol, el tejón hembra podía contemplar la silueta de la enorme rata moviéndose tras la lona. El principal problema era que la tienda se había levantado demasiado lejos para alcanzarla con honda o con arco. A menos... que el arma fuera lo bastante grande y potente para llegar tan lejos... ¡Eso era!

Un arco muy grande, parecido a una ballesta. ¿Y si podían montar algo así en el muro sin que lo viera Cluny ni su horda? En un momento dado, a media tarde, por ejemplo, la silueta de Cluny sería visible a través de la lona de la tienda a la brillante luz del sol de junio. Una flecha o una saeta grande disparada con un arco gigante y ¡fiuuuuu!

Mutis de Cluny.

Encantada con su plan, Constanza compartió su idea con una única criatura: el solitario castor. Tras obtener la ayuda de los fuertes molares del castor, el tejón hembra lo dejó royendo un tejo joven en el huerto, mientras ella se lanzaba a buscar una flecha que se adaptara a su creación. Un bastón de fresno que había servido como apagavelas resultó ideal

para sus propósitos. Con una pesada piedra, Constanza aplastó el cono de latón acoplado al extremo del bastón hasta que adquirió el aspecto de una terrible lanza. Le puso después unas plumas de pato. Una fina cuerda trenzada untada de cera de abeja se convirtió en la cuerda perfecta para el arco. Con ayuda del castor. Constanza dobló el joven tejo apoyándolo en la pared de la abadía hasta conseguir la tensión correcta. Juntos montaron el arco sobre una mesa con clavos y correas, y lo subieron hasta el parapeto. Constanza se limitó a contestar con un brusco gruñido a cuantos quisieron saber para qué servía aquel extraño artefacto; sólo el castor y ella necesitaban saberlo. Las dos criaturas se sentaron en lo alto del muro para compartir la comida y conversar entre cuchicheos.

-¡Creo que esto servirá!

-Sí, crucemos las patas para que así sea. Sólo podremos disparar una vez.

Ja, no necesitamos más.

¿Esperamos a que el sol pase por su cenit? De ese modo lo veremos con mayor claridad.

-Buena idea. Cuando la Campana de José toque a media tarde será el mejor momento.

Después de comer, los dos se tumbaron sobre las piedras calentadas por el sol como viejos perros guardianes.

Media hora más tarde estaban roncando.

Cluny era una rata con recursos. A menudo deseaba que sus soldados pensaran como él en lugar de ser tan sólo una chusma incompetente. Pero, por otra parte, se decía que, de ser tan inteligentes como él, no necesitarían un caudillo. Así era la vida. Nadie era capaz de urdir estrategias como él.

¡Esta vez Cluny estaba seguro de que había dado con un plan a prueba de incompetentes! Atravesó el prado, eligiendo a treinta y tantas ratas al pasar.

-Seguidme -les espetó-. Ladrón de Queso, te dejo al mando hasta que vuelva.

Sin más, Cluny se alejó con los roedores seleccionados, primero en dirección al carro de heno volcado en la cuneta, siguiendo por la carretera. Luego dio un rápido rodeo, adentrándose en el bosque de Mossflower.

Ladrón de Queso era tan ambicioso como su predecesor, Diente Rojo. Interpretó la orden de Cluny como el ascenso a segundo en el mando que tanto codiciaba. A Garranegra ni siquiera le había saludado. Eufórico, Ladrón de Queso olvidó incluso las dolorosas picaduras de los avispones, y se dedicó a pavonearse, haciendo valer su recién adquirida autoridad.

-Garranegra, envía a esos hurones en busca de más hojas de acedera -ordenó-. Ah, y vigila que los demás no se alejen demasiado. Estaré en la tienda si me necesitas para algo, pero procura no molestarme.

Garranegra frunció el entrecejo con resentimiento. No obstante, obedeció las órdenes sin rechistar, pues estaba convencido de que, en caso contrario, Ladrón de Queso lo acusaría de insubordinación ante Cluny.

Ladrón de Queso entró en la tienda y paseó su mirada por el interior. Cluny había dejado sin comer la mejor parte de una paloma torcaz, algo de queso, y aún quedaba una buena cantidad de la mejor cerveza de cebada de San Ninián en la cantina del jefe.

Ladrón de Queso comió con satisfacción. Diente Rojo solía hacerlo, ¿por qué no iba a hacerlo él? Era un privilegio que le correspondía como segundo en el mando. Se repantigó lánguidamente en la silla del jefe, la inclinó hacia atrás y apoyó los pies en la mesa plegable cubierta de mapas, feliz de saber que su destino se estaba cumpliendo. Era su secreto deseo que empezara a llover a cántaros y que el resto del ejército se diera cuenta de su encumbrada posición cuando vieran que ellos estaban fuera empapándose, mientras que él permanecía cómodamente seco en la tienda.

Intentó estudiar los mapas, pero no entendió nada en absoluto y pronto empezó a impacientarse.

Allí estaba la lengüeta envenenada que llevaba Cluny en combate. Con suma cautela para no cortarse por accidente, se la ajustó a su propia cola. Luego se envolvió en la capa del jefe. Le quedaba un poco larga, pero qué deslumbrante debía estar. Estuvo mirando el yelmo un rato. Asomó la cabeza por la portezuela de la tienda para asegurarse de que Cluny no regresaba por el momento. ¡Bien! Seguramente aún tardaría un par de horas más.

La Campana de José anunció la media tarde.

Constanza zarandeó al castor para despertarlo.

-¡Fíjate, qué ocasión de oro! Allí está el Flagelo en persona, vestido de gala. No volveremos a tener una oportunidad como ésta.

El arco gigante funcionó a las mil maravillas. El ascenso de Ladrón de Queso fue rápido, pero breve. ¡Ni siquiera llegó a saber cómo le habían quitado la vida!

2



Matías chilló de miedo dentro de la boca del gato, que estaba húmeda y caliente, llena de babas, era negra y rosada, despedía un olor indescriptible y parecía llena de grandes dientes amarillentos.

- ¡Puaggg!

El gato atigrado escupió al ratón sobre el suelo del granero. Matías se quedó temblando de pies a cabeza, mojado y pegajoso, con polvo y paja pegados al pelaje. El instinto le dijo que se quedara inmóvil y se hiciera el muerto. No tenía la menor oportunidad de huir, rodeado como estaba por las patas del gato, pero no podía evitar que el cuerpo le temblara, de modo que miró fijamente al felino a los ojos, que eran dos estanques gemelos de color turquesa con motas de oro.

El gato miró a Matías con repugnancia. Desdeñosamente, se pasó una quisquillosa pata por la lengua y escupió como si quisiera librarse de un horrible sabor.

- ¡Aaaag! Simplemente. no soporto el sabor de los ratones. Pequeños y sucios bichos, uno nunca sabe dónde han estado.

La voz del gato, aunque culta, era fina y aflautada. En circunstancias diferentes, podría haber sonado cómica. Matías siguió tan inmóvil como pudo.

- ¡Oh, levántate, bestezuela asquerosa! -dijo, dándole un golpecito con una pata indolente-. Sé perfectamente que no estás muerto.

El joven ratón se levantó despacio. El gato no parecía interesarse por él como posible fuente de alimentación, pero a Matías le temblaban tanto las piernas que tuvo que volver a sentarse.

Se miraron. A Matías no se le ocurría nada que decir. El gato volvió a hablar, esta vez con tono indignado.

- Bueno, ¿no tienes nada que decir en tu defensa, ratón? ¿Dónde están tus modales? ¿No crees que deberías disculparte por saltar al interior de mi boca de esa forma?

Matías consiguió ponerse en pie nuevamente y hacer una reverencia, aunque sin dejar de temblar.

- Le ruego que me perdone, señor. Ha sido un accidente. Me he caído. Por favor, acepte mis más humildes disculpas. Soy Matías de Redwall y espero sinceramente no haberle molestado en modo alguno.

-Sí, bueno -dijo el gato con desdén-, al menos parece estar bien educado, Matías de Redwall. Acepto tus disculpas. Permíteme presentarme. Soy el señor Julián Jengibre.

- Encantado de conocerlo, señor Julián -dijo Matías cortésmente.

- Puedes llamarme Julián -dijo el gato, bostezando con regia indolencia-. El título es hereditario; yo nunca lo he querido. ¿Señor de qué? ¡De una granja destartalada y de un arroyo que hay más allá! No tengo amigos de verdad, ni sirvientes de confianza, ni compañera siquiera. Mmm, supongo que la dinastía de los Jengibre se extinguirá cuando yo muera.

Sin poderlo evitar, Matías sintió cierta simpatía por el solitario aristócrata.

- Al menos parece llevar usted una vida muy pacífica -dijo, esperanzado.

-Oh, ahórrame los tópicos, ratón: -replicó Julián con tono cansino-. ;Qué sabes tú de soledad y de intentar conservar la posición en un i en decadencia? A propósito, ¿crees que podrías limpiarte un poco? Estás absolutamente horrible con todo ese polvo y esa paja. Y mientras te limpias, tal vez te apetecería explicarme por qué andabas furtivamente por mi granero.

Mientras Matías se sacudía la ropa, relató el objetivo de su misión. Julián lo observó sorprendido.

-El capitán Nieve, ¿eh? ¡Viejo maníaco! Le he prohibido que use mi granero, ¿sabes? ¡Qué pájaro tan horroroso! Se come cualquier cosa que se mueva o se arrastre. Y sus modales en la mesa son atroces, además. Tanto regurgitar pelo y huesos. ¡Agggg!

- ¿Podría decirme dónde puedo encontrarlo, por favor? -preguntó Matías.

-Por supuesto -contestó Julián-. Nieve vive en un árbol hueco últimamente. Haré un esfuerzo y te llevaré hasta allí. pero por favor no esperes que te lo presente ni que hable con él. Cuando veté la entrada aquí a Nieve, tuvimos una horrible disputa. Se dijeron cosas que no pueden enmendarse. Aquel día juré que no volvería a hablar con ese viejo búho mientras viva.

Matías comprendió que Julián y Nieve habían sido buenos amigos en otro tiempo. Tal vez la ruptura de su relación era la causa del sombrío fatalismo del que era presa Julián. Así pues, Matías decidió con sensatez que era mejor no insistir en aquel tema por el momento.

Viajar a lomos de un gato fue una experiencia nueva e insólita para Matías. Aunque se tomó muchas molestias para disimularlo, Julián era una criatura muy considerada.

- Tus amigas las musarañas han salido hoy en masa -comentó perezosamente, mientras caminaba grácilmente por el corral de la granja-. ¡Criaturas ignorantes! Creen que no las veo. Dale un mensaje a Guosim y a Tronco de mi parte, ¿quieres? Diles que pueden entrar al granero a buscar heno y otros artículos. Nieve ya no vive allí. Dios sabe que no voy a hacerles daño. Mi dieta consiste en hierbas y verduras y en algún que otro pez del río. Hace años que dejé las carnes rojas. También puedes comentarles que, si han de venir a mi granero, ¿podrían por favor desistir de discutir y pelearse tanto? No hay nada más molesto que unas belicosas musarañas molestándolo a uno mientras medita.

Matías accedió a transmitir el mensaje a la guerrilla de las =sanaras. Habían llegado a un pequeño huerto cubierto de maleza. Julián se detuvo a veinte pasos de un roble raquítico. Pidió a Matías que se bajara y le advirtió-:

-Seguramente no puedas ver al capitán Nieve, pero nos está observando. Sé muy bien cuándo está en casa. Ten muchísimo cuidado, Matías. Es más que probable que ese viejo glotón te coma en cuanto te vea; típico de un búho. Bien, ahora debo irme. Si tienes ocasión, dile que el señor Jengibre dice que sin duda ha de admitir que estaba equivocado y pedir disculpas. Sólo entonces podremos reanudar nuestra amistad y vivir juntos en el granero. Adiós, Matías, y cuídate.

-¡Adiós, Julián, y gracias! -gritó Matías al último superviviente del linaje de los Jengibre.

El joven ratón se quitó la medalla de Basilio del hábito. El ratón avanzó cautelosamente, sosteniéndola en alto. Si Julián decía que el capitán Nieve estaba por allí, entonces debía de ser así.

Un chillido fantasmal quebró el silencio, seguido por un susurro de alas. El búho salió volando de la nada directo hacia Matías.

Agachándose y zigzagueando como le había enseñado Basilio, Matías agitó la medalla y gritó a pleno pulmón:

-¡Tregua! Me ha enviado Liebre Ciervo Basilio. ¡Pido una tregua!

Fue derribado. Unas garras afiladas como agujas le arrebataron la medalla. El capitán Nieve aterrizó delante de Matías, levantando el polvo con sus grandes alas. Al joven ratón le costó creer que existiera un pájaro tan grande y terrible.

El capitán Nieve era muy alto, con unas alas que, desplegadas, eran increíblemente grandes. El plumaje era totalmente blanco, salvo unas cuantas franjas marrones de las alas y unas manchas oscuras de la cabeza. Tenía seis peligrosas garras delante de las patas y otras dos detrás, y un pico aguzado y curvado. Sus ojos eran colosales: dos órbitas gemelas doradas con círculos negros centrales.

Matías siguió agachándose y zigzagueando, consciente de que su vida pendía de un hilo. El capitán Nieve lanzó hacia delante una garra, que Matías esquivó ágilmente.

-Di tu nombre y tu rango. ¿Quién te ha dado mi medalla? le espetó el búho con voz áspera y monocorde.

-Ratón Matías -contestó, sin dejar de moverse, respirando entrecortadamente-. Guerrero de la abadía de Redwall. La medalla pertenece a mi amigo Liebre Ciervo Basilio. Le envía sus saludos, capitán, señor.

- Firmes -ordenó el capitán.

Matías se quedó rígido. Las garras del búho empezaron a avanzar centímetro a centímetro, como si tuvieran vida propia. El joven ratón retrocedió. El capitán Nieve se lamió la saliva de los bordes del pico; era evidente que estaba desesperado por comerse a Matías.

- ¿Qué te ha dicho el gato, ratón? -preguntó con voz ronca-. ¿Me ha nombrado a mí?

-El señor Jengibre dice, señor -dijo Matías, repitiendo el mensaje-, que si usted admitiera que estaba equivocado y le pidiera disculpas, ambos podrían volver a ser amigos y vivir de nuevo en el granero.

Matías no había dejado de alejarse de las garras que lo buscaban mientras hablaba. Un súbito instinto le dijo que se lanzara hacia un lado cuando el búho se abalanzó sobre él. Matías lo esquivó y salió corriendo en zigzag, alejándose del pájaro asesino. Burlado, el capitán Nieve picoteó la hierba ferozmente, esparciendo polvo. En un santiamén dio media vuelta y voló hasta la entrada de su nido, un agujero en el roble raquítico.

-Muy bien, ya puedes dejar de correr, pequeño guerrero. Vuelve. Quiero hablar contigo.

Matías se mantuvo a una distancia prudencial del árbol. El capitán Nieve cambiaba de un pie al otro, murmurando sin cesar:

-¿Equivocado yo? Jamás. ¡No me disculparé con ese gato! Me niego!

Cuando el búho terminó de discutir consigo mismo, Matías le dijo desde lejos:

-Capitán Nieve, señor, tengo una pregunta que hacerle.

El gran búho blanco le indicó que se acercara al agujero haciéndole señas con un ala.

-Escucha, ratón, no puedes quedarte ahí abajo dando gritos. ¿Por qué no subes a mi despensa, quiero decir, nido? Aquí podremos charlar tranquilos, cómodamente.

Matías echó un vistazo al «nido», poniéndose de puntillas. Las paredes del tronco estaban forradas con todo tipo de pieles: de musaraña, ratón común, campañol, incluso de rata. Las calaveras y huesos de pequeñas criaturas colgaban por todas partes como macabros adornos. Matías sonrió con nerviosismo.

Bueno, si no le importa, creo que prefiero quedarme donde estoy.

El capitán soltó una estentórea carcajada y se señaló una garra.

¿Así que prefiere quedarse donde está, señor? Bueno, no puedo culparle. De acuerdo, adelante. ¿Cuál era esa pregunta que querías hacerme?

.Conoce a Asmodeo, la víbora gigante, y dónde podría encontrarla, señor? preguntó Matías audazmente.

El búho se acicalaba las plumas del pecho. Ladeó la cabeza para mirar a Matías.

Conozco todo lo que se mueve dentro de mi territorio, ratón. Sí, conozco a Asmodeo. También sé dónde está lo que él llama su casa. ¿Por qué lo preguntas?

Porque la víbora tiene algo que pertenece a nuestra abadía, una espada antigua, señor respondió Matías.

Ah, la espada dio el búho. Recuerdo la noche que pasó por aquí, transportándola. ¡Un pequeño ratón enclenque como tú no conseguirá jamás arrebatarle esa espada a Asmodeo! La víbora tiene unos ojos mágicos que te dejarán helado, como una estatua. Vaya, ojalá yo pudiera hacer lo mismo con los míos.

Matías sintió la cólera brotar en su interior, y gritó airadamente al dogmático pájaro:

¡No me importa que tenga ojos mágicos, colmillos venenosos, anillos de acero, o lo que sea! ¡Voy a recuperar esa espada! Se la robaré a la serpiente o lucharé por ella. Eso es lo que haré, si...

El resto de las palabras de Matías quedó ahogado por la risa histérica del búho, que estuvo a punto de caerse de tanta risa. Parpadeó para quitarse las lágrimas de sus enormes ojos.

¿Que tú qué? ¿He oído decir que lucharás con Asmodeo? ¡Tú! Oh, pequeño ratón, sal corriendo antes de que me rompa un ala de tanto reír. ja ja ja je je, oh, jojojojo! ¡Cielo santo! ¿Estás seguro de que no has bebido brandy de manzana? ¡Un ratón luchando contra una víbora! ¡Dios mío, ahora sí que lo he oído todo! El capitán Nieve siguió riendo sin poder contenerse.

Ja, apuesto a que usted no podría luchar contra Asmodeo! gritó Matías en tono retador.

El búho se secó las lágrimas de los ojos con un ala blanca como la nieve, sin dejar las risotadas.

Jamás lo he intentado. ¡Y no me haría ninguna gracia la idea, pequeñajo! Seguramente tanto la serpiente como yo acabaríamos muertos.

Eso es porque tiene miedo dijo Matías, burlón. Mire, apuesto a que yo lucharé contra Asmodeo y venceré.

Apuesto a que no.

Apuesto a que sí.

Te apuesto lo que quieras a que no.

¡Le apuesto esa medalla a que sí! gritó Matías, señalando la medalla que el capitán Nieve sujetaba entre las garras.

El capitán arrojó la medalla al interior de su nido.

¡Hecho!

Un momento, búho gritó Matías. ¿Qué apuesta usted? La medalla no es suya. Se la dio a Liebre Ciervo Basilio.

Apostaré cualquier cosa graznó Nieve, extendiendo sus enormes alas. Lo que tú quieras, ratón.

Oh, no quiero nada suyo dijo Matías, asintiendo astutamente. Digamos tan sólo que me garantiza que me devolverá la medalla y me hace unas cuantas promesas.

Una vez más, el búho tuvo dificultades para contener su irrefrenable hilaridad.

¡Ja ja ja! ¡Qué descaro tiene! ¡1)e acuerdo, pequeño guerrero! Es una apuesta. Nombra esas promesas.

Muy bien dijo Matías solemnemente. Tiene que jurar que, si gano yo, no volverá a comer ratón ni musaraña de ningún tipo.

De acuerdo dijo el búho, con una carcajada de satisfacción. De hecho, aún iré más lejos. Prometo que, si derrotas a la serpiente, admitiré que estaba en un error ante ese gato

viejo y estirado. ¡Incluso le pediré perdón de rodillas, nada menos!

-Denle su palabra de capitán -pidió Matías.

El búho levantó un ala y una pata para recitar:

-Juro por mi rango de capitán y por mis ilustres antepasados Nyctea y Glaciar, que yo, el capitán Nieve, devolveré la medalla y seré fiel a mi juramento, si vences a Asmodeo. -El búho volvió a estallar en risas-. ¡Oh, jajajajajejejejejojojojo! ¡Esta es la apuesta más fácil que he hecho en mi vida! Será como quitarle las alas a una mariposa muerta.

-Tal vez sea así para usted, señor, pero no para mí -replicó Matías-. Bien, ahora dígame dónde puedo encontrar a Asmodeo, capitán.

-En la vieja cantera de piedra arenisca -contestó el búho-. Tendrás que cruzar el río. Hay cuevas en la cantera y también corredores. Explóralos. Encontrarás a Asmodeo cuando menos te lo esperes. Pero entonces ya será demasiado tarde. Estarás más muerto que un carámbano en el infierno. Adiós, ratón.

Matías dio la espalda al búho blanco y se alejó caminando con paso firme, y una sarta de pullas resonando en sus oídos.

-¡Ha sido muy agradable recuperar mi medalla de plata! -se burlaba el búho-. Pensaré en ti cuando la lleve. Deberías haber dejado que te comiera, te habrías ahorrado el viaje a la cantera... Oh, casi se me olvidaba. No podrás transmitir mis saludos a la liebre. ¡Estarás dentro de la serpiente!

Matías siguió caminando, haciendo caso omiso de las crueles bromas del búho, atravesó el corral de la granja y la pradera, y no se detuvo hasta que llegó a la linde del bosque de Mossflower. Las musarañas abandonaron sus escondites para apiñarse en torno a él haciendo mucho ruido y lanzándole una infinidad de preguntas.

J a, así que has vuelto.

-¿Por qué no te ha comido Nieve?

-Apuesto a que no habías visto nunca un búho de ese tamaño, ¿eh?

-¿Qué hay de Colmillo Venenoso?

-¿Has descubierto dónde vive?

- ¡No te quedes ahí callado! ¡Habla, habla!

Se produjo una feroz disputa. Se desenvainaron las espadas. Matías buscó a Tronco y le quitó la piedra negra.

-¡Cerrad la boca y dejad de pelearos, gamberros, o no os diré nada! -gritó.

Un silencio expectante cayó sobre los miembros de la guerrilla de las musarañas de Mossflower. A Matías le costó disimular el desprecio en su voz.

- He encontrado al capitán Nieve. En realidad me ha guiado hasta su casa el señor Julián Jengibre. ¿Os suena de algo ese nombre?

Las musarañas arrastraron los pies con aire avergonzado. Muchos clavaron la vista en tierra, sobre todo Guosim y Tronco.

Matías se cruzó de brazos y los miró a todos con repugnancia.

- Oh, sí. Me gustaría daros las gracias a todos, sobre todo a ti Guosim, y a Tronco. Qué treta más sucia y despreciable, la de enviarme a ese granero sin una sola palabra de advertencia sobre el gato.

Tronco se arrancó la banda de tela de la frente y la arrojó al suelo. Luego cogió la piedra negra.

-Matías, no habló sólo por mí mismo, sino también por toda la guerrilla. Lo sentimos mucho, tienes que creernos. Se nos olvidó por completo hablarte del gato. Verás, somos musarañas, no sólo por el nombre, sino también por naturaleza. Discutimos y nos peleamos tanto entre nosotros mismos que perdemos de vista las cosas importantes. Así somos nosotros. Por favor, acepta nuestras disculpas, amigo.

- Os perdono por esta vez -dijo Matías, recuperando la piedra-. Decís que sois musarañas y me llamáis amigo. Decís que os olvidasteis. Dejad que yo os diga una cosa. Soy un guerrero de Redwall. ¡Siempre recuerdo quiénes son mis amigos, y jamás olvido una

ofensa! Sin embargo, que no se hable más de este asunto. Ahora, escuchadme. Lo que tengo que deciros es de gran importancia, porque puede cambiar la vida de todas las musarañas. El capitán Nieve me ha dicho que Asmodeo vive en la vieja cantera de piedra arenisca, al otro lado del río. Me ha jurado que, si derroto a Asmodeo, no volverá a matar jamás a ninguna musaraña.

Cuando se extinguieron los murmullos de asombro, el joven ratón prosiguió:

-¡Pensad en ello, musarañas de la guerrilla! Sería una doble bendición para vosotros. Con la muerte de Asmodeo y el juramento del capitán Nieve, viviríais en paz, a salvo de los dos. Y va que hablamos del tema, mi amigo Julián el gato es completamente inofensivo. No os dará caza. Tenéis su permiso para coger cualquier cosa que necesitéis de su granero, siempre que lo hagáis en silencio, sin pelearos ni discutir. Eso es todo lo que tenía que deciros, salvo una cosa: Llevadme hasta la cantera.

Matías aguardó pacientemente a que se extinguieran las conversaciones a su alrededor. No podían rechazar una oferta tan generosa. Hizo un esfuerzo por seguir el hilo de las conversaciones. Algunas musarañas parecían estar convencidas, pero otras al parecer eran reacias a confiar en su palabra. Finalmente, una pequeña musaraña de aspecto combativo se adelantó y cogió la piedra negra, para dirigirse a Matías con un tono muy oficial.

-Nuestras reglas dicen que la cantera del otro lado del río no es territorio de las musarañas, ratón. ¡Por lo tanto, no podemos ir contigo!

Tronco saltó hacia adelante y dio al que hablaba un fuerte golpe que lo derribó.

- ¡Pequeño cobarde, estúpido e ingrato! -exclamó-. ¿Cómo puedes decir tal cosa después de lo que este guerrero intenta hacer por nosotros?

- ¡Para, Tronco! -pidió Guosim, cogiendo la piedra del suelo-. ¡No tienes derecho a golpear a un camarada! El se ha limitado a exponer los hechos. Las normas de nuestra guerrilla establecen claramente que no puede obligarse a ninguno de sus miembros a ir más allá de las fronteras oficiales de las musarañas.

Antes de que Tronco tuviera ocasión de replicar, se produjo un gran alboroto. Las musarañas empezaron a discutir a gritos, a darse patadas y puñetazos, a luchar entre ellas y a chillar. La linde del bosque se convirtió en un pandemonio.

Matías alzó la piedra e intentó hacerse oír entre tanto jaleo. Su voz se perdió en la algarabía de voces. Furibundo, agarró a la musaraña que tenía más cerca y le gritó:

- ¡Escúchame, tú! Dime en qué dirección está el río, o de lo contrario...

La criatura apuntó hacia el noreste antes de desasirse de Matías para sumergirse de cabeza en la refriega.

Colérico, el joven ratón agitó la piedra y gritó:

- ¡Adelante, seguid con vuestras peleas! ¡No os necesito! ¡Iré solo, y esto es lo que pienso de vuestra guerrilla autoritaria y de esta porquería de piedra!

Matías lanzó la piedra con todas sus fuerzas, y ésta sobrevoló las cabezas de las alborotadas musarañas, hasta perderse de vista en medio del bosque. Entonces, Matías dio media vuelta y se alejó con paso firme hacia el río.

3



Un ambiente de aprensión se había apoderado del campamento. Ladrón de Queso estaba muerto, traspasado por una inmensa flecha y, vestido con la mejor armadura de Cluny, yacía bajo la tienda derribada del jefe. Ni uno solo de los soldados de la horda se atrevió a acercarse a la horripilante escena, por miedo a verse luego acusados ante Cluny.

Constanza observaba el prado desde el parapeto con gran agitación. Su olfato percibía que algo no andaba bien. Las peores sospechas del tejón se confirmaron cuando vio a Cluny cruzando la carretera en dirección al prado. Constanza lo vio saltar la zanja. No cabía la menor duda, aquella rata era Cluny el Flagelo. ¡Se había equivocado de rata!

Cluny había dejado al grupo escogido en el bosque. Sabían lo que debían hacer. Tardarían cierto tiempo, pero el plan era sólido y viable. Al atravesar el prado con resolución un sexto sentido advirtió a Cluny que ocurría algo. Examinó la zona con su único ojo. La horda estaba reunida en el extremo más alejado, pero ¿qué le había ocurrido a su tienda?

Cluny distinguió vagamente una figura enredada entre las lonas. Toda especulación era inútil; apretó el paso.

Marca de Colmillo fue a su encuentro a medio camino. Cluny alzó una garra para hacerle callar. Quería llegar al fondo de aquel asunto sin oír excusas. Apartó los pliegues de la tienda con un puntapié y vio el rostro sorprendido de Ladrón de Queso. La punta de la enorme flecha sobresalía de la estropeada armadura.

Cluny volvió la mirada hacia la abadía y luego contempló de nuevo el cadáver, comprendiendo en un instante lo que había ocurrido. El gran tejón hembra estaba asomado al parapeto. ¡Aquello era obra suya!

Cluny pensó deprisa. En el otro extremo del prado, la horda contemplaba a su jefe con una palpable inquietud. Se había cometido un error, la flecha era para él. El fértil cerebro de Cluny dio con el modo de aprovechar aquella situación en beneficio propio.

Marca de Colmillo se sorprendió, y no poco, cuando Cluny le palmeó la espalda cordialmente y lo condujo hacia donde aguardaban temerosos los demás soldados. Cluny soltó una carcajada para aliviar la tensión y guiñó el ojo con aire granujesco.

-Bueno, veo que mi plan ha dado resultado. Hemos atrapado a ese sucio traidor, ¿no es cierto, Marca de Colmillo, viejo amigo?

Marca de Colmillo no entendía nada de nada, pero conocía demasiado bien a su jefe para llevarle la contraria.

- ¿Cómo? Oh, sí, por supuesto que sí, jefe.

Cluny señaló el cuerpo de Ladrón de Queso con un movimiento de cabeza.

-¿Veis eso? Bueno, que sirva de advertencia para todos vosotros. Ja, sabía lo que pretendía hacer ese farsante. ¿No lo visteis todos anoche, junto al ariete, dándose aires?

Se oyó un murmullo de aprobación. El ambicioso Ladrón de Queso había obligado a la mayoría de las ratas a ofrecerse voluntarias como portadores del ariete.

-Sí, lo vimos, jefe.

- Se daba importancia, gritando órdenes sin parar.

-Me tuvo dos horas dando golpes con ese ariete.

- Sí, cualquiera habría pensado que él era el jefe de la horda.

-¡Exactamente! -exclamó Cluny-. ¡Yo llevaba un tiempo fijándome en Ladrón de Queso! Iba dando órdenes por todos lados sin mi permiso. Vaya, apuesto a que os estuvo dando órdenes mientras yo me había ausentado.

-Se puso a acosarme, jefe -explicó Garranegra, lleno de indignación-. Que si haz esto, que si ve a por eso, que si date prisa, que si estoy en la tienda del jefe. Creo que Ladrón de Queso empezaba a tener delirios de grandeza, jefe.

Cluny rodeó los hombros de Garranegra con una pata.

-Gracias, Garranegra. Eres un capitán inteligente. Has visto igual que yo que Ladrón de Queso pretendía hacerse con el mando absoluto de mi fiel horda. ¿Para qué si no iba a usar mi tienda y a ponerse mi armadura?

Los soldados asintieron sabiamente, mirándose unos a otros. Cluny tenía, razón. No sentían la menor simpatía por el difunto bravucón, hambriento de poder.

-Veis? -continuó Cluny-, sabía que el tejón y sus amigos planeaban matarme, así que había pensado en matar dos pájaros de un tiro: engañándolos a ellos, y ahorrándome la molestia de ejecutar a Ladrón de Queso. De hecho, he dejado que los de Redwall hicieran el trabajo sucio por mí. No quería que ninguno de mis leales soldados tuviera que molestarse. ¡Le he dado cuerda al traidor y he dejado que nuestros enemigos lo colgaran!

Cluny se palmeó el muslo y estalló en carcajadas. Los soldados se unieron a sus risas, regocijados por la broma macabra de su jefe. ¡Qué astuta idea! No había duda de que el Flagelo conocía todos los trucos, y no dejaba pasar uno.

Cluny saludó alegremente a la lejana Constanza.

¡Gracias, tejón! -gritó-. ¡Has hecho un buen trabajo! Constanza no pudo oír sus palabras desde el muro, lo que, dadas las circunstancias, fue mucho mejor.

Cluny se mostró casi jovial al darse la vuelta hacia sus soldados.

- Bien, mis buenos guerreros. ¿Ha ocurrido algo más mientras estaba fuera?

- El túnel progresa velozmente, señoría -dijo Mataconejos con uno de sus más complejos saludos.

- Bien, bien -dijo Cluny-. ¿Alguna otra cosa?

-Estábamos buscando hojas de acedera, jefe -dijeron Sarnoso y Apestoso al unísono-, al otro lado de esos campos de allí...

Cluny los interrumpió e indicó a Apestoso con una inclinación de cabeza.

- Cuéntalo tú.

-Bueno, estábamos hurgando junto a unos setos, jefe -prosiguió Apestoso-, y hemos descubierto a una tribu entera de lirones absolutamente dormidos. Así que nos hemos abalanzado sobre ellos y los hemos traído atados. Bien gordos que están, jefe.

-Lirones, ¿eh? No los habréis matado, espero.

- Oh, no, jefe -dijo Apestoso, meneando la cabeza con brío-. Los tenemos ahí en la zanja. ¿Quieres verlos? Creo que son unos veinte en total.

- Bien hecho. Los quiero vivos -musitó Cluny, dirigiéndose hacia la zanja para echar un vistazo a los prisioneros.

Los lirones estaban apiñados con aspecto miserable, fuertemente atados todos con la misma cuerda. Ante la visión siniestra de Cluny el Flagelo, lanzaron gemidos de terror.

- ¿Quién de vosotros es el jefe? -gruñó Cluny.

Un lirón más bien joven y desaliñado alzó tímidamente la pata.

- Yo, señor. Mi nombre es Rechoncho. Por favor, déjenos libres. Nosotros no hemos hecho daño a ninguna criatura viva. La violencia es contraria a nuestra naturaleza. Nosotros...

- Silencio -espetó Cluny-, si no queréis que os enseñe lo que significa la violencia.

Los angustiados lirones gimieron en la zanja. Cluny hizo restallar su cola.

- Dejad de gimotear -dijo con desprecio-. Sois mis prisioneros y haré con vosotros lo

que me plazca. Oh, no os preocupéis. Todavía no pienso mataros. Tengo cosas más útiles en mente. Tú, Rechoncho, o como quiera que te llames, diles a los de tu tribu que no les haré daño mientras me obedezcáis. Por el momento, os quedaréis ahí, bajo vigilancia. ¡Apestoso, Sarnoso!

- ¿Sí, jefe?

- Vosotros dos seréis los responsables de estos prisioneros. Que no se acerque nadie a ellos. Vigiladlos noche y día. Si uno solo de estos lirones consigue escapar, acabaréis los dos en el asador. ¿Queda claro?

Una vez retirado el cadáver de Ladrón de Queso, Cluny se sentó bajo un toldo improvisado con la lona de la tienda destrozada. Contempló al armero que reparaba diligentemente la apreciada armadura, despotricando en silencio. Su armadura estaba dañada y había perdido a un valioso capitán. Los defensores de Redwall le habían sorprendido en su avance y el ariete había fracasado miserablemente. Una vez más, no le quedaba otro recurso que idear algún otro plan. Los soldados estaban más preocupados por lamerse las heridas y llenar el buche. La estrategia no era responsabilidad suya. Sin embargo, tras recapacitar, Cluny se dio cuenta de que la balanza empezaba a inclinarse de nuevo a su favor. Tenía ahora tres posibles llaves de acceso a la abadía. Una era el túnel; las ratas del bosque estaban trabajando en la segunda; y la tercera... Cluny miró hacia la zanja. La captura de aquellos lirones sería un medio aún más taimado de conquistar Redwall, siempre que supiera jugar bien sus cartas.

Con el anochecer se reanudó el asedio de la abadía una vez más. Juana Ardilla y Ambrosio Púas se habían unido a los arqueros. Daban brincos de un lado a otro, eligiendo blancos al azar.

- No me gusta -dijo Juana.

- ¿Qué es lo que no te gusta? -preguntó Ambrosio con un gruñido, tras arrojar una flecha sobre la zanja.

La ardilla dejó el arco y se sentó a cubierto del parapeto.

Parece que han aflojado bastante, y a Cluny no lo he visto mucho. Este comportamiento no es propio de esa chusma. Personalmente, creo que traman algo de lo que nada sabemos.

Winifred la nutria estaba cerca de allí. Lanzó una piedra con su honda. y asintió satisfecha al oír un grito. Luego se reunió con los dos amigos.

-Sí, estoy de acuerdo contigo, Juana. Seguramente el Flagelo ha ideado una nueva estratagema. Puede que este ataque sea sólo una tapadera. Por cierto, ;hay alguna noticia del Topo Mayor y su equipo?

- Oh, siguen con las orejas pegadas a tierra -contestó Ambrosio con aspereza-. El Topo Mayor asegura que han oído un eco extraño, pero todavía no tienen nada definido. El cree que podrían emerger por la esquina del suroeste.

- Sí, eso también lo he oído yo -dijo Juana-. ¡Tendremos que preparar un cálido recibimiento para esas sucias alimañas cuando aparezcan!

-Lo que me tiene perpleja -dijo Winifred con tono pensativo-, es el paradero del joven Matías. No es propio de él perderse la oportunidad de participar en una batalla.

El abad Mortimer recorría los muros, sirviendo la comida. Había estado escuchando la conversación y no pudo evitar hacer el siguiente comentario:

- ¿Sabéis?, yo estaba pensando lo mismo, pero debemos conceder a Matías el beneficio de la duda y confiar en su discernimiento. Tengo el presentimiento de que podría ser la salvación para todos nosotros. De una cosa podéis estar seguros: allá donde esté, nuestro joven ratón está actuando en bien de Redwall, sea de la manera que sea, estoy convencido.

- Bueno -dijo Juana con un suspiro, recogiendo su arco para poner una flecha-. Será mejor que nos aseguremos de que tenga un hogar al que volver. Sigamos con la lucha, amigos.

La ardilla tensó el arco y se levantó. Hizo una pausa para apuntar con la flecha de madera de tejo y soltó la cuerda con un vibrante sonido. Abajo, al borde del prado, una criatura cayó traspasada. ¡Un armiño menos para cumplir las órdenes de Cluny!

4



Matías acampó en solitario aquella noche. Tras una comida frugal, se arrebujó en el hábito para protegerse de la fría brisa nocturna y se dispuso a dormir. Solo con sus amargos pensamientos sobre las ingratas musarañas, el joven ratón finalmente cayó rendido.

Poco antes del amanecer, se despertó a causa de ciertos ruidos y movimientos que notaba a su alrededor. Abrió un ojo con cautela. Tenía los pies calientes y notaba el peso de una manta que le habían echado por encima mientras dormía.

¡La Unión Guerrillera de Musarañas de Mossflower había regresado!

Matías vio que habían encendido varias fogatas y que preparaban el desayuno, y decidió que faltaba poco para que despuntara el día. Se volvió de costado para fingir que seguía durmiendo, y se durmió, en efecto, haciendo caso omiso de la presencia de las musarañas.

Era pleno día cuando volvió a despertarse. El sol pegaba fuerte a través de los árboles, mezclándose sus rayos con el humo azulado de las fogatas. Tronco le llevó una torta de trigo cocida y un cuenco con una infusión de hierbas. Matías se sentó y aceptó el desayuno sin decir nada. Comió y bebió en silencio, mientras Tronco doblaba la manta y la guardaba. La musaraña se puso luego en pie y soltó una tos nerviosa.

-Ejem, esto, Matías, siento lo que ocurrió ayer. Como puedes ver, hemos decidido acompañarte por mayoría.

El joven ratón siguió sin prestarle atención. Tronco se sentó junto a él.

-Matías, escucha. Las musarañas de la guerrilla intentamos dirigir nuestras vidas democráticamente. No debes ser demasiado duro con nosotros. La musaraña que votó en contra de acompañarte se limitaba a interpretar las normas al pie de la letra. Fue un error golpearle. Guosim hizo bien en defenderlo.

Matías se puso en pie y se echó su hatillo al hombro.

-Mira, Tronco. No me hables de tus estúpidas reglas, subsección tres, párrafo cuatro, y todas esas tonterías. 0 estáis conmigo, o estáis contra mí. No puedo perder el tiempo con reglas y disputas de la Unión de Musarañas.

Tronco cogió su mochila y sonrió al joven ratón de oreja a oreja.

-Matías, amigo mío, estarnos todos contigo. ¡Con garras, uñas y dientes! Condúcenos, intrépido guerrero.

Matías soltó una carcajada de alivio.

- Bueno, empecemos de nuevo, amigo Tronco. ¡Tenemos que luchar contra una víbora y recuperar una espada!

Rodeado por un grupo de musarañas que había empezado a discutir sobre la mejor ruta para llegar a la cantera, Matías echó a andar con firmeza. Caminaron por entre los árboles

hasta dejar el bosque muy atrás. Atravesaron campo abierto, dieron un amplio rodeo para evitar la granja, se abrieron paso por entre setos espinosos, salvaron zanjas, y recorrieron varios campos en barbecho bajo la cálida quietud estival.

A la hora de comer se dio el alto a orillas de un ancho río de aguas tranquilas.

Matías se sentó junto a Guosim para comer. Sería la última comida cocinada que comería en un tiempo. Al llegar al otro lado del río, tendrían que avanzar con gran sigilo. Nada de fuegos ni de ruidos. Matías arrojó un guijarro al agua.

- ¿Cómo se supone que cruzaremos el río? -preguntó. Guosim contestó con la boca llena de pan.

- Gracias a Tronco, ¿cómo si no? Por eso lleva ese nombre. Su padre y el padre de su padre también se llamaban Tronco. Todos los de la familia eran barqueros en este río. Si necesitabas cruzarlo, te acercabas a la orilla y gritabas «Tronco». Vamos a ver si aún funciona.

Guosim se acercó a la orilla, hizo bocina con las patas y gritó, como si ululara:

- ¡Troncotroncotroncooo0!

El anciano musaraña surgió de entre unos juncos, subido a un gran tronco flotante que impulsaba hábilmente con una larga pértiga. Saltó a la orilla hecho una furia para reprender a Guosim.

- ¡Cabeza de chorlito! ¿Tienes que proclamar a los cuatro vientos que estamos aquí, gritando de esa manera, corno una sirena en la niebla? Será mejor que levantemos el campamento y crucemos el río ahora, antes de que venga alguien.

- Sólo quería demostrarle a Matías cómo llamar al barquero musaraña -musitó Guosim con expresión hosca.

- ¡Sólo! -exclamó Tronco, acaloradamente-. Entonces, ¿por qué no le enseñas el rastro de la serpiente en el fango? ¿O es que no lo has visto? Hace apenas cuatro horas que Asmodeo pasó por aquí. Seguramente ha ido de caza al bosque de Mossflower. Ha sido una suerte que no tropezáramos con él, pero podría volver por este mismo camino antes de que acabe el día.

Matías contempló con horrorizada fascinación el ancho rastro viscoso que había dejado la serpiente en el fango. Las musarañas se encaramaron apresuradamente en la extraña barca.

- ¡Deprisa, Matías! ¡Todos a bordo! -siseó Tronco.

Pese a lo peligroso de la empresa, el joven ratón disfrutó del Paseo por el río sobre el tronco de árbol. Varias musarañas habían sacado redes de las mochilas y pescaban con éxito, haciéndose con una buena captura antes de llegar a la orilla opuesta con una suave sacudida. Las musarañas desembarcaron y Matías ayudó a Tronco a ocultar el tronco entre unos juncos.

- Estaba pensando -dijo Matías-, si podríamos ocultarnos todos en alguna parte. De ese modo podríamos espiar a Asmodeo cuando regrese y seguirlo hasta su guarida.

-Eso era exactamente lo que yo había planeado -replicó la musaraña-. Si nos desplegamos a lo largo de la orilla y permanecemos ocultos, tendremos muchas posibilidades de ver a Colmillo Venenoso. Es una buena idea, pero le veo un inconveniente. ¿Y si la víbora capta el olor de las musarañas? Siendo tantas, el peligro es evidente.

-Entonces -arguyó Matías-, ¿no sería mejor que fuéramos a la cantera y esperáramos allí? Asmodeo tendrá que volver tarde o temprano.

-Ojalá fuera tan sencillo, amigo mío -dijo Tronco-. El terreno que rodea la cantera es demasiado llano y desolado; no hay lugar donde esconderse. Además, Colmillo Venenoso es un viejo diablo astuto. Puede que tenga una entrada secreta fuera de la cantera. Yo creo que es mejor que esperemos aquí. Haré que mis camaradas se desplieguen en una única fila, y nos mantendremos alerta.

Durante aquella larga tarde, Matías permaneció oculto, tumbado tras un arbusto de lilas, a corta distancia de las musarañas, escondidas a su vez a intervalos. De este forma habían

cubierto todo un kilómetro de orilla. Quienquiera que divisara a Asmodeo debía dejar pasar un minuto y luego informar a Matías, que estaba situado aproximadamente en el centro de la fila, flanqueado por Guosim y Tronco.

El sol abrasador contemplaba a los vigías con su disco incandescente. Matías miraba el río y el terreno que tenía delante de sí sin atreverse a mover una pata, ni que fuera para comer, beber o rascarse. Se veía obligado así a soportar los vuelos de exploración de insectos que zumbaban a su alrededor y paseaban por encima de él a placer. A menudo se concentraba tanto que la imaginación le jugaba malas pasadas. Una leve ondulación del agua, o una brisa que agitase la hierba se convertían en Asmodeo. Pestañeaba entonces para tranquilizarse y decirse que era tan sólo un producto de la tensión.

El joven ratón perdió la noción del tiempo hasta que se dio cuenta de que el sol empezaba a hundirse en un cielo encendido que anunciaba el crepúsculo. ¡Sin duda la serpiente tenía que pasar muy pronto por allí!

Cuando la oscuridad se cernía ya sobre ellos, una musaraña llegó sigilosamente y dio unos golpecitos a Matías en el hombro.

¿Qué ocurre? ¿Ha aparecido Asmodeo? preguntó Matías.

No lo sé, ratón dijo la musaraña, señalando hacia el lado que ocupaba Guosim. Será mejor que vengas y lo veas por ti mismo. Voy a buscar a Tronco.

Matías salió arrastrándose de detrás de las lilas. ¡Algo malo debía de haber ocurrido! Olvidando toda prudencia, Matías echó a correr por la orilla del río. Otras musarañas abandonaron sus escondrijos y lo siguieron.

Guosim estaba sentada en terreno despejado, con los ojos desorbitados por el miedo. Le castañeteaban los dientes y le temblaba el cuerpo como una hoja. Tronco llegó corriendo.

¡Guosim sufre una conmoción! le gritó Matías. Ayúdame a meterla en el agua.

Cogiendo a Guosim entre los dos, la llevaron a los bajíos del río y la sumergieron. Guosim emergió escupiendo agua, pero recobrada del susto.

¡Colmillo Venenoso, la serpiente, Asmodeo, estaba allí! No la he visto hasta que era demasiado tarde. Ha atrapado a Mingo. ¡Le ha puesto ojos mágicos, luego le ha mordido y se lo ha llevado a rastras! Pobre Mingo. ¡Agg! Ha sido horrible, horrible, os lo aseguro. ¡Reptil inmundo! Guosim se desplomó en la hierba y estalló en sollozos.

¡Vamos! le dijo Tronco, obligándola a ponerse en pie con rudeza. ¡No te quedes ahí tirada, llorando, musaraña! Seguramente la víbora ha dejado un buen rastro. ¿Dónde ha sido?

Guosim fue corriendo un trecho hacia la izquierda, aún temblorosa, y señaló el suelo.

¡Justo aquí! ¡Ahí están las marcas! ¡Mirad!

El rastro era muy claro. El húmedo sendero marcado en la hierba seca brillaba en la oscuridad.

Las musarañas siguieron el rastro con Matías y Tronco a la cabeza. El rastro era sinuoso, discurría por lomas, atravesaba setos y campos abiertos. Cuando a veces dejaban de ver las marcas húmedas, notaban el rancio olor de la muerte que impregnaba la tierra.

En lo alto de un pequeño montículo, Matías se puso de pronto en cuclillas, haciendo señas a los demás para que lo imitaran, y luego señaló cuesta abajo.

-¡Mira, Tronco! ¡Allí!

A sus pies se extendía una amplia cantera abandonada. Era como si una mano gigante hubiera abierto un gran agujero en el paisaje. Aproximadamente tenía forma oval. Las paredes empinadas de roca piedra arenisca formaban largas terrazas llanas por uno de los lados. Había pilas de piedras caídas entre las herramientas abandonadas. La escasa vegetación daba a la cantera un aire desolado.

Matías y las musarañas se encontraban en el borde de la hondonada, entrecerrando los ojos para escudriñar la cantera sumida en la oscuridad. Tronco dio orden a la guerrilla de que se retirara al otro lado del campo para descansar y comer, pues estaban muy necesitados de ambas cosas. Sólo él y Guosim se quedaron en el borde de la cantera con Matías, que zanjó

cualquier posible debate afirmando:

-En cuanto haya luz suficiente bajaré a echar un vistazo. Si tienes que ir, yo te acompañaré -murmuró Tronco.

No dijo Matías, meneando la cabeza. No puedo permitirlo. Es demasiado peligroso.

Tú no puedes detenernos, Matías dijo Guosim, que se había recuperado ya totalmente. No eres miembro de la Unión y, por lo tanto, no estamos bajo tu mando. Nuestras normas lo dicen bien claro, de modo que la decisión es nuestra. ¡Iremos! Tú y Tronco dormid un poco. Yo haré la primera guardia.

Los tres amigos durmieron por turnos, relevándose a lo largo de las largas horas de la noche. Matías era el centinela cuando los dedos de la aurora rozaron la cantera. ¡Qué diferente se veía el panorama a la luz del día, en contraste con la siniestra aparición nocturna!

La piedra arenisca mostraba una variedad de colores que iba desde un dorado pálido, ribeteado con todas las tonalidades de amarillo, beige, pardo y marrón, hasta el rojo grisáceo que debía de haber sido cortado en tiempos lejanos para proporcionar el material con que construir la abadía de Redwall.

Matías despertó a sus compañeros para que vieran aquel impresionante espectáculo.

Y pensar que esta pacífica belleza oculte a semejante demonio dijo, admirado.

Iniciaron el descenso en fila india, sin grandes dificultades. Había muchos lugares donde asirse y escalones, y la roca rojiza era firme, no resbalaba en absoluto. Los tres amigos tardaron menos de una hora en llegar y, una vez abajo, en el fondo llano, recorrieron la cantera con la mirada.

-Supongamos que Colmillo Venenoso decide salir a cazar susurró Guosim.

Tengo la sensación de que no lo hará replicó Tronco. Asmodeo se pasó el día de ayer cazando. Teniendo en cuenta que no esperaba encontrarse con el pobre Mingo en el camino de vuelta a casa, seguramente se pasará el día durmiendo y saldrá a cazar por la noche.

Eso nos deja todo el día para averiguar dónde está añadió Matías. ¿Buscamos juntos o por separado?

Sigamos juntos dijo Guosim, y ella y Tronco empuñaron sus cortos estoques. Matías empuñó la daga, y así iniciaron los tres la exploración, buscando un orificio o entrada oculta en la cantera.

Examinaron las pendientes más bajas, mirando y tanteando el terreno. Inspeccionaron raquíticos arbustos, dieron la vuelta a trozos de roca. se arrastraron bajo grandes salientes de piedra buscando siempre el rastro sinuoso que delataba a la víbora. El silencio era opresivo. No se oían trinos de pájaros ni zumbidos de insectos en aquella hondonada. Una vez examinada la parte baja, ascendieron hacia las terrazas del medio, pero los resultados fueron igualmente decepcionantes. Transcurrió toda la mañana en una búsqueda infructuosa.

A mediodía, Tronco pidió un descanso. Se sentaron sobre una roca plana con forma de mesa, a medio camino cuesta arriba, y compartieron unas galletas y un poco de agua de la cantimplora. No fue una comida animada. Los tres guardaron silencio, sumidos en sus propias reflexiones. Finalmente Guosim se levantó y se sacudió las migas. Luego dio unas palmadas enérgicas para apremiar a sus compañeros.

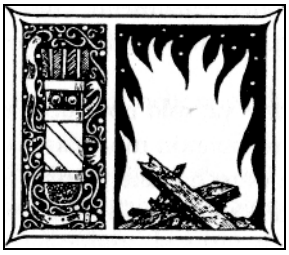
De acuerdo, vamos ya, sólo nos queda medio día.

Matías y Tronco recogieron mochilas y armas, mientras Guosim se apoyaba en un estrecho saliente para seguir buscando.

Si exploramos la parte de arriba esta tarde, sólo nos quedaráaaaaa...

El eco de su grito reverberó en el silencio de la cantera. Guosim había desaparecido. El angosto saliente en el que se había apoyado giraba en torno a un eje. Habían encontrado la enterada a la guarida de Asmodeo Colmillo Venenoso.

5



Cluny el Flagelo aguardaba con impaciencia la llegada de la noche. Uno de sus tres planes había cristalizado mucho antes de lo esperado.

Mataconejos había resultado ser de una inestimable ayuda. Incitado por la curiosidad, se había alejado hacia el bosque para ver qué hacían allí las ratas. Al hurón no le sorprendió ver que construían una alta torre de asalto. Sin embargo, había un problema. El carro de heno seguía volcado en la zanja, junto a la iglesia. Por más ahínco que pusieron las ratas, no habían sido capaces de extraer un par de ruedas y un eje.

Mataconejos conferenció con Cluny, que inmediatamente lo envió a supervisar la operación. El hurón charlatán demostró a las ratas que conocía la perfección los principios de la palanca y el fulcro. Improvisó una plataforma y una polea para complementar el tronco de árbol que estaban utilizando como palanca. Haciendo caso omiso de ruedas y ejes, aró el carro a la plataforma con una cuerda. Al presionar nuevamente sobre la palanca, el carro de heno se desequilibró. La tensión partió en dos la plataforma y la polea, haciendo que el hurón y las ratas salieran disparados y cayeran en la zanja. Aquel error sirvió a sus propósitos, pues el carro aterrizó derecho en la carretera con gran estrépito.

Empujaron el carro hasta el lugar del bosque donde se estaba construyendo la torre. Mataconejos supervisó la construcción sobre el fondo del carro. Encantado con su ingenio, añadió unos toques finales. En poco tiempo la torre de asalto estaba lista para ser utilizada, con las ruedas envueltas en arpilleras para amortiguar el ruido que hacían al rodar.

Cluny congregó a sus capitanes y les explicó su estrategia. Al anochecer de aquel mismo día, Marca de Colmillo iniciaría el ataque contra el muro del portón para distraer a los defensores. Cluny encabezaría entonces un escuadrón compuesto por los mejores combatientes. Sacarían la torre de asalto del bosque y la acercarían a la zona de la muralla donde las defensas parecieran más débiles. Al amparo de la oscuridad, pasarían de la torre a lo alto del muro. Pasando rápidamente a cuchillo a los defensores, Redwall estaría a su entera disposición.

Cluny observaba el cielo con ansiedad. Ya no faltaba mucho. Hizo una seña a Marca de Colmillo para que iniciara el asalto de distracción.

Aullando y lanzando horrísonos gritos de guerra, los atacantes salieron de pronto de la zanja, acribillando las defensas con una lluvia de flechas, lanzas y piedras.

-¡Redwall a mí! ¡A mí, ratones! -gritó Constanza-. Démosles su merecido. ¡A mí Redwall!

Liebre Ciervo Basilio había formado tres filas de ratones arqueros en lo alto del muro, que actuaron con militar eficiencia bajo las órdenes de la liebre.

-¡Primera fila, disparad! ¡Arrodillaos y tensad el arco! -¡Segunda fila, disparad! ¡Arrodillaos y tensad el arco! -¡Tercera fila, disparad! ¡Arrodillaos y tensad el arco! -Primera fila, arriba otra vez. ¡Disparad!

Las órdenes prosiguieron implacables. Los soldados enemigos caían derribados. Garranegra se apresuró a reforzar el ataque.

-¡Que no paren. esas hondas! ¡Traed más lanzas! ¡Cerrad esa línea! ¡No disparéis hasta que los veáis incorporarse!

Juan Ratón de Iglesia, el señor Campañol y fray Hugo corrían de un lado a otro agachados, recogiendo las flechas, lanzas y piedras que lanzaban desde abajo, y se los entregaban a los defensores.

-¡Vamos, nutrias! ¡Dadles un trago de su propia medicina! -decía Winifred, exhortando a sus lanzadores con honda, al tiempo que indicaba a los arqueros de refresco que se incorporaran a las filas de ratones.

Constanza y el castor compartieron un puñado de lanzas enemigas, que devolvían a la horda con terrible fuerza y una puntería devastadora.

Los hurones arqueros encontraron el lugar idóneo para alcanzar a los ratones arqueros de Basilio al borde del prado. Varios de los ratones cayeron antes de que Juana Ardilla y Winifred, junto con algunas de las nutrias que mejor manejaban la honda, les lanzaran una andanada tan rápida y certera que diezmaron a los hurones en unos minutos.

Mientras la batalla se desarrollaba junto al portón, desde lo alto del parapeto a las profundidades de la zanja de la cuneta, la Campana de José repicaba como testimonio de la matanza.

Cluny se bajó la abollada visera del yelmo y dio unos golpes a Mataconejos en el hombro.

-¡Bien! ¡Es el momento! ¡Adelante, hurón!

Juntos se alejaron a hurtadillas por la zanja, corriendo agachados hacia el extremo sureste del muro, donde reinaba una relativa calma. Cluny ordenó a sus tropas que acercaran la torre de asalto al muro, haciendo el menor ruido posible. Las ratas empujaron v tiraron para sacar el inmenso artilugio de su escondrijo en el bosque. El avance se hizo aún más penoso cuando tuvieron que atravesar la estrecha franja de hierba que los separaba del muro de Redwall. El propio Cluny tuvo que echar una mano, tirando de una de las cuerdas. Tiró con tanta fuerza que la pesada torre se balanceó al chocar contra los pequeños montículos de hierba, v peligró su integridad.

-Acercadla más al muro -susurró Cluny con apremio-. ¡Eso es! ¡Ahora aseguraos de que esta asentada sobre terreno llano! No quiero que la parte superior empiece a tambalearse.

Las ratas calzaron las ruedas con piedras y tierra para mantenerlas inmóviles. La gran torre estaba lista.

Cuando fray Hugo se fue apresuradamente para unirse a los defensores, dejó a Azulina a cargo de las cocinas, y ella se afanó en preparar gachas de avena y en cocer pan para el desayuno del día siguiente. Luego pensó en los centinelas de los muros y se dispuso a preparar una gran olla de sopa de verduras, la favorita de los defensores durante la noche, sobre todo cuando la hacía ella con su propia receta.

Ayudada por la señora Campañol y el señor Ardilla, llenó tres grandes jarras de barro. Cada uno de ellos cogió una jarra, junto con una cesta de pan fresco y queso de cabra, y se dispusieron a repartirlo todo. Azulina iba en cabeza, llevando un farol. La primera parada la hicieron en el extremo sureste, donde el Topo Mayor y su equipo cumplían con su monótona tarea: noche y día lo dedicaban a supervisar el terreno esperando oír los ruidos propios de un túnel al excavarse. Se alegraron de disfrutar de un breve descanso y de una comida caliente mientras charlaban en aquel tono suyo, áspero pero cortés.

Azulina no estaba nunca muy segura de lo que decía el Topo Mayor, pero le encantaba escuchar su extraño dialecto de topo.

-Vaya, señorita, que las alimañas ratas vienen en dos días, creo. ¡Arrr! Las de Caín les daremos si las cabezas se atreven a asomar.

Azulina no había captado muy bien sus palabras, pero el rostro ceñudo del Topo Mayor

le dio a entender que «las de Caín» no iba a ser una experiencia agradable para las ratas.

-Gracias te doy amablemente -dijo el Topo Mayor arrugando el hocico graciosamente-. No hay como sopa de verduras para la vida de nosotros topos mantener.

El señor Ardilla se echó a reír y comentó a Azulina y a la señora Campañol:

-Bueno, según parece los topos son muy aficionados a la sopa de verduras casera. Sé que mi Juana también estará encantada de probarla.

-Sí, y también Samuel querría si no estuviera ya dormido -dijo Azulina-. Miren, usted y la señora Campañol empiecen a servir a los centinelas del portón. Agachen la cabeza y tengan cuidado. Yo subiré por aquí y los veré luego en la cocina.

Con el farol y el cesto en una pata y la jarra en la otra, Azulina subió las escaleras en la esquina sureste del muro. El hermano Rufo la ayudó a llegar a lo alto.

-¡Ah, la joven ratoncita campestre con su mágica sopa! Encantado de verte, Azulina. Este rincón está muy solitario cuando no hay acción por aquí, -El hermano Rufo presentó su tazón y contempló agradecido la nube de vapor que surgía de la jarra-. ¡Mmm, qué viene huele! ¡Sopa de verduras, mi favorita!

Azulina no le escuchaba. Miraba con la boca abierta por encima del hombro del hermano Rufo. La sopa desbordó el tazón y cayó sobre el suelo de piedra, pero ella siguió inclinando la jarra.

Al otro lado del parapeto había aparecido de la nada una destartalada plataforma de madera. En lo alto, dispuesta a saltar, había una rata malcarada con un alfanje sujeto entre los dientes.

Azulina soltó un chillido.

Más por accidente que a propósito, el hermano Rufo se dio la vuelta bruscamente y lanzó el líquido hirviendo de la jarra a los ojos de la rata. La rata cayó de la plataforma con un aullido de dolor. Sin saber muy bien lo que hacía, Azulina arrojó el farol, que fue a dar contra la torre de asalto y empapó la madera seca de aceite. Al instante las llamas devoraron ávidamente la plataforma, convirtiéndola en un infierno.

Atraídos por la gran llamarada que iluminaba la noche, los defensores salieron corriendo de todas partes para ver que ocurría. Más de treinta ratas se encontraban en la parte alta de la torre. En la parte central había muchas más, y más aún en la parte interior. Las ratas se peleaban entre sí por bajar antes de la torre en llamas. Se mordían, pisoteaban y golpeaban unas a otras. Unas saltaban, a otras las empujaban. y caían a tierra entre gritos.

Cluny corría de un lado a otro, presa de la rabia. Fuera de sí en aquellos momentos, se aferraba a las ratas quemadas, heridas, algunas con el pelaje en llamas.

-¡Volved allá arriba, cobardes! ¡Saltad al muro! -gritaba en su locura.

Las ratas que atacaban el portón. dejaron de luchar y corrieron por el camino en dirección al espantoso holocausto. De las llamas saltaban chispas que se perdían en la noche. Cluny azotaba con su cola a cuantos se le ponían por delante, echando espumarajos por la boca y maldiciendo frenéticamente, convertido su rostro en una terrible máscara demente, iluminada por el resplandor de la torre.

-¡Sólo es un poco de fuego! Volved a allá arriba, ¡idiotas! ¡Matad a los ratones!

Garranegra y Marca de Colmillo agarraron a Cluny por la capa chamuscada y lo alejaron de allí a rastras.

-¡Apártate de aquí, jefe! ¡Está empezando a caer!

Con un tremendo chasquido, la madera en llamas de la torre se ladeó, siguió tambaleándose y se desplomó finalmente, creando una cortina de chispas y llamas. El carro de heno se ladeó y volcó, sin dejar de arder por los cuatro costados.

El incidente puso fin a la lucha por aquella noche. En lo alto del muro se lanzaron vítores por la heroína del momento. Azulina se ruborizó cuando el Topo Mayor asintió

admirativamente.

-¡Usted más hermosa está con esta luz, señorita! ;Algo le queda de sopa de verduras? No se la habrá dado toda a esas alimañas, ¿no?

Al pie de los muros de la abadía, la escena era dantesca. El suelo estaba cubierto de cadáveres de atacantes que habían sido pasto de las llamas en la desafortunada empresa de la torre de asalto. A Cluny lo condujeron sus capitanes a la protección de la zanja. Aparentemente incapaz de ver ni oír, musitaba palabras oscuras, cosas extrañas que nadie podía comprender.

A su espalda, los capitanes se miraron con perplejidad. Había perdido el seso finalmente Cluny el Flagelo?

A la mañana siguiente, el fuego había quedado reducido a cenizas. Constanza y el abad contemplaban los resultados desde el

muro. Una amplia franja de los prados había quedado arrasada por el fuego. Aún chisporroteaba la tierra abrasada en algunos puntos cubiertos por el rocío.

-Gracias a Dios no se ha propagado al bosque -dijo el abad-, pues las llamas podrían haber arrasado todo Mossflower.

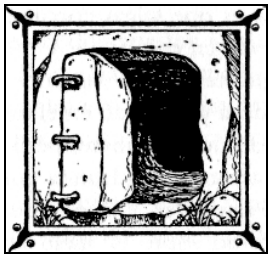
-Cierto -dijo el tejón hembra, contemplando con tristeza la tierra quemada-. Ningún bando usa el fuego como arma, ni siquiera Cluny. Significa la muerte para las criaturas de ambos bandos. Debemos considerar esto como un accidente, padre abad.

-Accidente o no, tenemos una deuda de gratitud con Azulina -replicó el abad-. Es una joven ratoncita muy valiente. De no ser por su rápida acción, hoy estaríamos todos bajo la bota del tirano.

En las cocinas de la abadía, Azulina removía las gachas de avena y vigilaba el pan que se cocía en el horno. Se sonrió. ¡Qué habría pensado Matías de todo aquello!

¡Heroína por la noche, cocinera a la mañana siguiente!

6



Mientras Tronco sostenía la roca para que no se cerrara, Matías se asomó al agujero. Era un túnel largo y oscuro que bajaba por la pendiente de la cantera.

No se oía ni se veía a Guosim.

La llamaron en susurros, por temor a que un grito despertara a la serpiente. Matías se impacientó.

-Vamos, Tronco. Tenemos que entrar ahí. Silencio.

-Espera un momento -replicó la musaraña. Cogió una piedra pequeña y la puso en la entrada para impedir que se cerrara la puerta-. Ahora estoy listo. Tú guías.

Se aventuraron prudentemente por el largo corredor en pendiente, hundiendo los talones

para evitar deslizarse hacia abajo, como seguramente le ocurrió a Guosim. Al llegar al fondo, esperaron un poco a que sus ojos se hubieron acostumbrado a la oscuridad. El suelo era nivelado. El túnel era lo bastante grande y bueno para permitirles pasar juntos y sin agacharse. Siguieron caminando y Tronco señaló unos extraños símbolos y signos que se habían arañado en la superficie de la suave piedra.

Aunque los túneles de la cantera eran naturales, era obvio que habían servido como guarida de serpientes durante generaciones; la mayoría de los signos eran de naturaleza reptiliana. Los dos amigos siguieron avanzando hasta que el corredor se convirtió en una pequeña cámara de la que salían dos túneles.

-Tú sigue por el de la izquierda y yo seguiré por el de la derecha -susurró Matías-. Dibuja una flecha con la espada a intervalos. Yo haré lo mismo con la daga. Así no nos perderemos. Si encuentras a Asmodeo, vuelve enseguida a esta cámara. Si te encuentra a ti, lo mejor es que salgas corriendo lo más rápido que puedas y que grite a voz en cuello.

-Ten cuidado, guerrero. Nos veremos luego -dijo Tronco.

Matías aferró su daga y se metió en. el túnel de la derecha. Era un poco más estrecho que el primero, pero igual de alto. Lis paredes eran de piedra amarilla, tan blanda que parecía arena mojada. Sin atreverse casi a respirar, y alegrándose de que sus pies no hicieran el menor ruido sobre el suelo arenoso, Matías siguió avanzando sin olvidar marcar una flecha cada pocos metros. Por encima de la cabeza, muy arriba, el ratón oía el sonido de agua que goteaba: los ecos musicales de las gotas sonaban extraños en la siniestra quietud del túnel.

Su pata encontró un agujero en la pared izquierda. Resultó ser una antecámara rectangular. Matías se horrorizó al descubrir que estaba llena de pieles de serpiente, que yacían por el suelo, secas y arrugadas. Estremeciéndose al pensar en sus antiguos ocupantes, a Matías se le erizaron los pelos de la nuca, y se apresuró a abandonar aquella repulsiva escena para seguir por el túnel.

Era más del doble de largo que el primero. Mientras Matías marcaba otra flecha en la pared, se dio cuenta de que allí los símbolos tallados parecían más antiguos, más primitivos. Aquel lugar había sido un cubil de serpientes mucho antes de que se hiciera la cantera. El túnel terminaba bruscamente en una inmensa caverna.

El Gran Salón de Redwall habría cabido en una esquina de aquella colosal estructura. En el centro había un gran lago en cuyas aguas rielaba una pálida luz fosforescente. El ruido de gotas procedía de algún lugar en los oscuros recovecos del techo; caían regularmente en la superficie del lago, provocando una onda incesante. Matías se fijó en que salían varios túneles y cavernas de aquel lugar.

¡Asssssmodeo!

Aquel sonido hizo que se le helara la sangre en las venas. La víbora estaba cerca. ;Dónde? No podía saberlo. Su mortífero siseo resonaba en todas partes.

- ¡Asssssmodeo!

Matías intentó valerosamente dominar el pánico que pugnaba por apoderarse de él.

Si la serpiente supiera dónde estoy yo, no perdería el tiempo intentando asustarme. Ya me habría atrapado», se dijo.

Un poco más tranquilo, pero aún muy asustado, Matías rodeó el lago intentando no hacer caso del horrible siseo. -¡Asssssmodeo!

Armándose de valor, Matías se metió sigilosamente en la cueva más cercana. En la claridad que se reflejaba del lago, Matías vio algo que le alegró el corazón.

¡Allí estaba Guosim, sentada con la espalda apoyada en la pared! Matías corrió hacia ella y cogió a la musaraña por la pata. -Guosim, ;cómo has llegado hasta aquí, pequeño incordio?

Te hemos estado busc...

¡Guosim cayó de lado, muerta!

El joven ratón retrocedió con un gemido ahogado. Vio entonces claramente las marcas de los colmillos venenosos en el pecho de la musaraña. Guosim tenía la cara hinchada, con los

ojos muy cerrados y los labios ennegrecidos.

-¡Asssssmodeo!

Matías salió tambaleándose de aquella espantosa despensa de la víbora, y volvió a la caverna principal. Estuvo un rato sentado, estremecido de horror por lo que había visto. Le costaba creer que aquel cadáver hubiera sido una criatura cálida, llena de vida. Finalmente, se levantó y siguió explorando.

La siguiente entrada era un agujero diminuto en la pared, del que no valía la pena preocuparse. Aun así, decidió investigarlo. Se puso a cuatro patas y se metió en el agujero con dificultad, para descubrir que se trataba de otro túnel. Era angosto y le costó avanzar.

-¡Asssssrnodeo!

¡El horrible sonido estaba mucho más cerca! Empujando y pugnando por seguir adelante, Matías llegó al final del túnel.

De repente, Matías se encontró cara a cara con la víbora gigante.

-¡Asssssmodeo!

El enorme reptil estaba durmiendo. Cada vez que exhalaba el aire, la lengua de la serpiente asomaba y repetía aquel nombre vil: Asmodeo.

Matías la contempló sumido en una muda fascinación. Los ojos de la serpiente no estaban cerrados, sino velados por el sueño. La respiración era lenta y regular. El gran cuerpo escamoso y musculado estaba enroscado de cualquier manera. De vez en cuando, sus inmensos anillos se movían perezosamente con un seco crujido. La cabeza, sin embargo, permanecía fija en el mismo sitio. Al otro lado del montón de anillos enroscados, Matías creyó distinguir la afilada cola.

Había otras cosas en el cubil de la serpiente: una cola de zorro, alas de palomas torcaces, la cabeza de un enorme pez, y pieles de muchas especies de criaturas.

¡Pero Matías sólo vio la espada de Martín el Guerrero!

Estaba colgada de la horquilla de una raíz de árbol, en el fondo del cubil. El pomo era una gran piedra roja en la parte superior de la empuñadura, que era de cuero negro y adornos de plata, como el talabarte y la vaina. Bajo un pesado travesaño de plata estaba la hoja. Hecha del más fino acero, su filo doble terminaba en una afiladísima punta. Un surco recorría el centro de la hoja de arriba abajo, flanqueado por símbolos que Matías no pudo descifrar.

¡Aquélla era la auténtica espada de la abadía de Redwall! Su deber era apoderarse de e a. Matías avanzó con el mayor sigilo posible. Lentamente, centímímetro a centímetro, procurando que su cuerpo fuera lo más pequeño posible, Matías se aplastó contra el muro para pasar junto a la gran cabeza parecida a una pala. La lengua estuvo a punto de lamerle la cara al asomar, repitiendo una y otra vez el temido nombre:

-¡Asssssmodeo!

Matías notó el aliento de la víbora, las frías exhalaciones, que llevaban consigo el dulce olor rancio de la muerte, agitaban sus bigotes. Un anillo se movió y estuvo a punto de tocarle una pierna.

Matías contuvo la respiración y se apoyó aún más contra la pared.

La serpiente parpadeó. El joven ratón se encontró de repente con el ojo abierto de monstruo que lo miraba directamente. -¡Asssssmodeo!

El párpado volvió a bajar y la serpiente siguió soñando con sus maléficas visiones, fueran cuales fueran. Matías estaba empapado en un sudor helado. Asmodeo había abierto un ojo mientras dormía. No había otra explicación posible.

Matías consiguió pasar delante de la cabeza de la víbora, tras unos instantes de tensión que parecieron siglos. Esquivó los gigantescos anillos y caminó rápidamente pero en silencio hacia la espada que colgaba de unas raíces de árboles, en el fondo de la cueva.

Matías bajó la espada y rodeó la empuñadura reverentemente con ambas patas. Poco a poco, consiguió levantar la punta de la espada hasta tener la hoja brillante delante de él. Percibió entonces lo que debía sentir Martín cada vez que empuñaba aquella bella arma. El

joven ratón sabía que había nacido para vivir aquel momento. La vibración del acero se trasmitió desde el brazo a todo su cuerpo. ¡La espada era parte de él!

La principal preocupación de Matías era salir de allí sano y salvo con la espada. En el limitado espacio del cubil de la serpiente no podía blandir la espada de leyenda. Si golpeaba con ella a Asmodeo, sus poderosos anillos lo aplastarían contra las paredes, dándole muerte, cuando diera los últimos estertores. No conseguiría nada con tan temeraria acción. Como un veterano soldado, el joven ratón decidió elegir el lugar y el momento en el que combatir. Paseó la vista por el cubil. Era evidente que el agujero por el que había entrado él era demasiado pequeño para la víbora. Servía meramente como respiradero, pero también amplificaba el eco de su temido nombre a través de túneles y cavernas, avisando a los intrusos.

Cerca de la cola de la víbora, que se cruzaba en su camino. vio que las pieles colgadas de la pared temblaban ligeramente. Sin duda cubrían la única entrada y salida posible para un reptil de aquel tamaño. Envalentonado por la posesión de la espada de

Martín, Matías pinchó ligeramente la cola de la víbora con la punta del arma, y obtuvo el efecto deseado. Los largos anillos escamosos se agitaron y cambiaron de posición. Rápidamente, Matías se deslizó al otro lado de la cortina de pieles y salió a un túnel que se curvaba en forma de arco, y conducía de vuelta a la caverna principal con su lago resplandeciente.

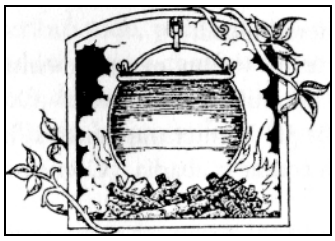
Tronco salió corriendo de la cueva donde estaba el cadáver de Guosim. Pálido y con los ojos desorbitados por el terror, fue a dar de bruces con su amigo ratón, y estuvo a punto de herirse con la espada.

Antes de que Matías pudiera impedírselo, soltó un grito de pánico.

-¡Matías. Guosim está muerta! ¡Acabo de verla en esa cueva! ¡Está muerta! ¡Guosim está muerta!

En su cubil, al otro lado del túnel, Asmodeo se despertó.

7



Los capitanes de Redwall esperaban oír a Constanza, cuyas órdenes no podían poner en duda. De todas las criaturas del bosque, ella era la más vieja y sabia. Necesitaba tiempo para tomar decisiones y era muy minuciosa, pero siempre acertaba. Su sabiduría era producto de una vasta experiencia y del ingenio natural de una superviviente.

Juana, Winifred y Basilio la apoyaban incondicionalmente. Acababan de comunicarle las últimas noticias recibidas. Los atacantes emergerían de su túnel hacia el mediodía.

El tejón hembra les dio las gracias y meneó la cabeza listada con aire cómplice. Gracias al Topo Mayor, la noticia no la pillaba desprevenida. Necesitaría ahora la ayuda especializada del topo para conjurar aquella nueva amenaza.

Cluny el Flagelo seguía actuando de un modo extraño. Estaba sentado en su tienda, en

el extremo más alejado del prado, sin decir nada. Ni siquiera se movió cuando Mataconejos se presentó eufórico ante él para informarle de que el túnel estaba a punto de ser terminado. No pareció emocionarse con la buena noticia, ni dijo una palabra.

El hurón aguardó nuevas órdenes en un embarazoso silencio. Cluny siguió impasible, como si hubiera olvidado la presencia del hurón. v éste volvió a intentarlo.

-El túnel. jefe. ¡Estará listo esta tarde!

El señor de la guerra alzó la vista con rostro inexpresivo.

-¡Ah, sí, el túnel! Bien, seguid. Ya sabes lo que has de hacer. Yo tengo cosas en las que pensar musitó distraídamente.

Fuera de la tienda, Marca de Colmillo y Garranegra escucharon al hurón con incredulidad.

Os digo que se ha vuelto majareta insistía Mataconejos. ¡Sentado ahí como un animal disecado, ja! ¡Cosas en las que pensar, si no te importa! Ja! Y mientras tanto, la horda tiene que pasar por el túnel para tomar la abadía. ¿Cómo se supone que debemos actuar?

Sólo podemos hacer una cosa replicó Garranegra, impasible. Tenemos que actuar por nuestra cuenta mientras el jefe no esté bien.

Garranegra tiene razón convino Marca de Colmillo. Nosotros tres nos encargaremos de todo.

Las dos ratas miraron al hurón, esperando que expresara su parecer.

Supongo que tenéis razón dijo Mataconejos, pero escuchad. El resto del ejército no debe saber nada de lo de Cluny. De lo contrario, desertarían todos. La verdad es que no creo que el jefe esté loco de verdad. Esperad y veréis. Seguro que está ideando otro de sus grandiosos planes.

El trío de generales por designación propia se encaminó hacia el túnel y se introdujo en él para inspeccionarlo. Era largo y oscuro, y olía mal. Comadrejas y armiños llegaron empujando para salir con sus cestos llenos de tierra, o arrastrando piedras y raíces. Mataconejos informó de los detalles a sus camaradas en el mando.

Ahora estamos debajo del camino. El terreno es duro. No ha sido necesario apuntalar el túnel. Bien, ésta es la base del muro. ¡Cuidado con la cabeza! A partir de aquí, he mandado poner unos puntales. Más adelante, la tierra se vuelve aún más blanda, pero se nos ha acabado la madera. De todas formas, creo que no será necesaria. Si el ejército se mueve por el túnel con la rapidez suficiente, estaremos dentro de la abadía antes de que se den cuenta de lo que se les echa encima.

Arriba, en la abadía, un topo que tenía la oreja apoyada en un recipiente de fino cobre, volcado sobre el suelo, escuchaba atentamente las palabras del hurón. Se las repitió luego al hermano Gualterio, que lo escribió todo, punto por punto.

Constanza leyó el informe y cogió su grueso garrote.

Antes de que nos demos cuenta de lo que se nos echa encima, ¿eh? gruñó. ¡Verán la que se les echa encima a ellos antes de que acabe el día!

Partiendo del extremo sureste del muro, los topos habían señalado el recorrido exacto del túnel con dos cuerdas y estacas. El Topo Mayor y su equipo sabían todo lo que se podía saber sobre el túnel: la profundidad, las dimensiones aproximadas, la ubicación de los puntales, incluso el lugar donde era más probable que surgiera la cabeza de la primera rata. El plan que habían trazado Constanza y el Topo Mayor requeriría muy poca lucha cuerpo a cuerpo, lo que disgustaba enormemente al tejón.

Se habían preparado ya dos grandes calderos de agua hirviendo, que esperaban sobre unos trípodes. Debajo ardían unas pequeñas fogatas que mantenían la temperatura del agua. Constanza y el castor se colocaron detrás de los calderos, con la punta de los garrotes lista para empujarlos. Todos los ratones y criaturas del bosque que estaban disponibles se reunieron en dos grupos a ambos lados del pasillo señalado con las cuerdas y las estacas, y

aguardaban las órdenes del tejón hembra. Para un observador ajeno a la abadía, la escena habría podido parecerle un extraño ritual: dos fogatas, dos cuerdas paralelas, y todas las criaturas de rostro serio apiñadas en dos grupos, bajo el cálido sol de la tarde. esperando en silencio.

La horda formó en la zanja. Marca de Colmillo se paseaba de un lado a otro dando las instrucciones finales. No había sido fácil conseguir que los otros formaran sin Cluny, pero Mataconejos los había convencido, con su labia habitual, de que el jefe conocía cada uno de sus movimientos y que castigaría a los descontentos v los agitadores.

-Prestad atención -gritó Marca de Colmillo-. Garranegra está al final del túnel. Cuando los que cavan lleguen a la superficie, él saltará al interior de la abadía, seguido de cuatro soldados. Ellos rechazarán cualquier ataque mientras los demás recorremos el túnel. Bien, una vez arriba, no os quedéis parados. Id directamente al edificio e intentad capturar al abad. Garranegra no estará con vosotros. El y unos cuantos guerreros más se abrirán paso hasta el portón. Una vez abierto, entrarán todos los que falten. No necesito deciros que no luchamos contra criaturas pacíficas. Vosotros mismos habéis podido comprobarlo. Hasta ahora han tenido mucha suerte, pero también están dispuestos a luchar, así que, cuando estéis ahí dentro, Cluny quiere que les demostréis lo que sabe hacer una horda de soldados adiestrados. No lo olvidéis, el jefe sabe cómo recompensar a los buenos luchadores cuando llega el momento de repartir el botín.

Cluny se había quedado dormido en su tienda. Necesitaba tranquilidad para aclarar sus turbias ideas. Pero no era fácil estar tranquilo cuando el ratón guerrero volvía a visitarlo en sus sueños.

Por mucho que lo intentaba, Cluny no podía huir del sombrío vengador con la espada. Los espectros de las criaturas a las que él había asesinado a lo largo de los años volvieron para burlarse de él. Se interponían en su camino, poniéndole la zancadilla para que cayera. Pese al cansancio, él se levantaba y echaba a correr de nuevo, perseguido por su némesis, que avanzaba inexorablemente, sin alterar el paso. Los fantasmas de sus capitanes muertos. Cara de Calavera, Diente Rojo, Orejacortada y Ladrón de Queso, flotaban sobre su cabeza instándole a darse la vuelta y enfrentarse con el ratón guerrero, pero él no se atrevía. Siguió huyendo.

Las dos comadrejas que cavaban dieron un último empujón hacia arriba en el fondo del túnel, y se apartaron de un salto cuando cayó una lluvia de tierra y se vio la luz del día. Garranegra avanzó hacia las comadrejas, seguido por unos impacientes soldados. Las comadrejas le ayudaron a subir. Garranegra se aferró a la hierba,

sujetando la lanza con una pata. Con la mitad del cuerpo fuera del agujero, se detuvo de pronto.

Lo primero que vio fue los dos grupos compactos de pequeñas criaturas a ambos lados de una doble línea de cuerdas y estacas. Garranegra sonrió malévolamente. Era obvio que estaban entretenidos con algún estúpido juego campestre. Los había pillado desprevenidos y desarmados.

Un ruido a su espalda distrajo a la rata. Se dio la vuelta y se encontró frente a dos grandes calderos que bullían y siseaban ominosamente sobre dos pequeñas fogatas. Detrás de los calderos vio al gran tejón y a otra criatura de extraño aspecto, pero igualmente fornida.

Garranegra se apoyó en la hierba para darse impulso y salir del agujero. Antes de que pudiera hacer nada para detenerlos, el tejón y su compañero volcaron los dos calderos.

Garranegra no tuvo ocasión siquiera de lanzar un último grito. Un torrente de agua hirviendo cayó sobre su cabeza. La fuerza del agua hizo que cayera por el agujero. Litros y litros de agua hirviendo arrasaron a las ratas del túnel como un infernal diluvio. Los roedores

murieron en el acto.

-¡Saltad al otro lado de las cuerdas! ¡Ahora! -gritó Constanza a los defensores que aguardaban sus órdenes.

El peso de todos aquellos cuerpos golpeó la franja flanqueada por estacas.

-¡Saltad! ¡Saltad! ¡Saltad! -gritó Constanza, entonando las órdenes como un cántico.

Bajo el golpeteo incesante de innumerables pies, la franja marcada por los topos se desplomó de repente, formando una trinchera. El túnel se había convertido en una tumba.

Los defensores lanzaron vítores desde la depresión que antes era el túnel de Mataconejos. Constanza dio la orden de parar. El Topo Mayor y su equipo se acercaron entonces para tapar el agujero con escombros y rocas. Fray Hugo ordenó que se volvieran a llevar los calderos a la cocina. Las criaturas de la abadía callaron de

repente, y se alejaron del montón de piedras que tapaba el agujero, la lápida más adecuada para una tumba colectiva de enemigos.

En la zanja, a la entrada del túnel, Marca de Colmillo y Mataconejos se vieron apartados bruscamente por ratas, comadrejas, hurones y armiños que pugnaban por salir del túnel.

–¡Eh! ;Qué ha ocurrido? –gritó Marca de Colmillo–. ¡Volved ahora mismo! ¿Dónde creéis que vais?

Los derrotados guerreros no le hicieron el menor caso, siguieron corriendo por la zanja, enfangados y arrastrando sus rotas lanzas tras de sí.

Mataconejos atisbó el interior del túnel. Sólo vio el cuerpo destrozado de un armiño que avanzaba hacia él sobre lo que parecía una ola de lodo hirviendo. El hurón saltó hacia atrás. Los puntales se partieron y el túnel se desplomó con un sordo retumbar de la tierra.

Mientras Cluny corría, otro espectro apareció en su sueño, una cosa abominable cubierta por una sustancia oscura y humeante. El espectro le cerró el paso, abriendo los brazos como si quisiera abrazarlo. Cluny lo apartó salvajemente a empellones. La cosa gimió con tono lastimero: «Jefe, soy yo, Garranegra. Mira lo que me han hecho».

Fuera de la tienda, Mataconejos y Marca de Colmillo intercambiaban miradas de desasosiego.

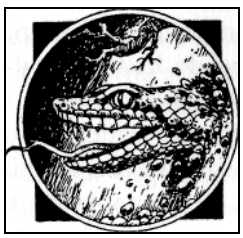
–Tú has cavado el túnel, así que tú entras primero.

–Ni hablar, yo soy sólo un hurón. Tú eres una rata, mi superior natural. Es mejor que entres tú.

–Entramos juntos entonces?

–Mejor que no. Parece que el jefe está dormido. Puede que no le hiciera gracia que lo despertáramos de un bonito sueño. –Sí, es cierto. Dejémoslo para más tarde.

8



Los ojos de Asmodeo lanzaron una mirada furibunda hacia el estrecho agujero que tenía

delante. Había dos criaturas en la caverna grande, una musaraña y un ratón. Asmodeo siseó, hecho una furia. ¡El ratón empuñaba su espada, su hermosa espada!

La víbora agrupó sus anillos y salió disparada por la abertura que tapaban las pieles, mostrando sus diabólicos colmillos. Ningún ratón iba a robarle su espada.

Matías asió al asustado guerrillero musaraña por una pata y salió corriendo, tirando de él.

–Asmodeo debe de saber va que estamos aquí. ¡Corre, Tronco! ¡Salgamos de aquí, deprisa!

Se metieron corriendo por el túnel más cercano, pero tuvieron que dar media vuelta enseguida y retroceder. Asmodeo se deslizaba hacia ellos por aquel túnel. Hicieron una breve pausa en la gran caverna. Con la espada en una pata y sujetando a la musaraña con la otra, Matías miró frenéticamente a un lado y a otro.

–¡Por allí, Tronco! ¡Muévete!

Los dos amigos rodearon el lago y se metieron por un pequeño túnel del otro lado.

En la caverna, la víbora gigante aminoró la marcha y empezó a deslizarse pausadamente, agitando la lengua con siniestras intenciones.

–¡Assssmodeo! ¡No hay prisa ya, no irán a ninguna parte!

Con un grito de consternación, la pareja de amigos descubrió el muro al final del túnel. ¡Se habían metido en una trampa! Tronco se detuvo. Le castañeteaban los dientes.

¡N... n... no... no hay salida! ¡Estamos atrapados!

Matías siguió corriendo hasta el final del túnel. Palpó la superficie de la pared, pasando las patas por todos lados.

-Tenemos que hacer algo -dijo, jadeando-. Tiene que haber un modo de escapar de la serpiente. Domínate, musaraña. ¡Piensa!

Asmodeo asomó la cabeza por la abertura del túnel.

-¡Quedaos donde estáis, pequeños! -les dijo, con su voz sibilante ¡Voy hacia vosotros, Asssssmodeo!

Tronco se quedó paralizado por el miedo. Matías empezó a escarbar furiosamente con la punta de la espada, clavándola en la pared, abriendo boquetes.

-Al menos no tenemos nada que perder, salvo la vida y una espada -murmuraba para sus adentros-. Podría haber algo al otro lado de esta pared.

La espada chocó contra la raíz de un árbol. Matías cavó alrededor de la raíz, tanteando el terreno hasta que la blanda piedra arenisca cedió. Matías redobló entonces sus esfuerzos.

Tronco soltó un gemido ahogado. En la penumbra del túnel, vio a Asmodeo acercándose lentamente hacia él.

Matías notó que la espada de Martín atravesaba la pared, y miró por encima del hombro. La víbora estaba cada vez más cerca. Empezó a dar tajos con todas sus fuerzas para ensanchar la abertura de la pared. Clavó la espada en tierra y, aferrando a Tronco por los hombros, lo zarandeó violentamente.

-¡Oye, musaraña! ¡Tú eres más pequeño que yo! Trepa por esa abertura y luego intenta tirar de mí por los pies. ¡Vamos, muévete si quieres conservar la vida!

Tronco salió de su trance. Saltó rápidamente hacia el boquete y rascó la arena húmeda hasta que, agachándose para pasar la cabeza por debajo de la raíz del árbol, consiguió atravesar torpemente la pared y fue a dar al espacio diminuto que había al otro lado.

Asmodeo estaba muy cerca de Matías. El ratón retrocedió empuñando la espada. Notó el boquete a su espalda y se metió en él de lado, con los pies por delante. Sin dejar de amenazar a la serpiente con la espada, Matías gritó a su compañero:

-Tronco, ,ves mis pies? Cójelos, estira.

Matías colgaba del agujero en una incómoda posición. Apretó el mango de la espada con fuerza y la movió de lado a lado, siguiendo el ritmo de la cabeza de la víbora. De repente notó que la musaraña tiraba de él por los pies. El cuerpo de Matías, que no dejaba de

retorcerse para pasar mejor, empezó a retroceder. Asmodeo le enseñó los colmillos y avanzó hacia él. Matías blandió la espada ante la boca abierta de la serpiente. que siseó y retrocedió. Antes de contorsionarse para pasar por debajo de la raíz del árbol, Matías azuzó a su enemigo con la punta de la espada.

- ¡Quieto, demonio, o te mataré! -gritó.

-Ven a mí, ratoncito -dijo Asssssmodeo, en un largo y conciliador siseo-. Deja que te envuelva con mis anillos. Te daré el beso del sueño eterno.

El ratón desapareció completamente por el agujero con un grito triunfal, y cayó encima de Tronco al otro lado. La serpiente se abalanzó sobre el agujero con todas sus fuerzas, haciendo que tierra y roca se desmoronaran.

- ¡Va a pasar! -chilló Tronco, presa del terror.

Matías apartó a su amigo de un empujón. Se plantó con las piernas separadas y alzó la espada con ambas patas.

- No te acerques, musaraña. Ya no hay retirada posible. ¡Todo termina aquí!

La gigantesca cabeza aplanada de la serpiente atravesó el boquete y entró en la pequeña celda.

- ¡Dame mi espada, ratón, y morirás sin dolor! -siseó. -Ven a por ella, Colmillo Venenoso -dijo Matías, riéndose en su cara.

Asmodeo intentó pasar el cuerpo por la abertura con una fuerte sacudida, pero sus anillos se atascaron en la raíz del árbol. Se relajó entonces y balanceó la cabeza de un lado a otro.

- Mírame, mi pequeño amigo. Ya veo que eres un gran guerrero. No temes mirarme a los ojos. Mírame.

Los ojos de la víbora parecieron dilatarse hasta llenar por

completo el campo de visión de Matías. Finalmente, lo dominaron. Matías no podía apartar la vista de aquellos ojos.

-Mira, son dos pozos gemelos hacia la eternidad -prosiguió la víbora con suave tono persuasivo-. Húndete en ellos y encontrarás la oscuridad y el reposo.

Tronco estaba completamente hipnotizado. También Matías sentía que se adueñaba de él un invencible letargo. La voz de la víbora era una niebla fría, oscura y aterciopelada que amenazaba con envolverlo. Matías escudriñó las profundidades de aquellos ojos mortíferos y los párpados empezaron a pesarle...

Martín el Guerrero surgió audazmente de entre la oscura niebla.

«¡Yo más a ti! Matías, ¿por qué duermes? ¡Eres un guerrero y tienes una misión que cumplir! ¡Coge tu espada, Matías! El demonio no debe apoderarse de ella. ¡Golpea por mí, mi valiente y joven campeón!»

Asmodeo empezaba a liberar los anillos y a avanzar hacia Matías, que tenía los ojos cerrados.

-Golpea -dijeron sus labios.

De pronto se rompió el hechizo de la serpiente. El joven ratón abrió los ojos, claros y brillantes. Alzó la antigua espada por encima de su cabeza y golpeó con ella a la víbora.

¡Por Redwall!

¡Contra el mal!

¡Por Martín!

¡Por Tronco y sus musarañas!

¡Por la difunta Guosim!

¡Porque así lo hubiera querido Matusalén!

¡Contra Cluny el Flagelo y su tiranía!

¡Para no ser ridiculizado por el capitán Nieve!

¡Por un mundo entero de luz y libertad!

Golpeó a la serpiente con la espada una y otra vez, hasta que le dolieron las patas y la dejó caer.

Cuando Tronco despertó del trance hipnótico, vio a su amigo, Matías el Guerrero.

Matías estaba temblando. Resollaba a causa del esfuerzo realizado. Las patas le colgaban a los costados. La gran espada caída, se apoyaba en el hábito salpicado de sangre, mostrando en su larga y mortífera hoja el tono carmesí de la victoria.

¡Y la cabeza de Asmodeo Colmillo Venenoso, la víbora gigante, yacía en el suelo, separada del cuerpo! ¡Sus ojos apagados no volverían a hipnotizar a ninguna otra criatura viviente!

9



Era la tarde del día siguiente. Matías se dirigía hacia la granja a la cabeza de la Unión Guerrillera de Musarañas de Mossflower. Dio el alto al llegar a la puerta del granero y se volvió hacia Tronco.

-Espera aquí, amigo mío. Tengo que ver a alguien.

El joven ratón se adentró en la penumbra del granero, sabiendo que estaba siendo observado. Sin darse la vuelta ni desviar la mirada, se dirigió al gato.

Julián, soy yo, Matías. He vuelto.

El gato atigrado salió de entre las sombras.

-Ya lo veo. ¡Bienvenido, pequeño amigo! ;Es ésa la espada de la que me hablaste?

Matías le ofreció la espada para que la examinara.

-En efecto. La serpiente Asmodeo ha muerto. Yo la maté con esta misma espada. ¡Es la gran espada de Martín el Guerrero!

El señor Julián Jengibre cogió la espada con cuidado y la depositó sobre una bala de heno. Se sentó al lado, cruzando las patas bajo el cuerpo, y entrecerró los ojos.

-Matías, permíteme que te dé un buen consejo. Soy mucho más viejo que tú y he visto muchas más cosas. No me quedan muchas ilusiones en esta vida, y no quiero destrozar tus sueños ni ensombrecer tus ambiciones, amigo mío, pero debo decirte una cosa. »Nosotros, los señores de jengibre somos un antiguo linaje.

En el pasado vi muchos símbolos como esta espada. Mis antepasados poseían un amplio arsenal lleno de armas magníficas y valiosas. No cabe la menor duda de que tu espada es realmente hermosa. Es un tributo a quienquiera que la forjara en épocas pretéritas. Quedan muy pocas espadas como ésta en el mundo, pero recuerda, ¡sólo es una espada, Matías!

»No contiene ningún hechizo secreto, ni en su hoja se encierra poder mágico alguno. Esta espada fue hecha con el único propósito de matar. Que sea buena o mala dependerá únicamente de quien la empuñe. Sé que tú quieres usarla únicamente por el bien de tu abadía, Matías. Hazlo, pero no te dejes tentar nunca por la idea de usarla porque sí. Pagarías ese error con tu vida, o con la de tus seres queridos.

»Martín el Guerrero usó la espada sólo para hacer justicia, para hacer el bien. Por eso se ha convertido en un símbolo de poder para Redwall. El conocimiento se adquiere mediante la sabiduría, amigo mío. Úsala sabiamente.

Matías cogió la espada, sorprendido por las palabras de Julián, que eran como un eco de lo que su viejo compañero Matusalén le había dicho en otra ocasión.

-Gracias, Julián -dijo-. Recordaré esta lección. Ahora debo pedirte un favor. ¿Querrías acompañarme? Quiero que estés presente cuando hable con el capitán Nieve.

El gato soltó un bufido desdeñoso.

-Pides mucho. No lo haría por nadie más, que conste.

Julián salió con Matías a la luz del sol a regañadientes. Inmediatamente se produjo un aluvión de ruidosos comentarios de los asustados guerrilleros musarañas. El señor Julián Jengibre se limitó a inclinar la cabeza.

-Buenas tardes -les dijo con modales regios y distantes-. Un tiempo muy apacible para esta época del año, ¿no creen?

Por primera vez desde la formación de su guerrilla, las musarañas se quedaron mudas de asombro, ¡incapaces de dar la réplica!

-En serio, Matías -protestó el gato, mientras caminaban-, creo que me pides demasiado. ;Tendré que escuchar a ese pesado pomposo con plumas, aireando sus opiniones retrógradas y militaristas? ¡Oh, es demasiado!

-Vamos. Julián -dijo Matías, acariciando la pata delantera del malhumorado gato-. Creo que vas a llevarte una agradable sorpresa.

-No me lo digas -comentó con sorna el gato atigrado, ahogando un bostezo-. ¿Se le ha caído encima otro árbol podrido a ese viejo fanfarrón?

El capitán Nieve se paseaba de un lado a otro al pie del árbol donde tenía su nido. Lanzó una mirada furibunda al gato, y luego al ratón que empuñaba la espada. Soltó un resoplido, hundió la cabeza en las plumas del cuello y plegó las alas.

-Escucha, ratón. No quiero oírte decir que lo has conseguido. Seguramente tampoco te creería. Pero aquí estás, y supongo que es cierto.

Matías disimuló una sonrisa y pateó el suelo con impaciencia.

Estoy esperando, capitán Nieve, señor. ¿Recuerda sus promesas?

Al colérico búho se le salían los ojos de las órbitas. Arrojó la medalla de Basilio a los pies del ratón.

- ¡Toma! Llévate la medalla, mocoso insolente. No pienso decir una palabra más mientras ese gato comeensalda me esté escuchando.

Matías, trazó dibujos en el polvo con la punta de la espada y replicó al búho cortésmente.

- Bueno, capitán Nieve, señor. No creía que fuera tan mal perdedor. Además, tengo todo un regimiento de musarañas escondidas por aquí. Esperan ver cómo hace honor a su palabra y paga la apuesta.

El búho desplegó sus grandes alas blancas y fue volando a posarse en el borde de su nido del árbol. Plegó las alas y, cerrando los ojos con fuerza, gritó sin la menor cortesía:

-¡Prometo no volver a matar ni a comerme ningún ratón ni musaraña mientras viva! ¡Ya está!

El búho ululó y se metió rápidamente en su nido. Las musarañas salieron entonces a terreno descubierto, dando brincos y gritos de alegría. El capitán Nieve asomó la cabeza.

-¡Fuera de aquí! ¡Marchaos! No puedo soportar ver todo ese alimento dando brincos por ahí. ¡Es demasiado, os digo! -Discúlpeme, señor -dijo Matías, gritando para hacerse oír en medio de tanto revuelo-. ¿Qué hay de su promesa con respecto al señor gato?

El búho volvió a salir, gruñendo y con las plumas erizadas. Completamente humillado, dijo a su antiguo amigo:

- Fue todo culpa mía. Le pido disculpas, señor Julián. -La respuesta del gato lo dejo estupefacto.

-En absoluto, mi querido amigo. Soy yo quien debe pedirle perdón. Todo el incidente se debió por entero a mi mojigatería y mi falta de modales.

-¿De verdad lo crees? -dijo el capitán Nieve, descendiendo para posarse cerca del gato-. Oh, vamos, Julián, viejo amigo. Tengo que compartir la culpa contigo. Fueron mis hábitos alimenticios, propios de un cuartel, los que dieron pie a todo lo demás. No debes culparte a ti mismo, viejo amigo.

Una peculiar sonrisa se dibujó en las facciones del gato, por lo general tan lacónico. Julián emitió un agradable ronroneo.

- No, no, insisto en que compartamos la culpa a partes iguales. Además, ya no tendremos más problemas de ese tipo, ahora que vas a dejar de comer musarañas y ratones. Esto, ¿has probado alguna vez una ensalada de trucha fresca con berros y mostaza? ¿Por qué no te vienes al granero? Seguro que habrá para los dos. La trucha no es exactamente una verdura, ¿no?

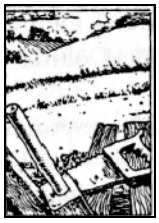
Ala con pata, los amigos reconciliados se alejaron caminando hacia 1 granero, charlando amigablemente como si no se hubieran cruzado un solo insulto jamás. Julián fue el último en entrar en el granero. Miró hacia atrás y guiñó el ojo a Matías.

- Quién sabe, amigo. Tal vez la espada posea algún poder mágico. Personalmente, creo que es cosa del guerrero que la empuña.

Por primera vez en muchos días, Matías rió de buena gana. Se sentía en paz consigo mismo. Después de tanta acción, de la tensión mental, del largo viaje y el dolor, se sentía de repente como si hubiera vuelto a nacer, más fuerte que la vida y rebosante de seguridad en sí mismo. Ciertamente le esperaban aún grandes dificultades y tareas que cumplir, pero se ocuparía de ellas cuando llegara el momento. Por el momento, se contentaba con aquella sensación de felicidad inmensa.

Sujetando la espada sin hacer fuerza, apoyó la punta en la tierra y estalló en carcajadas. Su risa era contagiosa. Primero se le unió Tronco, luego una musaraña, luego otra, y así hasta que todo el regimiento v su amigo el ratón guerrero hicieron vibrar el aire, desde el río hasta el bosque. desde la granja hasta los campos, con los sonidos felices de su júbilo sincero.

10



El Cluny que salió de la tienda rota del prado estaba muy lejos de haber perdido la cordura.

Los soldados de su horda observaron su andar resuelto. Su único ojo había recuperado el antiguo brillo. Sus órdenes fueron directas y concisas. Incluso la larga cola parecía restallar con nuevos bríos. El jefe parecía más enérgico que nunca.

Después del desastre del túnel, Cluny había aplazado el ataque durante todo un día y se había retirado con el ejército al otro extremo del prado, para dar tiempo a sus soldados a recuperarse de la derrota; un día entero de ocio, sin recriminaciones y casi sin órdenes.

Los capitanes de Redwall no perdieron el tiempo durante aquella tregua temporal. Se iniciaron las reparaciones del portón. Cuadrillas de carpinteros de los bosques, de herreros y peones de la abadía, además de cualquier otra criatura que quisiera aportar su grano de arena, descendieron hasta la carretera en grandes cestos de mimbre. Si el enemigo decidía realizar

algún movimiento inesperado, podrían volver a subirlos a todos rápidamente, tirando de los cestos. Los encargados de las cuerdas se pasaron el día entero haciendo descender maderas, clavos, cuerdas, herramientas v materiales diversos.

Cluny los contemplaba desde lejos, sentado en el prado, hablando consigo mismo en voz alta.

-Buen trabajo, ratones. Reforzad mis puertas. No quisiera gobernar una fortaleza con las puertas rotas.

Marca de Colmillo oyó el monólogo de Cluny al pasar, y se detuvo indeciso, no sabiendo si los comentarios se dirigían a él. –Esto, ¿te encuentras bien, jefe?

–¡Mejor que nunca! –contestó Cluny, señalando las cuadrillas de ratones–. ¿Ves eso, Marca de Colmillo? Un trabajo honrado y diligente, ¿y para qué, eh?

–¿Para dejarnos fuera, jefe? –respondió Marca de Colmillo al azar.

–No, para que no entremos –dijo Cluny, riendo entre dientes–. Coge unos cuantos soldados y enciende una fogata en la zanja. Que sea un buen fuego.

Marca de Colmillo se abstuvo de inquirir las razones de aquella orden, por extraña que pareciese, pues conocía muy bien a su jefe.

–¿Un gran fuego? Enseguida, jefe. Ahora mismo empiezan. Marca de Colmillo se alejó corriendo, consciente de que Cluny lo observaba.

Poco después una gran fogata ardía en la zanja. Los soldados se a0 crearon para ver qué tramaba Cluny. Las llamas crepitaban, despidiendo grandes oleadas de calor que hicieron retroceder a todo el mundo. Por encima de las llamas, el calor hacía estremecerse el aire.

Cluny contemplaba el fuego desde la zanja con los brazos en jarras.

–;Apestoso, Sarnoso! –llamó, haciendo restallar su cola–. ¡Traedme a los lirones prisioneros!

Los veinte lirones fueron llevados hasta la fogata en lamentables condiciones. Se postraron ante Cluny, medio muertos de hambre, con los ojos apagados.

–¡Tú, el líder! –dijo Cluny, señalando a uno–. ¿Cómo decías que te llamas?

–Rechoncho, señor –contestó el desaliñado lirón.

Cluny lo agarró sin contemplaciones y lo arrastró por el suelo, lejos de sus compañeros de cautiverio.

–¿Qué con esas otras miserables criaturas para ti, Rechoncho? –inquirió.

–Mi familia, señor –explicó el lirón con voz temblorosa–. Mi madre, mi padre, mis hermanos y hermanas, y mi mujer y mis dos hijos. ¡Oh, señor, no los mates, te lo suplico!

Cluny soltó una cruel carcajada. Su mirada estaba desprovista de piedad. Se inclinó hacia Rechoncho y le susurró con aspereza:

–¿Qué harías para salvarlos?

El lirón vio el ojo de Cluny que miraba a su familia y se desviaba luego indolentemente hacia el infierno de llamas.

–¡Cualquier cosa! ¡Lo que usted diga! ¿Qué quiere que haga? –gritó el lirón, lleno de terror y angustia.

Cluny hizo restallar su cola triunfalmente, y tiró de Rechoncho hacía sí hasta que sus narices se tocaron. La voz de la gran rata era tan malvada y apestosa como su aliento.

–Escúchame con atención. Vas a abrirme el portón de la abadía, amigo mío. ¡Si fracasas, tu preciosa familia lo pagará con la vida! Bien, esto es lo que debes hacer.

Constanza tiró de su cuerda. No era una tarea demasiado dura para un tejón adulto. Las otras cuerdas las manejaban criaturas que no se podían comparar con ella en fuerza, pero sí en buena voluntad. Azulina y Samuel Silencioso estaban muy ocupados sirviendo bebidas frías y paños para enjugar el sudor. Las reparaciones del portón marchaban a buen ritmo.

Nadie se dio cuenta de que había un ratón de más entre los trabajadores del camino.

¡Rechoncho!

Cluny le había proporcionado un hábito de uno de los ratones que habían caído

Librodot

derribados desde lo alto del muro. Rechoncho se había ocultado en la zanja y se había ido acercando al portón hasta que, con un tablón sobre el hombro, se había unido a las cuadrillas de trabajadores en el momento oportuno. Los trabajos continuaron hasta que Juana Ardilla, que hacía de capataz, decidió dar la reparación por concluida. El portón parecía nuevo. Se recogieron las herramientas y las maderas sobrantes y se barrió el camino. Contentos por el trabajo bien hecho, se subieron todos al enorme cesto de grano para que los izaran hasta lo alto del muro.

Rechoncho se sentó entre el hermano Alf y el hermano Rufo. Al otro lado del prado, vio a Cluny, vigilándole, siempre vigilándole.

Rechoncho maldijo el destino que los había puesto a él y a su familia a manos de las ratas. Qué criaturas más felices y amigables vivían en Redwall. Le sirvieron el té y se lo tomó sentado en la hierba, en el claustro. El lirón notó que la excelente comida adquiría el sabor de la ceniza en su boca al pensar en traicionar a sus compañeros ratones, pero no tenía otra alternativa si quería salvar a su familia. Después del té, se alejó con el pretexto de una tarea pendiente. Cuando se vio solo, se ocultó en lo que había sido el estudio del viejo Matusalén en la casa de la entrada. Cerró la puerta con llave y se tumbó, sintiéndose solo y desgraciado, a esperar que llegara la noche.

En la Caverna, el padre abad dirigía un discurso pletórico de moral a sus capitanes.

- Amigos, de bien poco le servirá a Cluny asediar Redwall. Como sabéis, la abadía se abastece por sí sola. Todo lo que necesitamos para vivir con holgura se encuentra entre estos muros. Por lo tanto, sugiero que sigamos con nuestras actividades normales, dentro de lo posible.

»Sin embargo, los muros deben ser vigilados día y noche. Eso os lo dejo a vosotros, mis capitanes. No bajéis la guardia. Sé que con vuestros consejos y buen discernimiento, pronto llegará el día en que el enemigo se vea forzado a marcharse y dejar en paz la abadía.

Las palabras del abad se recibieron con aplausos entusiastas, pero no convencieron a Constanza.

-Jamás. Cluny no nos dejará jamás tranquilos, ¡al menos hasta que estemos todos muertos! ¡O él! -susurró a Basilio y a Juana.

- Lo sé, vieja amiga -dijo Liebre Ciervo Basilio, asintiendo-. Pero el abad es tan bondadoso, que encuentra algo bueno en todos, incluso en Cluny.

- Y yo también -musitó Juana-. Creo que Cluny será bueno algún día. ¡Cuando esté muerto!

Poco a poco se fue extinguiendo la luz del día. Los habitantes de Redwall se preparaban para un descanso bien merecido. En el prado y el bosque reinó la paz y la tranquilidad. En lo alto de los muros, los centinelas se apoyaron en el parapeto para escuchar los cantos de las aves nocturnas. Al otro lado del prado, las fogatas del enemigo empezaron a apagarse.

Rechoncho aguardó una hora más, tal como le había indicado Cluny. Luego salió a hurtadillas del estudio y se dirigió hacia el norte, sin abandonar la sombra protectora del muro. Al llegar al portillo que había en la parte norte del muro, Rechoncho sacó un trapo escarlata que llevaba escondido en el hábito. Untó los pestillos con la grasa del trapo y los descorrió.

Mataconejos vigilaba el portillo desde detrás de un sicomoro, en el bosque. Cerca de cada portillo se ocultaba uno de los soldados de mayor confianza de Cluny, aguardando la señal. Fue el hurón quien se vio recompensado con la visión del trapo escarlata que Rechoncho empujaba hacia fuera, y corrió a avisar a Cluny.

Era noche cerrada cuando la horda de Cluny avanzó por el prado. Alrededor de las fogatas, habían dejado bultos de hierbas y ramitas envueltos en mantas. A los centinelas del muro, aquellos bultos les parecieron figuras dormidas y no sospecharon nada. La horda dio un

rodeo hacia el norte a través del prado, hasta que Cluny juzgó que estaban ya lo bastante lejos de Redwall para no ser detectados, y cruzó la carretera al frente de su ejército.

Al amparo de la vegetación de Mossflower, atravesaron el bosque en dirección a la abadía. Con el objetivo a la vista, Cluny avanzó con el sigilo de un cazador, y aguardó a que todos sus soldados ocuparan sus posiciones con el mayor de los sigilos, agazapados entre los helechos y los arbustos. Conocían el castigo por hacer cualquier ruido que delatara su presencia, y no era la muerte a manos de los defensores de Redwall, ¡sino a manos de su propio jefe!

Cluny sabía esperar. Media hora más y podría ver a algunos de los centinelas del muro dando cabezadas. ¿Qué era media hora más

después de haber esperado tanto? Con la habilidad que daba la práctica, salió de su escondrijo y llegó al portillo del muro. Un suave empujón y la pequeña puerta de hierro se abrió lentamente, gracias a los goznes engrasados. Cluny se quedó en el umbral, viendo pasar a sus soldados, que se dirigieron rápidamente al edificio de la abadía. No tenían por qué preocuparse de los centinelas. Los que estaban despiertos vigilarían la carretera o el campamento enemigo, de espaldas a sus invasores.

Rechoncho permaneció a un lado, contemplando a Cluny con impaciencia. Al menos su familia estaría a salvo. El lirón había cumplido fielmente con su parte en aquella horrible estratagema, así que Cluny mantendría sin duda su palabra. El lirón no vio la mirada que intercambiaron Cluny y Marca de Colmillo.

Marca de Colmillo blandió el pesado garrote que llevaba y golpeó a Rechoncho en la nuca. El desventurado lirón se desplomó sin emitir un lamento.

Cluny el Flagelo enseñó los colmillos con una perversa sonrisa. ¡Por fin había introducido a sus soldados en Redwall!

11



Los últimos rayos del ocaso se filtraron por la puerta abierta del granero, iluminando los rincones antes sumidos en las tinieblas. Matías estaba tumbado sobre el heno en medio de los restos de un festín épico. La Unión Guerrillera de Musarañas de Mossflower se había superado a sí misma. Matías cogió una trufa y la arrojó a un lado con un suspiro de satisfacción, temiendo explotar si se metía un trozo más de comida en la boca.

A un lado se apilaba el montón de regalos que le habían hecho el señor Julián Jengibre, el capitán Nieve y las musarañas; al otro tenía su espada, que reflejaba la luz del sol. Las musarañas habían decidido dormir al sol hasta que se les pasaran los efectos del banquete, demasiado saciadas incluso para discutir.

Tronco entró arrastrando los pies con indolencia y se tumbó junto a su amigo ratón.

- Saludos, oh, poderoso guerrero -dijo entre risas-. Salvador de las musarañas; asesino de Colmillo Venenoso; el que habla con gatos, amigo de búhos y...

- ¡Oh, cállate ya, pequeño demonio ruidoso! -exclamó Matías, riendo también, echando a Tronco del heno de una patada.

-¿Sabes algo de pájaros? -preguntó Tronco desde el suelo-. ¿De gorriones, por ejemplo?

- Sí, ¿qué pasa con los gorriones? -dijo Matías, después de un bostezo-. He tenido tratos con ellos. ¿Qué necesitas saber?

-Nada en realidad musitó la musaraña con tono somnoliento-. Pero ha aparecido un gorrión en la linde del bosque. Por su

puesto, nadie entiende una sola palabra de lo que dice esa salvaje. Está ahí fuera, chillando y dando botes, completamente histérica, según me han dicho.

-Vamos, Tronco -dijo Matías, poniéndose en pie de un salto y recogiendo su espada-. Yo hablo la lengua de los gorriones. Será mejor que vayamos a ver por qué está tan nerviosa.

Los dos compañeros pusieron rumbo a Mossflower a toda velocidad, acompañados por una veintena de musarañas.

Vieron a la guerrera Gorrión por encima de la alta hierba. El pájaro revoloteaba de un lado a otro armando un auténtico estrépito. Tronco y las demás musarañas se quedaron de piedra cuando Matías salió corriendo y gritando a voz en cuello:

-¡Pico de Guerra Gorrión, ser tú, vieja gusano guerrera!

Los dos amigos se reencontraron con gran júbilo y rodaron por la hierba como un par de criaturas salvajes, dándose palmaditas en la espalda.

-¡Ratón Matías! ¡Viejo gusano amigo! ¡Ahora valiente y grande! ¿Cómo estás?

Las perplejas musarañas se sentaron, rascándose la cabeza ante el extraño comportamiento del ratón y el pájaro. Matías contó a Pico de Guerra todo lo ocurrido en su rápido dialecto Gorrión. Por su parte, Pico de Guerra le habló de su buena fortuna.

1 ras la muerte del rey Toro Gorrión, habían proclamado reina a Pico de Guerra, por deseo expreso de Alaparda, su madre. La tribu era muy feliz bajo el sabio gobierno de su joven reina. Los gorriones no tenían que vivir va bajo la tiranía de un maníaco impredecible. Después de relatar su historia, el semblante de Pico de Guerra se ensombreció.

-Matías. Redwall graves problemas. Nosotros vigilamos desde tejado. Gusanos ratas muchas tácticas, ratones valientes guerreros. Todo el tiempo derrotan a gusanos ratas. Pero Pico de Guerra vigila a rey gusano rata. El peor que rey Toro. El hace treta mala. Abadía es suya. Gusanos ratas pronto dentro de Redwall. Ratón Matías venir rápido. Traer espada.

Matías sintió una punzada de miedo en el estómago y se quedó paralizado, sentado en la hierba.

- ¿Qué dice, Matías? -preguntó Tronco, zarandeando a su amigo-. Parece como si hubieras visto el fantasma de Colmillo Venenoso. Por Dios santo, ;qué pasa?

-Es mi hogar, Redwall -contestó Matías con la voz hueca-. ¡Cluny el Flagelo está a punto de apoderarse de la abadía.

Tronco habló rápidamente con sus compañeros musarañas.

Deprisa, id en busca de los demás y volved rápidamente. Nos vamos a la abadía de Redwall. Decidles que nosotros nos adelantamos. ¡No quiero discusiones ni votaciones! Que todos vayan bien armados. Tenemos que marchar día y noche si queremos salvar a los amigos de Matías.

-¡Rayos y truenos, Tronco! ¡Tienes razón! -exclamó Matías, empuñando la espada de Martín-. ¡He tenido que luchar mucho para recuperar la espada y salvar con ella la abadía! ¡Adelante, vamos!

-Ratón musaraña ayuda a ti -dijo Pico de Guerra-. ¿Cuántos guerreros tiene él?

-Todo un regimiento -respondió Tronco-. Unas quinientas musarañas.

Pico de Guerra desplegó las alas.

Yo llevar todos guerreros Gorrión. Nosotros ayudar.

-Gracias, reina Pico de Guerra, amiga mía -dijo Matías, estrechando la garra del pájaro-. Ahora debemos partir. Podemos idear alguna estrategia de camino a la abadía. Démonos prisa. No hay tiempo que perder. ¡Sólo queda matar o morir!

El ratón, la musaraña y el gorrión se sumergieron juntos en el verde follaje de

Mossflower.

De una cosa estaba seguro Matías, mientras caminaba rápidamente, sorteando árboles; sería él y sólo él quien habría de luchar con Cluny el Flagelo frente a frente en el amargo final.

12



El padre abad despertó con la punta de una espada clavada en la garganta. Estaba completamente rodeado por ratas que gruñían. Juana, Basilio, Winifred y el Topo Mayor se hallaban en una situación similar. La dura disciplina impuesta por Cluny en su ejército se hizo evidente durante toda la operación. Se había observado el más estricto silencio. Sólo los que fueron hechos prisioneros se percataron de su presencia.

El mayor peligro para los atacantes era Constanza. Como siempre, el tejón hembra dormía en el jardín de la abadía. Más de veinte ratas se necesitaron para transportar una fuerte red con la que se acercaron a Constanza en silencio. Se la arrojaron por encima, la clavaron al suelo con largas estacas, y luego dejaron sin sentido a Constanza golpeándola con una cachiporra, antes de que hubiera acabado de despertarse. Cluny contempló la maniobra con torva satisfacción. ¡Redwall era suyo!

Pequeñas criaturas perplejas salieron al jardín frotándose los ojos, azuzadas por los intrusos. Las crías lloraban desconsoladamente aferradas a sus padres. Las ratas los conducían a empellones y los obligaban a sentarse en la hierba. Al abad Mortimer, que vestía aún su camisa de dormir, lo retuvieron a un lado con sus capitanes. Todos llevaban las patas fuertemente atadas a la espalda, y guardaban un impasible silencio, rodeados por ratas que sonreían burlonas y se referían a ellos como «los cabecillas».

Cluny el Flagelo estaba en el Gran Salón, examinando el maravilloso tapiz. Ya no necesitaba robarlo a trozos, le pertenecía por completo. Marca de Colmillo, Sapo Inmundo, Apestoso, Sarnoso y Mataconejos entraron en el salón con paso vivo y le saludaron militarmente.

- La abadía es tuya, jefe.

-Los tenemos a todos ahí fuera, jefe.

- ¿Alguna orden más, jefe?

Cluny reflexionó, pasando las largas garras por su cola.

-Sí. Traedme la silla del abad de ese sitio que llaman Caverna. Que me la instalen en una plataforma junto a la casa de la entrada. Tengo varios juicios pendientes.

Los capitanes salieron caminando con arrogancia y desenvoltura. Cluny se volvió hacia el retrato de Martín.

- Bueno, ratón guerrero. ¿Qué piensas ahora de tus valientes defensores de Redwall? ja, no gran cosa, supongo! Voy a dejarte ahí colgado para que seas testigo de ciertos cambios drásticos. -Cluny clavó una garra en el tapiz y añadió, con tono amenazador-: ¡No volverás a atormentarme en sueños! Una voz me habló anoche mientras esperaba en el bosque, frente a

tu precioso Redwall. Me dijo que antes del ocaso de hoy, dejaría de tener pesadillas para siempre. ¿Qué me dices de eso?

Martín siguió sonriendo sin temor. Cluny hizo restallar su cola, quebrando el silencio del Gran Salón. La evidente despreocupación de Martín parecía haberlo encolerizado.

-A partir de hoy este lugar se conocerá como el Salón del Flagelo -gritó como un poseso-. ¡Y esto ya no será la abadía de Redwall, sino el castillo de Cluny! ¡Todo va a cambiar!

El señor de la guerra siguió dando rienda suelta a su cólera, paseándose por el salón, azotando a las sombras con su cola, mientras inventaba nuevos títulos y los gritaba, dejando que el eco se los devolviera amplificados.

-¡El Gran Muro del Roedor!

-¡El lago de los Ahogados!

-¡El Campo de los Ratones Muertos!

-La Puerta del Hurón. el Huerto del Armiño, la Campana de la Comadreja. ¡Jajajajajaja!

En el exterior, los cautivos sentados en la hierba oyeron la risa demoníaca de Cluny que resonaba en la abadía, y se estremecieron pensando en el destino que los aguardaba. Cluny les hacía esperar, prolongando la tensión, disfrutando con su aflicción, saboreando la victoria.

- Pronto amanecerá -dijo el abad Mortimer tristemente, alzando la vista al cielo.

Una rata le hizo caer al suelo de un fuerte empujón.

- Cierra la boca, viejo senil -gruñó cruelmente.

Juana Ardilla derribó a la rata, golpeándola con ambos pies, y le clavó los dientes en el cuello. Un grupo de ratas se abalanzó sobre ella y la apartaron a viva fuerza de su compañero, golpeándola con las lanzas y el mango de los alfanjes.

-¡Dejadla en paz, cobardes! -gritó el señor Ardilla, esforzándose por retener a Samuel-. Sois muy valientes en grupo, pero no os atreveríais a enfrentaros con mi Juana si tuviera las patas libres, escoria, ¡ni aunque fuerais el doble de numerosos!

-Por favor -dijo el padre abad, poniéndose de rodillas con dificultad-, os lo ruego, no luchéis por mi culpa. Ellos tienen todas las ventajas. Sólo conseguiréis que os hagan daño.

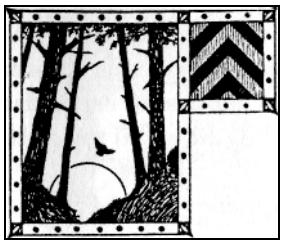
-Sí, sensatas palabras, señoría -dijo Mataconejos, haciéndose a un lado para que pasara la silla del abad-. Acepte mi consejo y quédese sentadito hasta que salga el jefe. No haga que las cosas sean más difíciles para ustedes de lo que ya son. Eso es lo que solía decirme siempre mi vieja madre.

-Dios bendito, jamás hubiera creído que un canalla como tú tuviera madre -dijo Basilio con el mayor de los desprecios. Mataconejos se echó a reír, palmeándose el muslo.

-Vaya, pero si es el conejo cómico. Déjeme decirle una cosa, mi distinguido caballero, no será ni la mitad de gracioso cuando el Flagelo acabe con usted. ¡No, señor!

Los prisioneros se dejaron caer sobre la hierba con desaliento. esperando la llegada del nuevo día y de Cluny el Flagelo.

13



Pico de Guerra y Tronco tuvieron que obligar a Matías a hacer un alto para descansar. El joven ratón había emprendido una marcha frenética, desde el extremo más alejado de Mossflower, y no había parado en toda la noche. Los guerrilleros musarañas a duras penas habían conseguido seguir su ritmo. Eran más pequeños que Matías y no tenían la ventaja de volar como el gorrión. Marchaban siempre rezagados, con la lengua fuera, detrás de Matías, que caminaba con paso ágil. Incluso Pico de Guerra empezaba a notar los efectos de atravesar el bosque volando bajo durante toda la noche, esquivando árboles y arbustos; no eran lo mismo que un vuelo directo en las regiones elevadas. Sólo Matías persistía en su marcha tenaz y presurosa. No se detenía por nada. La pesada espada que llevaba colgada al hombro de una cuerda, le golpeaba la espalda con fuerza, y le dolía respirar. Sus compañeros eran conscientes de la gravedad de la situación, pero sabían que Matías acabaría desplomándose si continuaba así.

La cuestión se resolvió cuando Matías tropezó con la raíz de un árbol y cayó de bruces al suelo. Sus dos amigos lo sujetaron para impedirle que se levantara, e intentaron razonar con él.

Convencido por fin, Matías se sentó entre los helechos con sus aliados. No malgastaron el tiempo: mantuvieron un consejo de guerra.

-Tú sigue hasta Redwall, Matías-dijo Tronco-. Yo esperaré aquí a mi gente. Forzaremos la marcha, no te inquietes. Los guerrilleros musarañas no estarán muy lejos de ti. Avanzaremos rápidamente con el fresco de la noche.

Al joven ratón lo atormentaban las dudas.

-Eso está muy bien, pero ;cómo vamos a escalar los muros de la abadía? Si Cluny ha tomado Redwall, apostará centinelas en lo alto.

-;Para qué gusano rata querer centinelas? -dijo Pico de Guerra, encogiéndose de hombros-. El toma abadía, no sabe que volvemos.

-¡Pico de Guerra, tienes razón! Pero eso no soluciona el problema de cómo entrar -replicó Matías.

La joven reina Gorrión le guiñó un ojo con descaro.

-Fácil. Yo hago que gorriones abrir pequeñas puertas de gusano muros; este, sur, norte. Pico de Guerra marchar ahora. Ver amigo ratón Matías en Redwall.

La reina Gorrión salió disparada hacia el cielo como una flecha. Matías se levantó para seguir la marcha. Tronco se quedó atrás y esperó a que llegaran sus guerrilleros.

Rechoncho se movió junto al portillo de la cara norte del muro. Gimió y se dio la vuelta. Tenía una fea herida en la nuca, pero aún estaba vivito y coleando. Lo primero que se ofreció a su borrosa visión fueron las figuras de tres gorriones que lo rodeaban. Eran Alaparda, Halcón Guerrero y Pluma al Viento. Silenciosamente, sacaron a Rechoncho por la puerta abierta y lo arrastraron hacia el bosque.

-Traer trapo rojo y grasa -ordenó Alaparda a los guerreros gorriones-. Traer muchos gorriones. Volar silencio. poner grasa en otras gusano puertas. Esperad a reina Pico de Guerra. No dejar que gusanos ratas ver guerreros. Marchar.

A lo largo de la noche, muchos gorriones trabajaron en secreto en las cerraduras, goznes y pestillos de las pequeñas puertas de la muralla.

En algún lugar de Mossflower, Matías seguía avanzando hacia Redwall. Tronco y su regimiento de musarañas le seguían los pasos. Un millar de guerreros Gorrión aguardaban posados en las ramas de los árboles que rodeaban la abadía.

14



El día empezó a despuntar en el horizonte. Los rayos del sol tiñeron los muros de arenisca de un apagado tono entre rosado y rojo. El rosal tardío estaba cubierto de gotas de rocío.

A pesar de ser un magnífico día de verano, sobre Mossflower se cernía una atmósfera tensa que amenazaba con adueñarse de los cautivos sentados en la hierba.

Los capitanes de la horda salieron de la abadía pisando fuerte. Azuzaron a los prisioneros con la punta de los alfanjes y golpearon a los desvalidos defensores con la hoja plana.

-¡Vamos, pandilla! ¡En pie! ¡Arriba, ratones! ¡Poneos ahí, a un lado! ¡Abrid paso a Cluny el Flagelo!

Los moradores de Redwall obedecieron a regañadientes. Todas las miradas estaban puestas en la puerta del Gran Salón.

El silencio se vio roto cuando la puerta giró violentamente sobre sus goznes y Cluny salió de la abadía con andares majestuosos. Detrás de él aparecieron Marca de Colmillo y Mataconejos, portando el estandarte de la horda y antorchas. Los victoriosos soldados de la horda los vitorearon estruendosamente. Cluny era la viva imagen del poder bárbaro, armado para el combate desde la punta envenenada de su cola hasta el terrorífico yelmo. Era un conquistador.

Recorrió las filas con pose regia sin mirar ni a izquierda ni a derecha, se encaramó a la plataforma que habían instalado para su uso personal, y se sentó en la silla del abad. Sólo se oía el crepitar de las antorchas y los gemidos lastimeros de algunas crías cautivas.

Cluny permaneció imperturbable, aferrándose con las garras a los brazos de la silla y con la visera del yelmo bajada.

Cluny levantó lentamente la visera para dejar que su único ojo vagara de un lado a otro hasta posarse en el líder de la abadía. -¡Tú, ratón abad, ven aquí!

Flanqueado por dos ratas, el padre abad caminó hacia Cluny lentamente, con digno porte. Incluso con camisa de dormir irradiaba serenidad y fortaleza. Cluny se recostó en la silla, riéndose abiertamente.

-ja! ¿Así que éste es vuestro líder? ¡Un pequeño y gordo ratón con camisa de dormir! ¡Qué temible guerrero! Bueno, ¿qué me dices ahora, ratón? ¿Vas a arrodillarte y a suplicar por tu vida, viejo?

El abad Mortimer miró el ojo cruel de Cluny sin perder la compostura.

-Jamás inclinaré la rodilla para suplicar por mí mismo. Sin embargo, si pensara que con ello podía salvar la vida de uno de mis amigos, hincaría alegremente ambas rodillas en tierra. Pero te conozco, Cluny, mejor de lo que tú te conoces a ti mismo. No hay ni el más pequeño rastro de piedad o clemencia en tu corazón, tan sólo el deseo ardiente de vengarte. Por lo tanto, no voy a arrodillarme ante una criatura consumida por la maldad.

Cluny se puso en pie temblando de rabia.

-¡Arrodíllate ante mí, ratón! ¡Arrodíllate o te mato! -bramó.

Unos gruñidos furiosos y unas briznas de hierbas arrancadas bajo la red anunciaron que Constanza había recobrado el conocimiento. El tejón hembra tiró y empujó, y la red empezó a aflojarse.

-¡Eh, tú! -gritó a Cluny con tono insultante. ¡Sucia alimaña tuerta! ¡Quítame esta red y enfréntate conmigo! ¡Veremos entonces quién acaba de rodillas!

A una señal del jefe, un grupo de ratas saltó sobre Constanza y la aporreó hasta dejarla de nuevo inconsciente. Luego clavaron las estacas que sujetaban la red a mayor profundidad.

Liebre Ciervo Basilio apartó a las ratas a patadas y se encaró con Cluny valientemente.

-¡Usted, señor, no es digno de mandar a criatura alguna! Es un cobarde y un loco maligno. Aunque no tuviera las patas atadas, me lo pensaría dos veces antes de ensuciármelas con uno de su ralea. ¡Puaagg! Es despreciable... es... es... ¡una rata!

Una comadreja golpeó a Basilio con un garrote, haciendo que trastabillara y cayera al suelo. La comadreja siguió golpeándole una y otra vez en las piernas, y Basilio se retorció de dolor, entre burlas y risas de los soldados.

-¿Recordáis sus tretas en las tierras comunales, detrás de la iglesia? -preguntó Cluny, señalando a la liebre-. ¡A partir de hoy no podrás volver a correr ni a andar nunca más!

Cluny abrió los brazos. Su único ojo lanzaba destellos de locura.

-¡Escuchadme todos vosotros, defensores de Redwall! -bramó-. Cuando vine por primera vez a la abadía, os di a elegir entre rendiros o morir. Preferisteis luchar contra mí. ¡Contra mí, Cluny el Flagelo! He perdido batallas, he perdido soldados, pero he ganado la guerra. Vosotros sois los perdedores. ¡Ahora tendréis que pagarlo con la vida!

Oyendo hablar a Cluny, algo pareció surgir en el interior del abad, y apoderarse de él rápidamente, pues corrió hacia Cluny e intentó sujetarlo.

-¡No. no, no te atrevas a hacer daño a estas criaturas! -gritó-. Sería un asesinato.

Cluny agarró al padre abad, lo arrojó contra el suelo, y azotó su frágil cuerpo con la cola de punta envenenada.

- ¿Quién eres tú para decirme lo que debo hacer? -rugió-. ¡Sólo hay una ley, mi palabra! Nadie me detendrá, ni tejones, ni liebres, ni nutrias, ni ratones. Os mataré a todos. ¡Os mataré, os mataré!

1)e repente se oyó una voz estentórea:

- ¡Cluny el Flagelo, he venido a ajustarte las cuentas!

Un gemido ahogado recorrió los jardines de la abadía. Cluny dejó caer la cola, y tanto vencedores como vencidos se volvieron hacia el edificio de la abadía, de donde procedía la voz.

¡Allí. en el umbral de la puerta abierta, estaba el ratón guerrero!

Parecía salido del tapiz de la pared. En el brazo llevaba un escudo bruñido, en la cintura un talabarte de cuero negro y plata. Desenvainó entonces una gran espada.

La voz de Cluny temblaba cuando se dirigió al dueño de sus pesadillas.

- Quién eres?

El guerrero avanzó hacia la luz. Los rayos del sol se reflejaron con destellos adamantinos en la espada.

- ¡Yo soy más a ti!

Cluny retrocedió tambaleándose, con la vista clavada en el guerrero, y se escondió detrás de la silla del abad, moviendo la boca espasmódicamente.

-Eres una pesadilla. Vete, ¡no estoy dormido!

El ratón guerrero avanzó con firmeza hacia la plataforma y señaló al tembloroso caudillo con la espada.

- ¡Yo soy más a ti! Martín, Matías, llámame como quieras. Está escrito desde hace tiempo que tú y yo teníamos que enfrentarnos, rata.

- ¡Cogedlo! -chilló Cluny.

Sapo Inmundo se abalanzó sobre Matías, blandiendo una lanza. Antes de que pudiera usarla, la antigua espada se movió como el rayo en manos del guerrero y segó la vida de la rata.

-Mataré a cualquier invasor que ose moverse -gritó Matías-. Cluny, esto es entre tú y yo. Tu ejército no intervendrá.

1)e repente la Campana de José empezó a tocar. Aparecieron bandadas de guerreros Gorrión, oscureciendo el cielo sobre la abadía. Aterrizaron en grupos alrededor del parapeto. Los jardines cobraron vida, invadidos de pronto por un enjambre de guerrilleros musarañas armados hasta los dientes con dagas, garrotes y hondas. Matías blandió la espada sobre su cabeza y lanzó al aire su grito de batalla:

-¡Redwall! ¡Redwall! ¡Atacad por Redwall!

Había dado comienzo la batalla final.

Las musarañas atacaron a los guardianes enemigos, mientras los valientes Gorrión cortaban las cuerdas de los prisioneros con sus fuertes picos. Libres ya, los defensores echaron mano a lo que pudieron encontrar para usarlo como armas, y se abalanzaron sobre la horda de soldados más corpulentos, apoyados por gorriones y musarañas. Ratas, hurones, comadrejas y armiños lucharon con la ferocidad que nacía de la desesperación. Su propia vida dependía del resultado de la batalla.

Cluny arrancó la antorcha encendida de manos de Mataconejos y la arrojó a la cara del guerrero ratón. Matías la paró con el escudo, provocando una lluvia de chispas, y siguió avanzando hacia el jefe de la horda. Para ganar un respiro, Cluny empujó a Mataconejos, interponiéndolo entre ambos. El hurón se defendió como pudo, pero cayó partido en dos por un rápido tajo de la espada. Matías pasó por encima del hurón muerto, haciendo girar la espada con destreza, sin dejar de perseguir a Cluny.

Matías había olvidado que tenía la espalda desprotegida, y no vio que Marca de Colmillo se acercaba a él subrepticiamente. La rata empuñó el alfanje con ambas garras, pero antes de que pudiera asestar su golpe, Constanza le arrojó la red por encima. Marca de Colmillo se debatió como pez fuera del agua, cuando Constanza lo recogió envuelto en la red y lo golpeó varias veces contra la pared de la casa de la entrada. Después dejó caer el bulto sin vida y arremetió contra un puñado de comadrejas con un bramido aterrador.

La gruesa cola de Cluny salió disparada hacia el rostro de Matías, que se cubrió con el escudo. La lengüeta envenenada rebotó en el escudo con un sonido metálico, sin causar el menor daño. Cluny volvió a intentarlo, atacando esta vez las piernas desprotegidas de Matías con un veloz movimiento de la cola. Matías saltó ágilmente hacia un lado y trazó un arco centelleante con la espada. Cluny rugió de dolor cuando la espada le cortó la punta de la cola, que quedó tirada en el suelo en un charco de sangre, aún con la lengüeta. La rata lanzó la silla del abad contra su adversario y se apoderó de una barra de hierro puntiaguda. El metal chocó contra el metal. cuando el ratón guerrero paró las estocadas de Cluny.

Ratón y rata luchaban en los jardines de la abadía, en el centro mismo de la vorágine de la batalla. Pero ellos no prestaban

atención a lo que les rodeaba. Sólo les movía el deseo de destruirse el uno al otro, y siguieron lanzándose tajos y estocadas, girando y esquivándose, trabados en mortal combate.

Mientras tanto, grupos de gorriones alzaban en vilo a las ratas y las llevaban en un esfuerzo conjunto hasta el estanque de la abadía, para dejarlas caer desde lo alto. Los hurones habían acorralado a un grupo de musarañas, a las que amenazaban con masacrar, cuando una columna de nutrias acudió al rescate. Con las hondas llenas de piedras bien sujetas, golpearon a los hurones sin compasión. Acosados por feroces guerreros Gorrión, el pánico impulsaba a las ratas centinelas a saltar desde el parapeto; las que se quedaban arriba tenían que enfrentarse con Juana Ardilla, que los derribaba haciendo girar una pesada cadena de hierro como un mortífero mayal. Abajo, Ambrosio Púas se había enroscado y rodaba convertido en una bola de pinchos. Samuel Silencioso lo guiaba, impulsándolo hacia los grupos de ratas con un largo palo.

Matías y Cluny seguían enzarzados en una encarnizada lucha. El hierro golpeaba el acero. Cluny recurrió a las reservas de fuerza e ingenio que le quedaban para derrotar a su oponente. Dos veces arrojó puñados de tierra a los ojos de Matías, pero éste alzaba siempre el escudo con rapidez y no le daban. El ratón guerrero seguía atacando estoicamente, pero empezaba a notar las patas entumecidas por los fuertes choques de la barra de hierro contra la hoja de la espada. También Cluny notaba las vibraciones cada vez que la espada golpeaba su arma. Un dolor sordo lo traspasaba de parte a parte. hasta el muñón de la cola. Trasladaron la lucha a lo alto del muro, cegados por el sudor, jadeando y resoplando, sin dar ni pedir cuartel. Bajaron las escaleras y siguieron en el jardín una vez más, atacándose y defendiéndose hasta llegar a la puerta del Gran Salón.

Cluny se escondió tras la puerta entreabierta y lanzó una estocada a su atacante. La punta de la espada de Matías se clavó en la madera de la puerta. Aprovechando esta oportunidad, la rata salió de nuevo y golpeó frenéticamente el escudo alzado de Matías, hasta que éste se vio obligado a soltarlo. El pincho de hierro se clavó cruelmente en la pata del ratón. Matías dio un grito e instintivamente arrojó el escudo a la cara de Cluny de una patada. El escudo golpeó a Cluny bajo el mentón, abriendo un largo tajo con el afilado borde de metal.

Cuando la rata retrocedió dando tumbos, aferrándose la garganta, Matías sacó la espada de la puerta. Inmediatamente ambos contendientes reanudaron la lucha a brazo partido, sin prestar atención a sus heridas. Cluny lanzó un latigazo con la cola ensangrentada, haciendo la zancadilla a Matías, que cayó al suelo. La rata se abalanzó sobre el ratón caído lanzando un bramido e intentando clavarle el pincho. Matías se apartó rodando y la punta del pincho se clavó en la tierra. El ratón se puso en pie con dificultad y atacó a Cluny, haciéndole un profundo corte en el costado. Pero la larga cola del Flagelo dio varios latigazos al ratón en la cara.

Cluny entró dando tumbos en el campanario, donde fray Hugo tocaba la Campana de José. Al ver a la rata, el fraile soltó la cuerda y se escabulló rápidamente para ir a esconderse bajo las escaleras, temblando como una hoja. Matías irrumpió en el campanario. Cluny lo esquivó y cerró la puerta, dejándolos encerrados a los dos. Si conseguía acercarse lo bastante al ratón para que no pudiera usar la espada, pensaba Cluny, su fuerza superior le daría la victoria.

Volvieron a trabar combate. Cluny paró la espada con la barra de hierro, que aferraba con ambas garras, y empujó a Matías hacia atrás. Por fin se veía victorioso. Si conseguía retener al ratón contra la pared, podría estrangularlo con la barra. Cluny redobló sus esfuerzos. Notaba que respiraba con dificultad; ¡tenía que ganar! Las voces le habían asegurado que no volvería a ver al guerrero después de que se pusiera el sol ese día. La profecía debía cumplirse de una vez por todas.

Cluny se valió de su mayor fuerza para empujar al ratón, implacable. Estaban a unos centímetros de la pared. Matías comprendió entonces lo que pretendía hacer Cluny. Si conseguía acorralarlo contra la pared, estaba acabado. Sólo tenía una salida.

Matías se hizo a un lado bruscamente y se dejó caer de espaldas. Estirando las piernas hacia arriba, lanzó a Cluny contra la pared, luego saltó por encima de él y subió la escalera de caracol, perdiéndose en la oscuridad del campanario.

Cluny se quedó tirado contra la pared, jadeando pesadamente, pero consiguió soltar una maligna carcajada entre resoplidos.

-No hay salida ahí arriba, ratón -gritó-. Voy a por ti. Eres ratón muerto.

Matías no contestó. Se sentó exhausto en el oscuro campanario con las piernas colgando a ambos lados del grueso eje de madera de la campana. Abajo, Cluny se acuclilló, apoyado en el muro, agradeciendo la oportunidad para recobrar el aliento. Debajo de la escalera polvorienta, fray Hugo estornudó.

Con una carcajada triunfal, Cluny agarró al gordo ratón por el rabo y lo sacó de su escondite a rastras.

-¡Mira, ratón! -gritó-. Mira, tengo a tu gordo y pequeño amigo. Ja, al final no tendré que subir esta escalera. Tira la espada, si no quieres que lo ensarte como a un pollo.

Desde lo alto del campanario, Matías miró hacia abajo y vio a Cluny en el suelo, muy lejos de donde él estaba, apoyando el pincho en la garganta de fray Hugo.

Cluny apretó un poco más y Hugo emitió un quejido ahogado. -¿Ves? Todo lo que he de hacer es apretar un poco más y estará muerto. Ahora, arroja tu espada al suelo y baja rápido. Matías se asomó por el borde de la campana.

-De acuerdo, rata, tú ganas. Pero ¿cómo sé que mantendrás tu palabra? Suelta al fraile primero, y te prometo por mi honor de guerrero que bajaré.

Cluny sonrió con malicia. ¡De nuevo a vueltas con esa estupidez del honor, el código del guerrero! No era su código; ¡había vencido!

-Fuera de mi vista, infeliz llorón -dijo con voz chirriante-, alejando de sí al fraile con un fuerte empellón. El asustado ratón volvió a meterse debajo de las escaleras. Cluny se plantó en el centro de la torre y alzó la cabeza hacia el campanario, entornando el ojo para buscar a Matías. La sangre manaba de la docena de heridas que le había infligido el ratón durante el combate, pero ahora sabía que había ganado; las voces tenían razón y pronto dejaría de ver al guerrero para siempre.

-Baja, ratón. Cluny el Flagelo te está esperando -gritó.

Matías se puso en pie sobre la viga de madera y cortó la cuerda que sujetaba la Campana de José con un fuerte tajo de la antigua espada mellada por el combate.

La campana pareció quedar suspendida en el aire unos instantes, pero luego cayó en picado como una enorme roca.

Cluny se quedó paralizado, mirando hacia arriba. Antes de

que tuviera tiempo de pensar, era ya demasiado tarde... ¡CLANG!

La Campana de José tocó por última vez a difuntos. Con su colosal peso y tamaño, aplastó completamente a Cluny contra el suelo de piedra de la torre.

Matías el Guerrero bajó por la escalera de caracol con paso cansado y la espada en la mano. Sacó al lloroso fraile de su escondite y contempló con él la Campana de José, que se había partido en dos limpiamente. Por debajo del borde asomaba una garra ensangrentada y una cola aplastada.

-He cumplido mi promesa. Cluny. He bajado. Tranquilo, fray Hugo. Todo ha terminado. Séquese esas lágrimas.

Los dos amigos abrieron la puerta y salieron juntos al sol de la mañana.

Redwall había ganado la batalla final.

Los cadáveres de ambos ejércitos se amontonaban sobre la hierba y las piedras, allá donde habían caído. Muchos eran de gorriones, musarañas y criaturas del bosque, pero aún eran muchos más los de ratas, hurones, comadrejas y armiños. Ni uno solo de los soldados de la infame horda de Cluny había quedado con vida.

Constanza se acercó caminando despacio, cubierta de heridas, respirando con dificultad. Señaló el campanario y pronunció una sola palabra:

-¿Cluny?

-¡Muerto! -exclamó Matías-. ¿Han muerto todos los de la horda? ¿No habéis hecho prisioneros?

-Muchos han intentado huir -contestó el tejón hembra, encogiéndose de hombros con gesto cansado-. En realidad no hemos intentado detenerlos. Han conseguido abrir el portón y han salido a la carretera. Allí había un gran gato atigrado y un búho blanco esperándolos. ¡Por los bigotes del diablo! Jamás había visto nada igual!

Liebre Ciervo Basilio llegó cojeando hasta Matías y lo saludó militarmente con una temblorosa pata.

-Son el señor Julián y el capitán Nieve. Podrás hablar con ellos unís tarde, joven. Ahora te necesitan en el claustro. Es el abad. Será mejor que te des prisa.

Matías, Constanza y Hugo echaron a andar hacia el claustro juntos, lo más rápidamente que les permitieron sus cansadas piernas.

El abad Mortimer vacía en los jardines del claustro rodeado por sus amigos ratones y otras criaturas del bosque. Todos estaban allí, desde la reina Pico de Guerra, Tronco, Azulina y Samuel Silencioso, hasta el más humilde de los ratones. El veneno de la cola de Cluny había hecho su efecto. El padre abad agonizaba.

Los demás se apartaron respetuosamente para abrir paso a Matías y a sus acompañantes. Constanza se arrodilló para sostener la cabeza de su viejo amigo y Matías aferró la pata arrugada con gran suavidad. El abad miró a su joven ratón con afecto.

-Matías, hijo mío, veo que has devuelto la espada de Martín a nuestra abadía. ¿Ha concluido tu misión, entonces?

- Sí, padre -contestó Matías, apoyando la frente en la pata del abad-. Cluny el Flagelo ha muerto. He cumplido con mi misión..

-Yo también, hijo mío, yo también -dijo el abad, asintiendo lentamente.

- Padre abad, tiene que vivir -dijo Constanza con voz ronca. El abad esbozó una débil sonrisa.'

-Mi vieja amiga, no soy como las estaciones. No puedo vivir para siempre. Tenía que morir algún día.

Las lágrimas rodaron por las mejillas de Matías, sin que él pudiera hacer riada por evitarlo. El abad le palmeó la pata con gesto comprensivo.

-Ah, Matías, Matías el Valiente; seca tus lágrimas, hijo mío. La muerte sólo es una parte de la vida. Dime. ¿has visto el rosal tardío?

-Sí, padre -dijo Matías, secándose las lágrimas en la ancha manga del abad-. Ahora ha florecido.

-¿Y son los capullos tan rojos como la sangre? -preguntó el abad.

-Sí, padre -respondió Matías.

-Así tenía que ser -dijo el abad, con un suspiro-. ¿Está por aquí cerca el hermano Alf?

El hermano Alf se arrodilló ante él.

-Ah, hermano Alf, mi viejo y querido compañero. Cuando repose en mi última morada, tú ocuparás mi lugar. Eres un ratón sabio y compasivo. Sé que cuidarás bien de mis criaturas.

El abad Mortimer cerró un momento los ojos antes de dar sus últimas instrucciones.

-Qué pena que haya sido necesario este derramamiento de sangre para unirnos a todos. A partir de ahora, los gorriones podrán ir y venir a su antojo. Deben compartir nuestra comida y nuestra abadía, no sólo el tejado. También los buenos guerrilleros musarañas tendrán un hogar en Redwall, y dejarán de vagabundear por el bosque. Y ahora, Matías, hijo mío, debo decirte cuál es mi decisión con respecto a ti. ¡Es mi deseo que no ingreses en nuestra orden!

Cuantos oyeron al abad tuvieron que sofocar un grito de sorpresa. Matías inclinó la cabeza, atónito por la decisión del abad.

-No, hijo mío -prosiguió éste-. Eres demasiado valiente. Esta abadía te necesita, pero no como fraile. Por lo tanto, te nombro a ti Matías, el Ratón Guerrero de Redwall, adalid de nuestra orden. A partir de hoy, defenderás esta abadía y a sus moradores de todo mal. Tu espada se conocerá en todas partes como «Matarratas». Ahora, Azulina. ¿Dónde está la pequeña Azulina?

La joven ratoncita campestre se acercó al abad y aguardó sus palabras.

-Aquí estás, querida Azulina. -El abad sonrió-. Un guerrero necesita una buena esposa. Tú serás el ornato de Redwall y reinarás en el corazón de nuestro Matías. La vieja casa del portero se ampliará para convertirse en una vivienda adecuada. Os pertenece a los dos. Guardad sus puertas con justicia y sabiduría.

Matías y Azulina no tuvieron palabras con que expresar sus sentimientos. Notaban la alegría y el orgullo que hacía palpitar sus corazones.

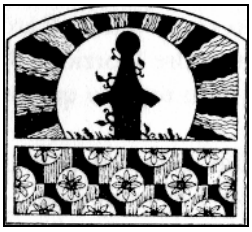
-Y tú mi vieja amiga -dijo el abad, alzando la mirada hacia Constanza-. Un último favor te pido. Levántame un poco la cabeza y te diré lo que ven mis pobres ojos antes de dejaros para siempre.

El tejón hembra levantó la cabeza del abad obedientemente.

-Ah, sí, veo la más hermosa mañana de verano de toda mi vida. Estoy rodeado por todos los amigos a los que quiero. Redwall, nuestro hogar, está a salvo. El sol nos alumbra y nos da calor. La naturaleza se apresta a cedernos sus frutos una vez más este otoño. Lo he visto todo antes, muchas veces, pero nunca deja de maravillarme. La vida es buena, amigos míos. Os la dejo a nosotros. No estéis tristes, pues voy a descansar en paz.

Así murió Mortimer, abad de Redwall.

13



Un año más tarde.

Lo que sigue es un extracto de los anales de Redwall, escritos por Juan Ratón de Iglesia, que sucedió a Matusalén como cronista. Esto lo escribió de su puño y letra:

«¡Estamos en el verano de la Ardilla Parlanchina!

Ayer mismo, se oyó hablar al joven al que antes se conocía como Samuel Silencioso, conversando con el hijo de Matías y Azulina. La joven ardilla empezó de repente a relatar la saga de las guerras del rosal tardío al bebé ratón. Me temo que ya nadie será capaz de hacerle callar, ni dejaremos de oír a sus padres riendo de deleite. El hijo de nuestro guerrero es un muchachito regordete. Todos lo llaman Mattimco, porque Matías Matusalén Mortimer es demasiado largo, pero así fue como quisieron llamarlo sus padres. Aun siendo tan pequeño, a menudo intenta levantar él solo la gran espada Matarratas. Creo que podemos confiar en que un día sucederá a su padre como adalid de la abadía. Nuestro abad, Mordalfus (no es de extrañar que prefiriera que lo llamaran Alf} ha declarado que su primer cumpleaños se celebrará con un gran festín. al que estamos todos invitados. Constanza ha recorrido la comarca, tirando de su carro, para traer hasta aquí a todos los invitados.

Los guerrilleros musarañas están recolectando miel. Han trabado una gran amistad con

las abejas, e incluso han aprendido su lengua para poder discutir con ellas.

La reina Pico de Guerra Gorrión se ha nombrado a sí misma ayudante de fray Hugo. Muestra un gran interés en el arte culinario, pero me temo que no tardará mucho en engordar. La señora Azulina está en el prado con la señora Ratón de Iglesia, mi esposa, y Alaparda, la reina madre Gorrión. Recogen flores para las mesas. ¡El sol de junio baña todo lo que me rodea como líquido dorado!

Liebre Ciervo Basilio se fue de viaje para ir en busca de sus amigos el capitán Nieve y el señor Julián Jengibre, y volver a la abadía con ellos. Basilio pasa por alto el hecho de que es el aniversario del abad, y se refiere siempre a la fiesta como «Banquete de Reunión del Regimiento». Winifred la nutria y el castor, en compañía del réprobo de Ambrosio Púas, se dedican a catar la cerveza de este otoño, y debe de ser especialmente buena este año, a juzgar por las ruidosas baladas que oímos cantar en las bodegas. Rechoncho y su familia de lirones están ayudando al Topo Mayor y a su equipo a cavar el hoyo donde se prepararán los asados. Esta mañana temprano, nuestro padre abad ha salido a pescar con Matías el Guerrero. Consideran que es su deber regresar con un pez mayor que el del año pasado. La Campana de José, que estaba rota, se ha fundido para hacer dos campanas nuevas más pequeñas. Ahora mismo las estoy oyendo. Se llaman Matías y Matusalén. Mis gemelos, Tomás y Teresa, han crecido mucho en un año. Son los campaneros de la abadía, ¡y hacen un trabajo espléndido!

Las cosechas crecen en abundancia. Los árboles frutales y los arbustos del huerto prometen una espléndida recolección. La vieja casa del portero es ahora una casa hermosa y grande, llena de recovecos. La hierba es más verde, el cielo es más azul v la miel más dulce que nunca. Termino por ahora y voy a prepararme para la fiesta de esta noche, que se celebrará en su lugar habitual: la Caverna de Redwall. No te olvides de visitarnos si alguna vez pasas por aquí.

Juan Ratón de Iglesia (Cronista, otrora de San Ninián)» Aquí termina la historia.

Librodot